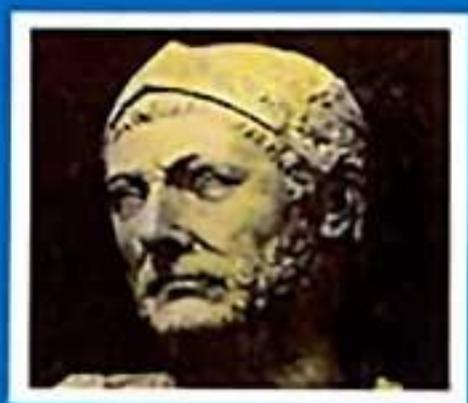

MEMORIA de la HISTORIA

Yo, ANÍBAL



Juan Eslava Galán



La figura trágica de Aníbal, que, haciendo honor a un juramento emitido en su infancia, se propuso sojuzgar a Roma y restituir a Cartago el dominio del Mediterráneo.

Lectulandia

Aníbal, uno de los personajes más fascinantes de todos los tiempos, pertenece a esa rara estirpe de héroes trágicos que, después de dos mil años, continúa ejerciendo misteriosa seducción a través de un recuerdo histórico magnificado por la literatura. Esta «autobiografía» de Aníbal constituye la exhaustiva y documentada reconstrucción de una época decisiva en la que el futuro de la humanidad dependió del resultado de una ambiciosa empresa individual: la invasión de la península itálica por un heterogéneo conglomerado de mercenarios ibéricos y norteafricanos.

Sobre este fondo, rigurosamente histórico, el relato nos conduce al ritmo trepidante de una aventura pródiga en singulares episodios de inolvidable dramatismo. Asistimos al paso de los Alpes, con un ejército de elefantes, y a las sangrientas batallas contra las legiones romanas que jalonan la existencia del protagonista. También a la reconstrucción colorista de la España de hace dos mil años, con toda la rica complejidad y curiosas costumbres de sus pueblos y tribus: las lascivas danzas de las bailarinas gaditanas, las culpables delicias de Capua y los sofisticados usos de enriquecidos mercaderes y especuladores púnicos, en vivo contraste con el primitivismo y la ferocidad de los guerreros celtíberos de la meseta.

En este contexto se destaca la figura trágica de Aníbal, que, haciendo honor a un juramento emitido en su infancia, se ha propuesto sojuzgar a Roma y restituir a Cartago el dominio del Mediterráneo, un drama (cuyos últimos alcances aún nos afectan) que no significó solamente el enfrentamiento de dos superpotencias coloniales, sino el de dos culturas y formas de entender la vida diametralmente opuestas.

Lectulandia

Juan Eslava Galán

Yo, Aníbal

ePub r1.0

Titivillus 07.02.15

Título original: *Yo, Aníbal*
Juan Eslava Galán, 1988

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

*A Himilce, la esposa española de Aníbal,
entre pámpanos nuevos y antiguos olivares*

Nota previa

(QUE EL LECTOR IMPACIENTE PUEDE OBVIAR)

En 1969, el nuevo abad del monasterio copto de San Anastasia, en el monte Sinaí, decidió conferir una más amplia función social a la obsoleta biblioteca monacal mediante su reconversión en sala de televisión y esparcimiento. Durante las obras de acondicionamiento, los albañiles descubrieron una alacena tapiada en la que los píos monjes habían ocultado, siglos atrás, quizá en tiempos de la conquista islámica, una serie de manuscritos que contenían textos bíblicos, vidas de santos y otra literatura devocional de escaso interés. Pero entre ellos, como exótica flor nacida nadie sabe cómo en aquel jardín de previsibles milagrerías patrísticas, se hallaba un códice de mediados del siglo VI que contenía la autobiografía de Aníbal que aquí presentamos.

La autenticidad de esta presunta autobiografía de Aníbal no es unánimemente admitida por los anibalistas de la comunidad científica internacional. De hecho, el más reciente congreso de estudios anibálicos parece sancionar la división de los especialistas en dos grupos todavía irreconciliables. Unos aceptan la autenticidad de la obra, aunque admiten que pudiera contener una serie de escolios e interpolaciones achacables a los diversos copistas que transmitieron el texto original. Otros rechazan taxativamente su atribución a Aníbal y sugieren que podría tratarse de una falsificación del siglo I de nuestra era, o incluso más tardía.

En nuestra versión hemos seguido la edición del profesor israelí Boaz Sharon, publicada en 1971. Hemos intercalado, en convenientes lugares, algunas de las veintidós cartas que constituyen la denominada «Estafeta de Hannón», curiosa correspondencia de un espía infiltrado en el ejército de Aníbal, por el beneficio de una visión externa del personaje y por el curioso contrapunto que ofrecen al relato del controvertido caudillo cartaginés. (La «Estafeta de Hannón» procede de un códice latino custodiado en la Biblioteca Bodleiana de Oxford. Hemos manejado la edición de Studi Annibalici, «Anuario XII dell'Accademia Etrusca di Cortona», Pietro Degrassi, Florencia, 1965).

El códice de la autobiografía de Aníbal está redactado en griego, lo que quizá disculpe algunas peculiaridades sintácticas de nuestra traducción. Hemos preferido, en atención al lector, actualizar todo lo relativo a pesas, medidas y nombres de persona o geográficos siempre que nos ha sido posible. También hemos sustituido las fechas referidas a la Olimpiada, de acuerdo con el cómputo griego, por las más familiares de nuestro calendario cristiano. Lógicamente, todos los años han de entenderse «antes de Cristo».

En lo que se refiere al vocabulario, existen pocos términos extraños al lector actual que no estén explicados por el propio contexto. No obstante quizá convenga

advertir que la penteraera el tipo de navío militar más divulgado en la época de Aníbal (aunque posiblemente nos resulte más familiar en su denominación de origen latino quinquerrema).

El *supparum* era una especie de minúscula vela ornamental que se colocaba, a guisa de bandera, en el extremo superior del mástil y era portadora de colores o bordados con los símbolos nacionales de la nave o el logotipo de su armador.

Los indios eran los cuidadores y conductores de los elefantes de guerra. Y hablando de elefantes, quizá sea conveniente advertir que casi todos los que figuraron en el ejército de Aníbal pertenecían a la especie *Loxodonta africana*, variedad *Cyclotis*, de pequeña alzada (2,35 metros). Estos relativamente minúsculos elefantes abundaban entonces en el norte de África desde Túnez hasta Marruecos. Lamentablemente la especie se ha extinguido. No debemos confundirlos con el otro elefante africano, el de las estepas de África central y meridional, de familiar estampa circense, cuyos ejemplares adultos suelen medir hasta 3,40 metros. Existe además otra variedad de elefante, la india (*Elephas indicus*), que alcanza hasta 2,90 metros de alzada, de la que Aníbal llevó a Italia algunos ejemplares, entre ellos el famoso Surus cuyo propio nombre (sirio) indica que lo habían capturado en las riberas orientales del Mediterráneo, donde hoy la especie ha desaparecido.

EL REGRESO DE AMÍLCAR

Yo, Aníbal, estoy prisionero en esta ruinoso torre de adobe, en medio del desierto. Delante de la torre hay una palmera enferma y casi seca. De vez en cuando subo a la terraza y oteo el camino de Heraclea buscando la nube de polvo que anunciará la llegada de los romanos. Y así un día y otro. A veces me engañan las tolvaneras que levanta el Poniente, ya cerca de la anohecida. Pero el camino permanece desierto. Nadie llega de la parte del yermo. Regreso a mi aposento y me echo en el camastro. Quemo la cera de las horas, resignado ya, como si mi destino me fuera ajeno. Ni temo ni espero. Intento leer, a ratos, de los pocos libros que conservo en mi parco equipaje, pero en seguida se me cansa la vista. A menudo me quedo dormido con la lectura sobre el pecho y mis familiares espectros me visitan en sueños.

Cada mañana los guardias recorren el cerrojo de la puerta y dejan pasar a una mujer que me guisa de comer en el hornillo de las ahumadas. Mientras almuerzo, permanece acurrucada en un rincón y me observa silenciosamente. Luego lava la vajilla, recoge sus cosas y se marcha. Ya no es joven. Tiene la piel requemada, los pechos secos y arrugados como higos pasos. Casi no habla, lo cual es de agradecer.

A menudo pienso en ti, Sosilos. Si pudieras regresar de la honda muerte bromearías conmigo y me llamarías estoico. Me dirías: «¿Lo ves, Aníbal? Has acabado siendo como ellos: un romano o un griego. Solamente a un tosco hijo de campesinos y porqueros se le puede ocurrir que la perfecta sabiduría consista en despreciar el placer y aceptar, con ánimo sereno, la derrota y el dolor».

Pero ¿qué puedo hacer, mi querido Sosilos, sino abrazar de grado o por fuerza el credo estoico? Dentro de un par de meses, quizá antes, los romanos me exhibirán como un trofeo a lo largo del foro. Es posible que me carguen de cadenas. El pregonero marchará delante, informando a la vociferante multitud: «Éste es Aníbal, el que un día llegó a las puertas de la ciudad al frente del ejército púnico, el que infundió pavor en los corazones de nuestros padres. Vedlo ahora derrotado y cautivo. Así acaece al que desafía el poder de Roma, la predilecta de los dioses». Y aunque no me anuncien con esas u otras palabras, mi situación será igualmente humillante.

Yo, Aníbal, cuyo nombre púnico significa «don de Baal», me encomiendo a mi protector y a Tanit y a Melcarte, a Dido y al resto de los familiares dioses inmortales, al comenzar de mi propia mano este relato cuando ha mediado el año sesenta y cuatro de mi vida. No sé por qué escribo en griego. Quizá porque sospecho que el púnico no sobrevivirá a la inevitable aniquilación de Cartago. Tampoco sé si escribo para que alguien lea estas notas algún día o simplemente por emprender algo que mitigue la impaciencia de la espera.

Mi primera infancia, en Cartago, es un confuso recuerdo olfativo en el que se amalgaman y funden el denso olor de las cuadras de los elefantes, que solía visitar con mi tío Arpadón, el sosegado sahumero de los altares callejeros, el punzante aroma de la pez y los disolventes en los astilleros y los variados alientos de almáciga, cera, almizcle, mirra y otras exóticas sustancias que exhalaban las puertas de los arsenales, los almacenes y las tiendas de los perfumistas. A los que quizá debería agregar el tufo de la fritanga marinera en los tugurios y tabernas del Cotón, pasado el barrio de los remeros.

Los olores son el alma de la ciudad. Cartago es tan desordenada y bulliciosa como sus olores. En su enorme caldera se funde, desde hace siglos, una multitud mestiza constituida por todas las razas y estirpes que pueblan la tierra. Quizá deba a esta circunstancia su condición de ciudad apátrida, de caótico mercado donde las generaciones de fenicios, egipcios, griegos, libios, sirios, númeridas, chipriotas, efesios, judíos y galos se confunden y hacen sus tratos, vociferando y tirándose de las mangas. La bulliciosa ciudad habitada por mercaderes, artesanos, navegantes y esclavos no constituye una patria. Me ha costado toda una vida percatarme de que la patria es un asunto de campesinos ligados a la tierra. Demasiado tarde, ya.

Mi madre era una bella, elegante y silenciosa dama de la nobleza antigua, descendiente de los legendarios Setenta que fundaron la ciudad. Como todas las mujeres de su posición, se pasaba el día cosiendo en compañía de sus siervas y esclavas, pero también era capaz de gobernar sabiamente la casa durante las prolongadas ausencias de mi padre. A veces me sentaba sobre sus rodillas y me relataba las tradiciones familiares. Los Barca somos descendientes directos de la reina Dido, la fundadora de Cartago, cuya firmeza de carácter se supone que hemos heredado (junto con la recta y aristocrática nariz, la tez blanca y los tobillos finos). Por oscuras razones, Dido escapó de la ciudad fenicia de Tiro y arribó a las costas de África. La propia Tanit se le apareció en un sueño y le ordenó que fundara allí mismo una nueva ciudad. Pero aquella tierra pertenecía al rey de los belicosos númeridas. Dido parlamentó con él y le ofreció sus tesoros a cambio del territorio necesario. El bárbaro, que no deseaba extraños vecinos en su reino, respondió a la oferta de Dido con una característica fanfarronería númerida: «Por esa suma solamente puedo cederte el trozo de tierra que puedas abarcar con la piel de un buey». Para sorpresa de su interlocutor, Dido cerró el trato. Tomó la piel de un buey grande y la cortó en finísimas tiras que luego extendió desde el promontorio de Sissa hasta el cerro que hoy ocupa la ciudadela de Megara. De este modo burló al rey de los númeridas y pudo procurarse la tierra de Cartago sin faltar al sagrado acuerdo.

Pero el rey de los númeridas había quedado prendado de la belleza y hermosura de Dido y la pretendía con violenta pasión. Entonces la reina escapó de las sollicitaciones del lujurioso africano y salvó a su pueblo inmolándose voluntariamente en una hoguera frente al altar de Tanit. Su abnegado sacrificio aseguraba a la nueva ciudad la eterna protección de la diosa.

Los romanos explican de otro modo el suicidio de Dido, con objeto de manchar su memoria. Según ellos, Eneas, ese oscuro fugitivo de la guerra de Troya del que dicen descender, arribó a las costas de Cartago y fue hospedado por Dido, que se prendó de él. Pero el padre de los dioses había encomendado a Eneas que se estableciese en Italia, donde había de fundar Roma. Una noche Eneas escapó de Cartago abandonando a Dido. Ella, despechada, se quitó la vida.

Desde la soleada balconada de la torre bárquida, asomada al Cotón, podía contemplarse toda la extensión del mar.

—Allí delante —me decía mi madre, señalando el combo horizonte marino—, en una isla llamada Sicilia, está tu padre. —Y luego añadía, con el tono de resignada tristeza de las mujeres que guardan ausencias— : Cuando acabe la guerra regresará.

Concluyó la guerra siciliana y regresó mi padre. Yo, había cumplido ya cinco años. Me ungieron el pelo con aceite de rosas, me vistieron una perfumada túnica púrpura y me tiñeron las palmas de las manos con alheña. Pusieron en mi mano una granada madura, para presente de bienvenida. Escoltados por Abdalón y otros esclavos de la casa, mis hermanas y yo descendimos por las pinas callejuelas arrecifadas que conducen al puerto militar. Una bulliciosa multitud, entre la que destacaban los palanquines blancos de algunos senadores y magistrados amigos de mi padre o correligionarios suyos, se había congregado en la explanada de los arsenales para asistir a la arribada de las naves. En cuanto nos reconocieron, los que esperaban abrieron calle respetuosamente y nos dejaron llegar al muelle.

Mi padre regresaba derrotado, pero el pueblo celebró jubilosamente el anhelado final de la guerra como si Cartago hubiese vencido. El armisticio significaba la anulación de los impuestos extraordinarios y el licenciamiento de los que servían en la flota.

La pentera con la insignia del rayo bárquida en el supparum atracó. Inmediatamente dos esclavos del arsenal tendieron una pasarela para que pudiésemos subir a bordo. Fue la primera vez que vi a mi padre. Amílcar Barca tenía cincuenta años. Me pareció alto y fornido como una torre, hermoso y terrible como Aquiles. Tenía la tez tostada por el sol y la intemperie. En su espesa y negra barba brillaban hebras de plata. Me tomó por la cintura, con sus manos grandes y callosas, y me izó hasta la altura de su rostro. Sonreía brevemente mientras me contemplaba. Cubrió de besos mis mejillas. Su barba era áspera, así como sus labios agrietados y blanquecinos. Tenía un sabor a sal en la piel.

—Así que tú eres Aníbal, ¿eh? —murmuró, enronquecido por la emoción.

Asentí con la cabeza, fascinado por aquellos ojos que brillaban como brasas, quizá porque contenían las lágrimas. Así que éste era mi padre, en cuya impaciente espera había consumido cada uno de los días, incluso cada una de las horas, de mi breve vida. No se asemejaba mucho al perfil barbudo que me mostraban en las medallas del altar familiar, pero sentí que era él y que Amílcar no podía ser de otro modo. Después de una breve vacilación, rodeé con mis brazos su robusto cuello y lo

abracé. Amílcar me atrajo contra su pecho, se le quebró la voz y dejó de dar órdenes a la marinería. Después de un momento me apartó con dulzura para volver a contemplarme.

—¡Aníbal! ¡Gracia de Baal! —murmuró—. Me devuelves el gozo del regreso. Tú serás el primero de la camada del león.

Y luego, depositándome en los brazos de Abdalón, que asistía conmovido al encuentro, abrazó a mis hermanas y a los amigos que habían subido a bordo con granadas y ramos de olivo.

El retorno de Amílcar no fue feliz. Le habían confiado el mando de las tropas que combatían en Sicilia cuando ya los romanos habían conquistado casi toda la isla, después de catorce años de lucha. Empero, Amílcar cambió el signo de la guerra. Tomó juiciosas medidas y consiguió algunas victorias. Entonces regresó brevemente a Cartago para rendir cuentas ante la Balanza y exigirle los nuevos alistamientos necesarios para proseguir la guerra. Como es sabido, estas levas le fueron denegadas. Los mezquinos mercaderes y terratenientes de la oligarquía senatorial fueron incapaces de comprender que la pérdida de Sicilia acarrearía la ruina de Cartago.

Me he referido a la Balanza. Quizá deba advertir que en Cartago llamamos así al Senado porque en el dintel de entrada de la casa donde se celebran sus sesiones hay una balanza esculpida. Es el emblema de los Tagos, los antiguos propietarios del inmueble.

Cuando yo nací, mi padre había regresado a Sicilia, reclamado por el alarmante sesgo de la guerra. El Senado romano, más generoso que el de Cartago, había reunido los fondos necesarios para construir su cuarta escuadra. Como nuestras cada vez más escasas penteras no se renovaban, la situación marítima se deterioró tanto que los esfuerzos de Amílcar sólo consiguieron retrasar la inevitable derrota. Finalmente, la Balanza desistió de continuar la lucha y aceptó las condiciones que Roma imponía: entrega de Sicilia y todas las islas menores, abstención de construir penteras y pago de una indemnización desorbitada, tres mil doscientos talentos de plata, pagaderos en sólo diez años. Una carga cruel para una ciudad cuyos recursos quedaban considerablemente mermados por el tratado y por los empréstitos de la guerra.

Con Amílcar regresaron los mercenarios de Sicilia. Se instalaron en los campamentos de Sica y eligieron delegados que reclamaran las pagas atrasadas que Cartago les debía. Se les respondió que tuviesen paciencia, pues las arcas del Estado estaban agotadas. Hacía años que las minas de plata de Hispania habían caído en manos de tribus indígenas insurrectas. Se necesitaba tiempo para restablecer la explotación. Estas negociaciones con los mercenarios se confiaron a los nuevos sufetas, gente del partido de Hannón, inexperta en el trato con los bárbaros. Sólo consiguieron soliviantarlos y volverlos recelosos. Los mercenarios sospecharon que la Balanza, cuya cicatería conocían muy bien, puesto que la habían padecido a lo largo de la guerra, intentaba deshacerse de ellos licenciándolos con vagas promesas de recompensas futuras. Por otra parte, las cuentas de los pagadores no coincidían

con las de la Balanza. Pero ¿a qué alargarme con detalles de todos conocidos? Los mercenarios se sublevaron, saquearon aldeas indefensas en torno a Sica, despedazaron a los heraldos de la Balanza, enterraron vivos a setecientos prisioneros y perpetraron toda clase de tropelías y crueldades. También se apoderaron de las penteras fondeadas en el Cotón y las anclaron en la bocana del puerto mercante, bloqueándolo. La ciudad quedó aislada y sitiada tanto por tierra como por mar.

Mientras estos sucesos ocurrían, mi padre se había apartado de todos sus cargos y vivía recluido en el palacio bárquida, aparentemente consagrado a la administración de su hacienda. Ni siquiera asistía a las sesiones de la asamblea, de la que era miembro vitalicio. Ocupaba sus días en inspeccionar los graneros, talleres y lagares de la casa, en revisar las cuentas de los mayordomos, en tomar las decisiones que el prudente Abdalón había aplazado hasta su regreso. Yo era como una sombra que lo seguía a todas partes, en admirativo silencio. Y cuando él se ausentaba, buscaba la compañía de los mercenarios que Amílcar había tomado para el servicio de la casa. Estos hombres, fieles veteranos de la guerra siciliana, habitaban en el espacioso patio inferior, frente a las caballerizas. Allí hacían vida de campaña como si estuvieran aún en la isla. Compartía con ellos sus espesas gachas militares y asistía boquiabierto a sus ruidosos entrenamientos. Me hacía instruir en las fintas reglamentarias de lanza y de espada así como en las paradas con el escudo o con el chuzo. Estos juegos complacían a mi padre. No así a mi madre, que juzgaba inadecuada la influencia que sobre mí ejercían aquellos salvajes y se horrorizaba de la jerga castrense que aprendía de ellos, completamente inadecuada, según ella, para el vástago de la ilustre familia Barca. Intentaba hacérselo comprender a Amílcar con esa femenil insistencia con que las mujeres persiguen sus objetivos.

—Amílcar, ¿no te parece que Aníbal debiera pasar menos tiempo con los mercenarios? Cada día regresa perdido de piojos.

—No hay gloria sin piojos —era la seca respuesta de Amílcar—. Un Barca debe acostumbrarse a ellos.

Mientras tanto la ciudad estaba angustiada. Los famélicos y obstinados rebeldes acampaban ya delante de sus muros, pacientemente empeñados en rendirla. La Balanza recurrió nuevamente a Amílcar. Lo pusieron al frente de las escasas tropas que habían permanecido leales a Cartago. Omitiré el relato de la victoriosa campaña de mi padre, tema sobre el que ya compuse un ensayo bajo la dirección de Sosilos. Con un ejército muy inferior al mercenario, se enfrentó a los rebeldes y los aniquiló. Fue clemente con los que se le entregaron. Alistó en sus filas a los menos comprometidos y envió a Cartago, cargados de cadenas, a los cabecillas de la rebelión. Recuerdo muy bien la euforia de aquellos días. Abdalón me llevó con él cuando los criados y esclavos de la casa bajaron a ver a los caudillos de la rebelión. Les habían sacado los ojos y los habían crucificado a lo largo del arrecife que conduce a la puerta de Birsa. Era un espectáculo cruel y aleccionador.

La revuelta de los mercenarios acarreó nefastas consecuencias para Cartago. Al

acabar la guerra de Sicilia, la ciudad disponía todavía de una fuerza de sesenta mil hombres. Ahora, con esa fuerza aniquilada, Cartago estaba indefensa. En tales circunstancias, Roma mostró la medida de su perfidia: vulnerando vergonzosamente los términos del armisticio, nos arrebató Córcega y Cerdeña y aumentó arbitrariamente la indemnización de guerra en otros mil doscientos talentos de plata. Cartago tuvo que aceptar este nuevo atropello ante la amenaza de ver invadido su territorio. Esta alevosía romana alimentó en mi padre un sordo resentimiento que perduraría hasta su muerte. Para él, educado en aquella puntual observancia de los pactos que caracterizaba a la aristocracia comercial púnica de su tiempo, resultaba impensable que un Senado que se proclamaba elegido entre los más honorables e ilustres ciudadanos de Roma, pudiera tergiversar tan desvergonzadamente los términos de un acuerdo. Si bien, como a menudo nos recordaba Amílcar, los romanos nunca se han caracterizado por acomodar sus conductas a lo que es honorable, sino tan sólo a lo provechoso.

El pueblo aclamaba a Amílcar como vencedor de los rebeldes y salvador de Cartago, pero ante la Balanza su posición era delicada. Algunos senadores querían aliviar sus conciencias de los errores del pasado culpándolo de los descalabros de Sicilia; incluso habían intentado acusarlo de malversación de fondos públicos, pero esta moción no llegó a prosperar. De todos era bien conocido que Amílcar había recurrido incluso a su fortuna particular para subvencionar aquellos gastos a los que el escaso presupuesto de la Balanza no alcanzaba. A pesar de todo seguía teniendo de su parte a muchos senadores que se empeñaron en votarlo como sufeta anual.

El discurso de Amílcar ante la Balanza fue memorable.

—Ilustre asamblea —dijo—, comparezco ante vosotros no para dar cuenta de mi irreprochable proceder cuando estuve al mando de Sicilia; tampoco para reclamar la recompensa debida a mis servicios pasados; ni siquiera para acusar a los senadores aquí presentes que, por mala fe o torpeza, han sido los causantes de los males que afligen a Cartago. Comparezco ante vosotros para tratar del futuro. Cartago ha perdido sus mejores colonias, ha perdido sus rutas comerciales más activas, sus más prósperas factorías y hasta su granero siciliano. Los mercados de Italia, Galia, Sicilia, Cerdeña y Córcega se han cerrado a nuestras naves. El trigo y el aceite de Sicilia tienen que ser reemplazados ahora por los que ciertos terratenientes de África venden a un precio mucho más elevado. —Ésta era una clara alusión a Hannón y al partido agrícola. Los aludidos intercambiaron silenciosas miradas pero ninguno se atrevió a replicar: sabían perfectamente que la pérdida de las colonias favorecía sus intereses particulares—. Cartago —prosiguió mi padre—, lo sabéis de sobra, no podrá subsistir sin sus colonias de ultramar. Los que tenemos cargas en el mar tendremos que repasar cuentas, buscar nuevos puertos, abrir nuevos mercados, nombrar nuevos agentes. Y además tendremos que satisfacer nuestra parte en el abusivo impuesto romano. Esto nos condena a la estrechez y quizá a la pobreza si no conseguimos estimular el comercio y restaurar la prosperidad de antaño. Pero ¿adónde dirigimos

en busca de esos nuevos mercados? Las tierras del Norte son dominio de Roma o de los griegos. El Levante está ocupado por estados más poderosos que el nuestro. En el Sur sólo encontraremos chacales y arenales sedientos. No tenemos opción: solamente nos queda el Poniente.

Hizo Amílcar una pausa que Hannón, su viejo enemigo, aprovechó para intervenir:

—¿Adónde nos quieres conducir, ilustre Amílcar? Los terratenientes, a los que tanto desprecias, estamos ansiosos por escuchar al invencible estratega que ahora pretende dirigir las finanzas de la república y nos va a revelar pingües e ignotos mercados.

Amílcar ignoró el tono impertinente de las palabras de Hannón y respondió:

—Os quiero conducir a Hispania. Todos estaréis de acuerdo conmigo en que no nos ha quedado otra ruta abierta para el comercio. Muchos de vosotros que me escucháis hacíais buenos negocios en Hispania antes de su rebelión. No os propongo que os esforcéis en recuperar aquella tierra para compartir después vuestras ganancias con los desposeídos de otros mercados. Lo que os propongo es que lleguemos a donde nuestros padres no osaron llegar, que ampliemos los dominios hispánicos de la antigua colonia para que los metales fluyan hacia Cartago en una abundancia hasta ahora desconocida, en una cantidad que no sólo bastará para satisfacer el impuesto romano sino que, además, acrecentará nuestros ingresos, henchirá nuestros almacenes y devolverá a esta ciudad toda la prosperidad perdida en las horas aciagas.

—¡Quimeras imposibles! —clamó Hannón, alzándose de su asiento, ya abandonado su anterior tono sarcástico. Y dirigiéndose a sus seguidores exclamó— : ¡Amílcar sabe muy bien que aún en el supuesto de que pudiésemos recuperar sus colonias, Hispania está tan explotada que no producirá ni un talento más de los acostumbrados!

—No me refiero a la docena de apáticas colonias que poseíamos antes de la insurrección —prosiguió Amílcar en su tono pausado—. Hablo de las que fundaremos no sólo en la costa sino en el interior del país, en las fuentes mismas de la plata, del minio y del esparto. Hablo de las minas que podremos explotar directamente si conquistamos toda esa tierra.

—El que no pudo defender Sicilia, ¿habla de conquistar nuevos territorios? — se mofó Hannón.

Mi padre siempre abrigó deseos de retorcer el graso y corto pescuezo de Hannón, pero era hombre paciente y cortés y, como buen estratega, había aprendido a dominar sus impulsos. Ignoró una vez más la provocación de su adversario y prosiguió su discurso. Expuso precisa y minuciosamente su plan ante el Senado en un parlamento que duró toda una tarde, adobado por ocasionales interpolaciones de Hannón o de sus seguidores, a pesar de las cuales los argumentos de mi padre iban disipando los últimos recelos de los indecisos. En vano ensayó Hannón el repertorio de sus acostumbradas argucias parlamentarias. Cuando Amílcar dio por terminado su

informe recibió una larga ovación. Luego su propuesta se puso a votación. Más de las tres cuartas partes de la asamblea apoyaban el proyecto. La discusión de los medios que pondrían a su disposición quedó aplazada para las siguientes sesiones.

Los subsidios fueron irrisorios, como cabía esperar. A Amílcar, como luego a mí, le negaba la Balanza los medios necesarios para la salvación de Cartago. Generosos con las palabras, pero avaros con el pan, como reza el proverbio libio. La Balanza estuvo de acuerdo en que Amílcar debía recuperar las colonias de Hispania y aplaudió su proyecto de intensificar la explotación de los recursos que Cartago precisaba, plata para el comercio, madera y esparto para la flota y hombres para el ejército. Pero pretendían que abordase tal empresa con seis mil mercenarios y nueve viejas naves de transporte.

Amílcar contaba con la cicatería de la Balanza y con la solapada hostilidad del Gran Consejo. No obstante aceptó el reto. Se conformó con lo que se le daba y puso manos a la obra. Solamente impuso una condición: que su sobrino Asdrúbal Janto, recientemente casado con mi hermana Adabala, fuese nombrado almirante de la flota de Hispania. Como prácticamente tal flota no existía, el Gran Consejo no tuvo inconveniente en otorgar a un Barca la medalla rostrada.

Amílcar trabajó febrilmente durante tres meses, hasta la llegada de la estación seca. Entonces se puso en camino. Nos pusimos en camino, porque yo lo acompañé a Hispania, aunque solamente tenía ocho años. Mi padre deseaba que aprendiera a su lado el oficio de estratega. O quizá presentía que nunca regresaría a Cartago y prefirió tenerme a su lado en sus últimos años. O quizá, simplemente, barruntaba que si se abatían sobre la ciudad nuevas calamidades, el colegio sacerdotal decretaría un sacrificio de primogénitos ante Tanit. Yo era su primogénito varón — después habían ido naciendo sucesivamente mis hermanos Asdrúbal, Hano y Magón— y sin duda me habrían inmolado para aplacar a los dioses.

UN SANTUARIO EN CÁDIZ

El viaje a Hispania fue largo y lento. Debido a la escasez de medios, los soldados y sus familias marchaban por el camino de la costa mientras que los fardajes lo hacían en las naves. Eran anchas y pesadas cargueras de parsimonioso navegar, requisadas por el Gran Consejo para dotar la flota de Asdrúbal Janto. Sus capitanes, enrolados a la fuerza, por sorteo, de las listas de la Casa del Comercio, no cesaban de refunfuñar porque Amílcar no había dejado espacio para embarcar arqueros. Recelaban de los piratas que, aprovechando la virtual desaparición de la escuadra cartaginesa, volvían a infestar las aguas líbicas. Por lo tanto evitaban alejarse de la costa y estaban siempre prestos a realizar la maniobra de varar sus cascarones en la playa más cercana si veían aparecer por el horizonte una vela sospechosa.

En los lugares de acampada, Amílcar hacía ahumada para que las naves fondearan y envasen los equipajes y enseres necesarios.

Los primeros días navegué en la trirreme de Asdrúbal Janto, una bella nave pintada de rojo y azul que tenía dos grandes ojos egipcios dibujados en la roda. Pero cuando Amílcar supo que pasaba el día echado sobre la borda y vomitando bilis sobre la negra mar, se compadeció de mí y me permitió proseguir el viaje por tierra.

—¡Mal marino estás hecho, Aníbal! —se chanceaba de mí—. ¿No pensarás hacerte almirante? ¡Un almirante que se marea! ¡Qué vergüenza para los Barca!

—No, padre —le respondía muy serio— ; sólo quiero ser estratega como tú.

La afición militar del hijo del Barca era muy celebrada por los veteranos de Sicilia que constituían la guardia personal de mi padre. Rivalizaban entre ellos por adiestrarme en el uso de las armas, en la disposición de los pelotones y hasta en los intrincados problemas de la táctica y estrategia, tal como ellos, en su simpleza, los entendían. De noche me cedían sitio preferente en torno a las hogueras del campamento y celebraban que yo rechazara la carne que me ofrecía el cocinero de Amílcar para compartir el militar rancho de tasajo y gachas. También prestaba mi voz a las canciones sicilianas y mamertinas, a cual más procaz, que daban en cantar a coro cuando estaban borrachos. Y juraba con el brazo derecho extendido hacia Venus, a la manera militar, y aceptaba sus bromas y sabía devolverlas como uno más, lo que provocaba gran contento entre aquellas gentes sencillas. Amílcar observaba estos juegos con buen semblante, pues su mayor ambición era que sus hijos se aficionasen a la vida de las armas.

Después de setenta días de marcha a lo largo de las amarillas costas de Numidia, llegamos al promontorio que llaman Abila desde el que se divisa la tierra de Hispania al otro lado de la lengua de agua que comunica los dos mares. Para entonces el

ejército de Amílcar había aumentado a nueve mil hombres, pues muchos nómadas se habían enrolado sobre la marcha.

En Abila cruzamos el estrecho para proseguir nuestra marcha por la costa española. Mientras tanto, Asdrúbal Janto envió a Cádiz una trirreme con el aviso de nuestra próxima llegada, pues, debido al aumento del ejército, íbamos escasos de raciones.

Quizá sea éste el momento de hablar de Hispania. En aquella tierra transcurrió mi juventud, me formé, hice mis primeras armas, encontré esposa y tuve a mi único hijo. Verdaderamente me siento más español que púnico. Otro de los descubrimientos de mi vejez.

La tierra de Hispania es agreste y hermosa. Se extiende desde los montes pirenaicos hasta el mar de Cádiz. En los tiempos de Dido unos mercaderes fenicios, a los que una tempestad había extraviado, descubrieron sus costas por casualidad. La llamaron Hispania, que quiere decir «conejera», por la gran abundancia de roedores que observaron en ella. Toda esta tierra es muy montañosa y está poblada de potentes encinares y espesuras en las que, además del conejo, abundan el oso, el ciervo, el lobo y el jabalí. Pero también contiene despoblados desiertos donde no encontraréis más que zarzas, guijarros y sequedad. Muchos y muy diversos pueblos habitan su territorio, aunque, por simplificar, a todos los denominamos españoles.

La parte del sur es la más rica. La pueblan turdetanos, mastienos y oretanos. Éstos son los más civilizados, debido al trato frecuente que han mantenido con nuestras colonias. Su gente es próspera, pues en las costas abunda la pesca; en los llanos fluviales, el cereal y la vid; en las montañas, el minio y la plata. Más al norte, pasadas las grises sierras de Cástulo, comienzan las tierras altas, pobres y frías, donde viven los fieros celtíberos. Las más importantes tribus son: arevacos, pelendones, lusones, bellos, titos, berones, carpetanos, lusitanos, vacceos, vetones, várdulos, austrigones y caristios. Es posible que olvide alguna. Más lejos aún están los olcades y más allá los montaraces galaicos y los astures. Todos estos pueblos se dedican a la ganadería y a la agricultura. Son mucho más pobres e incivilizados que los del meridión y levante, a los que a veces sirven como mercenarios.

Los españoles son por lo general de rasgos finos, tez clara y cabellos rizados. Es muy frecuente ver entre ellos individuos de muy armoniosas hechuras y mujeres hermosas. La austera dieta que practican los mantiene esbeltos; el mucho ejercicio de la caza y la guerra los hace ágiles y resistentes; la rudeza de sus costumbres los hace belicosos y arteros en la lucha, irreductibles a la coacción, aunque crédulos, ingenuos y fieles en el pacífico trato humano. Sus costumbres y vida se acomodan a la continua milicia. Instalan sus poblados en las mesetas de los cerros fluviales cuya defensa sea fácil, así como la vigilancia de campos y ganados. Habitan en inmundas cabañas de abobe y piedras con techo de ramas, sin más muebles que toscos bancos corridos donde se sientan de día y duermen de noche. Visten mantos sencillos, aunque muy adornados de broches, amuletos y abalorios. Lo que más aprecian son sus armas y sus

caballos. Muy pocos hombres de cada comunidad detentan toda la riqueza del poblado y la explotan por medio de esclavos que capturan en sus guerras. La extrema pobreza de los demás hombres libres impulsa a muchos de ellos a hacerse bandoleros y vivir del robo o de la guerra. Se han habituado a este género de vida y a menudo desprecian los beneficios de la paz. Cada poblado combate al de al lado y cada tribu a la tribu vecina. Los diversos clanes también se hacen guerra entre ellos. Por esta causa mueren muchos hombres cada día, pero la población aumenta constantemente, y con ella el hambre, pues las mujeres son grandes paridoras. Como, por otra parte, el país está infestado de bandoleros, puede decirse que los españoles viven sobre las armas, pues por ellas han de adquirir lo que necesitan o forzosamente han de defenderlo. Están persuadidos de que la muerte militar es la única forma respetable de abandonar este mundo. Con asombrosa ligereza se muestran dispuestos a darla o recibirla, pues en nada valoran la vida. Acuden a la lucha entonando roncós cantos guerreros y bailando al son de flautas y tubas. Tal género de vida los hace muy valiosos y capaces como mercenarios.

En ninguna parte del mundo se hallan guerreros más resistentes al prolongado esfuerzo. Están habituados a trepar por los montes y a saltar entre las rocas con sus armas ligeras. Entran en combate sin reflexión, desordenadamente, profiriendo sus gritos de guerra y agitando sus melenas y dando grandes saltos. Sus caballos son de fea estampa pero igualmente ágiles y duros. No sabrán tirar de un carro pero están admirablemente entrenados para la guerra.

Dicho esto, regreso al hilo de mi historia.

Dos días antes de nuestra llegada a Cádiz una comisión de la ciudad salió a nuestro encuentro. La dirigía Azarbal, un primo de Amílcar, de la rama sidonia de los Barca. Era todavía joven, pero bajo y ventrudo. En su rostro redondo y sudoroso brillaban dos ojillos sagaces. Mi padre y Azarbal se abrazaron y cada uno contempló el rostro del otro en silencio, derramando lágrimas por la pasada juventud, pues hacía más de treinta años que no se veían. Azarbal destapó una jarra y escanció espumoso vino hispano en su vaso de plata. Después de derramar devotamente la parte de Tanit, se lo ofreció a mi padre. Brindaron por la vida mientras se ponían mutuamente al corriente de sus asuntos. Azarbal había prosperado con la guerra de Sicilia. Aprovechando su red comercial, que se extendía hasta las minas de plata de Oretania, había adquirido gran cantidad de armas a las tribus de las montañas carpetanas (cuyo hierro es tan excelente como el del Elba) y las había canalizado hacia Sicilia, junto con salazones, cordajes y otros productos no menos preciosos. A cambio de todo esto contentaba a los reyezuelos oretanos con vasos griegos y diversa pacotilla, orfebrería barata, collares de cuentas de pasta vítrea, espejuelos egipcios, frascos de perfume y todos los otros géneros vistosos pero de escaso valor que las naves del garón le traían en la tornada de Grecia, de Fenicia o de Alejandría. Los reyezuelos hispanos son muy aficionados al lujo y a los productos exóticos, aunque no por eso dejan de vivir en miserables chozas que rechazaría un esclavo en Cartago.

Sentado frente al fuego del campamento, con la copa de cincelada plata en las manos, entre sorbo y sorbo del especiado vino, Azarbal fue poniendo a mi padre al corriente de la situación.

—Tanit, rostro de Baal, se ha apiadado por fin de nosotros al enviarte, primo. Las cosas de aquí no pueden marchar peor. Cuando la rebelión de los mercenarios en Cartago, la Balanza retiró las guarniciones de los castillos que vigilan el Guadalquivir. Puso en su lugar a los dudosos auxiliares turdetanos, con vagas promesas de pagarles soldadas. Pero, como el dinero no llegaba, se sublevaron, dieron muerte a los agentes consulares que habían sido lo suficientemente temerarios como para no retirarse a tiempo y saquearon y robaron todas las propiedades púnicas. Después formaron cuadrillas y bajaron hacia la costa, donde devastaron las factorías del garón. Todo se ha perdido: las salinas están abandonadas, los embarcaderos podridos, las huertas han dejado de producir, el trigo escasea, la producción de garón ha descendido a menos de la mitad. Una calamidad absoluta. Puede decirse que Cádiz vive de lo que ahorró en los años de abundancia que precedieron al desastre, pero ya son muchos los que han tocado el fondo de sus bolsas y están pensando en mudarse a las colonias de Marruecos. Los escasos impuestos que recauda el consejo apenas alcanzan para mantener a doscientos turdetanos que nos son fieles todavía, y que aunque dicen proteger la ciudad, lo cierto es que la esquilman con sus continuas exigencias.

Amílcar escuchaba reflexivamente, sorbía de su vino y no decía nada. Años después me confió que en aquellos días estuvo tentado de abandonar la empresa y regresar a Cartago. Pero su indomable orgullo Barca se lo impidió. Aunque había perdido la guerra de Sicilia, los romanos nunca lo habían derrotado. Si se hubiese retirado de Hispania, la Balanza habría designado en su lugar a Gisco o a cualquier otro inepto familiar del Gran Consejo y esto hubiese sellado definitivamente la ruina de Cartago, pues una nueva guerra contra Roma era inevitable. Amílcar mantuvo siempre la íntima convicción de que el conflicto entre Cartago y Roma sólo podía saldarse con el completo aniquilamiento de una de las dos repúblicas. Sólo estábamos viviendo una tregua necesaria para que cada bando recuperara fuerzas.

Pero en aquellos días yo era un niño ajeno a estas preocupaciones que desvelaban a mi padre. Mi única causa de desvelo era la ansiedad por llegar a Cádiz, cuyas maravillas oía relatar cada noche delante del fuego del campamento, de labios de algunos veteranos griegos y sicilianos que se jactaban de conocerla.

Cádiz es una ciudad y es una isla. La isla es larga y estrecha como un fémur. Del lado que mira a tierra firme es casi recta, pero en el lado del mar se eleva y forma dos promontorios. En el más ancho está la ciudad, en el otro el famoso santuario de Melcarte. Los une una antigua calzada de piedra. La isla parece tendida delante de la costa española, a corta distancia de ella, separada tan sólo por un brazo de mar que semeja río.

No os imaginéis una colonia maloliente de podridas casuchas de paja habitadas

por indolentes esclavos al servicio de sucios agentes consulares, tan sólo obsesionados por sisar lo necesario para asegurarse una opulenta vejez en la metrópoli. Cádiz es una ciudad tan bella como Cartago y sin duda la más ilustre de Hispania. En sus limpias calles se alinean casas de hasta cuatro pisos de altura. Las más ricas rematan en terrazas y en torres mirador cuyas vigas refulgen con brillantes colores. Contando el número de las torres puedes saber cuántos ilustres comerciantes habitan la ciudad, pues existe la costumbre de asomarse al mar desde los altos miradores para asistir a la entrada en puerto de las panzudas naves que regresan de África o de la Mar Tenebrosa con sus cargas de estaño y ámbar, oro y marfil. Hay palacios con jardines y estanques y oratorios callejeros en los que las bellas devotas queman incienso ante Tanit y se ungen de aceite los pechos desnudos.

A nuestra llegada a Cádiz, Amílcar dejó a Bomílcar al mando de la tropa y pasó a la ciudad en cuyo espacioso embarcadero fondeaban, desde la víspera, las naves de Asdrúbal. Las autoridades acudieron a recibirnos. Eran siete ancianos cuyos graves semblantes apenas disimulaban la consternación que producía la llegada del representante de la Balanza.

Noplo, el joven y sagaz oficial contador, susurró al oído de mí padre:

—Tiemblan como los administradores rapaces cuando el ausente amo aparece por la finca y exige los libros de cuentas.

Después de la ceremonia de presentación, nos agasajaron con un banquete en el que no faltaron bellas bailarinas y exquisito garón, los dos famosos productos gaditanos. No hay nada como la danza gaditana para alegrar el abatido corazón de un hombre. Al compás de la música enervante, las hermosas muchachas semidesnudas ondulan muellemente sus aceitados cuerpos, adoptando provocativas actitudes. Las bailarinas gaditanas están habituadas a exhibir sus más íntimos encantos y saben inquietar a los que las contemplan con sólo agitar las firmes y atractivas caderas. Lascivas canciones, cuya letra ruborizaría a un mamporrero nómada, acompañan al dulce estremecimiento de la carne. Y todo ello se adoba con guiños pícaros y provocativos gestos dirigidos a los espectadores más jóvenes. De vez en cuando las bailarinas discurren entre los comensales hurtándose a sus caricias y provocándolas con maliciosa sonrisa. Entonces un aroma a bálsamo y cinamomo se desprende de la ondulación de sus largas cabelleras y queda flotando en el ambiente como la vaga promesa de más turbadoras intimidades.

Cuando la comida iba mediada y los comensales daban muestras de estar algo borrachos, Azarbal se empeñó en officiar de mayordomo, cargo que para él consistía en increpar constantemente a los coperos y aburrir a los invitados con prolijas explicaciones acerca de la adecuada proporción de agua que debe mezclarse con el vino. En cuanto al famoso garón, llegó a la mesa en grandes tarros de vidrio. Azarbal dirigió su faramalla a los oficiales de Amílcar intentando ilustrarlos sobre las propiedades y virtudes del excelente aperitivo.

—Abrid los ojos, bravos mílites que emuláis a Ares, y enjugad vuestras profundas

fauces porque estáis a punto de catar la verdadera y legítima ambrosía divina. Este garón procede de mí dispensa particular, lo cual quiere decir que no lo encontraréis mejor en Cádiz. —Algunos gaditanos presentes, también fabricantes de garón, iniciaron un gesto de protesta, pero Azarbal los ignoró y prosiguió su discurso—: Me preguntaréis, ¿por qué es garón de la mejor calidad? Bien. Os lo voy a decir: porque está elaborado a base de hocicos, paladares, intestinos, hipogastrios y gargantas de escogidos peces; a saber: atún, murena, escombros y hético esturión. Puedo jurar por las barbas de Melcarte que no he añadido fraudulentamente morralla alguna de peces pequeños, como hacen otros. —Al decir esto dirigió una malévola mirada a uno de los senadores presentes, también exportador de garón. El aludido sonrió como si le dolieran las muelas y se removió intranquilo en su asiento. Azarbal apuró su copa de un golpe, enjugó su boca con el dorso de la mano y prosiguió—: Se deja en salmuera el tiempo necesario y la fermentación natural, ese misterio divino, obra todo el prodigio. Como en el vino o como en el oro. Este garón es tan excelente que puede mezclarse con todo: aceite, vino, agua, vinagre, lo que sea. Y adereza igualmente los platos de pescado, carne, fruta o verdura.

—Bebe y deja de aburrirnos —lo interrumpió Cartalón, todavía joven sargento de caballería pero ya consumado borracho, poniéndole una mano en el hombro y obligándolo a sentarse—. La milicia no necesita filosofías. —Y tomando un puñado del garón más espeso se lo embutió en la boca mientras los senadores gaditanos intercambiaban escandalizadas y reprobadoras miradas.

El festín se prolongó hasta la madrugada, pero Amílcar se excusó y se retiró mucho antes, llevándose con él.

—Mañana hemos de subir al santuario de Melcarte para ofrecer el sacrificio propiciatorio.

Nos levantamos muy temprano, salimos de la ciudad y ascendimos a través del bosque hasta la cima del promontorio sagrado. Allí arriba, en la pétrea y desarbolada meseta, se erige el santuario de Melcarte. No es un edificio imponente de mármol y maderas preciosas pintado de vivos colores, al estilo de los templos griegos. Un muro bajo y circular, en el que se abren tres sencillas puertas equidistantes, acota el recinto sagrado. En el centro de la circunferencia se alza una pequeña construcción de piedra con tejado de losas, no mayor que la humilde choza de un pastor. Allí se venera el betilo sagrado. Es una gran piedra esférica debajo de la cual se dice que están sepultadas las cenizas de Melcarte. Delante de la capilla crece un añoso olivo cuyas ramas se reflejan en el agua de un carcomido estanque. El nivel desciende con la marea alta y sube con la baja, cosa maravillosa y difícil de creer, pero cierta. En el recinto existe otro árbol, de una especie desconocida, cuyas hojas tienen forma de espada. Si se le corta una rama, el muñón exuda leche; si una raíz, sangre.

Salió a recibirnos el viejo sacerdote que estaba a cargo del fuego perpetuo. Vestía una sencilla túnica de lino, andaba descalzo y llevaba la cabeza rapada. Saludó afectuosamente a Amílcar y me hizo el signo de Melcarte en la frente. Azarbal le

entregó un odre de sangre con el que regó concienzudamente la superficie del pequeño altar franqueado por dos columnas de bronce que existe a la entrada de la capilla. Luego recitó una salmodia ininteligible y, tomando un tizón del fuego, encendió los dos pebeteros que pendían de las columnas de bronce. Inmediatamente percibimos el intenso perfume del incienso. La humareda ahuyentó las moscas que habían acudido a la sangre vertida. Reparé en que todo el suelo estaba como nevado de plumón de paloma.

Dos esclavos acercaron el ternero sacrificial. Con profesional destreza, el sacerdote ató las tres patas del animal y ayudado por todos los presentes lo colocó sobre el altar. Hurgó brevemente en la papada en busca de las palpitations de la arteria y cuando la hubo encontrado hirió en aquel punto con su pequeño cuchillo de piedra. El potente chorro de sangre rebotó contra el altar y se deslizó por las acanaladuras espirales de las columnas de bronce.

—El augurio es excelente, a juzgar por la fuerza y la distancia —cuchicheó Azarbal, aupándose hasta el oído de mi padre.

El sacerdote, que sostenía la víctima en sus estertores agónicos con una especie de ternura, dirigió una severa mirada al que hablaba, imponiendo silencio. Recitaba entre dientes las sagradas fórmulas propiciatorias. Cuando el ternero hubo expulsado la vida, le extrajeron el hígado. Amílcar se adelantó y posó su mano derecha sobre la víscera humeante que el sacerdote le presentaba.

—Melcarte en los que humildemente servimos a Tanit y a Baal —recitó—. Prosperidad y juicio para Cartago y para los Barca. No nos apartes de tu rostro y concédenos el galardón de restaurar la justicia. Que nuestra mano castigue la perfidia de Roma que juró en tu nombre tratados que ahora vulnera.

Dicho esto, Amílcar se volvió y me llamó a su lado.

—¿Quieres jurar tú también, Aníbal?

—Sí, padre.

Repetí las palabras que Amílcar me iba apuntando mientras notaba, debajo de la mano, las tibias palpitations del hígado sangrante. Luego nos lavamos las manos, la cara y los pies en el estanque sagrado y dimos tres vueltas en torno al betilo.

—Regresa mañana y cuéntame lo que soñarás esta noche —dijo el sacerdote a mi padre cuando nos despedimos.

Aquella noche Amílcar tuvo un sueño. Montaba un caballo blanco desconocido de regreso de una partida de caza en la que había cobrado un jabalí gigantesco. Al descabalar, el caballo se iba derecho a un manantial que se desprendía de una peña, abrevó en él y comió cebada en un pesebre de plata que junto al manantial estaba. Éste fue el sueño. El sacerdote hizo la siguiente interpretación: el jabalí es el animal protector de los carpetanos. Eso quiere decir que los derrotarás y cautivarás. El caballo blanco simboliza a Cartago y a Baal, bajo cuya tutela ascenderás hasta las fuentes de los ríos de Hispania, más allá de donde jamás osaron llegar los cartagineses, a las mismas venas de la plata. Eso es lo que representa el pesebre. La

cebada que come el caballo, sin mezcla de paja, significa la prosperidad de Cartago que estás llamado a renovar.

En los días que siguieron mi padre trabajó intensamente para averiguar la verdadera situación de los púnicos en Hispania. Indagó entre los agentes consulares, amenazó a los que respondían evasivamente y acabó descubriendo que la situación de la colonia no era tan desastrosa como sus munícipes habían hecho creer a la Balanza. Era cierto que ya no se controlaba la vía de la plata y que, debido a los nuevos intermediarios surgidos entre los reyezuelos indígenas, las ganancias habían mermado considerablemente. Pero, en cualquier caso, los productos continuaban llegando a Cádiz. Los agentes consulares habían urdido el engaño: enviaban informes falsos a sus compañías y se embolsaban más de la mitad de las ganancias en lugar del veinte por ciento que marca la ley. Cuando se hubo hecho cargo de la situación, Amílcar convocó a los responsables y se encerró con ellos durante toda una mañana. Primero los reprendió severamente, luego les propuso una solución que podía satisfacer a las dos partes: él no denunciaba a la Casa del Comercio la verdadera situación en Hispania y ellos, a cambio, satisfacían el montante de tributos correspondiente a sus ganancias reales. Algunos agentes intercambiaron triunfales miradas. Ya tenemos lo de siempre, un general que se vende y que nos dejará las manos libres. Pero Amílcar dejó claro que no quería aquel dinero para él, sino para satisfacer la soldada de los mercenarios que había alistado por su cuenta a lo largo de la costa húmeda y la de los que pensaba seguir alistando para restablecer el dominio cartaginés en la vía de la plata. Lo creyeran o no, el trato resultaba honorable y conveniente para todos, puesto que si se recuperaba el territorio perdido pronto se restablecerían los antiguos negocios. Mientras tanto, Amílcar haría la vista gorda a las cargueras griegas que subrepticamente acudían cada semana a embarcar los productos de Cádiz, almacenados en los puertos subsidiarios de Marruecos, comercio que estaba severamente prohibido por la Balanza, aunque también es cierto que tal prohibición databa de los tiempos en que Cartago poseía barcos suficientes para realizar su propio comercio.

LA CONQUISTA DE HISPANIA

Amílcar no se demoró en Cádiz más tiempo del estrictamente necesario para controlar los asuntos de la colonia. Después reunió a sus tropas y marchó hacia Poniente.

Esta vez no me llevó con él. Considerando conveniente reanudar mi instrucción con lecciones de gramática, retórica y dialéctica, había contratado al mejor pedagogo que pudo encontrar entre la menguada colonia griega de la ciudad. Así fue como entré en los dominios del ilustre Sosilos de Lacedemonia que, andando el tiempo, sería mi mejor amigo y consejero. De Sosilos aprendí la noble lengua griega y las otras cosas a ella pertenecientes: el conocimiento, la equidad, la templanza, el sentido de la proporción y de la armonía, la estimación de la razón, el respeto a los dioses, tanto estatales como familiares, y a los hombres, tanto vivos como muertos. Y entre estos últimos, la admiración por Homero, Hesíodo y Platón.

Sosilos tenía veintisiete años. Había llegado a Cádiz acompañando el exilio de su padre, un filósofo ciego que, en tiempos de la guerra siciliana, hubo de huir de Siracusa bajo la acusación de connivencia con los cartagineses.

La primera campaña de Amílcar fue contra los tartesios turdetanos que habitan la región de Tarsis (aunque existen otras Tarsis en Hispania), donde están los dos ríos, el Iberus, cuyas aguas saben a hierro, y el Sangre, así llamado por el color de la escoria mineral que tiñe sus orillas. Los tartesios turdetanos son increíblemente ricos no sólo por los metales que extraen de sus montañas, sino por el estaño y el oro, procedente de otros territorios del interior, con el que comercian. Como suele acaecer a los pueblos amantes de la vida regalada, entre los tartesios abundan los poetas, cantores y músicos, espléndidamente pagados por los numerosos mecenas, pero escasean los buenos soldados. Prefieren confiar la defensa de sus ciudades a celtíberos asalariados que contratan en las tierras del norte.

Cuando los tartesios supieron que Amílcar había llegado a Cádiz con un potente ejército, se apresuraron a llamar en su auxilio a dos tribus celtíberas de la meseta cuyos caudillos, los hermanos Istolacio e Indortes, se habían proclamado reyes de un extenso territorio.

Amílcar procedió con rapidez. Primero invadió las tierras de Tarsis y conquistó sus poblados y sus minas, antes de que los refuerzos celtíberos pudiesen alcanzar territorio púnico. Dejó en estos lugares guarniciones libias y, llevando consigo a toda la caballería nómada de Nuras Avas, remontó el Guadalquivir para salir al paso de los bárbaros. Los tomó por sorpresa y los cercó en la colina de Aipa, donde habían acampado. Es bien conocida la brillante estratagema de que se sirvió para derrotarlos: amagó una huida de su infantería pesada al tiempo que lanzaba la caballería sobre

Indortes. Éste, empeñado en el alcance de los que huían, había cometido la torpeza de congregar a su gente en una posición difícil, donde les resultaba imposible desplegarse. Istolacio acudió en ayuda de su hermano pero un númida le abrió la cabeza de un sablazo. A Indortes lo capturaron vivo. Amílcar permitió que le sacaran los ojos antes de crucificarlo, en castigo por la castración y empalamiento de unos exploradores que los bárbaros habían capturado la víspera de la batalla. Indortes, puesto en la cruz, murió entonando cantos guerreros.

En esta ocasión se puso de manifiesto una curiosa costumbre de los españoles. Muchos guerreros están ligados a su caudillo por un solemne juramento que, en caso de que éste muera en combate, los obliga a suicidarse. Al menos doscientos seguidores de Istolacio e Indortes se sacrificaron de esta forma, degollándose unos a otros en el mismo campo de batalla. Pero también hubo muchos otros que, viéndose cercados y sin posibilidad de salvarse, se rindieron y entregaron las armas. Casi todos ellos consintieron en unirse al ejército de Amílcar.

Algunos soldados de Istolacio eran turdetanos, incorporados por la fuerza en diversos lugares del Guadalquivir. Estos turdetanos son guerreros de menor calidad. Mostrándose magnánimo con ellos, Amílcar renunció a alistarlos, les devolvió sus armas y los dejó en libertad para que pudiesen regresar a sus lugares de origen. Muchos senados y régulos de dichos lugares, ganados por la clemencia de Amílcar y temerosos de su poder, se apresuraron a renovar los antiguos tratados. Amílcar impuso los mismos tributos que solían satisfacer e idénticas obligaciones, especialmente la de mantener reparadas y libres de bandidos las calzadas por las que la plata de Sierra Morena había de llegar a los puertos de la costa. Con estas y otras acertadas disposiciones de gobierno, mi padre se atrajo la amistad de muchos españoles, si bien es cierto que otros se resistieron a aceptar los antiguos tratados, con su pesada carga de tributos y servidumbres, y hubieron de ser sometidos por fuerza de armas.

En una de sus visitas a Cádiz, Amílcar me trajo un esclavo. Era un niño oretano, de unos cuatro años de edad, al que habían encontrado llorando y casi ahilado de hambre entre las ruinas de un poblado incendiado. No tenía nombre ni sabía hablar. Sosilos lo llamó Hermión. Este esclavo me ha acompañado durante toda mi vida. Incluso ahora, en mi desgracia, no se aparta de mí. Levanto la cabeza de estas líneas, miro por la ventana y puedo verlo frente a mi prisión a la sombra de la escuálida palmera. Lleva toda la tarde reparando, con infantil aplicación, una trompeta de juguete que le han regalado los soldados que me custodian. Las fatigas de Italia y la tortura a que lo sometieron los romanos, lo volvieron loco. Ahora vuelve a ser aquel niño oretano babeante que no sabe hablar y que me sigue a todas partes como un perro. Siento hacia él una piedad infinita. A menudo me sorprendo considerando, con pesar, lo que será de él después de mi muerte.

Los éxitos de Amílcar devolvieron la prosperidad a los exhaustos graneros y almacenes de Cartago. Descendió el precio del pan y se puso coto a las

especulaciones de Hannón y sus secuaces del partido agrícola. Con esta mudanza se avivó el rencor que el Gran Consejo y los senadores afectados profesaban hacia los Barca. Ellos mismos denunciaron a mi padre e hicieron llegar a Roma detallados informes de sus conquistas. Los Claudios y los Escipiones presionaron para que una comisión oficial del Senado viajase a Hispania con objeto de investigar sobre el terreno los progresos de Amílcar. Uno de aquellos parlamentarios fue Cayo Papirio, el que sería cónsul el año 231. Papirio recordó a mi padre que el tratado de 348 seguía vigente. Este tratado, cuyo principal objeto era salvaguardar Denia y otras colonias marsellesas y griegas aliadas de Roma, señalaba el cabo Farina como límite de la expansión cartaginesa. Amílcar justificó sus conquistas alegando que aquellas colonias y factorías habían sido abandonadas por los griegos en tiempos de la rebelión hispánica y, por lo tanto, cuando él las capturó se encontraban despobladas y desiertas. Por otra parte, Cartago precisaba nuevos recursos si quería reunir la gran cantidad de plata que cada año había de pagar a Roma. Este argumento confundió a los romanos. Nunca han sido buenos negociadores. Hace demasiado poco que dejaron el arado y aún huelen a estiércol. Son incapaces de apreciar la complejidad de un pacto internacional, habituados como están a las sencillas transacciones de sus padres: dos medidas de grano, una vaca, treinta cerdas paridas. Sabían que habían cometido el error de subestimar la capacidad de recuperación de Cartago y lamentaban no habernos lastrado con una indemnización de guerra aún mayor, suficientemente abusiva como para impedirnos levantar cabeza.

Los enviados regresaron a Roma con la íntima convicción de haber sido burlados por Amílcar. Pero no fueron los únicos decepcionados. Un mes después mi padre recibió un detallado informe de su primo Arbil en el que daba cuenta de las furibundas denuncias que Hannón promovía en la Balanza. Era evidente que también los agrícolas de Cartago se habían sentido insultados por el éxito del Barca.

Escribo a ratos y dormito después de apurar mi ración de espeso vino. En mis sueños creo recordar, quizá recuerdo, quizá veo, a mi padre y a Sileno, su secretario griego. Son otra vez jóvenes. Nuevamente resuenan en mis oídos palabras pronunciadas en el otro extremo de mi vida.

Cartago es como un barco a la deriva, gobernado por una pandilla de incompetentes. Privado de la mano de un hábil piloto que lo conduzca a buen puerto, es seguro que pronto se irá a pique. Pero hemos nacido en una época desgraciada, señor. Los dioses nos han vuelto la espalda como antes a los griegos y antes de ellos a los persas. La ciudad está en manos de tenderos que por no arriesgar la ganancia de mañana son capaces de permitir que la república se pierda para siempre. Además desconfían de los Barca. Están convencidos de que aspiras a restaurar la antigua monarquía. Quizá no vayan descaminados. Es posible que la salvación de Cartago esté en manos de los Barca, pero si los Barca salvan a Cartago, habrá que hacerlos reyes. Nunca seremos reyes. La Balanza y el Gran Consejo abrirían las puertas a los romanos antes que permitir que un Barca rigiera la ciudad. No nos engañemos: en

Hispania acuñamos monedas con nuestra efigie, para que los indígenas nos respeten y teman como a criaturas divinas, pero nunca seremos reyes. Mi corazón se entristece por la caída del león, por mis pobres hijos, no ya por Cartago ni por las Setenta estirpes de los púnicos de las que pronto no quedará memoria.

Omitiré el relato de las victoriosas campañas de Amílcar puesto que ya las ha historiado insuperablemente Sileno. En el año 233 falleció mi madre, a la que no había vuelto a ver después de la triste despedida en el Cotón. Aquel mismo año el fiel Arbil trajo a Cádiz a mis hermanos Asdrúbal y Magón.

Mientras tanto, la Balanza reclutaba colonos y nombraba a los oficiales administrativos que habrían de hacerse cargo de la creciente burocracia de Hispania. Llegaban unos y otros en multitud creciente, atraídos por las fáciles ganancias, impacientes por enriquecerse, dispuestos a sangrar las antiguas colonias que mi padre reconquistaba o las nuevas que fundaba a lo largo de las costas levantinas. Gracias al ventajoso tratado, muchas factorías y mercados abandonados por los griegos pasaban ahora a dominio de pleno derecho de los púnicos.

En el ejército de Amílcar nuevos oficiales jóvenes y capaces fueron sustituyendo a los sicilianos muertos en combate o retirados de las armas por la achacosa vejez. Estos últimos recibían espléndidas fincas en la Turdetania y se retiraban a vivir en ellas rodeados de esclavos, de bellas muchachas gaditanas y de músicos. Cartalón, al que creo haber mencionado ya, se hizo cargo de la caballería; Asdrúbal Lacón, el medio libio que sólo pensaba en las mujeres y la pelea, entrenaba a los nuevos reclutas y los hacía combatir a la griega. Nuevos contingentes llegaban de África al mando de Amarca; más de dos mil númidas se alistaron en los regimientos de Nuras Ava, atraídos por las pagas y los regalos.

Después de conquistar la costa y de establecer nuevamente el comercio a lo largo de las tres vías de la plata tradicionales (por el Guadalquivir, por Baza y por Levante), Amílcar amplió sus conquistas hacia el interior del país. Cada cierto tiempo recibía una carta de la Balanza ordenándole que nombrase funcionarios gubernativos para el control y administración de los nuevos poblados y territorios. Pero lo último que Amílcar deseaba era aceptar la rémora de espías oficiales mantenidos a sus expensas. A cada nueva requisitoria recibida, Sileno, el eficiente secretario de cartas, respondía con su amable y fría prosa oficial que tal poblado o tal región distaban mucho de encontrarse totalmente pacificados. El territorio de la colonia hispánica se había duplicado en apenas ocho años, desde la llegada de Amílcar, pero, a efectos oficiales, sólo las antiguas factorías de la costa recibieron nuevos gobernadores designados por la Balanza. En el interior, los agentes comerciales de los Barca eran los gobernadores efectivos, con potestad para recaudar impuestos, alistar tropas, imponer penas y juzgar delitos reservados. Amílcar estableció un escalafón sobre los libros de su mayordomía y una escala proporcional de salarios y gratificaciones. De hecho algunos competentes empleados de la Casa del Comercio devolvieron sus credenciales al registro de la Balanza y se ajustaron con los Barca, atraídos por sus

salarios más elevados y mejores perspectivas de promoción futura. Este tipo de política iniciada por mi padre fue luego mantenida por Asdrúbal y después por mí mismo a través de nuestro fiel ministro Sileno. Sólo tuvo un problema: la mayoría de estos eficientes funcionarios continuaron espionando para sus amigos de Cartago. Pero esto lo supe cuando ya era demasiado tarde.

La explotación de tributos apenas alcanzaba para satisfacer las soldadas, recompensas y retiros del ejército. Por lo tanto los Barca nos reservamos el monopolio comercial de los más variados productos de la Turdetania: trigo, vino, aceite, cera, miel, tejidos, pez, cochinilla, minio (de mejor calidad que el de la tierra sinópica), sal fósil y lanas. Para escapar al control de los funcionarios de la Balanza, casi todo este comercio se encauzaba por puertos privados, principalmente los de Adra y Baria, y por otros de las vecinas costas Baleares y marroquíes a donde acudían las panzudas naves, de hasta dos mil ánforas de capacidad, que luego pasaban los estrechos de Sicilia y Cartago e iban a surtir los ávidos mercados del Este.

Cuando cumplí catorce años, Amílcar me concedió mando de tropa y me regaló una hermosa falcata. Así se llama el sable corto que usan los españoles. Su hoja no es recta sino en forma de ángulo, con el filo en la parte interior. Sus tajos infligen terribles heridas y son capaces de penetrar el escudo y cortar el brazo que lo sostiene o de decapitar limpiamente al adversario. En las fiestas hispánicas es frecuente el espectáculo de contemplar cómo los guerreros, excitados por la bebida, descabezan nervudos toros con un solo tajo de sus falcatas. Esta arma es lo más valioso que posee un guerrero hispano. La aprecia más que a su mujer y a sus hijos pues sin ella toda la familia perecería de hambre. Cuando quieren probar si una falcata es buena, la apoyan de plano sobre la cabeza y la doblan hasta que la punta y la empuñadura tocan los hombros. Luego la sueltan de golpe y el sable salta en el aire como un resorte y se endereza de nuevo sin que quede rastro alguno de torcedura: esto es indicio de que la hoja está bien forjada. El secreto de tal elasticidad reside, por una parte, en el hierro extremadamente puro y muy trabajado que utilizan y, por otra, en su labrado en frío, sobre dos láminas superpuestas de metal que van trabando a base de pequeños y repetidos martillazos, de manera que las caras exteriores se endurezcan convenientemente mientras que el núcleo interior se mantiene blando y elástico.

Entonces comenzó mi vida militar. Sosilos continuaba acompañándome, pero ya más como amigo que como preceptor, aunque seguía reprendiéndome cuando no prestaba atención a sus lecciones. En estos casos intentaba distanciarse otorgándome el título de «señor», lo que hacía que nuestra relación resultase bastante cómica, particularmente cuando yo fingía enfadarme, dejándome llevar por mi sangre fenicia según él, y amenazaba con hacerlo despellejar.

La primera misión importante que me encomendó Amílcar consistió en inspeccionar y reforzar la línea de castillos y recintos que vigilaba la vía de la plata a lo largo del Guadalquivir. Esta línea se extiende desde las mismas fuentes del río

hasta los llanos de Triana, en el lugar llamado Sevilla, donde hay un embarcadero de gabarras y una serie de almacenes.

Antes de remontar el río ofrecí el sacrificio acostumbrado a Fósforos, cuyo santuario está en la desembocadura. Es un lugar más pintoresco que sobrecogedor. Delante de la costa se extiende una dilatada barra arenosa salpicada de pecios en los que habitan suculentos langostinos. Grandes bandadas de pájaros de las más diversas especies cruzan constantemente por el cielo camino de las marismas. Las mareas se dejan notar más de cien kilómetros río arriba, favoreciendo la navegación de barcos de carga hasta los embarcaderos de Triana. Las penteras y barcos de menor calado pueden llegar mucho más lejos, hasta un poblado que llaman Córdoba, cuyos varones son famosos entre los turdetanos por la fecundidad de su pensamiento y rectitud de sus juicios, así como los griegos lo son entre nosotros. Este viaje fluvial es placentero, pues el río discurre entre arboledas y plantaciones de variadas especies cultivadas con gran esmero.

En invierno se desaparejaban los buques y cesaban los transportes fluviales. Entonces me retiraba al campamento principal, en Carmona, mientras que mi padre regresaba a Cádiz para cuidarse de organizar los envíos de plata. La flota de Asdrúbal Janto había aumentado a cincuenta penteras. En cada tornavuelta traía cierto número de familias púnicas que el sufeta del mar ajustaba para poblar las nuevas colonias y algunos lugares convenientes, entre ellos la propia Carmona.

En Carmona adopté las disposiciones necesarias para el mejor gobierno y defensa de la ciudad. Hice acampar a las tropas fuera de los muros, para quitarlos de comodidades y evitar que molestasen a la población, si bien dispuse que los númidas que tuviesen mujer e hijos se alojasen en la acrópolis. Por mi parte instalé mi residencia en una torre fuerte desde la que podía inspeccionar cómodamente la construcción de la puerta de Melcarte. Además, quedaba a un paso del campamento mayor, cuyas primeras chozas se apoyaban en la nueva muralla. Conservo un recuerdo especialmente grato de un invierno en que Sosilos vino a reunirse conmigo, siempre deseoso, como él decía, de atemperar mi natural inclinación hacia las bárbaras costumbres de la milicia. Más exigente que nunca, impuso que nos comunicásemos solamente en griego. Considerando que ya era llegada la hora de invertir mi talento en una obra de más ambición que las consabidas odas escolares, se empeñó en que redactara un ensayo extenso. Me propuso diversos temas, entre los que escogí el que me pareció menos tedioso: un comentario de las campañas asiáticas de Cneo Manlio Vulso.

Fue un invierno excepcionalmente lluvioso. Las riadas del Guadalquivir arrastraron el puente de barcas que Amílcar había construido la primavera anterior para el trasiego de los elefantes. La campiña se inundó. El campo de armas estaba tan encharcado que hubo que suspender los entrenamientos de la tropa. Obligado a permanecer inactivo en los vastos aposentos de la torre Melcarte, me entregué con verdadera fruición al estudio de los libros que Sosilos había traído de Cádiz y a la

composición de mi obra.

Cierro el ojo y puedo percibir el crepitar de los leños con que Hermión alimentaba la chimenea del salón mientras que la lluvia rebotaba sobre el alabastro de la ventana y las ráfagas de viento helado se colaban por debajo de la puerta removiendo la paja del suelo. Lo abro y vuelvo a estar prisionero en la devastada soledad de esta torre, en medio del abrasado desierto, en el otro extremo del mundo.

Por aquellas fechas Roma y Cartago acordaron un nuevo tratado que delimitaba, en la divisoria del río Ebro, sus respectivas zonas de influencia en Hispania. El arreglo resultaba muy ventajoso para Cartago puesto que claramente ampliaba nuestro territorio hasta mucho más al norte de lo que Amílcar hubiera soñado jamás. Al propio tiempo frenaba considerablemente las ambiciones de los marselleses y otros griegos al servicio de Roma. Este tratado provocó una voluminosa correspondencia entre la oficina de Sileno y numerosos comerciantes y senadores del partido bárquida. También recibimos una curiosa carta personal del propio Hannón, redactada en su característico ampuloso estilo asiático. En ella se congratulaba de los ventajosos términos del acuerdo y señalaba que en la legación que lo discutió figuraban varios miembros de su familia que durante las duras negociaciones habían seguido escrupulosamente sus instrucciones, lo que equivalía a presentarlo como logro personal suyo.

Cuando se conocieron los términos del acuerdo, Asdrúbal Janto propuso un brindis por las buenas noticias, pero Amílcar le dijo:

—Modera tu entusiasmo, hijo. El pacto no significa nada. Lo han negociado aprovechando la situación, que es, por el momento, desfavorable a los romanos. Roma se prepara para hacer frente a un ataque inminente por parte de las tribus galas. Está interesada en pacificar el lado del mar. Cuando acaben con los bárbaros ignorarán lo acordado.

Por la misma época de su carta, Hannón, al que las victorias de Amílcar enfurecían, pronunció un violento discurso atacando «el desorbitado imperio y los dominios regios —cito literalmente —que el Barca se abroga en Hispania». No tuvo demasiado eco en la Balanza. Aquel conciliábulo de mercaderes, cuyos negocios marchaban viento en popa gracias a las conquistas de mi padre, no estaba dispuesto a prestar oídos al cada vez más reducido grupo de los que lo atacaban. Máxime cuando, desde hacía ya cuatro años, Amílcar no había solicitado ningún subsidio de la Balanza.

Los asuntos de Hispania marchaban prósperamente, pero nos obligaban a vivir con las armas en la mano, como verdaderos celtíberos. En 228, estando en torno a Mélice, hubimos de hacer frente a una liga de tribus oretanas y celtíberas. En total sumarían unos cincuenta mil guerreros, en tanto que los efectivos de Amílcar apenas alcanzaban los dieciocho mil. Esta desproporción no era preocupante pues estábamos habituados a enfrentarnos a enemigos más poderosos y mejor dirigidos. Pero la víspera de aquel día aciago se produjo un presagio nefasto. A la imagen de Tanit de la

tienda sagrada se le desprendió un ojo. Arbal, el mayordomo, acusó a un esclavo de haberla manipulado negligentemente y le hizo cortar las manos. Garesaya, el sacerdote, realizó diversos ritos propiciatorios que incluyeron el sacrificio de diez bueyes. Volvieron a engastar el ojo en el rostro de Tanit, pero la bolita de pasta vítrea tornó a desprenderse del alvéolo ocular. Amílcar ocultó el augurio a sus oficiales para que no trascendiera a la tropa. Después continuó atendiendo los asuntos urgentes sin manifestar su propia preocupación.

Aquella misma tarde un heraldo secreto de Orison, uno de los reyezuelos conjurados, llegó al campamento. Orison había servido en otro tiempo en el ejército de Amílcar. En su largo mensaje declaraba su fidelidad y amistad por encima de los desacuerdos del pasado y solicitaba volver a la obediencia de mi padre. Para probar su sinceridad estaba dispuesto a pasarse con sus tropas en el apogeo de la batalla, con lo que sin duda inclinaría decisivamente la victoria de nuestro lado. Tan sólo exigía garantías de que, a cambio de su ayuda, Amílcar le aseguraría el dominio de trece poblados y una crecida participación en las rentas de las minas de Baelbelo. El trato era razonable. Amílcar accedió fiando en los solemnes juramentos del bárbaro.

Al día siguiente se celebró la batalla. En el momento más crítico las gentes de Orison volvieron sus lanzas con el hierro hacia el suelo y empuñaron las falcatas por la hoja. De esta guisa, rindiendo armas, se pasaron al bando púnico, según lo acordado. Con ellos traían varios carros ligeros que parecían contener sus equipajes más valiosos. Los situaron en una vaguada del terreno, en medio de nuestro ejército. Cuando sus hombres se hubieron mezclado con las filas de Amílcar, Orison completó su traición: hizo incendiar los carros al tiempo que volvía sus armas contra los cartagineses. Los carros contenían una mezcla de hilachas, sebo y azufre cuyos ponzoñosos humos asfixiaban a los que los inhalaban. La confusión fue espantosa. Mientras esto ocurría en nuestras filas, los bárbaros coaligados redoblaban el ímpetu de su ataque. Se enturbiaron las líneas de nuestras falanges libias, los aliados turdetanos que apoyaban los flancos comenzaron a flaquear. A poco el resto de los celtíberos cedía terreno ante el empuje de los bárbaros. Amílcar comprendió que no era posible continuar batallando en medio de aquel humo, por lo tanto decidió restablecer la defensa al otro lado del río Belgio, a cuya orilla estaba además nuestro campamento. Atropelladamente intentó cruzar la corriente para acudir al punto donde más urgentemente se requería su presencia. En el centro del vado su caballo perdió pie y lo descabalgó. Lastrado por la pesada coraza, las grebas y el yelmo, se fue al fondo y se ahogó delante de mis ojos y de los de sus hombres. No pudimos hacer nada por socorrerlo, tan súbitamente sobrevino la desgracia. Aquella misma tarde rescatamos su cadáver, aguas abajo.

Así acabaron los días de Amílcar, el más grande estratega que haya existido después de Alejandro, el más abnegado ciudadano de Cartago después de Dido, y el más virtuoso padre que haya merecido hijo alguno. Sólo una desventura ensombreció su vida que tanto brilló por sus grandes hechos: que el ingrato Senado de su ciudad

nunca secundara sus sabios proyectos ni advirtiera, en su ceguera, que la única ambición del Barca consistía en engrandecer a Cartago y restituirle la prosperidad y la gloria arrebatadas por Roma.

Asdrúbal Janto decretó honras fúnebres militares por el jefe muerto y aplacó la ira de Tanit mediante el sacrificio de mil prisioneros. Después levantamos el asedio de Mélice y regresamos a Acra Leuca para disponer las honrosas exequias. Sepultamos a mi padre en un sarcófago de mármol blanco, dentro de un espacioso hipogeo excavado en las canteras del Bolicón. Cuando la Balanza tuvo noticia de su muerte muchos senadores se desgarraron las túnicas y esparcieron ceniza sobre sus cabezas, pero Hannón pidió la palabra para censurar el enterramiento que le habíamos dispuesto. Alegaba que Amílcar había vivido y muerto como un rey y que ahora sus herederos le hacían un funeral faraónico en lugar de enviar su cadáver a Cartago para que reposara en el panteón familiar de los Barca, junto a las cenizas de sus antepasados, como era la costumbre. Probablemente Hannón tenía parte de razón. Amílcar había conquistado Hispania por su esfuerzo personal, casi sin ayuda del avaro Senado cartaginés; además, año tras año, se había satisfecho la vergonzosa indemnización romana con la plata que Amílcar extraía de Sierra Morena. ¿Qué había, pues, de censurable en el hecho de que se condujese como un rey? ¿Acaso no es mejor, desde Homero, que en las circunstancias difíciles de un pueblo, como era el caso de Cartago en aquella hora, un hombre solo, virtuoso y honrado, asuma la responsabilidad colectiva y tome las decisiones? Comprendiendo esta suprema razón, el grupo más numeroso de la Balanza votó honras fúnebres de primera clase. Hannón y sus secuaces objetaron, débilmente, que la república no podía permitirse tales dispendios, pero fueron silenciados por el abucheo de la mayoría.

El mismo día de la muerte de Amílcar, los oficiales de mayor rango se reunieron en asamblea para elegir al nuevo estratega. Unánimemente proclamaron a Asdrúbal Janto, obedeciendo así la voluntad de mi padre repetidamente expresada delante de fiables testigos. Luego designaron a Himilcón y Maharbal para que vinieran a comunicárnoslo a los Barca que permanecíamos en la Casa del Esparto observando el luto oficial. Cuando conoció la decisión de los generales, Quinón, el delegado de la Balanza en Acra Leuca, expuso sus objeciones:

—Yo soy el primero en admitir que si existe un digno sucesor del ilustre y llorado Amílcar, ése es Asdrúbal Janto. No obstante, mi deber es advertiros que, según la sagrada ley inscrita en el santuario de Baal, solamente el Gran Consejo que designa a los sufetas anuales tiene potestad para nombrar al estratega de ultramar. Por lo tanto propongo que fletemos hoy mismo una veloz trirreme con una consulta urgente al Gran Consejo. Después aguardaremos su pronto regreso con la confirmación de Janto, por la que hago votos a los dioses, o la de cualquier otro que designen para el cargo.

Iba a prolongar su discurso, pero Maharbal, impaciente, dio un paso al frente y dijo:

—La Balanza está lejos y mi gente no recuerda muy bien lo que es. Yo sí lo recuerdo: es una mano abierta para tomar el dinero que le envía el Barca pero siempre cerrada para darlo. ¿Quién se va a engañar? Los intereses púnicos en Hispania se están sosteniendo, desde hace años ya, con un ejército privado pagado no por la Balanza, no por el Gran Consejo, no por la tesorería de los sufetas sino por las finanzas particulares de los Barca. Por consiguiente es justo que un Barca suceda a Amílcar. Esto es lo que piensa el ejército.

Era lo que pensábamos todos, aunque ni yo ni mis hermanos, ni por supuesto Asdrúbal Janto, estuviésemos en posición de manifestarlo, como parte interesada. Todavía objetó algo más Quinón:

—Estoy de acuerdo —concedió —en el mérito de los Barca. Si tengo reservas sobre la elección de Janto es meramente porque no se están respetando las formas. Y la legalidad es importante en un mundo civilizado. Estamos procediendo como los ejércitos helenísticos que proclaman irregularmente a sus soberanos. Y el Barca no es un soberano.

—Puedes llamarlo como quieras —lo interrumpió Himilcón, malhumorado—. Nosotros obedecemos al Barca como si lo fuera. Si él acata o no las órdenes de la Balanza, eso es cosa suya. Y los celtíberos, los númidas y el resto de los mercenarios, que no son sospechosos de estar contaminados por las ideas de los filósofos griegos, piensan como nosotros. Quieren obedecer al que los dirige en la guerra, al que les distribuye el grano y al que les paga puntualmente las soldadas, no a una manada de orondos comerciantes, perfumados como prostitutas, que se reúnen cada sábado en la Balanza para aquilatar sus ganancias y decidir los intereses de sus fletes, aunque sea con el pretexto de servir los intereses de Cartago.

Con esto terminó Himilcón su parlamento y abandonó la sala seguido por el resto de los oficiales. A poco, una bulliciosa multitud de soldados procedente de los campamentos invadió las calles de la ciudad. Muchos de ellos se congregaron en el ágora, delante de la Casa del Esparto. Eran tantos que sus voces apagaban el sonido de la mar rompiente en el vecino embarcadero. Mientras el consejo familiar de los Barca deliberaba, ellos coreaban el nombre de Janto exigiendo su presencia y pisoteaban rítmicamente el suelo, como suelen hacer en sus fiestas.

Asdrúbal Janto no había aceptado aún el cargo. Se pasaba la lengua constantemente por el labio inferior, su gesto característico cuando estaba nervioso, y giraba lentamente el sello bárquida en torno al índice, en ademán reflexivo. No dijo nada. Se limitó a llamar al mayordomo y le ordenó:

—Di a los furrieles del puerto que repartan ración especial a la tropa y una medida de vino por cabeza.

El júbilo del ejército por la aceptación de Asdrúbal se desbordó ruidosamente por calles y plazas hasta bien entrada la noche. Yo la pasé en blanco, echado en mi jergón militar, delante de la ventana abierta. Bebía hidromiel en la copa de mi padre y contemplaba en la luna llena el pálido rostro de Tanit. Pensaba en Amílcar,

rememoraba mis días a su lado desde que me abrazó por vez primera en aquella penitencia del Cotón. A ratos no podía reprimir las lágrimas.

HIMILCE

Asdrúbal Janto inició su mandato conduciendo al ejército contra los carpetanos de Orison, al que hacíamos responsable de la muerte de Amílcar. Tomamos sus doce ciudades, pasamos a cuchillo a todo varón en edad de sostener armas y redujimos a esclavitud al resto. Después de esta victoriosa campaña, muchos pueblos del Levante y del Sur acataron la autoridad de los Barca. El momento era propicio para extender las conquistas por la meseta central, pero Asdrúbal era más negociador que guerrero. Después de aquel necesario acto de justicia, prefirió la diplomacia.

Se atrajo a muchos jefes indígenas con dádivas y promesas. Solamente cuando agotaba los procedimientos pacíficos recurría a los elefantes y a la caballería nómada. Por otra parte, las últimas campañas de Amílcar habían reducido considerablemente las fuerzas de la Liga. Muchos de sus más notables componentes habían licenciado a sus tropas. Estaban tan enemistados entre ellos que preferían sucumbir uno a uno antes que comprometerse en otra alianza. Así son los españoles, muy capaces individualmente pero del todo inútiles e irresponsables para el esfuerzo coordinado. Probablemente constituyen el pueblo más insolidario que existe.

Haciendo realidad un viejo deseo de mi padre, Asdrúbal fundó Cartagena, una nueva ciudad portuaria, al sur de Acra Leuca. Está situada en una ensenada natural que ofrece un magnífico fondeadero para la flota, en un emplazamiento ideal para atender tanto los asuntos de África como los de Hispania y las islas. Su puerto duplica en capacidad al Cádiz. No existe otro igual en el Mediterráneo. La nueva ciudad era tan excepcional que antes de que las franquicias de su colonia se determinaran, ya acudían a ella muchas familias de África y de Cádiz. Como las perspectivas comerciales eran superiores a las de los otros lugares de la costa, muy pronto Cartagena contó con gran cantidad de artesanos, marinos y comerciantes. Por si fuera poco, la diosa había derramado otros señalados dones sobre la ciudad. En sus proximidades se descubrió gran riqueza de plata y otros metales. Además, abundaba la pesca y los campos del entorno daban excelentes cosechas de grano y de esparto. Asdrúbal se hizo construir un palacio que nada tiene que envidiar a los más bellos de Cartago. Hizo también amurallar la ciudad, tanto por tierra como por el lado del mar, abrazando el puerto con dos castillos.

Gran parte del mérito de la fundación de Cartagena se debe atribuir a Atarbal. Es conveniente que, antes de proseguir, explique quién era este hombre. En sus humildes comienzos Atarbal fue un simple escribiente del consulado de los Hammón Bar. Después se estableció por su cuenta y se enriqueció con sorprendente rapidez. Al parecer adulteraba el minio añadiéndole cal. Pero un oficial de la Casa del Comercio

entró en sospechas y descubrió el fraude del modo más ingenioso: calentó el minio sobre una plancha de hierro hasta que se puso al rojo. El minio así asado se ennegrece, pero al enfriarse recobra su color primitivo. Si continúa negro es señal de que lo han adulterado. El de Atarbal permaneció tan negro como su propia suerte.

El Senado de Cádiz procesó a Atarbal, le confiscó todos sus bienes y lo desterró a Baria. Baria no era entonces más que una mínima factoría, una miserable aldea costera con dos o tres salazones que apenas daban trabajo a una docena de esclavos y tres o cuatro empobrecidos administradores. Atarbal se instaló en la peor choza del poblado y se puso a trabajar. La única posible riqueza del lugar era la pesquera y la salazón. Consiguió un préstamo de un antiguo socio, sin otro aval que el de su persona, ofrecida al precio de un esclavo corriente. Instaló una salazón que prosperó rápidamente. Liquidó el préstamo y adquirió tres esclavos. Siguió prosperando. Dos años después había comprado las ruinosas factorías de sus competidores y todo el poblado de Baria era suyo. Primero construyó una factoría de garón mayor, con amplias albercas de salazón, de la que ofreció, astutamente, baratas participaciones a los más ilustres y necesitados miembros del Senado gaditano. Cuando la factoría comenzó a rendir sazonados ingresos, el Senado desestimó las protestas de los fabricantes de la ciudad que inútilmente esgrimían el antiguo privilegio que les concede la exclusiva fabricación del garón. El legislador dictaminó que siendo Atarbal ciudadano gaditano, que sólo se encontraba en Baria accidentalmente, debido a su infortunado destierro, tenía derecho a comercializar garón dondequiera que estuviese. Después de esta declaración, sus socios en el Senado revisaron el proceso y encontraron nuevos indicios de culpa, con lo que duplicaron el tiempo del destierro para gozo suyo y desesperación de aquellos cuyos negocios estaba arruinando. Hay que decir que Atarbal se rodeó de los mejores maestros atuneros que había en Cádiz y construyó su propia flota de pesca a base de esos barcos pequeños que en Cádiz se llaman «caballos», por la figura equina que suele adornar sus quillas. Enviaba a estos barcos a la costa de Levante, donde abunda mucho el escombro. Consecuentemente aumentó la proporción de este pez en la receta tradicional del garón y disminuyó la de hocicos y paladares de atún y murena. Además, en lugar de permitir que la mezcla se curara en barriles de salmuera durante dos meses, sólo por la acción del sol, prolongaba algo el tiempo de su inmersión en piscinas y, antes de trasvasarla a los barriles, la calentaba en calderas de bronce. Por este procedimiento logró acortar el tiempo de fermentación y podía vender su garón unos días después de haberlo mezclado. Ciertamente presentaba un desacostumbrado tono negruzco, pero a pesar de ello resultaba tan aromático y apetitoso como el gaditano.

El mayor éxito de Atarbal fue la comercialización de su producto. Sus exportaciones directas a Roma y a Grecia aumentaron. Construyó su propia flota de transporte. Llegó a poseer cinco buenas penteras, algo panzudas, que de lejos parecían romanas, para escoltar sus naves de carga por las zonas infestadas de piratas. Lejos de contentarse con los mercados tradicionales, abrió otros nuevos en Siracusa,

Egipto y Siria donde, además, vendía miel, minio y ámbar. Sus negocios marchaban prósperamente. Era mucho más rico que antes y no olvidaba ofrecer succulentas participaciones a miembros influyentes del Senado de Cádiz y a otros de la Balanza cuando ampliaba su capital, cada dos o tres años. También se las ofreció a Amílcar y luego a Asdrúbal y después a mí. Uniendo mis participaciones a las que heredé de la Casa Barca llegué a poseer el equivalente a quinientos talentos de plata. La sociedad de comercio de Atarbal se llamaba La Palmera. Muy pronto fue famosa en todos los puertos cargueros del Mediterráneo.

Asdrúbal tuvo la idea de asociar a Atarbal a la obra de Cartagena. Le hizo una oferta generosa: conmutarle la pena de destierro en Baria y trasladarlo a Levante, a la nueva ciudad, al centro mismo de la pesca del escombro. Después de una calculada resistencia, Atarbal aceptó. Las perspectivas eran tentadoras: buen puerto, abundante sal, excelentes bancos de escombro y otros peces mayores frente a la misma salazón, y la posibilidad de trabajar sin la incómoda supervisión de los agentes fiscales y otros delegados de la oficina colonial. Estos depredadores llegados de la metrópoli quedarían excluidos de Cartagena puesto que la nueva fundación iba a ser la ciudad de los Barca, completamente financiada por la familia, prácticamente independiente de Cartago. Por otra parte, más de la mitad de los miembros de la Balanza estaban secretamente de acuerdo con Asdrúbal Janto y le toleraban de buena gana el inusitado grado de independencia que pretendía. A cambio recibían fabulosos sobornos, pagados en participaciones de La Palmera que adquirían a valor simbólico.

Atarbal puso manos a la obra. Se trasladó a Cartagena con sus colaboradores, adquirió quinientos nuevos esclavos, deforestó los montes cercanos para construir cubas y barriles, se reservó la mejor zona del puerto civil e instaló en sus cercanías una factoría de garón mayor que las gaditanas. Su mesa de despiece medía cerca de trescientos metros, toda ella de mampostería, con losa superior ligeramente inclinada para que la sangre y los desperdicios se pudieran baldear cómodamente sobre el canalillo atarjeado que desaguaba no en el mismo puerto, como es la sucia costumbre en otras salazones, sino en una ensenada que hay detrás de él, lugar muy rocoso y batido por el mar. Donde, por cierto, acudieron cangrejos en tan gran cantidad que el ingenioso Atarbal acabó incorporándolos, molidos, a una de las especialidades de garón que La Palmera elaboraba con destino a las mesas de los exigentes gastrónomos alejandrinos.

En la parte más ventilada y sana de la nueva ciudad, cerca de su palacio, Asdrúbal hizo construir tres amplios edificios. Allí albergó a los rehenes que los reyezuelos españoles le entregaban en prenda de sumisión. Sobre esto mencionaré un suceso que pone de manifiesto el carácter templado y benévolo de Asdrúbal Janto. Cerca de Acra Leuca existe un poblado edetano llamado Laelián, habitado por gentes de despierto ingenio. Los rehenes edetanos eran, en su mayoría, niños de corta edad, hijos o nietos de los régulos tribales. Pensando en educarlos y comunicarles el beneficio de la civilización, lo que haría de ellos, en un futuro, nuestros valiosos aliados, Asdrúbal

solicitó al consejo de Laelián el envío de uno de sus ciudadanos, que fuera instruido y limpio, para hacerlo maestro de estos niños.

Pero los laelianos, recelando que tal petición encubría la voluntad de obtener de ellos un rehén valioso, acordaron enviar al tonto del pueblo, varón de ingenio romo, cuyo nombre era Pacolozán. Asdrúbal no se lo tomó a mal. Antes bien regaló al pobre diablo una túnica gaditana, con cenefa de unicornios, que valía más que él, y lo despidió dándole licencia para que regresara a su poblado. En su lugar contrató a un colono de Acra Leuca que estaba familiarizado con la escritura hispánica de Levante.

En el tercer año del mandato de Asdrúbal Janto, al principio de la primavera, mi hermano Asdrúbal y yo viajamos hasta Aurigi acompañando a Monómaco, el oficial contador, que había de entrevistarse con ciertos régulos indígenas.

Aurigi dista dos días de camino de la mina Baelbelo, cerca de Sierra Morena. Dicen que su nombre significa «la que engendra oro», pero en todo este territorio solamente se encuentran minas de plata. Es sabido que en los tiempos antiguos, cuando aún reinaban los dioses sobre la tierra, la plata que ahora extraemos de las minas era oro. Se supone que la tierra está viva y la maldad del hombre la pervierte. Si los impíos siguen extendiéndose, lo que hoy es plata se convertirá, fatalmente, en plomo o en otro metal más despreciable todavía.

Aurigi es el más famoso santuario y oráculo de los oretanos. Está enclavado en la ladera de una montaña gris, en medio de un espeso bosque de encinas. La apariencia del santuario es modesta. Grandes piedras clavadas en tierra delimitan una circunferencia en cuyo centro se yergue un túmulo que cubre una cueva artificial. Esta cueva es el santuario: una angosta cámara guarda tres grandes esferas de piedra que representan la Tanit de los iberos. Debajo de las piedras mana una fuentecilla. Los devotos acceden a través de tres entradas distintas, dependiendo de la tribu a la que pertenezcan, lo que también determina el color dominante de los vestidos, rojo, blanco o negro. La ceremonia es simple: consiste en beber tres sorbos de agua de la fuente, tras de lo cual se recorren una serie de caminos rituales marcados con piedras pintadas de blanco. Luego hacen ofrendas de tortas votivas, compradas a los siervos del santuario a un precio abusivo, y las ofrecen a la voracidad de las aves sagradas. A continuación han de recorrer un camino procesional que los conduce hasta el bosque de encinas, en la ladera de la montaña. Allí, de la misma roca, brota un fresco manantial tan grueso como el cuerpo de un buey. Delante del manantial está la gran alberca lustral donde los devotos bañan sus dolientes carnes a la luz de la luna. Pernoctan en el bosque, entre cuyos árboles existen chozas votivas, que dan albergue a los enfermos, e incluso algunas posadas para descanso y seguridad de los pudientes. Al día siguiente sacrifican palomas, cabras, cerdos o toros, dependiendo de la importancia de la ofrenda y de la calidad del oferente. Otros se contentan con arrojar a un pozo pequeños exvotos de bronce o de barro cocido que figuran personas o aquellos miembros del cuerpo cuya curación se suplica a la diosa. Los que lo desean hacen sus consultas a la santa que custodia el manantial. A menudo han de aguardar

varios días antes de ser recibidos por la pitonisa, pero no tienen prisa. Cada noche se reúnen en un claro del bosque y danzan en corro en honor de la luna. Durante el día vagan de un lado a otro sin hacer nada, a lo que los oretanos son singularmente aficionados. Conversan, toman el sol, comen, beben, cantan, vuelven a conversar, juegan y se divierten. Hay gran cantidad de taberneros, aojadores, mesoneros, curanderos, vendedores, prostitutas, músicos y toda clase de gentes que viven de los devotos.

Este santuario tiene gran importancia para los oretanos y para las otras tribus vecinas. Allí se conciertan los tratos y alianzas entre pueblos y clanes. Allí, también, se acuerdan bodas, se compran y venden rebaños, se establecen los precios del metal o del grano y los guerreros se vinculan a sus jefes mediante solemnes juramentos.

Llegamos al santuario de la diosa en la época más concurrida. Por lo tanto hubimos de aguardar cuatro días hasta que nos llegó el turno para consultar a la santa. Una muchacha del servicio de la triple diosa nos introdujo en una espaciosa y oscura cabaña, con techo de cañas, cerca del manantial sagrado. La sacerdotisa estaba sentada en un escaño de madera. Era anciana y casi ciega. Profundas arrugas surcaban su rostro teñido de alheña. En la frente lucía un tatuaje con el árbol de la vida, similar al que suele adornar las hebillas de los españoles. Cuando advirtió nuestra presencia nos hizo una señal para que nos aproximáramos y nos tomó de la mano fuertemente con las suyas frías y sarmentosas. Sus vestidos olían mal.

—Tú eres Aníbal, el primogénito de la camada del león —me dijo con voz áspera pero juvenilmente clara. Y después de una meditativa pausa, añadió—: Te veo penetrar en el cubil de la loba. Te veo matar a sus lobeznos... —Tornó a callar por un momento, luego suspiró profundamente y prosiguió—: Pero la loba devorará al caballo. No dejará ni sus huesos. Devorará incluso las huellas de sus cascos sobre la blanda tierra. En cuanto a ti, Asdrúbal, hijo de Amílcar —prosiguió dirigiéndose a mi hermano—, te veo brotar de la niebla. Veo girar tus atónitos ojos por el aire, como un meteoro. Sangre en el agua. Veo agua y lágrimas.

Dijo esto y liberó nuestras manos. La muchacha que nos había introducido nos devolvió al exterior, donde aguardaba Monómaco que no había querido consultar a la santa, sospecho que por ahorrarse la pieza de plata de la ofrenda.

Aquella noche conocí a Himilce. Mucro, el pudiente régulo de Cástulo, nos había invitado, junto con todos los notables púnicos y oretanos presentes en el santuario, a un festín votivo en honor de la triple diosa. Comparecimos en cuanto se ocultó el sol. Ya estaban reunidos los celebrantes y los alimentos circulaban de mano en mano, en fuentes de madera: salpicón de ajuelo, picante morcilla de cebolla y piñones, ensalada y sabroso pan de trigo. Había, en el centro de la reunión, una hermosa cratera griega llena de aloque en la que el copero cebaba los vasos y cubiletes sin esperar a que estuvieran vacíos. Después de las libaciones, hombres y mujeres danzaron unidos de las manos al son de flautas y tambores, mientras los más ancianos animaban, palmeando y pateando rítmicamente el suelo. Recuerdo cada una de las menudas e

irrelevantes circunstancias de aquel encuentro como si hubiese ocurrido ayer. Tampoco he olvidado las palabras precisas en las que apareció engarzada la preciosa joya de tu nombre.

—Éste es Mucro, rey de Cástulo, de la ilustre estirpe de Castalio de Delfos, y ésta es su hija Himilce.

¡Himilce! Duce Himilce como la dulce manzana que madura prendida en la rama inaccesible, la que pasó desapercibida a los recogedores o, mejor aún, la que no se atrevieron a alcanzar. ¡Himilce! Aún dejo fluir las horas vacías de estas insomnes noches estivales saboreando la precisa articulación de tu nombre cuyos sonidos se diluyen en mis labios como un grumo de miel silvestre, fluyen de ellos, trocados en misteriosos acordes, para expandir su perfume de cinamomo en las densas tinieblas de mi aposento. Digo Himilce y articulo tu nombre lamiéndolo lentamente al pronunciarlo. Y te recuerdo como aquel día. Una muchacha de dieciséis años, delgada y menuda pero de redondas caderas y prometedores pechos. A una orden de tu padre tomaste la copa de manos del siervo y me ofreciste la bebida ceremonial procurando —como me confesarías más tarde, entre risas— que la piel de tus palmas rozara mi piel. Querías hacerme notar que eras la hija de un rey, que tus manos delicadas estaban limpias de callosidades, que no eras una bárbara ignorante del mundo o desprovista de refinamientos, ¿no fueron ésas tus palabras? ¿Cómo olvidar el cálido contacto de tu piel? Un hormigueo placentero me recorrió la espalda. Yo, que no era ajeno a las sofisticadas delicias que saben ofrecer las muchachas gaditanas, sentí que la azorada sangre me ardía en las mejillas todavía lampiñas y desnudas. Temí que se me notara. Tu padre, tus tíos, Monómaco, tus hermanos y los otros convidados se habían callado de pronto y asistían indiscretamente atentos, a nuestro primer encuentro. Me refugié en el apacible fondeadero de tus ojos melados, que rielaban hospitalarios debajo de los dorados abalorios de tu tocado ceremonial. Los grandes rodetes bordados, cuyas espirales abarcaban tus trenzas, ocultaban tu rostro a todos excepto a mí que te miraba de frente y creaban una ilusoria intimidación al enmarcar bellamente tus rasgos: aquellos labios frutales, aquella breve y huidiza barbilla, aquellos acentuados pómulos oretanos, aquel diminuto surco que la frecuente sonrisa había labrado sobre tu labio superior.

Aquella noche Monómaco se acostó algo borracho. Las muchas responsabilidades aún no le habían agriado el carácter, de modo que todavía se permitía algunas bromas. Desde su extremo de la tienda me dijo:

—Te ha gustado la hija de Mucro, ¿eh, Aníbal?

—Estaba contemplando las distantes estrellas cuya luz pálida filtraba la gastada lona del techo y pensaba en ti, ¿en qué si no?, pero me hice el distraído:

—¿Quién dices?

—No disimules: la hija del reyezuelo de Cástulo.

—¡Ah, sí! No está mal la muchacha. ¿Cómo dices que se llama?

—Sabes perfectamente cómo se llama. Se llama Himilce —profanó tu nombre

con su gangosa voz de borracho, giró sobre su espalda y un momento después comenzó a roncar.

Himilce. Era la segunda vez que escuchaba tu nombre. Velé toda la noche repitiéndolo en mi corazón, tratando de imaginarte desnuda, recreando las suaves formas de tus pechos y de tu sexo, sintiéndote ya carne mía, como la mía tuya. Cuando amaneció volví a visitar a Mucro, con la esperanza de verte de nuevo, pero la tienda de las mujeres permanecía cerrada. Regalé a tu padre una túnica ceremonial que pertenecía a mi hermano y él me correspondió con un talabarte sagrado, bordado con los signos de la luna y de Tanit. Antes de despedirnos me tomó del brazo y me dijo, confidencialmente:

—Lo ha bordado mi hija Himilce, ¿sabes?

El viejo brujo se había percatado de mi interés por ti. Volvimos a vernos al día siguiente. Esta vez llevabas una sencilla túnica azul ceñida por una trencilla de oro. Habías cambiado tu tocado por otro no menos ceremonial, formado de bucles que descendían en cascada, al estilo de Hathor. El viejo Mucro había estado parlamentando con Monómaco. Nos invitaba a visitarlo en Cástulo la semana siguiente.

HAMIL A HANNÓN ILUSTRE: ¡SALUD!

Hace siete meses que desembarqué en Cádiz después de un viaje preñado de peligros y tempestades, que arrostré animosamente por servirte. Desde entonces no ha transcurrido un solo día, ¡lo juro por las barbas de Melcarte!, en que no haya derramado amargas lágrimas añorando los gozos y comodidades que dejé en Cartago para servirte en esta tierra bárbara, habitada por demonios, dura y áspera. Si solamente me moviera a perseverar en tu servicio el insuficiente salario que ajustamos, no permanecería aquí ni un día más. No es el interés pecuniario, ilustre Hannón, sino el arrebatado amor que profeso a tu persona y a tu alta casa, lo que me mantiene uncido al pesado yugo de la tarea encomendada. Y la esperanza, generoso Hannón, de que sabrás recompensar mis privaciones y desvelos.

No me ha sido posible escribirte con seguridad antes de ahora. Me he movido por el territorio con ojo avizor y oídos alerta, siempre en el séquito del craso Atarbal, al cual sirvo a cambio de un estipendio ridículo. Ahora estoy en Cartagena, la nueva ciudad de Asdrúbal Janto, la réplica de Alejandría de este megalómano que aspira a emular las glorias de su epígono griego.

Asdrúbal es muy hábil. Une la probada astucia del zorro a la prudencia de la taimada serpiente. Se ha hecho muy grato a los indígenas. Ha tomado por esposa a la hija de uno de ellos, cuya autoridad se extiende por los montes de la plata. Halaga a sus brujos, se reúne a comer con sus jefes, agasaja a sus notables y los hospeda en su palacio. Periódicamente distribuye entre ellos vasijas griegas, espejuelos, cuentas

de vidrio, ánforas de garón (del averiado que no se atreve a exportar por miedo a que se lo rechacen en los puertos de destino), fíbulas, cinturones, espadas, túnicas teñidas y todos esos objetos vistosos y en su mayor parte inútiles a los que tan aficionados son estos salvajes.

Los régulos celtíberos son tan simples que no sólo se dejan engatusar con estas chucherías sino que, además, en su ignorancia, las corresponden con sólidas ofrendas de plata y se hacen lenguas de la magnanimidad de Asdrúbal.

Cada pocos meses, el tirano se deja ver por los santuarios de estos salvajes (hay quince o veinte de ellos, a donde peregrinan las muchedumbres en las fiestas sagradas). Allí hace ostentosas ofrendas sobre los altares de extraños dioses, fingiendo honrarlos como uno más. Con estas y otras manifestaciones no menos mentirosas e interesadas se asegura la fidelidad y colaboración de los reyezuelos del territorio.

Los hispanos creen que la Tanit ibérica revela a sus profetas y sacerdotes la sagrada escritura de sus lenguas. Basan esta creencia en el hecho de que casi nadie, aparte de los sacerdotes, sabe escribirla. Pues bien, el astuto Asdrúbal Janto se ha hecho instruir en esta escritura y ahora asombra a los hispanos y les hace creer que está inspirado por la diosa. Con estos y otros procedimientos, que renuncio a detallar por falta de espacio (un pliego de papiro vale en Cartagena media pieza de plata, cuatro veces más que la medida de vino, figúrate), está consiguiendo hacerse obedecer por un gran número de tribus y pueblos, sin necesidad de mover guerra contra ellos. No obstante mantiene y acrecienta el ejército que heredó de su suegro. En las distintas guarniciones y campamentos tiene, según he podido sonsacar a uno de sus mayordomos, con gran riesgo de que entrara en sospechas, me descubriera, me denunciara y me hicieran perecer de alguna muerte horrible, entre tormentos (el servicio que te estoy haciendo no se paga con dinero, ilustre Hannón). ¿Por dónde iba? Sí, por el ejército de Asdrúbal. Pues bien, actualmente dispone de unos sesenta mil infantes y seis mil jinetes y quizá hasta ciento cincuenta elefantes. Aunque continuamente solicita subsidios de la Balanza, según me consta, lo cierto es que no tiene problemas económicos pues solamente lo que obtiene de las minas y de las factorías de garón sería suficiente para armar y mantener al ejército de Alejandro y al del rey de Persia juntos. En las minas de Cartagena trabajan cuarenta mil hombres, en su mayoría esclavos. Ha acuñado monedas de plata para conmemorar la fundación de Cartagena. En ellas ha tenido la osadía de suprimir la efigie de Tanit para sustituirla por la suya propia, claramente ceñida con una diadema, al estilo de los reyes griegos. Este detalle revelará a la Balanza los verdaderos proyectos de los Barca que tú, sagaz Hannón, has venido denunciando desde que Amílcar partió para Hispania. En el reverso aparece el rostro de una pentera armada de espolones. No olvida que fue almirante de la flota y, si el Gran Consejo no vela por impedirselo, acabará construyendo su propia escuadra. Conocería los datos precisos de las ganancias que le permiten acariciar tales planes si dispusiera del dinero

suplementario que necesito para sobornar a las personas adecuadas.

No creas que el ejército del Barca permanece inactivo. Sus hombres no crían panza en las guarniciones. A menudo se ve precisado a emplearlos en operaciones de castigo. Pero entonces deja el mando a su cuñado Aníbal, el primogénito del Barca, y él se mantiene al margen, se deja ver paseando con grave semblante, fingiendo que le disgusta la violencia. De esta guisa aguarda a que los vencidos acudan a implorar su protección frente a la desatada furia de Aníbal. Los indígenas saben que si rechazan el interesado ramo de olivo que Asdrúbal Janto les ofrece no les queda más alternativa que la espada de Aníbal. De este modo, por la acción combinada de estos dos hombres funestos, se están sometiendo a los Barca no sólo las costas del Mediterráneo sino las regiones del interior, ricas en plata, hasta un mes de camino de los puertos, donde nunca antes habían pisado los púnicos.

En cuanto a Aníbal Barca, todo el mundo está de acuerdo en que será el sucesor de Asdrúbal Janto. Aníbal sólo tiene diecisiete años pero ya es un consumado estratega, como lo fue su padre. Es bien parecido, de frente despejada y ancha y recta nariz. Como se ha criado entre los hispanos, se conduce como uno más entre ellos, compartiendo sus bárbaras costumbres y haciéndose admirar por la única cosa que ellos admiran: el valor y el arrojo a los que, sin embargo, sabe unir la máxima prudencia cuando está metido en el peligro mismo. Ningún esfuerzo logra abatir su espíritu o agotar su cuerpo. Su capacidad de soportar el calor (que en la estación estival es aquí comparable al de los más tórridos desiertos), iguala a la de su resistencia al frío. Su apetito de comida y bebida es el que impone la necesidad, no el placer. Sus horas de sueño y de vigilia son las que sus deberes aconsejan en cada momento. Puede resistir tres días sin dormir y cuando lo hace no precisa mejor cama que el duro suelo, envuelto en su capote militar, compartiendo el peligro con sus centinelas y escuchas. Destaca entre los reyezuelos de los indígenas por ser el mejor de los jinetes y el más esforzado de los campeones, pues ha asimilado las formas de combatir griega e hispana y emplea una u otra, indistintamente, según la conveniencia del momento. Es igualmente hábil con toda clase de armas.

Al dador de esta carta le he prometido que recibirá de ti setenta piezas de plata. Él pretendía cobrar ciento cincuenta pero he regateado hasta bajar la cifra a la mitad. Como verás velo por tus intereses en todo momento, mi amo y señor.

Esto es cuanto tenía que comunicarte, ilustre Hannón. Tu fiel siervo sigue trabajando en tus intereses abnegada y devotamente, a pesar de las muchas privaciones, dificultades y peligros que corre en esta hostil guarida de los Barca. Que la gracia de Tanit y el ojo de Baal sean siempre contigo. Besa la orla de tu manto tu fiel siervo, Hamil.

Posdata: Te suplico que des instrucciones a tu mayordomo para que invierta mi salario de estos meses en participaciones de la compañía La Palmera. Me repugna añadir mi dinero al de los amigos del Barca, créeme que es la extrema pobreza de mi problemática ancianidad la que me fuerza a dar este paso doloroso. Que en la lista

de la Casa de Comercio figuren a nombre de mi anciana madre, así evitaremos sospechas. También he mandado sacrificar a Baal siete cabras en su nuevo santuario de Cartagena. Lo he hecho para impetrar éxito en tus empresas hispánicas. A cinco piezas de plata por cabeza (ya te dije que aquí los precios están increíblemente altos), hacen treinta y cinco. Te suplico que las añadas a mi salario estipulado. Otra vez salud.

El año 221, durante la fiesta de Baal, cuyos sacrificios constituyen los auspicios del nuevo año, una serpiente picó al caballo de Asdrúbal Janto. El sacapotras que sajó inmediatamente la pata del animal, para que la sangría expulsara el veneno, hizo su trabajo con tan mala fortuna que seccionó el tendón del pie. Asdrúbal Janto, apesadumbrado, ordenó sacrificar al animal.

Los auspicios no podían ser más desfavorables. El caballo es símbolo de Cartago y el sobrenombre de Asdrúbal, «janto», significa potro.

Pasado el tiempo de las celebraciones, el craso Atarbal había instituido la costumbre de organizar una cacería de venados a la que solía invitar a todos los jefes del ejército y a los más destacados oficiales de la compañía La Palmera. Yo no pude asistir aquel año. Como lugarteniente de Janto permanecí en Cartagena disponiendo lo necesario para el envío de un convoy urgente a Cartago.

Una noche Sosilos y yo tomábamos el fresco en la terraza de la Casa del Esparto mientras comentábamos a Homero. De pronto percibimos un galope la calle abajo. Era Ulpio, el criado de confianza de Asdrúbal Janto. Su rostro desencajado estaba cubierto de sudor y de polvo. Se arrojó ante mí y abrazó mis rodillas:

—¡Asdrúbal Janto ha muerto, señor! ¡Lo han asesinado!

Interrogué con la mirada al atónito Sosilos. También él había percibido aquellas fatídicas palabras.

—¿Qué dices? —acerté a preguntar a Ulpio, mientras lo obligaba a incorporarse.

—¡Un esclavo lo ha apuñalado! —tornó a decir Ulpio, con la voz cortada por los sollozos.

Trajeron el cuerpo de Asdrúbal Janto al anochecer del día siguiente. Lo sepultamos en seguida, porque era un poco obeso y los grandes calores de la estación habían acelerado su descomposición. El esclavo que lo había asesinado se llamaba Sodalís. Era uno de los siervos del régulo celtibérico Colendo, al que había derrotado la primavera anterior. Asdrúbal ordenó ajusticiarlo, como a todos los que vulneraban un pacto jurado. Al parecer, Sodalís estaba ligado a su jefe por un juramento de *devotio* que lo comprometía a no sobrevivirlo. Declaró que había aplazado su propia muerte hasta que los dioses le ofrecieran una ocasión de vengar la de su señor. Puesto en la cruz, después de cegado y de cortadas sus manos y pies, estuvo entonando roncós cantos guerreros hasta que le sobrevino la muerte. Los siervos de Asdrúbal Janto arrojaron el cadáver a los cangrejos.

A Asdrúbal Janto le dimos sepultura en el mausoleo de Amílcar. Creo que no he

mencionado que tres años antes se había casado con la hija del régulo oretano de Urgavona, no lejos de Obulco. La joven viuda asistió a las exequias con el cabello trizado y el rostro quemado con ceniza caliente, según la bárbara costumbre de su tierra. Durante toda la ceremonia no dejó de gritar, imprecando a los dioses que le habían arrebatado a su marido. Pasados unos días, no sabiendo qué hacer con ella, la doté generosamente y la devolví a su familia.

Con la estafeta que acompañaba al convoy de la plata envié tres cartas a Cartago en las que daba cuenta del fallecimiento de Asdrúbal Janto: una a mi hermana Adabala, la otra viuda del difunto, a la que tácitamente ocultamos que se había vuelto a casar en Hispania; otra a sus padres y hermanos y la tercera a la Balanza.

ANÍBAL, GENERAL

Transcurridos los funerales de Asdrúbal Janto, los oficiales del ejército me designaron sucesor en el mando. Decreté los sacrificios y celebraciones oportunas y los acostumbrados repartos de vino y grano a la tropa. Cartagena se animó con un alegre bullicio, pues Atarbal también había concedido una tarde de asueto a los trabajadores de sus factorías. Mientras la embriaguez propiciaba los alegres cantos, me recliné en el cuarto más apartado de la Casa del Esparto, allí donde había quedado depositada la Tanit bárquida desde la muerte de mi padre. Ungí con aceite a la diosa de taladrados pechos y postrado ante ella medité. Tenía veinticinco años. A esta edad Alejandro había derrotado a los persas y conquistado Susa y Babilonia. Este pensamiento me confortaba y parecía aligerar la pesada carga que descansaba de pronto sobre mis hombros. Amílcar esperaba de mí que completase su obra truncada por la muerte. Quizá Asdrúbal Janto la había aplazado excesivamente, desconfiando de sus propias fuerzas. Si yo imitaba a mi predecesor, muy pronto sería ya demasiado tarde. Cuatro años atrás Roma había sostenido una guerra contra los galos cisalpinos. Ahora estaba construyendo campamentos para alojar guarniciones permanentes al pie de los Alpes, en un territorio todavía insumiso. Si conducía pronto mis fuerzas a Italia, era seguro que contaría con la alianza de las tribus galas cisalpinas, a las que, probablemente, se unirían sus hermanos de otros lugares. Interrogué a la diosa. No sé cuánto tiempo permanecí delante de ella en suplicante silencio antes de percibir la señal de su aprobación: el aceite de la ofrenda había recorrido su cuerpo y goteaba sobre el mosaico del suelo formando un charco en forma de águila con las alas desplegadas. El signo de Júpiter romano. No obstante me abstuve de divulgar esta señal.

Había que preparar al ejército para una larga campaña lejos de sus acuartelamientos. Confirmé a Maharbal en el puesto de lugarteniente y ascendí a los más importantes oficiales de la nueva hornada. Al boyuno Cartalón lo hice jefe de la caballería. Como táctico era una nulidad, pero sus hombres lo adoraban por su probado valor y por su capacidad de engullir más que cualquier otro. A Asdrúbal Lacón lo puse al frente de los regimientos turdetanos. A mi hermano Asdrúbal, que tenía dieciocho años, le encomendé la marina. A Hano, el hijo de Bomílcar, del que me desagradaba su gratuita crueldad, lo nombré jefe de la infantería. No podía prescindir de un hombre tan astuto y sagaz en la guerra. A Calcas lo puse al frente de los acemileros e ingenieros. Al concienzudo Monómaco le encomendé la intendencia y a Alorco, un oretano cuya sagacidad era sólo comparable a la de Ulises, lo encargué de la información. El resto de los oficiales conservaron sus mandos según las naciones que espontáneamente los habían alzado por caudillos: los libios, Amarca;

los númeridas, Nuras Ava; los carpetanos, Carpón.

Por mediación de Atarbal, al que un sacerdote del santuario de Baal en Utica adeudaba cierta cantidad de dinero, pudimos conseguir una copia del informe que el almirante Himilcón depositó en el templo hace más de tres siglos. Himilcón no es tan famoso como Hannón, el que circunnavegó África, porque fue menos afortunado. La Balanza lo envió a explorar las costas septentrionales del Atlántico con objeto de hallar las fuentes del oro, del estaño y del ámbar. Estos preciosos productos llegaban a Cádiz por la ruta terrestre, a través de una serie de intermediarios que encarecían considerablemente la mercancía. Himilcón fracasó en su misión, pero su detallado informe parecía sugerir que los centros del oro estaban en dos ríos del otro extremo de Hispania, el Sil y el Miño. Concebí el plan de conquistar aquellos lugares atravesando las mesetas del Guadiana y del Tajo. De este modo podría, además, someter a las tribus celtíberas interpuestas y obtendría de ellas valiosos soldados con los que reforzar el ejército antes de conducirlo a Italia.

De todos los pueblos de Hispania, los celtíberos del interior son los más aptos para la guerra y los más crueles. Diestros en emboscadas, ágiles, astutos, frugales y disimulados. Usan un escudo pequeño, de dos pies de diámetro, y puñal o cuchillo. Los más pudientes se arman con cotas de malla, y cascos de tres cimbras, el resto viste cotas de lino y cascos de nervios. Todos son diestros en lanzar la jabalina, cuyo hierro dejan suelto para que quede dentro del cuerpo del adversario al extraer el asta. Su modo de vida es muy frugal. Comen solamente una vez al día y poco, apenas unas sopas en recipientes de madera, cuyo contenido calientan por medio de piedras enrojecidas al fuego. Se bañan en agua fría. Duermen con la cabeza tapada, para defenderse de los espíritus malignos que, entrando por las narices de los durmientes, se apoderan de sus cuerpos.

En la primavera de 221 invadimos las tierras de los celtíberos. Las tribus menores aceptaron pactar y se sometieron, pero los olcades resistieron con obstinada determinación. El mismo día que penetramos en su territorio capturaron una partida de forrajeadores libios. Al día siguiente fuimos encontrando sus cadáveres empalados en sangrientas estacas, despellejados y castrados, a lo largo del camino. Las almas de los muertos clamaban venganza. Doce cornejas sobrevolaron repetidamente al ejército y siempre se perdían por el lado de septentrión, indicándonos la dirección que habíamos de seguir hacia Altía Cartala, la capital de los olcades. Fuimos contra ella y le pusimos cerco. Era una meseta defendida por razonables taludes de piedra. Levanté una empalizada delante del río que lamía su vertiente y establecí fuerte vigilancia para que los sitiados no pudieran proveerse de agua durante la noche. A los pocos días agotaron sus reservas, pues no habían previsto las necesidades de los numerosos refugiados procedentes de las aldeas circunvecinas. Comprendiendo que la resistencia era inútil, me enviaron a sus ancianos para discutir los términos de la capitulación. Entregarían a los hombres que torturaron a mis libios y abandonarían el poblado intacto para que mis gentes pudieran saquearlo. De lo contrario proseguiría el asedio

y los esclavizaría a todos. Entregaron a los culpables y a otros cincuenta rehenes y todo el inmenso botín que habían atesorado en la aldea a lo largo de muchos años de pillajes sobre los territorios de las tribus limítrofes. En el reparto fui liberal con mis tropas, especialmente con los libios.

Aquel año no hubo más que sea digno de mención. Transcurrido el verano regresamos a Cartagena después de soportar algunas bajas debido a los calores asfixiantes.

En los anaqueles de la Casa del Esparto mi ausencia había acumulado una nutrida correspondencia. Había varios informes de Arbil en los que me ponía al corriente de la marcha de mis asuntos en la Balanza. Hannón había pronunciado algunos discursos incendiarios para descalificar mi expedición guerrera al interior de Hispania, de la que estaba sorprendentemente bien informado, incluso en sus menores detalles. Hannón me acusaba de usurpar las funciones del sagrado colegio, del Gran Consejo y de la Balanza. «Se ha proclamado rey, nombra a sus funcionarios, recluta sus tropas, recauda sus impuestos, entrena sus elefantes, construye su flota, acuña su propia moneda, funda ciudades, declara sus guerras, acuerda sus paces y se burla de nuestros enviados».

Después de los discursos de Hannón, Arbil visitaba a un número de senadores indecisos y les compraba el voto. Era liberal con los sobornos porque si las censuras de Hannón prosperaban, ello podría significar mi repatriación y proceso, quizá la cárcel o la confiscación y el destierro. Pero tres de cada cuatro senadores votaban por el partido bárquida y mi posición resultaba robustecida con cada moción sobre Hispania.

Aquel invierno fue singularmente fructífero. Mis colaboradores parecían entusiasmados con la idea de llevar la guerra a Italia. Hasta los mismos sargentos, de ordinario renuentes a las campañas largas, anhelaban el comienzo de ésta, estimulados por la ambición del botín. A menudo me reunía con los oficiales para discutir sobre aspectos de táctica. Alorco había conseguido, por mediación de un griego capitán de barco, un ejemplar del manual militar de Sexto Julio Frontino. Éste es el libro de cabecera de los generales y cónsules romanos. Lo analizamos y sacamos importantes conclusiones sobre lo que los romanos sabían y lo que ignoraban del arte de la guerra. Se deducía que ignoraban el empleo de la caballería, así como los diversos movimientos que una reserva ágil puede hacer para romper la línea de batalla del adversario.

Antes de que las lluvias dificultasen la navegación, envié a Monómaco a África con la plata necesaria para comprar cien elefantes domados, de los que númeradas y marroquíes capturan al pie de las montañas del Atlas. Es menester en este punto que diga algunas palabras sobre el elefante. Esta bestia apacible, que puede tornarse terrible cuando se excita, es el mejor medio que existe para desbaratar a la caballería y a la infantería, sea falange a la manera griega, o legión a la manera romana. Su sola presencia provoca terror en los caballos y en los hombres, particularmente en

aquellos que jamás los han visto. El elefante en sí es el arma, su propio volumen lanzado a la carrera, aplastándolo todo con sus patas, arrollándolo todo con sus terribles colmillos. No obstante, estas bestias son más terribles por el pavor que infunden que por el daño efectivo que causan. Tienen un grave inconveniente y es que, cuando se sienten heridas, se enfurecen y escapan a todo control. Entonces pueden revolverse contra sus propias gentes y causarles más daños que al adversario. Para paliar esta eventualidad, mi padre dispuso un escoplo y un mazo en el equipo de cada indi (así llamamos a los conductores de elefantes debido a que los primeros vinieron de la India) y a cada elefante le hizo tatuar un sol en el punto exacto de la nuca donde el indi debía clavar su escoplo para apuntillar al animal en caso necesario. A pesar de todo continúa existiendo un problema: a menudo el elefante se enfurece porque el indi que lo dirige, que es como su verdadero padre, puesto que se ha ocupado de él desde que era pequeño, ha resultado muerto en la batalla. Entonces no hay nadie ni nada que pueda detener al elefante ni poner término a su furia destructora.

Los romanos habían desarrollado, durante la guerra de Pirro, algunas estratagemas para enfurecer o espantar a los elefantes: soltar cerdos delante de ellos, agitar antorchas encendidas en sus proximidades o incluso sobresaltarlos mediante agudos trompetazos. Pero el entrenamiento de nuestros elefantes incluía su convivencia con cerdos, ejercicios nocturnos entre filas de antorchas encendidas y tañidos estentóreos de tubas y trompetas. No existe nada a lo que este inteligente animal no pueda acostumbrarse. Excepto, quizá, a dos cosas que lo humanizan: el dolor físico, particularmente en los sensibles pies o en la delicada trompa, y el dolor del alma cuando su indi muere. Es un hecho que el elefante está ligado a su cuidador por una amistad imposible de encontrar entre hombre y animal, si exceptuamos al perro. Con la diferencia de que el perro es servil por naturaleza pero el elefante es orgulloso y noble. Jamás olvidará una ofensa, jamás dejará de agradecer una caricia o un halago.

Como es natural, la noticia de que intentaba triplicar el número de mis elefantes llegó rápidamente a oídos de Hannón y provocó su enérgica protesta ante la Balanza. Recibí de Arbil una copia oficial del discurso. Siguiendo la pauta acostumbrada comenzaba haciendo memoria de la ambición de los Barca desde mi abuelo. Luego señalaba la estrecha relación que, desde Alejandro en adelante, ha existido entre los tiranos helenizantes y el empleo militar de elefantes. Yo, como príncipe más griego que púnico que aspiraba a ser, pretendía fundar mi efectiva monarquía hispánica sobre la posesión de un ejército de elefantes. Terminó su intervención solicitando una solemne censura, pero su votación se aplazó hasta que yo pudiese ofrecer alguna explicación que justificara la masiva compra de elefantes. En una carta, redactada en los más solemnes términos, expuse mi sorpresa ante las desmedidas acusaciones de que era objeto por parte del ilustre ciudadano Hannón, cuya enemistad hacia mi casa enturbiaba su, por otra parte, claro y preciso juicio. Luego argumentaba que del

mismo modo en que Hannón criaba excelentes caballos, un utilísimo animal de guerra, con fines pacíficos, puesto que era el primer agricultor de la república y necesitaba de estos nobles animales en sus campos de cultivo, yo criaba elefantes con destino a mis explotaciones mineras de Hispania. Monómaco redactó un informe adicional en el que se explicaba la utilidad del elefante en la minería. La Balanza aceptó mis explicaciones. Los dos tercios de los votos del partido Barca se inclinaron contra la censura de Hannón. A la salida de la votación Tago Hermo comentó, en voz alta, de modo que el furioso Hannón pudiese escuchar sus palabras:

—¿Qué nuevas sorpresas nos tendrá reservada la vejez? ¡Elefantes para las minas! A este paso cualquier día de estos sancionaremos la contratación de lanceros núbidas como amas de cría.

Una ocurrencia que fue muy celebrada en los mentideros del mercado y en el Cotón.

En cuanto cesaron las lluvias y los días se fueron haciendo más largos regresamos a la tierra de los celtíberos. La cosecha se anunciaba excepcionalmente buena y cabía la posibilidad de que pudiésemos conseguir gran cantidad de grano si llegáramos al territorio de las tribus hostiles en la época de la siega. Esta vez la marcha fue más rápida que en la campaña anterior, pues al principio transcurría por tierras ya sometidas. Pero al llegar al país de los vacceos encontramos a un gran ejército que superaba en número al nuestro, si bien era de esperar que los nueve elefantes que nos acompañaban decidirían fácilmente la batalla.

Antes de proseguir será mejor que diga algunas palabras sobre los vacceos. Estos pueblos viven de la cría de caballos, bueyes y ovejas y un poco del cultivo de grano. No existen entre ellos ricos ni pobres porque todos los bienes son comunes y pertenecen a la tribu. Los pastizales y campos de cultivo se sortean cada año entre los hombres libres. Los animales nacidos, así como el trigo y la cebada cosechados, se guardan en corrales y silos públicos de los que cada familia toma la parte que les corresponde. Los vacceos son singularmente sobrios. Beben agua, duermen en el suelo, llevan cabellos largos como sus mujeres, aunque al entrar en combate se los ciñen con una banda que varía de color según la categoría del sujeto. Como el trigo y la cebada son escasos, casi todo el año se alimentan de bellotas crudas o molidas, de cuya harina hacen pan. A veces se hartan de carne de cabra, cuyos machos sacrifican al dios de la guerra, siempre en número de cien. Más raros son los sacrificios de cien hombres o de cien caballos, cuya sangre beben. Sus juegos son el pugilato, la carrera y los simulacros de batallas campales. Hasta hace muy poco tiempo desconocían el vino. Cuando lo consiguen lo beben inmoderadamente, sin mezcla de agua, hasta que caen borrachos. Muchos han muerto de estos excesos.

Las leyes vacceas son estrictas y simples. A los asesinos se les despeña, a los parricidas se les lapida fuera de los límites del poblado, a los prisioneros se les cortan las manos.

La capital de los vacceos es Salamanca. Le pusimos sitio y, después de algunas

escaramuzas y tanteos, en las que ellos llevaron la peor parte, enviaron parlamentarios. Me sorprendió lo rápidamente que llegamos a un acuerdo. Estuvieron conformes en entregar trescientos talentos de plata y trescientos rehenes.

Como el camino del norte era largo y el tiempo apremiaba, acepté levantar el cerco y proseguir mi avance antes de que los vacceos hubiesen reunido la plata del rescate. Acordamos que la entregarían, en el plazo de un mes, al jefe de la reducida guarnición que dejaba en Salamanca para velar por el cumplimiento de los acuerdos. Dos días después, el único superviviente de esta guarnición logró alcanzarnos. Los vacceos habían capturado a todos sus compañeros y les habían dado muy crudas muertes. No podía dejar sin venganza esta felonía. Suspendí el avance y regresamos sobre Salamanca dando un rodeo, pues era previsible que los indígenas tuvieran vigilados los caminos del norte. En efecto, llegando desde el sur conseguimos sorprenderlos y tomamos la ciudad al asalto. Permití su saqueo sin restricción alguna, para que la fama de lo allí ocurrido sirviese de escarmiento a los pueblos circunvecinos. Capturamos gran cantidad de esclavos, si bien una parte de ellos lograron evadirse al día siguiente, pues las mujeres sacaron algunas falcatas escondidas debajo de sus ropas y las entregaron a sus hombres. Éstos atacaron a sus guardianes y, matando a muchos de ellos, les tomaron caballos con los que se dieron a la fuga.

A los pocos días capturamos otra ciudad vaccea llamada Zamora. Uno de los prisioneros que hicimos en ella era carpetano. Al principio pretendió hacerse pasar por tratante de ganado, pero el sagaz Alorco entró en sospechas y lo interrogó hasta que obtuvo de él la información que pretendía ocultar. Supimos que se estaba formando una potente federación de tribus carpetanas, olcades y vacceas cuyo objetivo era cortarnos el paso cuando regresáramos a Cartagena y arrebatarnos el botín de la campaña. Muchos pueblos menores, entre ellos los sometidos el año anterior, aguardaban al resultado de esta lucha para decidir si se unían o no a los enemigos de Cartago.

Al día siguiente los libios capturaron a un faraute vacceo. Por él supimos que la federación había reunido un ejército de cincuenta mil hombres. Era más de lo que cabía esperar, pues superaba con mucho al número de mis tropas. Pero yo era joven y me crecía ante la adversidad. Planeé la batalla cuidadosamente y me demoré durante unos días, para dar lugar a que el adversario me alcanzara junto al río Tajo, en los vados de Talavera.

Al amanecer del día de Orión aparecieron las tribus hostiles a nuestra espalda, como oscura y amedrentadora nube. Cuando se percataron de que nos habíamos fortificado y advirtieron que no intentábamos huir, instalaron su campamento a tres kilómetros del nuestro. Aguardé a que la noche ensombreciera los caminos. Entonces ordené que las patrullas de exploradores se replegaran hasta casi las puertas del campamento, para dar lugar a que los pisteros y espías del adversario pudieran observarnos con toda comodidad. Luego desmonté el campamento y cruzamos el río

por sus vados, ordenadamente. Cartalón dirigió el peso de una parte de la caballería mientras que Nuras Ava y Maharbal guardaban la zaga, con los escuadrones de jinetes númeradas, preparados para repeler cualquier posible ataque. El cruce se realizó sin novedad. Al otro lado del río había una amplia y despejada llanura que remataba en un altozano. Elegí aquel lugar, a un kilómetro del río, para instalar de nuevo mi campamento. Mientras los auxiliares oretanos y los prisioneros se dedicaban a cavar, hice que el resto del ejército descansara y estuviera listo para combatir al amanecer.

Con las primeras luces del alba los carpetanos, vacceos y olcades iniciaron el cruce del río. Jinetes e infantes se mezclaban desordenadamente. Algunos cantaban, otros se demoraban en medio de la corriente y jugaban entre ellos, mojándose unos a otros. Confiaban en reagruparse en la orilla opuesta antes de atacarnos. Naturalmente no les di esa oportunidad. En cuanto los primeros hombres empezaron a llegar a nuestra orilla, lancé sobre ellos a toda la caballería. Cientos de adversarios murieron en medio de la corriente alanceados por los feroces númeradas, mientras que los que alcanzaban la orilla eran pisoteados por los elefantes. Al ver la matanza que los proboscídes perpetraban en sus compañeros, los que todavía no habían comenzado a cruzar el río se retiraron hacia su campamento en completo desorden. Entonces lancé sobre ellos al resto de mis hombres, la caballería de Nuras Ava y Asdrúbal Lacón, que, cruzando nuevamente los vados, rodearon al enemigo por su flanco izquierdo, mientras que la infantería les daba alcance en su desordenada fuga. En su campamento hallamos gran cantidad de grano y alhajas así como cincuenta mujeres, de otros tantos régulos y caudillos. Hice repartirlo todo, ellas incluidas, entre los hombres que se habían distinguido en la acción y concedí faleras de plata a los más destacados.

Durante los días siguientes permití que los númeradas devastaran los campos del entorno mientras recibía las delegaciones de los vencidos y pactaba con ellos el rescate de los prisioneros y las condiciones de paz. A cada tribu sometida impuse un tributo de trigo, caballos y guerreros, proporcionado a su población y riqueza. De este modo obtuvimos más de seis mil caballos hispanos que, sin ser tan buenos como los númeradas, resultan igualmente resistentes y valiosos. Quizá convenga advertir que los caballos celtíberos se parecen a los africanos en que galopan con la cerviz rígida y tendida, lo que provoca las burlas de los ignorantes romanos que llaman «deformis» a esta carrera. Pero estos caballos feos y lanudos superaron a los suyos en el campo de batalla. Algunos celtíberos sostienen que sus potros son descendientes de las yeguas lusitanas de Lisboa. Dicen que estas yeguas salvajes pastan en los acantilados, delante de la mar oceánica. Cuando sopla el viento favonio, es decir, el céfiro, respiran las fecundantes auras que trae del mar y quedan preñadas de él. Los potros resultantes son velocísimos en la carrera, pero tienen el inconveniente de que sólo viven tres años. Sin embargo, el cruce de estos potros con las yeguas celtíberas produce caballos de longevidad normal e igualmente veloces. Es de notar que el pelo de los caballos celtíberos es atabanado, pero cambia de color a medida que se va acercando a las

zonas costeras.

Después de la derrota y sumisión de los bárbaros regresé a los cuarteles de invierno. Alorco había reunido gran cantidad de información procedente de los prisioneros, lo que nos permitió hacernos una idea de los pueblos que encontraríamos antes de llegar a los ríos auríferos. El país me pareció suficientemente sometido como para permitir que mi hermano Asdrúbal prosiguiera la empresa de alcanzar las costas del norte en dos o tres campañas.

Llegaron los días grises y lluviosos. Para combatir el tedio solíamos reunirnos en la Casa del Esparto y pedíamos a Alorco que nos ilustrara sobre el resultado de sus pesquisas.

—De los pueblos que habitan las montañas del mar superior —decía paseando su tranquila mirada por el atento auditorio de oficiales—, el más notable es el de los astures. Entre ellos son las mujeres las que detentan el mando. Tienen curiosas costumbres. Cuando una mujer va a dar a luz, el presunto padre de la criatura que va a nacer se acuesta en el lecho y finge padecer los dolores del parto mientras que la parturienta continúa cultivando la tierra como si nada fuese con ella, hasta que el recién nacido se desliza fuera de su vientre, sin ayuda alguna. Los viejos no se suicidan, como es la costumbre de los pueblos de la meseta. Antes bien reciben respeto y atención hasta que mueren por causas naturales. Para defenderlos del frío, que en aquellas altas montañas es singularmente intenso, los reúnen en un aposento en cuyo suelo han dispuesto sucesivas capas de paja y excrementos humanos que, al fermentar, emanan gran cantidad de calor. De este modo la colectividad se ahorra la leña necesaria para calentar a tantas personas improductivas.

Cartalón estallaba en carcajadas que hacían temblar cómicamente su cada vez más voluminosa barriga.

—Me parece —decía entre risas —que encuentro más humana la costumbre celtíbera del suicidio de los viejos.

—Cada pueblo tiene, sus hábitos —observaba Alorco, severamente—. Yo no los juzgo. Digo lo que hay. Por lo demás, estos astures tienen otras costumbres que te parecerán igualmente censurables. Se aclaran la garganta con orines al levantarse. Por la noche, antes de acostarse, bailan a la luna, que raramente ven, porque sus cielos están ordinariamente nublados. Practican también una forma curiosa de madurar el queso, enterrándolo en pilas de estiércol caliente para que el calor lo fermente. Un tal Osoro, astur, me lo ha hecho probar: es un queso excelente, aunque apesta.

—Se me revuelven las tripas de sólo pensarlo —terció Cartalón.

—No tengas cuidado, general —replicó Alorco—. Darte a probar ese queso sublime sería como arrojar flores a los cerdos.

A principios de la primavera me casé con Himilce. La ceremonia se celebró en el templo de Tanit, en Cartagena, aunque ciertos ritos ibéricos la complementaron en el santuario de Auringis donde nos habíamos conocido. Intercambié costosos regalos con los familiares y amigos de Mucro que formaron parte de la comitiva nupcial.

Decreté tres días de fiesta oficial así como repartos extraordinarios de grano y vino en los campamentos. Himilce cautivó a todos con su belleza y cordialidad. Incluso logró que Monómaco no protestase por los dispendios que la boda acarrearba a la intendencia del ejército. Por espacio de una semana me retiré, con mi joven esposa, a una finca de recreo que Atarbal poseía en las afueras de Cartagena. Allí viví los días más plenamente felices de mi vida. Pero el tiempo del placer es siempre breve y en el fondo de su incierta copa acecha el sabor amargo de la muerte.

LA DESTRUCCIÓN DE SAGUNTO

Es el momento de referirme al contencioso de Sagunto que fue causa directa de mi guerra con Roma. En el norte de Hispania, por Vasconia y Teruel, no lejos de las fuentes del Ebro, habitan los túrdulos y turboletas. Estos pueblos extraen de sus minas un hierro de excelente calidad. Yo disponía de buenos armeros celtíberos y oretanos pero el hierro que conseguíamos en el sur era insuficiente. Por lo tanto envié a Alorco, con una misión comercial, para que adquiriera todo el hierro del Ebro. Los túrdulos objetaron que si dejaban de venderlo a sus tradicionales clientes, los poderosos saguntinos, éstos se lo arrebatarían por la fuerza. Debo advertir que los saguntinos comerciaban con este hierro vendiéndolo a su vez a los marselleses, aliados de Roma. Dentro del Senado romano existía una importante facción, la de los Fabios, que poseía grandes intereses económicos en Marsella y sus colonias.

Disipé los temores de los túrdulos comprometiéndome a defenderlos de cualquier agresión. A pesar de ello los saguntinos los atacaron. Entonces, haciendo honor a mi compromiso, conduje inmediatamente al ejército contra Sagunto. Los impíos romanos, cuyo desprecio por los tratados es bien conocido, me advirtieron, hipócritamente, que no interviniese en aquella contienda. Les repliqué que Sagunto se encontraba por debajo de la línea del Ebro y, por lo tanto, en territorio de nuestra jurisdicción. Argumentaron, con sofisma desvergonzado que, de acuerdo con el tratado de Sicilia, Cartago no podía atacar a los aliados de Roma, entre los que ahora se encontraba Sagunto. Aún tuve la paciencia necesaria para enviarles una respuesta legal: la letra y el espíritu de aquel tratado se referían a los aliados de Roma en el momento en que se firmó, no a los aliados futuros.

Este estéril intercambio de mensajes y embajadas estaba claramente condenado al fracaso. Roma quería la guerra. Había decidido que era llegada la hora de destruir Cartago y buscaba cualquier pretexto para emprender las hostilidades.

Sagunto está situada sobre la meseta plana de un elevado cerro. Sus muros, asentados sobre el borde mismo del escarpe, son inexpugnables excepto por el lado de Poniente, donde el terreno se allana. En esta parte se alzaba la puerta del Toro y la muralla era más elevada y robusta.

Antes de sitiarla, Alorco y otros oficiales habían reconocido las defensas de la ciudad haciéndose pasar por mercaderes. Las murallas eran potentes y bien construidas, a la manera griega. Decidimos que las expugnaríamos por medio de una torre rodante que dominase su adarve mientras los arietes golpearan la puerta del Toro.

A finales de febrero sitiamos la ciudad. Dividí mis tropas en tres campamentos.

Maharbal y Calcas se encargaron de dirigir sus obras, así como la circunvalación. Una semana después, concluidos los preliminares necesarios y armada la torre rodante, tanteamos por vez primera la ciudad. Una tropa de auxiliares libios que se aproximó al muro fue recibida con una espesa lluvia de falaricas. La falarica es una jabalina de largo y aguzado hierro en cuyo extremo suelen ensartar una bola de estopa y pez que encienden en el momento de arrojar el arma. El aire aviva la llama de tal manera que cuando la falarica se clava en el escudo del adversario, éste se ve obligado a desprenderse de él quedando indefenso ante un segundo proyectil.

A pesar de las falaricas y de las piedras arrojadas, la torre rodante se aproximó a la muralla hasta una distancia óptima para que los honderos baleares actuaran desde la plataforma superior. El primer día muchos jóvenes saguntinos perecieron con los sesos esparcidos por los certeros glandes de plomo que disparaban los baleares, pero al segundo ya habían ideado manteletes de madera sobre los que rebotaban los proyectiles. Entonces retiré a los hombres y los sustituí por libios entrenados en el lanzamiento de jabalinas y un equipo de griegos que sabían manejar ballestas. A pesar del duro castigo que recibían, los saguntinos defendieron valerosamente sus muros y estorbaron eficazmente la aproximación de los arietes. Lejos de contentarse con la mera defensa de sus adarves, de vez en cuando hacían osadas salidas y esparcían la muerte entre mis hombres.

Mientras estas cosas ocurrían a la luz del sol, en las tinieblas del interior de la tierra, Calcas dirigía a cinco cuadrillas de mineros traídos de Cartagena, que se turnaban día y noche excavando una mina. Cuando el túnel hubo alcanzado los cimientos del muro de la ciudad, en las proximidades de la puerta del Toro, lo ensancharon y ahondaron en aquel punto hasta socavar el subsuelo de dos torres, que dejaron entibadas sobre secos maderos. Estos trabajos se prolongaron durante más de un mes. Mientras tanto, la lucha era cada día más encarnizada y los muertos y heridos se producían por igual en los dos bandos. Los saguntinos organizaban audaces salidas nocturnas contra nuestros campamentos y puestos de guardia, en las que nos infligían numerosas bajas. También enviaban individuos sueltos, escogidos entre los más valerosos de la ciudad, para que asesinaran a nuestros centinelas y desjarretaran nuestros animales. Cuando lograban secuestrar a uno de los nuestros lo despeñaban al día siguiente, despellejado y castrado, desde la casamata que protegía la puerta del Toro.

A pesar de mis elevadas pérdidas, mantuve la línea continua de vigilancia, reforzándola en los lugares donde era menester, pues estaba claro que la ciudad no andaba escasa de buenos guerreros y que, a la postre, sería menos costoso rendirla por hambre. Era, por tanto, imprescindible asegurarse de que no recibiera suministros desde el exterior.

En Sagunto recibí mi primera herida importante. Fue en el transcurso de una de las escaramuzas a las que diariamente asistía, vestido con una simple túnica orlada de rojo, a usanza de los soldados celtíberos. Una falarica, certeramente lanzada desde el

muro, me atravesó limpiamente el muslo dando conmigo en tierra. Detrás de mí combatía Hermión, el fiel esclavo que aún hoy me acompaña en mi desventura. Entonces era un guerrero robusto de veinte años, al que todavía los continuos sufrimientos no le habían secado el juicio. Al verme herido volcó delante de mí un mantelete y al amparo de sus gruesos maderos me arrastró hasta ponerme fuera del alcance de las falaricas. Afortunadamente el arma que me había herido no estaba enherbolada, por lo que sólo hube de permanecer hospitalizado en mi tienda durante mes y medio, bajo los atentos y exigentes cuidados de Danón, el cirujano. En ese espacio de tiempo únicamente se produjeron malas noticias. Los saguntinos resistían más de lo previsto; las puertas, sostenidas por un muro interior, no cedían al empuje de los arietes y los nómidas y celtíberos se impacientaban y conducían el asedio torpemente, pues están acostumbrados a combatir en campo abierto y se adaptan mal a las disciplinas de la poliorcética.

Finalmente la mina estuvo lista y se produjeron los augurios favorables que esperábamos. Ordené incendiar los maderos que sostenían los cimientos de las torres. Cuando el fuego los consumió, los muros se hundieron en el hueco de la excavación y las dos torres y el lienzo intermedio se desmoronaron pesadamente, como si se los tragara la tierra, levantando una inmensa nube de polvo. Todo el ejército se había congregado delante de la ciudad para presenciar el desplome de la alta muralla. En cuanto se disipó la polvareda sonaron las tubas, se inclinaron los estandartes y los hombres se lanzaron al asalto de las brechas con un griterío ensordecedor. Fue un nuevo fracaso. Los escombros de las torres desplomadas eran tan altos que constituían, por sí solos, una nueva muralla. Una multitud de jóvenes saguntinos se habían precipitado a defenderlos haciendo de su desesperado valor un obstáculo más firme que el de las derrumbadas piedras. Durante más de tres horas se combatió sobre los escombros con inusitada fiereza. Los hombres perdían pie con facilidad y eran ensartados por las armas del adversario al menor descuido. Mientras tanto, en las partes del muro aún intactas, se había congregado una gran multitud de defensores que lanzaban sus falaricas sobre los asaltantes que acudían a las brechas. Sus tiros verticales provocaban tal carnicería en nuestras filas que los hombres apenas podían avanzar, estorbados por los cadáveres amontonados de sus camaradas. En vista de aquel desastre hice sonar las tubas y ordené retirada.

Aquel día los saguntinos celebraron los acontecimientos como si los dioses les hubieran dispensado una gran victoria. Durante toda la tarde nos provocaron desde las agrietadas murallas, agitando sus enseñas y despeñando de vez en cuando el torturado cadáver de un prisionero. Quizá deba notar que, aunque se comportaban como bárbaros incivilizados, en los aspectos de organización de la defensa no lo eran tanto. Había entre ellos muchos mercenarios griegos, excelentes soldados y estrategias cedidos por Marsella, alguno de los cuales tenía conocimientos de fortificación suficientes como para dirigir la construcción de un segundo muro detrás del que se había desplomado.

Al tercer mes de asedio, la trirreme de vigilancia que patrullaba la costa frente al puerto de Noplón, avisó que dos penteras romanas se acercaban con bandera de parlamento. En ellas venía una embajada del Senado romano. El recurso de enviar espías disfrazados de parlamentarios, para reconocer la posición y fuerzas del adversario, es ya muy antiguo, pero los morlacos romanos insisten en emplearlo como si se tratara de una novedad. Lógicamente no estaba dispuesto a permitir que pusieran sus pies en mis campamentos. Dejé a Maharbal al mando de las operaciones y acudí a Noplón para recibir a los romanos en el mismo muelle de ataque. Hice instalar una tienda, con lechos transportables, frutas, vino y todas las comodidades necesarias para honrar a tan distinguidos visitantes.

Las velas rojas se destacaron en el horizonte y fueron agrandándose a medida que se acercaban. Tres filas de largos remos se abatían rítmicamente, alzando espumas a cada costado de las naves. Eran dos embarcaciones sólidas y fiables aunque un tanto pesadas de líneas, a la manera romana. En cualquier caso es digno de admiración que los romanos, un pueblo de tierra adentro, fuesen capaces de aprender por sí solos, en medio de los azares de la guerra de Sicilia, el arte de la navegación: sus primeras penteras fueron meras imitaciones de las nuestras, copiadas, pieza a pieza, de un derrelicto cartaginés que hallaron en sus playas.

Estaba abstraído en estos pensamientos cuando la voz de Asdrúbal observó a mi lado:

—Boga del herrero. Estos destripaterrones quieren alardear de pericia en las artes de la mar.

Los legados romanos desembarcaron en un extremo del muelle. Eran dos ancianos ataviados con togas largas cuya blancura hacía juego con la de sus canosos aladares. Los escoltaban dos altos oficiales que lucían sendas corazas ceremoniales adornadas de medallones y cintas. Los saludé en griego, pero los legados ignoraban este idioma, como era de esperar. Oficiando de intérprete, Sosilos tradujo al latín mi saludo. El que parecía de más autoridad me entregó un rollo sellado con una cinta púrpura. Los invité a pasar a la tienda y les ofrecí asiento, que aceptaron después de una breve vacilación. Sin embargo rechazaron el refrigerio que Hermión les presentaba.

Por medio de un sudoroso intérprete chipriota que venía con ellos expusieron su embajada. Roma estaba dispuesta a tomar medidas severas si no levantábamos inmediatamente el cerco de Sagunto. Aquella ciudad aliada de la república estaba bajo su protección. Les expliqué —una vez más— que, en virtud del tratado del Ebro, Sagunto quedaba en la demarcación de Cartago y que, por lo tanto, estaba en mi derecho al atacarla. Cuando vieron que por el lado de la discusión legal no iban a conseguir nada, cambiaron de táctica y se ofrecieron a parlamentar con el Senado saguntino por si fuera posible alcanzar con su mediación un compromiso honorable. Rechacé esta pretensión alegando que el campo en torno a la ciudad era peligroso y por lo tanto no me atrevía a afrontar la responsabilidad de permitir que pudiera

ocurrirles alguna desgracia mientras eran mis huéspedes. Insistieron en hacer el viaje. Si era necesario redactarían un documento que me eximiera de toda responsabilidad. Me negué tercamente, invocando a los dioses. Mi hermano asistía al tira y afloja con una media sonrisa en los labios. Finalmente, los dos legados intercambiaron una mirada iracunda y, despidiéndose fríamente, tornaron a embarcar. Permanecimos en el muelle hasta que se hubieron alejado los cinco largos que establecen las leyes de la cortesía. Entonces hice seña para que dos de nuestros trirremes los escoltaran mar adentro y eso fue todo.

La siguiente escala de los embajadores romanos fue Cartago. No se anduvieron con rodeos. Me acusaron de vulnerar los tratados y exigieron mi entrega inmediata a Roma. Concedieron a la Balanza un plazo de tres días para que tomase una decisión. Fueron tres días de intensas y caldeadas sesiones. Hannón pronunció uno de sus más memorables discursos. Me definió como joven malcriado que no puede resignarse al reposo y que arde en deseos de reinar. Su ampulosa oratoria alcanzó dimensiones homéricas:

—¡Aníbal empuja hoy sus torres y manteletes contra Cartago; son las murallas de Cartago las que quebrantan los golpes de sus arietes; las ruinas de Sagunto (ojalá me equivoque) caerán sobre nuestras cabezas! Esta guerra comenzada contra los saguntinos será necesario que la sostengamos contra Roma. Me preguntaréis: ¿qué hacer entonces? ¿Qué hacer? ¡Sólo hay una posible respuesta: destituir y entregar a Aníbal como razonablemente exigen los ofendidos romanos! Sé muy bien que a causa de mi enemistad con su padre cualquier cosa que diga sobre el asunto se interpretará aviesamente. Pero os juro por mis dioses familiares y por el sagrado manto de Tanit que si de mi propio hijo se tratara no vacilaría en entregarlo a Roma para salvar a nuestra república en esta hora angustiosa. Si odio y detesto a ese joven no es porque sea un Barca sino porque es una furia, una tea de guerra, que acabará por perdernos a todos.

Cuando Hannón acabó su discurso sólo algunos dispersos aplausos de sus amigos agrícolas saludaron su intervención. A continuación tomó la palabra Arbil. Recordó que la guerra no había partido de mí sino de los saguntinos que atacaron a nuestros aliados turboletas. Recordó los pactos que Roma había traicionado desde los tiempos antiguos. Denunció que, en el caso presente, Roma tergiversaba la letra y el espíritu del tratado del Ebro. También leyó los últimos informes recibidos de Roma. Estaba claro que su Senado se estaba preparando activamente para la guerra contra Cartago. Finalmente recriminó ásperamente a Hannón porque, llevado por su odio hacia los Barca, defendía la causa de Roma incluso con mayor vehemencia que el propio Valerio Flaco. Para terminar recordó que la prosperidad de Cartago, y de muchos de los allí presentes, se debía, en gran medida, a los recursos que se recibían de Hispania.

La Balanza saludó las palabras de Arbil con una gran ovación. Valerio Flaco partió al día siguiente con la respuesta de Cartago: confirmaba mi mando en Hispania

y aprobaba la guerra saguntina.

Mientras tanto, el asedio de Sagunto progresaba lentamente. Los españoles se aburren en los asedios largos, ya que carecen de la constancia necesaria para sostener el esfuerzo continuado. Por otra parte profesan una especie de miedo instintivo a las ciudades, tan acostumbrados están a la vida en míseros poblados o a la intemperie. Después de abrir penosamente un corredor a través de los escombros del muro exterior, los arietes batían diariamente el segundo muro. Nuestras bajas eran elevadas, pero los honderos baleares, desde el resguardo de sus manteletes, causaban un daño semejante a los saguntinos. Por otra parte los alimentos escaseaban dentro de la ciudad. Algunas cuadrillas de saqueadores intentaban conseguir comida en nuestros campamentos, atacándolos por sorpresa, pero eran rechazadas con grandes pérdidas.

La caída de Sagunto era sólo cuestión de tiempo. Suspendí los costosos asaltos y me limité a reforzar el cerco. Mientras tanto surgieron problemas en otros lugares. Algunas tribus oretanas y carpetanas se habían sublevado contra los recaudadores de Atarbal que les exigían un tributo extraordinario en bienes o en hombres. Los alistamientos de años anteriores habían reducido considerablemente el número de guerreros jóvenes de muchos poblados. Ahora sus consejos se negaban a ceder más por miedo a quedar indefensos. Constantemente llegaban quejas de Monómaco: ¿Cómo puedo reunir el trigo y la plata necesarias para que el ejército reciba sus soldadas si tus recaudadores condonan la obligación del tributo a las tribus que aportan mercenarios?

Tenía razón. Por lo tanto decidí sacar el dinero de otra parte. Aumenté los impuestos de las colonias y factorías de la costa, donde se acumulaba toda la riqueza. Atarbal y los suyos elevaron sus quejas a la Balanza. Indiqué a Arbil que compensara generosamente las pérdidas de los senadores que tuvieran intereses en Hispania. La Balanza continuó apoyando mis medidas.

En medio de tantos quebraderos de cabeza una buena noticia vino a hacerme más llevaderos los afanes del asedio. Himilce había dado a luz a mi hijo Aspar. Derramé aceite votivo sobre la cabeza de Tanit para que aquel hijo nacido de española fuese el más señalado descendiente de Amílcar. Y una vez más renové los solemnes votos por la caída de Sagunto.

Esta vez la diosa pareció mostrarse menos esquiva. Un prodigio terrible acaeció en la ciudad anunciando el final del asedio. Un niño que estaba a punto de nacer y ya asomaba la cabeza fuera del claustro materno, rompió a llorar y tornó a penetrar en él, como si adivinara la desolación, el horror y la muerte que le aguardaban fuera de aquel palpitante refugio. El mismo día que acaeció este suceso, la acción combinada de tres arietes logró abrir un portillo por el que penetraron algunos regimientos libios de Amarca que habían llegado la víspera. Se combatió encarnizadamente durante toda la mañana, entre un fragor de casas incendiadas que se desplomaban con estrépito taponando con sus escombros las estrechas calles. Los saguntinos habían incendiado la ciudad antes de refugiarse en la acrópolis, donde concentraron sus

bienes y familias. Al atardecer se produjo una tregua espontánea, pues los combatientes estaban exhaustos y no habían probado bocado desde la mañana. Recorrí las humeantes ruinas de la parte conquistada. Había por todas partes esqueléticos cadáveres que aún se aferraban a sus armas. A algunos les faltaban trozos de carne, lo que nos confirmó los rumores que aseguraban que en la ciudad había muchas personas que, enloquecidas por el hambre, se habían entregado al canibalismo.

Retiré a los exhaustos libios y los reemplacé por celtíberos y carpetanos. Luego sobrevino la noche. Dejé a Maharbal a cargo de las operaciones y me retiré al campamento. Apenas había conciliado el sueño cuando me despertaron para traer ante mí a un legado saguntino, una especie de tembloroso espectro de ojos enloquecidos y mirada febril que dijo ser magistrado de la ciudad y llamarse Alcón. Sus conciudadanos lo habían designado para tratar las condiciones de una posible capitulación.

—Has de saber que el pueblo ignora mi misión —advirtió—. Las prolongadas privaciones han fanatizado a la gente de tal manera que lincharían inmediatamente a cualquiera que mencionase la palabra rendición.

Reflexioné un momento, recordando con fastidio los sufrimientos de mis hombres a lo largo de los ocho meses que duraba ya el asedio.

—El tiempo de la clemencia ha pasado ya —le dije—. Ahora las condiciones son éstas: abandonaréis la ciudad y os estableceréis donde yo disponga, fuera de la ruta de la costa. Se os entregará trigo para simiente y campos de cultivo pero tendréis que entregar intacto todo lo que contiene la ciudad, armas y riquezas. Y tendréis que indemnizar a los túrdulos por los bienes que les arrebatasteis.

—No puedo regresar con esas condiciones —repuso Alcón, consternado—. Los senadores me matarían.

Se hizo un incómodo silencio. Finalmente intervino Alorco:

—Yo puedo ir a Sagunto y exponer esas condiciones.

Amaneció un día gris y lluvioso de octubre. Una bandada de cornejas cruzó el cielo volando hacia poniente. Confortado por este augurio favorable, el regimiento Saguntino (que desde entonces se llamó así) formó sus escuadrones delante de las humeantes ruinas. Detrás de él se fueron agrupando los nómadas y celtíberos restantes. Alorco, vestido de túnica blanca de parlamentario, subió lentamente la cuesta de acceso a la acrópolis y entregó su espada a la guardia avanzada de los sitiados.

Les había concedido una tregua de dos horas antes de reanudar el asalto, pero Alorco estuvo de regreso mucho antes. Su discurso había sido singularmente breve:

—Aníbal os ofrece la vida y una nueva ciudad a cambio de Sagunto y de cuanto contiene.

Los saguntinos prefirieron perderlo todo. Su terquedad hispánica se combinó con el orgullo griego para inmolarlos en un absurdo holocausto. Habían amontonado los

muebles, enseres y tejidos más preciosos en la plaza de armas de la alcazaba. Formaron una pira con todo ello y arrojaron a las llamas el oro, la plata, las armas y cuanto pudiera tener algún valor. Los que deseaban entregarse a la clemencia del vencedor y conservar la vida no se atrevían a manifestarlo, por miedo a despertar las iras de aquellos exaltados que se habían erigido en custodios del procomún y habían decidido prolongar la lucha hasta el total aniquilamiento.

Hice sonar las tubas y nos lanzamos al asalto final con todas las tropas disponibles. Maharbal me había hecho notar que incurría en una innecesaria acumulación de hombres, dada la precaria situación de los defensores, su debilidad y su reducido número. No obstante, a pesar de que su observación era razonable, mantuve la orden. En realidad sólo pretendía remunerar con la venganza a los que durante los interminables meses del crudo asedio habían sufrido heridas y soportado lluvias y fríos. Tomaron la acrópolis y el resto de la ciudad y la estuvieron saqueando hasta que sobrevino la clemente noche, pero aun entonces algunos excitados grupos de nómadas prolongaron el horror de la matanza a la luz de los dispersos incendios. Pasaron a cuchillo a todo el que hallaron con las armas en la mano y cautivaron a todos los demás.

Los romanos han hecho circular la especie de que el pueblo saguntino se inmoló heroicamente, arrojándose en masa a la pira donde ya ardían todas sus pertenencias, para que mi victoria fuese estéril. Nada más lejos de la realidad. Es cierto que las tribus españolas del interior son muy capaces de cometer una atrocidad semejante, pero Sagunto era una ciudad bastante culta y helenizada. Exceptuando las dos o tres docenas de fanáticos que en los últimos meses del asedio se habían impuesto al Senado y que, quizá, resistían a ultranza porque estaban persuadidos de que no tendríamos piedad con ellos, el resto prefirió la esclavitud a la muerte. Hubo algunas ejecuciones injustificadas, que yo opté por ignorar, y las inevitables secuelas de mujeres y niñas forzadas por los lascivos nómadas, pero, en general, no se produjo más horror del que puede padecer cualquier ciudad asaltada.

El botín fue mucho mayor de lo que esperábamos. Los contadores de los regimientos tardaron tres días en inventariarlo y otros tantos en distribuirlo equitativamente entre los oficiales y tropa. Los que habían participado en otras fases del asedio pero habían sido relevados, también recibieron su parte. En cuanto a mí, renuncié al tercio que me correspondía de la quinta parte de la reserva oficial. Tan sólo retuve algunos vestidos y joyas, que envié a Himilce y al santuario de Melcarte gaditano.

Dejé al cuidado de la ciudad una guarnición suficiente, con instrucciones de reparar la acrópolis y apuntillar el recinto exterior. Luego regresé a Cartagena.

LA PARTIDA

A principios de octubre, una trirreme ligera que lucía en el supparum el caballo del Gran Consejo, entró en el puerto de Cartagena y atracó en el muelle de la sal, frente a la Casa del Esparto. El joven y apuesto oficial que dirigía la maniobra desde la tarima de toldilla vestía la toga blanca y las insignias doradas del heraldo del sufeta del mar. Antes de que descendiera a tierra, la esperada noticia de la que era portador se divulgó rápidamente por factorías y arsenales: estábamos en guerra con Roma. Después de veintitrés años nuevamente empuñábamos las armas contra el labriego ladrón. La hora suprema que todos esperábamos había sonado.

Apenas presté atención a la comunicación oficial de la Balanza. No obstante, y sólo por guardar las formas, convoqué al consejo de altos oficiales en la Casa del Esparto y les comuniqué la nueva. El heraldo del sufeta quedó igualmente sorprendido de la indiferencia con que mis generales acogían la noticia y de la pueril alegría con que sus asistentes partieron a galope para comunicarla a las tropas acantonadas en torno a la ciudad. Promulgué un día de fiesta oficial, lo que daba derecho a ración suplementaria de grano y doble medida de vino. Incluso Monómaco estuvo de acuerdo en que la ocasión lo merecía.

El hombre del sufeta tenía prisa, pero aguardaba un informe detallado de mis planes antes de regresar a Cartago. Mientras tanto, sus hombres embarcaban las provisiones necesarias para zarpar cuanto antes. Temían que los romanos interceptaran la nave antes de que pudiese alcanzar las seguras costas de África. Tampoco yo deseaba a estas gentes molestas merodeando por el puerto y los arsenales, así que ordené a Sileno que redactara un documento evasivo.

—¿Evasivo? — se extrañó.

—Sí —le respondí—, cualquier información que facilitemos a la Balanza estará en manos de los romanos antes de que cambie la luna.

—¿Qué escribo entonces, Aníbal? ¿Cómo piensas defender Hispania?

—En otros tiempos griegos y romanos llevaron la guerra a las murallas de Cartago, ¿no es así? Va siendo hora de que nosotros la llevemos a las murallas de Roma. Sileno no parecía muy convencido.

—¿Escribo eso?

—Eso precisamente. Ni la Balanza ni los romanos van a creerlo.

—Tampoco yo lo creo —murmuró Sileno al retirarse. Era más de lo que podía asimilar su lógica cabeza griega.

En los días siguientes aumentó la actividad de los campamentos. Diariamente analizaba la situación con el consejo de oficiales. Opté por confiarles francamente

toda la información de que disponíamos, incluyendo la más confidencial. Era consciente de que no podía confiar en todos ellos. Cartalón hablaba por los codos en sus frecuentes borracheras y Asdrúbal Lacón se mostraba excesivamente locuaz con las cortesanas que metía en su cama. Pero, a pesar de ello, deseaba que cada uno de mis hombres se considerase personalmente implicado en la dirección de la guerra a su más alto nivel, que todos ellos se ejercitaran en sopesar las dificultades y en aportar las soluciones necesarias. Lamentablemente se mostraron mucho más perspicaces en señalar los defectos de mi plan que en sugerir posibles alternativas.

Desde los tiempos de Amílcar el mundo había cambiado mucho. Los romanos se habían fortalecido considerablemente. Ahora dominaban toda la península itálica, directamente o a través de la Liga que presidían. Informé de estas circunstancias a mis oficiales antes de exponerles las líneas maestras de mi estrategia.

—Muchos de los pueblos ahora aliados a Roma —les dije—, se han sometido a ella por la fuerza, después de sufrir sangrientas represiones. Si ven en suelo italiano a un enemigo poderoso que puede liberarlos de la opresión romana, se unirán a él. Sólo necesitamos asestar los golpes iniciales, demostrar a los italianos que las legiones romanas no son invencibles, persuadirlos de que nuestro propósito no es reemplazar a Roma en su dominio, sino aniquilar su amenaza sobre los intereses púnicos de Hispania y África y recuperar las islas y puertos que nos arrebataron después de la guerra siciliana. Poseemos informes fiables de la situación actual. Los galos del norte, que fueron derrotados hace solamente cinco años, aguardan con impaciencia nuestra llegada para unírseles. Es más, algunas tribus, los boios y los insubrios, militan ya, desde hace dos meses, contra la loba. Roma había previsto enviar un ejército a Hispania y se ha visto obligada a aplazar su partida a causa de esta sublevación. Los oprimidos pueblos itálicos del sur, apulos, lucanos y brutios, nos recibirán como a libertadores. Y el rey de Macedonia, cuyos intereses marítimos han sido esquilados por Roma, nos apoyará con su potente escuadra en cuanto advierta que la alianza con Cartago le puede restituir los puertos perdidos.

Maharbal, recientemente herido durante un encuentro con rebeldes vacceos, hizo un involuntario movimiento con su brazo vendado y gimió de dolor. Deseaba intervenir.

—Tú dirás, Maharbal.

—Todas estas alianzas que propones me parecen muy necesarias y convenientes, Aníbal. Pero ¿se sabe algo de las fuerzas romanas? Antes de que los pueblos sometidos llamen a tu puerta tendrás que vencer a Roma.

Cedí la palabra a Alorco como responsable de la información. Alorco fue breve, como siempre. Le gustaba mucho más escuchar que ser escuchado.

—Roma cuenta con doscientos setenta y tres mil hombres libres en situación de servir en el ejército. Esta cifra puede aumentar hasta trescientos cincuenta mil si se movilizan los reservistas de más edad —interrumpido por un profundo suspiro de desaliento que emitió Maharbal, hizo una breve pausa antes de proseguir con

persuasiva voz... pero incluso esta cantidad puede doblarse si contamos a los posibles reclutas de tribus, ciudades y clanes de la Liga itálica.

Asdrúbal Lacón resopló, señal inequívoca de que tenía algo que decir:

—Según esas cifras —intervino—, Roma puede poner en el campo de batalla una fuerza cinco veces superior a la nuestra. Aun suponiendo que la mitad de ellos sean de inferior calidad, todavía la proporción nos es muy desfavorable. Además combatirán en suelo propio, cerca de sus graneros y depósitos, a la sombra de sus murallas y refugios y sintiéndose estimulados por el sagrado deber de defender sus santuarios, sus mujeres y los sepulcros de sus padres.

—Y no hay que olvidar que ellos cuentan con una flota poderosa que no tardará en barrer del mar a nuestras penteras —añadió Monómaco.

—Sin una flota que nos apoye y que lleve refuerzos de Hispania, podemos fracasar —concluyó Himilcón—. Opino que antes de arriesgarnos a atacar Roma en su propio suelo debemos contar con una flota similar a la suya o superior. Y no en Cartago, a merced de las mañas del Gran Consejo, sino en Hispania, una flota nuestra.

Los jóvenes oficiales hispanos presentes asintieron vigorosamente a las palabras de Himilcón. Intenté resumir la situación de la marina sin resultar demasiado crítico con la Balanza.

—Como sabéis, los navíos de guerra no pueden construirse sin la autorización expresa del Gran Consejo, y el Gran Consejo está, en último término, en manos de Hannón, que odia a los Barca. La Balanza es dominio de los mercaderes y de los armadores civiles. Éstos hacen su negocio más próspero en Hispania y, por lo tanto, se inclinan a favorecernos. Pero el Gran Consejo está integrado por terratenientes del partido agrícola que, desde la guerra de Sicilia, está enfrentado a la Balanza. El ejército mercenario depende de la Balanza y por lo tanto es cosa nuestra, pero la marina, sus oficiales y sus barcos, son responsabilidad del Gran Consejo. Ellos despachan los empleos de almirantes y capitanes de la flota, generalmente, como sabéis, entre sus propios hijos o parientes. El mar tiene algo de sagrado para ellos, desprecian a los que lo contaminan con el innoble comercio. El hecho de que nuestra marina esté comandada por semejantes nulidades es lo que explica que haya sido repetidamente derrotada por los labriegos de Roma cuyas mastodónticas penteras causarían irrisión si no fuera porque estamos acostumbrados a que causen terror.

—¿Quieres decir que tendremos que resignarnos a hacer la guerra sin flota de apoyo? —preguntó Hano.

Dejé que respondiera mi hermano Asdrúbal.

—Con muy pocos barcos —repuso—. Insuficientes para plantear un desembarco de tropas. Además, aunque obtuviéramos el permiso necesario, llevaría años traer de Cartago los carpinteros necesarios y construir semejante armada.

Los oficiales jóvenes intercambiaban alarmadas miradas.

—Hemos de confiar —los tranquilicé —en que, cuando estemos en Italia, el Gran

Consejo reconsiderare su postura bajo la presión popular y se decida a enviarnos los barcos necesarios. Tendrá que aceptar el hecho de que si fracasamos no sólo estarán en peligro nuestras rutas comerciales y colonias sino sus propios campos de cultivo africanos.

La discusión se prolongó hasta que empezó a oscurecer. Alguien sugirió que los esclavos trajesen luces, pero preferí suspender hasta la mañana siguiente la discusión de los detalles de la campaña.

Conducir nuestro ejército hasta el suelo romano a través de una ruta terrestre implicaba recorrer un largo y difícil camino, atravesando tierras ignotas. Era presumible que tuviésemos que enfrentarnos a la hostilidad de pueblos poderosos; era seguro que habría que salvar anchos ríos y escarpadas montañas. Cuanto más meditaba sobre el asunto más problemática encontraba la empresa. Pero, por otra parte, ésta era la única alternativa posible una vez excluido el transporte por mar. El aspecto positivo de aquel absurdo itinerario era que nos garantizaba la sorpresa. Los romanos no podían sospechar que sus tradicionales enemigos del sur, la potencia marítima de Cartago, iba a atacarlos por tierra y desde el norte.

Pero también Roma ideaba sus planes y no eran menos audaces que los nuestros. El cónsul Sempronio Longo desembarcaría en África con dos legiones y se lanzaría directamente contra Cartago mientras el otro cónsul, Cornelio Escipión, atacaba las colonias de Hispania con objeto de impedir que acudiéramos en auxilio de la metrópoli sitiada. Pensaban que Cartago, abandonada a su suerte, sucumbiría en pocos meses.

Estos previsibles planes romanos angustiaban a los tenderos de la Balanza. Sus numerosos socios y agentes de fletes de los puertos griegos y sicilianos mencionaban en su correspondencia, quizá con malévola complacencia, los progresos que hacía la flota romana de Sicilia. Una cantidad nunca antes vista de hombres, penteras y bastimentos se estaba concentrando en los arsenales del sur de la isla, a escasas jornadas de navegación de nuestras costas africanas. La moral de las tropas era alta. Estaban impacientes por entrar en combate. Sus generales alquilaban los barcos de particulares sicilianos por un breve período de tiempo, pues estaban persuadidos de que la derrota de Cartago sería tan rápida que los hombres estarían de vuelta en Roma, ya licenciados, a tiempo para recoger la próxima cosecha. Y esta vez no habría un Jantipo ni un Amílcar que defendieran la ciudad.

Las sesiones de la Balanza se tornaron tormentosas. El ronco Hannón tronaba a diario desde su alto escaño exigiendo mi cabeza. Consiguió que el Gran Consejo me dirigiera una carta que apenas podía disimular la angustia que los embargaba. En sus pesadillas veían al victorioso cónsul romano inventariando sus almacenes y graneros de Birsa.

Para tranquilizarlos envié, por vía terrestre, un contingente de doce mil jinetes carpetanos y olcades, otro de catorce mil guerreros tersitas, mastienos y oretanos y los casi mil baleares de Carpón. No eran mis mejores tropas, pero serían más que

suficientes para infundir cierta confianza en los panzudos mercaderes del barrio alto. Los españoles quedaron acantonados en los campamentos permanentes de Matagonia, salvo algunos regimientos de jóvenes escogidos que se alojaron en Cartago para reforzar su guarnición. Al propio tiempo servirían de rehenes para garantizar la sumisión de sus pueblos de origen.

El recuerdo de la rebelión que siguió a la guerra siciliana alecciona sobre la conveniencia de que las guarniciones militares sean del todo extrañas al país donde se asientan. Y cuando empiezan a aprender su idioma y a unirse a las mujeres indígenas y a echar raíces, es el momento de trasladarlos a una región distante que les resulte extraña.

Mis refuerzos tranquilizaron a la Balanza. Incluso libró el dinero necesario para que se intensificara la recluta de tropas libias y núbidas con destino a las guarniciones de Hispania.

En vísperas de la partida, la tropa estaba igualmente interesada en las cuestiones de la guerra, de la que esperaban alcanzar un crecido botín. La moral de los soldados era excelente. Diariamente organizaban carreras de elefantes en las que se apostaban fuertes sumas de dinero a cuenta de las ganancias de Italia. En estas competiciones el favorito era un elefante indio llamado Surus. Este animal se había hecho simpático a la tropa a causa de sus travesuras casi humanas, lo que denotaba su gran inteligencia. Manalor, el maestro de elefantes libio, lo había entrenado personalmente. Una de las más celebradas habilidades de Surus consistía en rociar con una violenta descarga de agua, salida de su trompa, a todo aquel que en su presencia pronunciase la palabra «Roma». La típica broma que los veteranos gastaban a los reclutas recién llegados era conducirlos ante Surus e inducirlos a que pronunciasen la palabra fatal.

Alorco, gran aficionado a las bromas y burlas, favorecía estos juegos y participaba de buena gana en ellos. Pero, al propio tiempo, no descuidaba los aspectos más sutiles de su trabajo. Se cuidó de divulgar entre los hombres, por medio de oficiales y sargentos amigos suyos, la parte más favorable de los informes recibidos, aquella que se refería a la riqueza y fertilidad del suelo italiano. «La abundancia de grano es tal — fingía leer de sus papeles, conoedor de que las gentes sencillas conceden crédito ilimitado a lo escrito — que actualmente el modio de trigo siciliano se vende a cuatro óbolos y el de cebada a dos. La medida de vino está al mismo precio que la cebada».

—¡Vino y trigo en abundancia! —exclamaba Cartalón volviéndose, exultante, hacia sus hombres—. ¡Eso es cuanto necesitamos para marchar hasta el fin del mundo! ¿No es así?

Sus soldados lo aclamaban ruidosamente. Cuando iba a proseguir su mirada topaba con la severamente reprobatoria de Maharbal, que solía censurarle tales exabruptos como impropios del rango que ostentaba. Entonces, el gigante se cohibía y guardaba silencio, farfullaba alguna excusa y tornaba a tomar asiento, confundido.

—La abundancia de panizo y mijo —proseguía Alorco, persuasivo —es

extraordinaria. La cosecha de bellota que se recoge en los encinares es tan copiosa que la carne de cerdo sigue estando barata a pesar del excesivo consumo que de ella hacen en los sacrificios a Cibeles. Finalmente, cabe decir que el gasto por persona y día en una posada, después de obtener todo lo necesario en aceptable abundancia, no alcanza la cuarta parte de un óbolo.

—¿Qué es una posada? —preguntaba una voz surgida entre la masa de celtíberos.

—Eso pregúntaselo a tu sargento —respondía Alorco, secamente. Y, dirigiéndose hacia mí, añadía con un gesto de desaliento—: Aunque dudo mucho que él lo sepa.

Los campamentos de Cartagena resultaron muy pronto insuficientes para acantonar los contingentes de tropas que continuamente llegaban del sur y de levante. Hubo que habilitar acuartelamientos provisionales en los campos de esparto. Mientras tanto, los celtíberos y vacceos de la meseta superior se concentraban en Sagunto. Éstos se unirían al grueso del ejército a la altura del río Ebro.

Comencé la tarea de designar a los oficiales que habrían de dirigir los nuevos regimientos. Después de una enconada resistencia inicial, mi hermano Asdrúbal se resignó a no acompañarme a Italia. Observaba con envidia los ilusionados preparativos de Magón, Hano y los otros oficiales de su edad, algunos de ellos amigos suyos, que marcharían a conquistar la gloria militar mientras él se aburría en los cuarteles de invierno. Intenté persuadirlo de que su cometido, suministrando hombres y plata al ejército de Italia y defendiendo las costas hispanas de las incursiones romanas, iba a ser más importante que el de aquellos que me acompañaban. Además, en cuanto nos hiciésemos con un puerto adecuado en el sur de Italia, tendría que fletar todo el material de asedio, catapultas, ballistas, onagros y arietes, que quedaba almacenado en los arsenales de Cartagena. Si bien yo acariciaba la secreta esperanza de que la guerra no se prolongara hasta el punto de hacer necesaria la expugnación de Roma.

Cuando comenzaron a llegar noticias concretas de los proyectos romanos para atacar nuestras colonias, la preocupación de Asdrúbal adquirió un sesgo distinto. Ahora se quejaba de las menguadas fuerzas que quedaban a sus órdenes. Descontando las guarniciones imprescindibles para asegurar las rutas comerciales interiores, sólo quedaban bajo su mando directo cuatrocientos jinetes libios y númeridas, trescientos ilergetes y otros casi dos mil númeridas, masesilios, maccios, maurisios y ligustinos. Lo conformé cediéndole un regimiento suplementario de baleares.

—Es de esperar que continúes recibiendo refuerzos de Cartago —le dije—. Los mercaderes de la Balanza tienen tantos intereses en sus colonias hispanas que en ningún momento permitirán que quedan indefensas.

Mientras tanto los preparativos romanos marchaban con igual celeridad. El colegio sacerdotal consultó los Libros Sibilinos, una medida que sólo se toma en casos excepcionales.

Supieron que el suelo italiano sería ocupado dos veces por ejércitos extranjeros.

Con típica astucia romana, que, tergiversando la letra, con absoluto desprecio al recto sentido, es capaz de estafar a los propios dioses, quisieron escamotear esta terrible profecía decretando que una pareja de galos, marido y mujer, y otra de púnicos fuesen sepultadas vivas en el foro.

Sobre estos Libros Sibilinos debo aclarar que se trata de tres recopilaciones de profecías, en su mayoría absurdamente ambiguas, que la Sibila de Cumas vendió al rey Tarquino el Soberbio hace trescientos años. Desde entonces han permanecido depositados en el templo de Júpiter. Sólo pueden ser consultados por el colegio sacerdotal, por autorización expresa del Senado. Éste únicamente concede permiso en circunstancias extraordinarias, cuando se hace necesario interpretar un prodigio de signo adverso o cuando la ciudad está en peligro.

En aquellos meses no pude ver a Himilce. También es cierto que ni siquiera tenía tiempo de echarla de menos, tan absorto estaba en mi trabajo. Vivía más en el campamento que en Cartagena y la organización de la expedición a Italia me ocupaba todo el día y a veces se prolongaba durante las primeras horas de la noche. Tres equipos de secretarios se turnaban, bajo las órdenes de Sileno y de Alorco, para redactar las misivas que los mensajeros habían de llevar a los más distantes confines de la colonia. Continuamente había que acomodar nuevos contingentes de tropas aliadas o mercenarias y resolver sobre la marcha los muchos problemas que planteaban. Por si esto fuera poco instituí una reunión diaria con los oficiales recientemente ascendidos para discutir sobre las formaciones teóricas griegas e instruirlos en ellas. En esto no me ajustaba a los manuales de Poliorcetes y Perión sino a una versión alterada que se adaptaba mejor a las peculiaridades de nuestras tropas.

La teórica griega se basa en la experiencia de las falanges de Alejandro Magno y en su caballería. Pero los nómadas son incomparablemente mejores jinetes y sus caballos procedentes del desierto superan con creces a los otros. Son feos, peludos y de escasa alzada pero extraordinariamente resistentes. Pueden actuar tanto en terreno llano como montañoso, lo que les concede una gran ventaja sobre los débiles caballos romanos. A una señal se echan en tierra como si estuvieran muertos y permanecen en tal postura, silenciosos e inmóviles, el tiempo que sea necesario. A otra señal, se ponen en pie bruscamente y obedeciendo al jinete se arrancan al galope. Al sorprendido adversario le parece que brotan de la tierra, ululantes y terribles, delante de sus propias narices.

Tan buenos como los nómadas son los distintos pueblos celtíberos y los otros guerreros españoles, si bien adolecen de un defecto grave: les resulta muy difícil adaptarse al combate coordinado. Pueden resultar excelentes soldados de infantería ligera, pero es muy arduo adiestrarlos para que lleven la coraza y las armas que corresponden a la infantería pesada. De éstos tomé veinte mil, escogidos entre los más altos y fornidos, y los adiestré durante meses en la formación de falange griega. Vencí su resistencia a esta clase de lucha concediéndoles cincuenta monedas de plata

como subsidio para la adquisición de un equipo militar que sólo valía veinticinco. De este modo, estimulando su natural codicia, los conformé a que actuaran como infantería pesada al módico precio de unas pocas monedas.

También alisté a cuatro mil honderos baleares, muchos de ellos hijos de los que sirvieron bajo Amílcar en la guerra de Sicilia. Los honderos dan excelente resultado. Su capacidad ofensiva es, con mucho, superior a la de los mejores arqueros griegos o egipcios, ya que alcanzan al adversario con sus mortíferos proyectiles antes de que éste pueda repelerlos con sus flechas y dardos.

Los baleares van casi desnudos. Un sucinto taparrabos les cubre los genitales. Del cinturón les pende una bolsa de piel de perro que contiene sus proyectiles: unos son de barro cocido y otros de plomo, todos del tamaño y forma de una bellota grande. Los lanzan con tres clases de honda, dependiendo de la distancia que han de cubrir. La más ligera, que es de cerdas, la llevan liada en la cabeza; la mediana, que es de nervios, en bandolera, y la otra, de negro esparto, en la cintura. Desde niños se adiestran en el manejo de estas armas. Tengo entendido que sus madres les colocan un trozo de pan en el extremo de un palo y si no son capaces de derribarlo se quedan sin comer. Los glandes de plomo que lanzan con la honda corta llevan tal impulso que nada resiste a su golpe, ni escudo, ni coraza ni casco de hierro. Antes de entrar en combate ofrendan sus proyectiles a los dioses e inscriben en los glandes de plomo las palabras «hiere a Fulano», con el nombre del general o cónsul enemigo.

Esto en cuanto a las tropas que me acompañarían a Italia.

En febrero, a pesar de las lluvias constantes, viajé a Cádiz por el camino de la costa. El Senado había expulsado a un hijo de mi primo Azarbal que había matado a otro ciudadano en el transcurso de una reyerta. Conseguí que lo readmitieran en la asamblea de los ciudadanos a cambio del pago de una crecida indemnización. Al día siguiente me acompañó, como antaño su padre a Amílcar, al santuario de Melcarte, donde ofrecí un sacrificio impetrante. El hígado de la víctima estaba enfermo y el fuerte viento reinante casi apagó la fogata sagrada. El viejo sacerdote no vivía ya. Uno más joven, quizá su hijo, farfulló una confusa explicación sobre los desfavorables auspicios. Le temblaba la barba y no acertaba a articular palabra. Elevé su ánimo con un generoso donativo en oro y le encomendé que repitiera el sacrificio al día siguiente y que continuase repitiéndolo un día y otro hasta que la víctima me fuese favorable. El agente local de La Palmera le facilitaría los bueyes necesarios descontando su precio de mi peculio personal. Ahora contemplo con curiosidad y nostalgia aquella joven obstinación mía. Todavía estaba lejano el día en que aceptaría mi fracaso como un don inevitable de adversos dioses, no necesariamente incompatible con la humilde dádiva de un cierto grado de felicidad personal.

Para regresar a Cartagena escogí un camino diferente.

Remonté el Guadalquivir por la vía de la plata y volví a contemplar los lugares en los que discurrió mi primer destino oficial, en los días de Amílcar. Al llegar a Isturgi me desvié hacia el norte para ir a Cástulo donde estaban mi esposa y mi hijo. Por un

accidente del estafeta, Himilce no había recibido noticias de mi llegada. Al verme aparecer en los umbrales de la casa de su padre, dio un grito y se me abrazó llorando. En los meses de nuestra separación había engordado algo —podía notarlo en el contorno de mis brazos rodeando sus caderas —pero continuaba siendo hermosa y bella. En cuanto a Aspar, estaba gordo y rozagante como un ternero. Mamaba de la madre con envidiable fruición. «¡Cómo se aferra a la vida!», murmuraba Himilce contemplándolo. No tenía todavía dos años pero era ya un Barca plenamente formado, con la recta nariz de la familia. En aquellos sus ojos, brillantes como aceitunas, creí percibir la poderosa mirada de Amílcar.

Una especie de triste presentimiento me impedía solazarme en la compañía de mi esposa y de mi hijo. El caso es que el mismo día que llegué empecé a sentir la urgencia de la partida. Había pensado permanecer junto a ellos por espacio de, al menos, una semana, pero marché a los tres días pretextando, más por convencerme a mí mismo que por convencerla a ella, que en Cartagena me reclamaban asuntos urgentes. Les dije adiós —Himilce conteniendo las lágrimas —a la puerta de la ciudad. Ya no volvería a verlos.

En Cartagena lo encontré todo listo para la partida. Una tarde bajé a inspeccionar las obras del puerto exterior que ya estaban casi concluidas. Tomé asiento en la roca plana de la que arranca la escollera, cerca de la caseta del oficial del arsenal. En aquel preciso lugar solía conversar con Asdrúbal Janto mientras contemplábamos el mar. Desde su muerte no había vuelto a frecuentarlo, pero aquel día regresé inopinadamente. Sentía la necesidad de estar solo, de alcanzar un punto de sosiego que me permitiera ordenar mis pensamientos sin verme interrumpido por la continua solicitud de burócratas y mensajeros. A poco apareció Atarbal y se dejó caer pesadamente a mi lado. Jadeaba como un perro en la hora de la siesta.

—Ya no estás para muchos trotes, Atarbal —bromeé observando su fatiga.

—¿Qué quieres, Aníbal? Son ciento veinte kilos —respondió jovial—. Además nunca he sido hombre de mucho ejercicio. Eso queda para los medio griegos como tú.

Su reproche me hizo sonreír. ¡Medio griego! Así era como me veían mis compatriotas. Probablemente así me veía también yo, tan alejado de ellos en tantas cosas. Y sin embargo estaba decidido a conducir al ejército contra Roma para redimir el futuro de Cartago. Ninguna actitud menos griega. ¡Una empresa totalmente apasionada y asiática! El sagaz Atarbal adivinaba mis pensamientos. Se puso serio y dijo con suavidad:

—¿Has meditado bien esa locura, Aníbal?

Volví la cabeza para mirarlo severamente a los ojos, pero él había hurtado los suyos para ignorar mi gesto y fingía contemplar el mar. Quizá se arrepentía de sus palabras demasiado insolentes. Pero yo se las podía consentir en gracia a la infrecuente sinceridad que demostraban y a lo mucho que aquel hombre había trabajado por los Barca.

—¿Crees realmente que se trata de una locura?

—Sólo soy un mercader, Aníbal. No sé una palabra de cómo conducir una guerra ni sé empuñar un arma, pero creo en la paz y en los buenos negocios. Me disgustan los conflictos gratuitos. Supón-te que en lugar de atacar a los romanos haces las paces con ellos y continúas engrandeciéndote en Hispania. Supón-te que, en dos o tres o cuatro años, conquistas y pacificas el Septentrión. Eso pondría a tus pies, además de las arenas auríferas, las minas de estaño, nuevas pesquerías... ¡Enormes riquezas!

—Sabes bien que Roma nos ha declarado la guerra —observé.

—Roma se prepara para la guerra porque Cartago se prepara para la guerra o viceversa, ¿qué importa? No existe nada que no se pueda arreglar con palabras o con dinero. ¿Para qué sirve el dinero? Se puede sobornar al Senado romano igual que sobornamos a la Balanza. Los gobiernos están compuestos por hombres y cada hombre tiene su precio. Comprar gobernantes siempre saldrá más barato que derrocar pueblos con guerras y devastaciones. Escucha, Aníbal. Si ampliásemos los mercados podríamos producir más, multiplicaríamos los ingresos. Podríamos invertir las ganancias adicionales compartiéndolas con hombres de negocios romanos. Podríamos ofrecer participaciones a algunas familias influyentes o a senadores ilustres. Tengo listas confidenciales de algunos de ellos que atraviesan por apuros económicos. Quedarían garantizadas dos cosas: la tolerancia romana y sus mercados. El comercio es la pacífica solución a todos los conflictos. En cuanto los tratados garanticen la libre circulación de mercancías, las riquezas del mundo abarrotarán nuestros almacenes. Lo tengo todo previsto: marfil de África, estaño y esmalte de las Casitérides, púrpura de Tiro, ámbar del Mar Tenebroso, vidrios egipcios, papiro alejandrino, vino de Chipre, pimienta de la India, mármoles frigios, seda de Siria, oro, alumbre, esclavos, especias, maderas preciosas... todo lo que puede crear bienestar. Que la gente gane dinero y se lo gaste. Así, todos contentos. En el mar de Sicilia queda espacio más que suficiente para que Roma y Cartago convivan armoniosamente.

—Demasiado tarde —dije—. Los romanos no quieren una participación en los bienes de Cartago. Lo quieren todo. La guerra de Sicilia no ha terminado. Ellos estaban tan exhaustos como nosotros. Ahora regresamos al campo de batalla. Tú pretendes arreglarlo todo con el comercio, hablas como mercader, pero quizá no has reparado en que el comercio se basa en la observancia escrupulosa de los pactos. Los romanos no son comerciantes, son labriegos tribales. No conceden ninguna importancia a la palabra empeñada fuera de los estrictos límites de su tribu. En el pasado han vulnerado todos sus acuerdos, seguirán haciéndolo en el futuro. Se están armando contra nosotros. Ahora les llevamos una ventaja inicial y hemos de aprovecharla porque muy pronto será demasiado tarde.

La llegada de uno de mis secretarios interrumpió la conversación. Era portador de una carta de Asdrúbal. Los nuevos elefantes acababan de desembarcar en Hispania. Andobón, su domador, solicitaba permiso para completar su entrenamiento en el campamento de Carmona. Con el correo de vuelta le ordené dejar los elefantes al cuidado de sus capataces y presentarse inmediatamente en Cartagena, pues me

acompañaría a Italia. Pero Andobón se encontraba muy enfermo y murió a los pocos días. Hice que lo inhumasen en el mejor hipogeo de la necrópolis de Carmona, en sarcófago de mármol, con buen ajuar y un elefante de piedra a sus pies. Había servido fiel y abnegadamente a los Barca durante cincuenta años. Su muerte, en vísperas de la partida hacia Italia, fue un augurio especialmente nefasto.

Volviendo a Atarbal debo admitir que en estos últimos tiempos he meditado mucho sobre su actitud. Sospecho que ya entonces estaba en connivencia con sus colegas romanos. Los mercaderes constituyen una curiosa nación apátrida y atea. O, mejor dicho, no conocen más patria ni más dioses que el ubicuo dinero al que están dispuestos a sacrificar lo que el resto de los mortales consideramos sagrados principios.

Atarbal y sus socios romanos detestaban la guerra, aunque se estaban preparando para hacer su negocio en ella. Sus pacíficas transacciones marchaban prósperamente. La guerra vendría a interrumpirlas. El garón, la plata y todo lo demás continuaría llegando a Roma, y los productos griegos y romanos a Cartago y a África, pero habría que buscar intermediarios y puertos neutrales. Ello implicaba alargar las rutas del comercio, construir nuevos almacenes y factorías, adquirir más esclavos y entrenar nuevos agentes: un trastorno que reduciría considerablemente los beneficios al tiempo que encarecía y retardaba innecesariamente las operaciones. Ciertamente la guerra ofrecía la posibilidad de emprender otro tipo de negocios igualmente rentables, pero ¿qué necesidad hay de cambiar de actividad cuando la que se tiene produce pingües beneficios? Los mercaderes romanos se oponían a la guerra en el Senado, los cartagineses presionaban sobre la Balanza. Intentaban comprar a la gente de Hannón y buscaban el modo de sobornar a los incondicionales del partido bárquida.

Por su parte Atarbal entorpecía mis preparativos y no cesaba de poner dificultades a la empresa. Se hacía el torpe, remoloneaba, respondía a mis quejas con protestas de vejez. «Ya no soy el de antes, Aníbal. He perdido reflejos. Se me olvidan las cosas. Estoy rodeado de ineptos. Mis hijos me desobedecen y los esclavos se burlan de mis órdenes en cuanto les doy la espalda. Pero continúo siendo tu siervo fiel. Te he visto crecer y te quiero como a un hijo». «Este hijo tuyo —lo amonesté severamente en una ocasión —puede desterrarte de Cartagena y devolverte a Baria, confinado, si continúas poniendo trabas a sus empresas».

Y se alejaba protestando de mi ingratitud, renqueando más que nunca de su pierna gotosa, para provocar mi compasión, y mascullando entre dientes protestas de fidelidad y quejas sobre el desagradecimiento de los jóvenes.

Partimos a finales de mayo, después de unos días de incesantes aguaceros que nos obligaron a retrasar la salida. Tantas tormentas fuera de la estación eran de mal agüero para libios y lusitanos. Por el contrario, los nómadas y los celtíberos las tenían por señal favorable. Recordé a los oficiales de los descontentos que el rayo es el emblema de los Barca. Con esta explicación y algunos regalos de corderos

recientemente paridos y vino parecieron conformarse.

El ejército que saqué de Cartagena se componía de noventa mil infantes, doce mil jinetes y treinta y siete elefantes. La marcha discurrió en principio apaciblemente. En julio cruzamos el Ebro, por un puente de barcas que Calcas había tendido quince días antes. Durante su construcción, Hano había tenido que repeler dos ataques de las tribus vecinas. Los ilergetes, bargusios, ausetanos y otras tribus de allende el río estaban uniendo sus fuerzas para impedirnos el paso. Nuevamente destacué a Hano con una avanzada de diez mil hombres y mil jinetes para que limpiase el camino y ocupara los pasos de los Pirineos que conducen a las Galias. Mientras tanto, proseguí con el grueso del ejército por la región costera. Intentaba pasar de largo, sin castigar a los poblados que nos hostigaban, a pesar del malestar que mi mal entendida benevolencia provocaba en los celtíberos de la meseta. Éstos, más que los otros pueblos españoles, están acostumbrados a vengar las mínimas ofensas. Convoqué a sus jefes y después de explicarles que no podíamos permitirnos retrasos innecesarios, les prometí que, en un plazo de dos o tres años, cuando regresáramos victoriosos de la guerra de Roma, podríamos demorarnos el tiempo que fuera necesario para castigar cumplidamente las ofensas que ahora soportábamos. No obstante, por contentarlos, les permití asaltar y saquear algunos poblados que encontrábamos a nuestro paso. Esta medida estimuló aún más la hostilidad de los indígenas. Tuve que reforzar las escoltas de jinetes nómadas que acompañaban a los forrajeadores e hice cortar las manos a una docena de bárbaros que habían sido sorprendidos cuando les preparaban una emboscada.

Inevitablemente circuló por la comarca el rumor de que mi ejército estaba arrasando el país. El Consejo de la colonia griega de Ampurias, por cuyas proximidades habíamos de pasar, se apresuró a ofrecerme espontáneamente su sumisión. Acepté las llaves de la ciudad y la hice ocupar con una guarnición adecuada antes de proseguir mi camino. Lo mismo sucedió en Tarragona, ilustre ciudad que, aunque desprovista de puerto, está fundada sobre un golfo y se encuentra dotada de todo lo necesario.

En el lugar que llaman Roca del Cuervo, frente a Ilíberis y los pasos de Baniuls, surgieron las primeras dificultades serias con la tropa. Se había difundido el rumor de que marchábamos contra Roma por la ruta terrestre, lo que implicaba atravesar las montañas de la Nieve. Los mercenarios, agrupados en sus contubernios frente a las nocturnas hogueras del campamento, se transmitían curiosas patrañas acerca de los monstruos y demonios que habitan en los lugares por los que nos sería forzoso discurrir. He de advertir que la nieve inspira un temor reverencial a muchos pueblos ibéricos. Están convencidos de que es la dádiva de los dioses de la muerte que habitan la región fría. Aunque había procurado separar a las distintas naciones según sus lenguas y costumbres, me preocupaba que los carpetanos pudiesen comunicar su miedo al resto del ejército. Cuando llegamos a los montes pirenaicos, los carpetanos, temerosos de los espíritus que se ocultan en las nubes bajas, se negaron a continuar.

En vano intenté persuadirlos con promesas de botín y sacrificios expiatorios. Acudieron a sus sacerdotes y decidieron provocar un augurio consultivo. Según su costumbre encendieron nueve hogueras, en las que creen que se manifiesta la presencia divina, y sacrificaron ritualmente a nueve prisioneros abriéndoles el pecho y el vientre de un solo tajo de falcata. La primera predicción, por la caída de los cuerpos, resultó funesta: todas las piernas habían quedado flexionadas. Después los sacerdotes introdujeron sus manos en las entrañas todavía palpitantes y las auscultaron. Los augurios adversos se confirmaban. Sus dioses estaban enojados y les prohibían proseguir hasta los montes de la Nieve.

En vista del cariz que tomaban los acontecimientos, decidí deshacerme de los carpetanos antes de que comunicasen sus temores a los otros pueblos. Les encomendé la vigilancia de los territorios al norte del Ebro que dominan la ruta del hierro. Sus jefes se postraron a mis pies, besaron la orla de mi túnica y partieron al día siguiente. Alarco explicó que los habíamos licenciado porque llevábamos exceso de tropa. Esto no era del todo falso, particularmente en vista del escaso equipo con que muchos regimientos afrontarían el paso de los Alpes y de la rapidez excesiva con que se consumían las reservas de trigo y cecina de los depósitos de intendencia. El único oficial al que aquella contrariedad parecía complacer era Monómaco. Sus cálculos pesimistas se mostraban exactos una vez más. En vista de ello y aun a riesgo de debilitarnos un punto más de lo conveniente, despedí a otros contingentes de tropas hasta reducir el ejército a cincuenta mil hombres de a pie y nueve mil jinetes, los de mayor confianza. También retuve los treinta y siete elefantes.

La vertiente hispánica de los Pirineos tiene hermosos bosques de árboles de todas las especies, singularmente de hoja perenne, entre los que abundan los jabalíes, que los nómadas cazaban con singular destreza persiguiéndolos a caballo. Por el contrario, la vertiente gala está desnuda. En los profundos valles de estas altas montañas habitan los guerretanos, pueblos de estirpe ibérica que producen excelentes jamones de los que obtienen, por trueque, todo lo necesario para vivir. Más allá cruzamos los herbosos territorios de los burgusios, arenosios y andosinos y encontramos gentes y paisajes tan variados que todos, desde el más culto hasta el más ignorante del ejército, nos íbamos admirando, día a día, de la inagotable fecundidad de la tierra que tantos y tan diferentes pueblos nutre y soporta.

EL PASO DE LOS ALPES

El día que abandoné Hispania, los dioses me infundieron un sueño. Un joven heraldo de Zeus, ataviado con resplandecientes vestiduras, compareció ante mí y me ordenó seguirlo sin volver la vista atrás. Durante mucho tiempo caminé en pos de él, a través de un bosque espeso y umbrío, mientras percibía a mi espalda un creciente estruendo de árboles tronchados. Por fin no pude dominar por más tiempo mi curiosidad y volví la cabeza. Detrás de nosotros reptaba una serpiente gigantesca, monstruo espantable en cuyas terribles fauces estaba inscrita la negra muerte. Avanzaba a través del espeso bosque arrasándolo todo. Me encontraba petrificado por aquella pavorosa visión cuando el rayo tronó sobre nuestras cabezas, a pesar de que el cielo estaba despejado y no había nubes. El joven heraldo de Zeus detuvo entonces su marcha y volviéndose hacia mí me amonestó: «Lo que has presenciado es la devastación de Italia. Ahora prosigue tu camino y no pretendas saber más. Respeta el secreto de los hados». Después de esto, el ronco fragor de una tuba me despertó. Hice venir a Garesaya, el augur, y le ordené que se realizasen los pertinentes sacrificios a los dioses protectores de cada nación. Después proseguimos la marcha. Aquella misma tarde penetramos en el país de los galos, cuyas primeras tribus son todavía iberas, de tez morena y ojos oscuros. Los pisteros y exploradores que Alorco había apalabrado con Magalo, el jefe de los galos boios, nos aguardaban en el primer poblado. Tendieron una manta a mis pies y esparcieron sobre ella torques de plata y armas cinceladas, anchas espadas galas, afiladas como cuchillas. «Obsequio de Magalo», informó, escuetamente, el que parecía jefe de ellos. Eran rubios y fuertes, con largos bigotes que les llegaban hasta las clavículas. Guiados por ellos reanudamos la marcha sin apartarnos mucho de la costa. Nos conducían por cómodos y vetustos caminos ligures trazados por las tribus que poseyeron aquellas tierras en otro tiempo. Solamente nos detuvimos para saquear una colonia de Marsella, Agde, donde capturamos un gran depósito de trigo y los carros necesarios para transportarlo. Compartí esta ganancia con los próceres galos de la comarca, quienes, al conocer el espléndido botín alcanzado, se habían quejado de las malas cosechas que sufrieron el año precedente. Monómaco porfiaba que mentían y que sus lamentos no eran sino una argucia para que les cediésemos parte de nuestras ganancias. Pero yo desoí sus protestas y compartí el grano de buena gana: era el debido tributo que nos permitiría atravesar aquellas tierras sin ser importunados.

A mediados de septiembre llegamos a la desembocadura del Ródano y acampamos para que cada pueblo ofreciese un sacrificio propiciatorio a sus dioses. Antes de juntarse con el mar, el río se dilata por la llanura y alcanza casi un kilómetro de ancho aunque su profundidad raramente excede los dos metros. Pero, como

aquellas aguas son turbias y espesas, su visión espantó a los nómadas y celtíberos poco habituados a tan grandes corrientes. A este problema se añadía otro aún más preocupante. En la orilla opuesta se había ido estableciendo, desde antes de nuestra llegada, un creciente número de belicosos galos voleos que pretendían impedirnos el paso.

En aquel punto confluyen dos caminos muy transitados por trajinantes y mercaderes. Hay sencillos embarcaderos con barcas de todos los tamaños, cuyos propietarios viven de alquilarlas para trasladar mercancías y viajeros de una orilla a otra. Monómaco los contrató y no satisfecho con ello destacó a diversas patrullas río arriba para que compraran o requisaran todas las embarcaciones disponibles. Mientras tanto, los carpinteros cortaban troncos y construían toscas almadías y plataformas, bajo la dirección de Calcas. En dos días reunimos el material necesario para transportar al ejército al otro lado del río.

Mientras tanto encomendé a Hano, el hijo de Bomílcar, que formase un destacamento de dos mil españoles que supieran nadar y los llevase río arriba con la primera vigilia de la noche. A una jornada de marcha, el río se estrecha considerablemente. Uno de los ayudantes de Calcas acompañaba a la expedición, con un equipo de carpinteros, por si fuese necesario armar alguna balsa. Solamente construyeron dos, para los más pusilánimes. El resto de los españoles cruzó el río a nado o tendidos sobre sus escudos a los que habían sujetado odres, según la curiosa costumbre de su tierra.

El quinto día desde nuestra llegada, apenas amaneció, Hano hizo ahumada en la orilla opuesta, tierra adentro, para comunicarnos que se había situado en la retaguardia de los volcos, según lo acordado. Los galos son perezosos y descuidados en lo referente al reconocimiento y vigilancia del terreno. Todavía no habían descubierto su presencia detrás de ellos. Respondí con otra ahumada, hice sonar las tubas y dio comienzo el paso del Ródano. Bandadas de golondrinas bajaban al agua y la rozaban con el extremo de sus alas, lo cual es un excelente augurio. Primero arrojamos al río las balsas más pesadas, para que frenaran algo el ímpetu de la corriente y facilitaran el cruce de las embarcaciones más pequeñas. Tropas escogidas se acomodaron, entre bromas y cánticos, en las primeras embarcaciones que partían. Los caballos las seguían en las almadías mayores. Muchos hombres que sabían nadar se lanzaron al agua detrás de las barcas en las que habían depositado sus armas y equipajes. Algunos de ellos arrastraban varios caballos de las bridas. Resultaba aleccionador contemplar cómo se dejaban conducir los inteligentes animales, nadando animosamente, y dando ejemplo de valor y nobleza a los pusilánimes que todavía permanecían en la orilla, sin acabar de decidirse a cruzar el río, remoloneando y ocupándose en mil menesteres innecesarios y escrutando el cielo en busca de funestos presagios.

Embarqué en uno de los esquifes, con cuatro remeros indígenas. A mi lado viajaba Sosilos, mortalmente pálido, abrazado al morral que contenía su biblioteca.

Los galos volcos se habían concentrado en la raya del agua y emitían sus gritos de guerra al tiempo que repicaban vigorosamente las armas sobre los escudos, según los bárbaros tienen por costumbre cuando, antes de la batalla, quieren amedrentar al adversario. Pero nuestros libios de las canoas delanteras respondían con gritos todavía más espantables.

Cuando las embarcaciones más adelantadas estaban a punto de tocar la orilla opuesta, las tropas de Hano brotaron de los cañaverales y lanzaron sobre los sorprendidos voleos una lluvia de jabalinas y piedras. A continuación los acometieron con las falcatas. La sorpresa fue tan completa que los galos, viéndose atrapados entre los españoles que surgían a su espalda y los africanos que desembarcaban delante de ellos, desampararon el campo y huyeron vergonzosamente, abandonando sobre la playa todo su equipo y gran cantidad de cadáveres. Los hombres fueron desembarcando sin estorbo y, unidos a los que celebraban ruidosamente la fácil victoria, me aclamaban agitando sus lanzas. Cuando pisé tierra, Maharbal se reunió conmigo, hizo un esguince y comentó en voz baja:

—No sé si alegrarme, Aníbal. Galos como éstos serán nuestros aliados en Italia.

Las barcasas y almadías estuvieron transportando tropas, ganado y fardos de equipo durante toda la mañana. Por la tarde, Manalor vino a comunicarme que los elefantes estaban dispuestos. Les había administrado un fármaco que les produce sueño. Los barqueros arrimaron las almadías al embarcadero y extendieron sobre los maderos del piso una capa de juncia y tierra, para que los animales las creyeran prolongación de la tierra firme. Luego cada indi arreó a su elefante. Primero subieron las hembras, que son más dóciles y suelen arrastrar en sus locuras (y en sus aciertos) a los machos, como también sucede en la especie humana. Cuando los treinta y siete proboscidos estuvieron embarcados, los barqueros soltaron amarras y las almadías se pusieron en movimiento, arrastradas por la suave corriente fluvial. Al separarse del embarcadero, el inteligente Surus advirtió el engaño y elevando su trompa emitió un poderoso gáñido que puso sobre aviso a sus congéneres. Los elefantes comenzaron a removerse intranquilos y protestaron con sus roncadas voces. Las plataformas que los sustentaban eran sólidas y estaban bien compensadas, pero el movimiento de los elefantes las hacía oscilar de un lado a otro de modo alarmante. Algunos indios pensaron que podían caer al agua, se aterrorizaron y transmitieron su miedo a los animales. Es sabido que el elefante huele el miedo de su cuidador y se deja llevar por él como el niño de pecho por el de su madre. Algunos elefantes, espantados, cayeron al agua, entre un hervor de gritos y gruñidos. Los que desde la orilla presenciábamos el desastre temimos que se perdieran fatalmente. Pero aquel día los augurios habían sido favorables y la fortuna nos acompañaba. La corriente del río no era muy fuerte ni muy profunda. Las inteligentes bestias lo atravesaron caminando sobre el fondo mientras respiraban a través de la probóscide, cuyo extremo asomaban, cómicamente, por encima del agua. Cuando hicieron su aparición triunfal en la otra orilla, el ejército, que había asistido, angustiado, a la inmersión de las enormes bestias,

manifestó su alivio y su alegría de las distintas maneras que son peculiares de cada nación, todas igualmente estruendosas: salvajes aclamaciones de los nómadas, gozoso repiqueteo de escudos de los celtíberos y palmoteo rítmico de oretanos y tarsienos.

Cartalón, que había permanecido atento a la operación con la boca abierta y los ojos arrasados de emocionadas lágrimas, descargó una jubilosa palmada de su manaza sobre la frágil espalda de Monómaco.

—Esta vez no te resistirás a ceder el ganado necesario para el sacrificio, ¿verdad? —le preguntó—. ¡El dios tutelar de este río bien se merece una hecatombe por habernos devuelto a los elefantes!

Monómaco, malhumorado, se apartó del gigante.

—No es piedad, sino mera glotonería la que habla por tu boca —replicó frotándose el hombro dolorido—. Si quieres hartarte de carne, aquí la tienes ya embroquetada —añadió señalándole el traspasado cadáver de un voleo.

Establecimos el campamento cerca de la orilla y trabajamos hasta bien entrada la noche para acabar de pasar los carros de intendencia y el fardaje. Al caer la tarde llegó un destacamento de mil boios que enviaba el jefe Magalo. Había sabido que los volcos se disponían a atacarnos cuando intentásemos cruzar el río y nos enviaba esta fuerza de protección. Sus hombres se admiraron mucho cuando contemplaron la fosa donde habíamos arrojado los cadáveres de los enemigos y se sorprendieron aún más cuando sus compatriotas, los guías, les comunicaron que solamente habíamos sufrido dos bajas.

El día segundo, una de nuestras patrullas de vigilancia regresó de la costa, reventando caballos, con sorprendentes nuevas:

—Hemos encontrado un gran ejército romano como a tres días de marcha. Están a este lado del río. Acababan de desembarcar. Uno de nuestros galos los espío, confundido entre los campesinos que ofrecen sus productos a los soldados. Ha sabido que son las tropas que el cónsul Escipión lleva a Hispania. Los oficiales son romanos pero la mayoría de los soldados son confederados italianos.

—¿Qué piensas de esto? —pregunté a Alorco.

—Según nuestros últimos informes, iban a desembarcar en Hispania —respondió—, pero quizá han sabido que nos dirigíamos directamente contra Italia, lo que demuestra que con nosotros viajan espías romanos y que ningún plan puede mantenerse en secreto. Nos están esperando.

Pero mi preocupación del momento no era el secreto sino la posibilidad de que Escipión nos interceptara antes de emprender el ascenso de los Alpes. Por nada del mundo quería aceptar batalla. Fuera del suelo italiano cualquier derrota romana podría ser minimizada para que su eco no afectase la cohesión interna de la Liga itálica. Ordené preparar inmediatamente la marcha y levantamos el campamento al día siguiente, antes de que amaneciera. Mientras tanto encomendé a un regimiento de jinetes nómadas la tarea de patrullar el territorio a una jornada de distancia en la probable dirección del avance romano. Escogí a mis hombres, adrede, entre los más

inexpertos. Al día siguiente se toparon con una fuerza similar de caballería, avanzadilla del ejército romano, y sostuvieron con ella una sangrienta escaramuza. Ninguno de los dos grupos prevaleció sobre el otro, lo que dio a Escipión una engañosa impresión del verdadero valor de mi caballería africana.

El espectro de uno de los númeridos muertos, un viejo sargento llamado Arnas, visitó aquella noche a sus compañeros de tienda. Se detuvo ante ellos, sangrando un fosforescente licor blanco por su garganta seccionada, y extendiendo el brazo les señaló el camino de poniente. Después se esfumó en el aire. Inmediatamente se produjo un gran revuelo en las tiendas de los africanos. Los númeridos creen que los augurios del año son don de las Pléyades, cuyo ocaso estaba próximo (pues lo que cuento sucedía a mediados de octubre). Sus augures no se ponían de acuerdo sobre la interpretación que habían de dar al prodigio. Según unos, lo que Arnas había querido indicar era que debíamos regresar inmediatamente a Hispania; pero para otros el dedo del difunto señalaba el lugar del paraíso a donde van los guerreros caídos en combate y cuyas delicias él estaría degustando, presumiblemente, desde hacía unas horas. Hice reunir al ejército, con los jefes que entendían griego y púnico delante, y los arengué.

—¡Soldados! —grité—. No hay nada que temer. Dentro de tres días iniciaremos el ascenso a los montes de la Nieve. Estos guerreros galos que nos acompañan recorrieron el mismo camino la semana pasada. Vedlos aquí, sanos y contentos. No han venido volando. ¿Tenéis alas, Curtalo? —El aludido negó con la cabeza y agitó cómicamente los brazos imitando a una torpe gaviota, lo que provocó una risotada en las primeras filas—. No, no tienen alas —proseguí—. Pero conocen los caminos y saben que allá arriba no existen demonios, ni espíritus, ni enemigo alguno, aparte de los espantadizos lobos y algún que otro oso sarnoso. ¿Es que teméis a los lobos? —Otra vez un estentóreo clamor «¡No!» se produjo en las primeras filas del ejército y después más atrás. Sonreí complacido—. Pues entonces no os dejéis engañar por las patrañas de los cobardes y pusilánimes que os aconsejan regresar. Ellos llevan su ganancia en la vuelta, puesto que están a sueldo de Roma; vosotros tenéis vuestra ganancia en la llegada. Recordad las riquezas que conquistasteis en Sagunto. En Italia os aguardan cien ciudades aún más prósperas que se nos rendirán en cuanto derrotemos a la loba. Otros ejércitos nos han precedido en este camino; otros guerreros han atravesado las montañas de la Nieve. Los galos insubros lo hicieron en tiempos de nuestros abuelos y después los boios, los lifones, los semones y los gálatas. Los volcos que hace cuatro días huían vergonzosamente delante de vuestras armas, son descendientes de los que un día conquistaron la propia Roma. Y ahora descansaremos lo que queda de día porque mañana hemos de madrugar para proseguir la marcha. A propósito, ¿alguno de vosotros rechazará una ración extra de vino?

Un unánime clamor aprobatorio se elevó del ejército y los hombres más borrachos comenzaron a palmear entusiásticamente sus escudos, gesto que fue prontamente imitado por el resto, en militar ovación. Delante de mí formaban

mercenarios procedentes de doce naciones distintas, hombres morenos y rubios, altos y bajos, de costumbres bárbaras unos, refinadas otros. No se podían entender entre ellos puesto que hablaban nueve idiomas diferentes. Pero todos ellos comprendían el significado de una serie de palabras griegas y púnicas tales como «botín», «soldada», «plata», «mujer» y «vino». A través de ellas eran capaces de seguir el contenido de una arenga, así como la cóncava nave sigue los invisibles contornos de la costa con ayuda de las luminarias nocturnas.

Al día siguiente atravesamos el río Durance, de escaso caudal y heladas aguas, vigilados de lejos por algunos destacamentos de galos albroques que se limitaban a importunar a nuestros forrajeadores. En cuanto veían separarse de nuestra formación algún pelotón de jinetes nómadas, se esfumaban.

Por la tarde llegaron dos embajadas de galos, una del jefe Branco y otra de su hermano Arrero, que estaba rebelado contra él y le hacía cruda guerra. Me habían erigido en mediador de su disputa y se comprometían a aceptar mi veredicto, fuese cual fuese. Examiné las razones que cada uno de ellos expuso y, después de consultar a Sosilos y Calcas, sentencí que la jefatura le correspondía a Branco, si bien Arrero debía recibir los honores del segundo puesto y una generosa indemnización. Branco me quedó muy agradecido, me colmó de regalos, me facilitó guías para la montaña y distribuyó varias cargas de grano entre la tropa. Además, como notase que muchos de mis hombres no iban calzados adecuadamente, ni pertrechados de ropa de abrigo con la que afrontar los intensos fríos de las alturas, nos entregó gran cantidad de pellotes y abarcas de las que ellos usan, muy ingeniosamente fabricadas de corteza de árbol, madera y piel. Correspondí a su generosidad con diversas dádivas en joyas y plata amonedada y además le regalé un elefante que venía aquejado de diarrea y quizá no hubiese sobrevivido si lo llevábamos a la nieve.

En cuanto a Arrero pareció resignarse de buena gana a ser el segundo de su hermano y ahogó las penas de la posible decepción bebiendo hasta emborracharse en compañía de Cartalón, con el que rápidamente había amistado. Cartalón lo condujo a las cercanías de Surus y, después de cerciorarse de que el elefante tenía a su alcance un balde de agua sucia, le preguntó:

—Dime, Arrero, ¿cuál es el nombre de nuestra común enemiga?

Arrero se rascó la cabeza y, después de un momento de profunda reflexión, dijo:

—¿Nuestra enemiga?: la maldita Perca.

Dijo así porque en la lengua de los galos la capital de los romanos se denomina de esta manera.

—No, no —corrigió Cartalón—. Tienes que decir Roma.

Advirtió su desliz cuando ya había pronunciado la palabra fatal. A continuación recibió el manguerazo de Surus. Apuró la copa de aguado vino que sostenía en la mano y dirigiéndose a los que habían presenciado el evento, aguardó a que cesaran las carcajadas y suplicó:

—Por favor, que no se entere de esto el bandido de Alorco.

Mientras estas cosas sucedían, Alorco regresó con las patrullas que habían estado espiando los movimientos de Escipión.

—Buenas noticias —informó—, el romano se desesperó cuando encontró desmantelado nuestro campamento. Ha embarcado nuevamente a su tropa y la ha enviado a Hispania, al mando de su hermano Cneo. Él regresa a Italia, solo, en una trirreme ligera. Creo que nos esperará en el río Po, en cuanto descendamos de los Alpes.

Al día siguiente emprendimos el ascenso. Por la parte de las Galias, los Alpes se extienden a lo largo de doscientos kilómetros y van creciendo en altura y nieves a medida que se aproximan a Italia. El ejército quedó sobrecogido de emoción y todo su pavor se renovó cuando, al superar un collado, se disipó un poco la niebla dejando al descubierto el hermoso espectáculo de aquellas magníficas montañas cuyas inaccesibles cumbres alcanzaban las nubes y se ocultaban dentro de ellas. Exhorté a los jefes y augures diciéndoles: «Allá arriba habitan tribus salvajes de largas cabelleras y rústicas costumbres. Si ellos no temen a las montañas, ¿las habéis de temer vosotros?». Los hombres hicieron sus votos a los dioses y regresaron a sus destacamentos para que prosiguiera la marcha.

Las primeras diez jornadas remontamos el río por el difícil y peligroso camino que llaman collado de Cremón. A menudo hubimos de avanzar penosamente entre un escarpado farallón de roca viva y la profunda hoz del agua. Así hicimos las tres cuartas partes del camino alpino y, a pesar de la dificultad y peligrosidad del sendero, sólo se perdieron unas docenas de mulas. Llegados al mojón que llaman Peña del Alce, los guías de Branco se despidieron pretextando que no conocían la montaña más allá de aquel punto. El sendero bordea un voluminoso montón de piedras al que cada caminante agrega la suya para asegurarse la protección de los espíritus de la nieve. En el mojón hay muchas piedras de todos los tamaños, pero los valles y torrenteras del entorno están tan rebuscados que es difícil encontrar un guijarro con el que cumplir el curioso rito. Afortunadamente, en unas miserables chocillas que allí hay, estaban esperándonos unos guías de la región a los que los enviados de Alorco habían apalabrado la primavera anterior. Éstos nos indicaron que los espíritus de la montaña se darían por satisfechos igualmente con el sacrificio de un toro cuya cabeza había de ser soterrada en el mojón.

A partir de aquel punto empezaba el terreno más difícil: estériles pedregales sin senderos que resultaban igualmente penosos para hombres y bestias. Los exploradores regresaban con noticias desalentadoras. No había ni rastro de pastos y el único camino practicable, a través de la garganta de Gaza, estaba vigilado por una fuerza enemiga. Los belicosos alóbreos se habían establecido en las alturas que dominaban el paso. Nos estaban aguardando desde hacía días, con la esperanza de degollarnos y obtener un gran botín. Detuve las enseñas y dispuse la acampada sobre una explanada rocosa cercana al desfiladero. Incluso los infatigables celtíberos estaban exhaustos después de la penosa marcha de los días precedentes. Maharbal

envió patrullas de galos para que espieran al enemigo. Éstas observaron que en cuanto oscureció, el grueso de los alóbreos se retiraba a su campamento, lejos de allí, dejando tan sólo algunos escuchas para que vigilaran el paso. La noche se presentaba oscura y gélida, oculta la luna detrás de las espesas nubes. Ordené avivar las hogueras del campamento y tomando quinientos soldados, escogidos entre los nómadas y celtíberos, atravesé con ellos el desfiladero, tan silenciosamente como fue posible, y ocupé posiciones al otro lado. Dejé a Asdrúbal Lacón al mando de aquella fuerza y regresé al campamento, sin más compañía que mi fiel esclavo Hermión.

Antes de que amaneciera, los alóbreos regresaron a sus posiciones y descubrieron, con estupor, que una parte del ejército que pretendían aniquilar había atravesado ya el desfiladero sin ser estorbado. Inmediatamente castigaron la negligencia de sus escuchas despeñándolos desde las altas rocas. Los cuerpos rebotaban contra las afiladas crestas e iban dejando un rastro de sangre y esparcidas entrañas antes de precipitarse en la profunda y oscura hoz del río. El ejército asistía en silencio al bárbaro espectáculo. De pronto, uno de los libios de Amarca alzó un clamor de lamentos, pues había soñado que perecería de la misma forma antes de que se pusiera el sol. Temiendo que su histeria contagiara a otros, ordené que sonaran las tubas y nos pusimos en camino detrás de los estandartes. Las acémilas de la impedimenta y los elefantes avanzaban intercalados entre los regimientos. Noté con sorpresa que a la luz del día el paso aparecía mucho más escabroso y difícil que durante la noche. En algunos tramos el sendero se estrechaba hasta hacerse no más ancho que un carro, lo que provocaba grandes obstrucciones que retardaban la marcha. Muchas mulas, espantadas por la visión del profundo precipicio a lo largo de cuyo resbaladizo borde discurría el sendero, se rebelaban y se negaban a proseguir, indiferentes a los azotes y a las órdenes de sus acemileros. Cartalón, expeditivo, ordenó despojarlas de su preciosa carga y despeñarlas, para que no estorbaran la marcha. Pero otras estaban tan espantadas que se lanzaban al abismo por ellas mismas, arrastrando al fondo de las profundas gargantas su preciosa carga.

Cuando observaron nuestras dificultades, los irresolutos alóbreos, que hasta entonces se habían mantenido a la expectativa en los lugares altos, se infundieron valor entre ellos con imprecaciones y gritos y se decidieron a atacarnos. Con un alarido penetrante, alzaron sus escudos, encomendándose a sus dioses, y cargaron sobre nosotros, brincando de peña en peña con agilidad caprina, pues están habituados a luchar en las asperezas de la montaña. Asdrúbal Lacón, que mientras tanto había situado a su gente en formación de batalla, los vio pasar por delante de sus posiciones y salió contra ellos cortándoles el avance. Pero los bárbaros eran tantos que con sólo la mitad de sus fuerzas sostuvieron la lucha mientras el resto quedaba libre para caer sobre el ejército en aquellos lugares donde el sendero era especialmente peligroso. Nuestra defensa distaba mucho de ser efectiva: ellos podían aproximarse o retirarse a voluntad para lanzar sus flechas o jabalinas, pero nosotros no podíamos escapar de la estrecha y resbaladiza trampa en que estábamos atrapados.

El pánico se apoderó de los hombres y de las bestias y nos causó más bajas que la acción misma de los alóbrigos. Decenas de soldados se precipitaban al vacío en espantosa confusión. Los heridos arrastraban a los sanos, los que intentaban esquivar un proyectil empujaban a los de atrás, en apiñada muchedumbre, e involuntariamente lanzaban a sus compañeros a una muerte segura. Mientras tanto los alaridos de los moribundos que agonizaban abajo, despedazados por las cortantes aristas de la roca, se alzaban desde el abismo sobreponiéndose al fragor de la lucha.

A pesar de todo, Asdrúbal Lacón, reforzado por aquellos que se le unían después de cruzar el desfiladero, logró rechazar y poner en fuga a los atacantes. No contento con ello, se lanzó en su persecución y les arrebató el campamento, que habían situado en un poblado cercano. En míseras chozas y hondas cuevas hallamos bien surtidos depósitos de víveres: trigo y cecina suficientes para alimentar a todo el ejército una semana, y numerosas bestias de carga y algunas mujeres. Además, encontramos grandes cantidades de pieles y zaleas, curtidas unas y todavía crudas las otras, que sirvieron para abrigar a los que tiritaban de frío. Empero, estas adquisiciones distaban mucho de compensar el material que habíamos perdido en la batalla. Con el libro de cuentas en la mano, el consternado Monómaco vagaba entre sus oficiales evaluando las pérdidas. Muchos mulos se habían precipitado al barranco con sus cargas insustituibles de armas y fardos de tiendas, mientras que otros, que transportaban material mucho menos necesario, habían logrado pasar. Poseíamos gran cantidad de mástiles de tiendas, pero no teníamos los lienzos que habían de sostener. Se salvaron muchas trébedes, pero escaseaban las ollas.

Durante todo el día siguiente descansamos en el campamento de los alóbrigos. Danón y sus auxiliares trabajaron intensamente, ocupándose de la gran multitud de heridos que la batalla había producido. Los celtíberos desguazaron varias chozas para construir una pira funeraria en la que quemaron los cadáveres de los suyos. Todo el día se les fue en cánticos y lamentos funerarios y en las danzas y banquetes que cada pueblo usa para honrar a sus muertos. El aire era tan frío que penetraba con dolor en los pulmones pero, al propio tiempo, su pureza extremada causaba una sensación de placentera plenitud.

Más allá de las gargantas, el valle alpino se ensancha de nuevo en unas navas que llaman Brecho, territorio de los tricornios, que se extienden hasta el río Durance. Como el invierno estaba próximo, las aguas bajaban crecidas y turbias, arrastrando grandes tortas de nieve. Un viento helado ululaba en las grietas de los roquedos y ventisqueros del pelado desierto. El río se había desbordado en muchos lugares anegando los pastizales y encharcándolos. Penosamente, y a costa de nuevas pérdidas de acémilas e impedimenta, pudimos atravesarlo. Establecimos el nuevo campamento en medio del llano que hay en la otra orilla. Por la tarde acudió una embajada de los tricornios, cinco ancianos vestidos con pieles malolientes que portaban en las manos ramos de olivo silvestre y verdes guirnaldas. Declararon que la desgracia de sus vecinos era para ellos útil lección. Preferían ser nuestros leales amigos a combatirnos.

Se jactaron de ser queinates, de la estirpe de los ligures antiguos. Odiaban a todos los galos, especialmente a aquellos alóbrigos que nos habían atacado la víspera. También odiaban a los etruscos y a los romanos. Al parecer odiaban a todo el mundo, aunque se les olvidó mencionar a los cartagineses. Habían recibido noticias de nuestra llegada y querían establecer un firme pacto de amistad con Cartago. Ofrecían rehenes, trigo, pieles, grasa y carne, pero todo ello estaba a dos días de distancia, pasando las montañas que teníamos delante. Mientras tanto nos proporcionarían guías de confianza que nos ayudasen a cruzar aquellos inhóspitos parajes por atajos seguros.

Convoqué al consejo y deliberamos. Aunque casi todos recelábamos de la súbita amistad que aquellos bárbaros sentían por nosotros, decidí aceptar, ¿qué otra cosa podía hacer, dadas las circunstancias? No obstante tomé precauciones. Mientras permaneciésemos en territorio tricorio marcharíamos en formación de alerta para prevenir posibles sorpresas. Los elefantes y las acémilas irían delante, con la impedimenta; los libios y celtíberos a la zaga, prestos a intervenir. Al día siguiente, octavo de marcha desde que subimos a las montañas, salvamos el angosto desfiladero de Queirates. Es un lugar impresionante por su salvaje belleza. A la izquierda teníamos un gris farallón vertical que parecía tallado por la mano de un cíclope; a la derecha, el profundo tajo del río Guil, de musgosas y oscuras aguas. En este punto los bárbaros nos atacaron de nuevo. Lo hicieron simultáneamente desde las alturas, por el frente y por la retaguardia. Los mismos venerables ancianos que la víspera habían acudido a nosotros con ramos de olivo, dirigían el ataque. Sus guías nos habían conducido a una trampa. Esta vez las pérdidas superaron a las de días atrás: grandes rocas bajaban rodando por la pendiente, arrastrando a otras en su camino, y aplastaban a docenas de hombres a un tiempo. Turbas de vociferantes bárbaros avanzaban hasta posiciones seguras y lanzaban sus agudas jabalinas de hueso sobre la masa indefensa de nuestros hombres apiñados contra el muro del despeñadero. Presas del pánico, muchos soldados intentaban retroceder o escapar hacia adelante entorpeciendo la defensa de sus camaradas más serenos y precipitándolos a la muerte. Así se perdieron oficiales y sargentos muy valiosos que habían sobrevivido a muchas crudas guerras en Hispania y habían ganado numerosas faleras de plata por sus actos de valor. A pesar de todo fue una gran suerte que hubiese colocado a un grupo de elefantes en la vanguardia, pues por aquella parte el ataque cesó de inmediato. Los bárbaros, al encontrarse de frente con los proboscidios, huyeron atemorizados.

Después de la batalla decidimos descansar por espacio de dos días. Montamos el campamento en un lugar alto que parecía defensa segura si los tricorios regresaban. Muchos hombres a los que habíamos dado por muertos, pues habían perdido contacto con sus regimientos y se habían extraviado en la espesa niebla de los días precedentes, fueron llegando al campamento, heridos y exhaustos. También se reintegraron algunas acémilas de las recuas que creíamos capturadas por el adversario. A éstas, muertos sus acemileros, las había guiado el curioso instinto que

hace que los animales busquen la compañía de sus amos.

Estábamos en la cúspide de las montañas, en una desierta nava pedregosa salpicada de montones de nieve. Las blancas montañas nos rodeaban. El suelo estaba encharcado. Hacía un frío intenso. No había leña ni forraje. El viento seco amorataba los rostros y abría dolorosas grietas en los labios. El ejército estaba apesadumbrado, los hombres se acurrucaban dentro de las tiendas para darse calor unos a otros y murmuraban entre ellos sobre la gran cantidad de agujeros funestos que continuamente se observaban. Otros, contristados por la pérdida de tantos animosos camaradas, permanecían hoscos y silenciosos.

Convoqué a los jefes de los regimientos y les señalé, a través de las nubes bajas que otra vez nos envolvían, las azules llanuras del Po, el punto donde acaban las montañas y empieza Italia. Les recordé que aquellas tierras estaban habitadas por los galos boios, nuestros aliados, y que más allá el terreno es llano, seco, rico en trigo y en huertos, en rebaños de gordas ovejas y en ciudades ilustres. Nuestros sufrimientos estaban, pues, próximos a finalizar. Los despedí para que fuesen a comunicarlo a sus hombres. Cuando se retiraron se acercó Manalor para darme la novedad de sus elefantes. Los animales estaban enfermos, débiles y hambrientos, pues hacía una semana que no probaban un bocado de hierba. Se estaban poniendo nerviosos y si no encontrábamos pronto un pastizal podrían rebelarse contra sus indis. Le concedí permiso para que los alimentara con trigo y cebada aún a costa de agotar rápidamente las ya menguadas reservas de la tropa. Prefería soportar las constantes quejas de Monómaco a perder una sola de aquellas preciosas bestias.

Al día siguiente, apenas hubimos iniciado el descenso, nos vimos inmersos en una intensa tormenta de nieve. Los copos descendían tan espesamente que apenas era posible distinguir la espalda del hombre que te precedía a dos metros de distancia. Aún no habíamos recorrido un kilómetro cuando el sendero comenzó a desdibujarse, a causa de la nieve acumulada, y luego su rastro se perdió por completo. La línea de marcha se enturbió. Algunos regimientos se extraviaron en medio de la tormenta. Sus estandartes seguían direcciones equivocadas hasta internarlos en valles sin salida que terminaban en precipicios o en paredes rocosas que les cerraban el paso. Intentaban regresar sobre sus propias huellas y seguían las de otros regimientos no menos desorientados. Hacían balar las tubas y cornetas para convocarse en la distancia, pero la áspera y traidora montaña les devolvía los ecos, como si el espíritu cruel de aquellos desiertos se hubiese propuesto perderlos en medio del blanco laberinto. Muchos caían extenuados para no levantarse más y eran ignorados por sus compañeros que proseguían la marcha trastabillando como borrachos, ya en el límite de sus fuerzas, indiferentes a la suerte de aquellos por los que en el crudo combate hubieran sido capaces de inmolar sus vidas.

La nieve resultó ser un enemigo más temible que los bárbaros que en ella habitan. Los pies se hundían en la fangosa capa más reciente y llegaban al hielo. Hombres y bestias resbalaban, perdían el equilibrio y caían. Intentaban levantarse y tornaban a

caer, lastimándose. Muchos se deslizaban por los resbaladizos taludes sin ramas ni raíces a las que agarrarse. Percibíamos sus decrecientes gritos cuando se despeñaban por los oscuros tajos y barrancos que rodeaban las alturas. Las acémilas caídas no tenían fuerza para alzarse. Permanecían resoplando angustiosamente y miraban a los hombres, o solamente escuchaban su cercano trapaleo, con resignada tristeza. Había que despojarlas de su carga, enderezarlas, frotarles las ateridas patas y volverlas a cargar. En la confusión de la tormenta toda acción coordinada cesaba y cada hombre atendía solamente a su salvación. En aquellas condiciones era inútil continuar el avance. Transmití la orden de suspender la marcha y acampar de nuevo, se montaron tiendas para los heridos y necesitados y nos mantuvimos en ellas hasta que dejó de nevar, a la tarde. Entonces envié a varios destacamentos bajo la dirección de Calcas, para que despejasen el sendero. Los guías delimitaron el camino y lo marcaron con las rojas estacas que sostienen el cordaje de las tiendas. En un lugar donde el sendero se estrechaba tanto que no era posible el paso de Surus y los otros dos elefantes indios, Calcas recurrió a quebrantar la roca mediante una ingeniosa industria. La calentó por medio de una hoguera e inmediatamente después la roció con vinagre. La peña se resquebrajó por muchos puntos, como fulminada por el rayo de Zeus, lo que casi todos los presentes tuvieron por magia. A continuación, los hombres de Calcas introdujeron barras de hierro en las grietas, atacaron con martillos, hicieron pedazos el obstáculo y despejaron el camino.

El paso de los Alpes nos llevó medio mes. Al otro lado de las montañas hallamos una vasta llanura recorrida por un claro arroyo de frías aguas a cuyo lado acampamos. Paseé entre mis hombres, reconociéndolos. Eran como espectros: sucios escuerzos extenuados por el hambre, el frío y las privaciones; el ánimo quebrantado y temeroso, perdidos en una tierra extraña y hostil. No me saludaban jovialmente como antes. Habían perdido la confianza en ellos mismos y en sus jefes. La misma debilidad de los cuerpos parecía afectar a las cosas: flojas las tiendas, dislocadas las armas, oxidados los hierros, mohosas las pieles de los escudos, desgarrados los vestidos, desengrasados los arneses, despintadas las enseñas, dispersos y perdidos los trebejos... Incluso Surus, enflaquecido y huraño, parecía vagar por el herbazal como una persona que busca la soledad.

Maharbal me buscaba para darme el parte de bajas.

—En el paso de las montañas hemos perdido veinte mil hombres más o menos, entre muertos, heridos irrecuperables y desertores. También seis mil bestias y la mitad del fardaje. Monómaco sostiene que este cálculo es demasiado optimista, pero ya sabes cómo le gusta empeorar las cosas. Nos quedan trece mil númeridas y ocho mil españoles, seis mil caballos y dos mil acémilas. Los treinta y seis elefantes se han salvado pero están tan enfermos que Manalor teme que sólo algunos sobrevivirán a este invierno —hizo una pausa y, viendo que no había respuesta, prosiguió en tono más confidencial—: He estado haciendo números. Los romanos tienen su fuerza intacta: pueden reunir unos setecientos mil hombres contando a sus aliados de la

Liga, es decir, unos veintisiete hombres por cada uno de los nuestros. Sólo existe una actitud juiciosa, Aníbal: pactar nuestra retirada y regresar a Hispania.

Despedí a Maharbal sin respuesta. Luego abandoné mi inspección y penetré, desolado, en la tienda sagrada. Delante de la imagen de Tanit brillante de aceite medité. Aun contando con el apoyo de los galos cisalpinos, nunca llegaría a reunir la fuerza necesaria para enfrentarme a Roma. No había previsto el tremendo desgaste que mi ejército sufriría antes de alcanzar Italia. Las pérdidas de los Alpes eran irreemplazables. Me condenaban al fracaso. Renové mis votos ante Tanit y me refugié en mi tienda. Postergué para el día siguiente la tarea de recibir a las embajadas de los galos de la región, que habían comenzado a llegar aquella misma tarde.

LA PRIMERA VICTORIA

Muchos recuerdos de importantes acontecimientos aparecen ahora confusos o pálidamente dibujados en mi memoria. Otros, sin embargo, de naturaleza comparativamente baladí, indeleblemente la habitan en las horas amargas de esta aceptada derrota que es mi ancianidad. Puedo, por ejemplo, rememorar, con toda su frescura, una precisa mañana, fría y soleada, al pie de los Alpes. El sueño de la víspera me había repuesto de las pasadas angustias que torturaban mi espíritu. Salí de mi tienda y percibí, con agradecimiento, la precisa belleza de cuanto me rodeaba. A nuestra espalda las dispersas nubes se estrellaban contra la blanca muralla alpina. Al otro lado del arroyo que dividía el campamento, se extendía un verde y espacioso prado. Tupidas arboledas oscurecidas por la distancia barreaban la línea del horizonte. Aquella tierra, cuyas cálidas palpitaciones parecía percibir bajo mis plantas, era, por fin, Italia. Respiré profundamente de su aire, como buscando que también ella, en comunión perfecta, tomase posesión de mi ser. Amílcar hubiera deseado vivir aquel momento. En su memoria ordené una hecatombe.

Aquel mismo día, cuando los hombres hubieron repuesto sus fuerzas, hice formar en círculo el ejército, dejando un claro espacioso en el centro. Nuras Avas condujo a los prisioneros insubros. Lanzándome miradas homicidas cuando desfilaron ante mí, se apiñaron en el centro del claro. Las pieles de su indumentaria les daban el confuso aspecto de una manada de osos. Sirviéndome de un intérprete de su misma nación les di a elegir entre la ejecución inmediata y la posibilidad de salvar la piel si accedían a luchar entre ellos por parejas o por grupos.

—Vais a participar —les dije —en un combate propiciatorio cuya sangre se consagra a aplacar a los dioses de la nueva tierra que hollamos. Los que sobrevivan quedarán libres, os lo prometo, y tendrán la misma paga que el resto de los galos que sirven en mi ejército.

Los prisioneros deliberaron brevemente entre ellos y accedieron. Hice que les fuesen devueltas sus largas espadas y sus pesados escudos de madera, semejantes a ruedas de carro. Durante toda la mañana el ejército gozó del espectáculo de la lucha. Númidas, galos, celtíberos y libios designaban a sus campeones entre los prisioneros más diestros y fornidos. Azuzaban a unos contra otros empujándolos con las conteras de las lanzas o arrojándoles piedras, cruzaban apuestas personales o entre las tesorerías de sus respectivos regimientos, vociferaban y se excitaban cuando, en los azares de la lucha, el favorito cercenaba un brazo o una pierna a su contrario o le dejaba los intestinos al aire después de una acertada finta. Antes de la hora quinta, un tercio de los prisioneros había perecido y otros tantos se hallaban heridos.

Considerando que la ofrenda de sangre había sido suficientemente generosa, suspendí el combate e hice que Calcas reconociese a los heridos y designase a los que deberían ser despenados por irrecuperables. Los supervivientes decidieron, unánimemente, unirse al ejército, si bien algunos de ellos desertarían a la primera ocasión. El propio Ducario designó a los que serían sargentos y los incorporó a sus unidades.

Al anochecer, después de la comida, convoqué a los jefes del ejército y a los intérpretes de las distintas lenguas.

—Habéis presenciado —les dije —cómo los insubros luchaban entre ellos porque no tenían otra alternativa para escapar de la infamante muerte. Los que sobrevivieron son ahora libres. Si recapacitáis advertiréis que todos nosotros nos encontramos en una situación semejante: nos encontramos prisioneros de nuestro propio destino en una tierra extraña y hostil. El invierno se nos ha echado encima. No podemos retroceder sin arriesgarnos a perecer en las montañas de la Nieve. Solamente nos será posible regresar algún día a nuestras casas en Hispania o en África si derrotamos a los romanos y nos adueñamos del mar. De otro modo estamos condenados a morir o a la infamante esclavitud. Pero si luchamos animosamente, no sólo obtendremos la victoria sino grandes riquezas: esta tierra es próspera, sus ciudades son ricas y están bien abastecidas. Además, los dioses nos son propicios y no se apartarán de nuestro lado, pues hacemos la guerra justa a los perjuros romanos que nos arrebataron las islas y quebrantan los sagrados pactos. Ahora id a vuestros hombres y explicadles cuanto he dicho.

Durante los días siguientes permití que los hombres y las bestias descansaran. Hice distribuir raciones suplementarias de grano, aceite y vino para que hasta los más baqueteados olvidaran cuanto antes las penalidades pasadas. Establecí mi tribunal frente a la tienda sagrada y cada día impartía justicia a los que la demandaban. Mientras tanto, los sargentos veteranos de Hispania instruían a los nuevos reclutas galos en la formación griega. No era trabajo fácil. Aquellos gigantes rubios eran muy refractarios al orden cerrado de la falange, pues su modo natural de combatir es anárquico: caen sobre el enemigo en vociferante tropel y si encuentran una resistencia enconada abandonan en seguida el campo y se retiran en el mayor desorden.

Los espías de Magalo me pusieron al corriente de la situación en Roma. La noticia de que el ejército púnico estaba ya en suelo italiano era tema corriente de conversación en ágoras y mercados. El Senado había consultado secretamente los Libros Sibilinos. No se conocía la respuesta, pero podía conjeturarse que había sido preocupante puesto que al día siguiente una trirreme ligera había partido de Ostia para llevar a Sicilia un mensaje urgente. Se ordenaba al cónsul Longo que regresara inmediatamente con sus tropas. Esto significaba que la proyectada invasión de Cartago quedaba aplazada.

En aquellos días mantuve intensos contactos con Magalo, el jefe de los galos boios. Había algo de patético en su figura. Las reiteradas derrotas que había sufrido en los últimos años, y la casi completa aniquilación de su pueblo, habían labrado en

su ánimo valiente una especie de reflexiva conformidad que no se correspondía con la impaciencia fogosa que nuestros oficiales jóvenes, de su misma edad, manifestaban. Quizá fuera la constatación de esa madurez que el sufrimiento otorga lo que me llevó a compensarlo al admitirlo en el consejo del ejército y concederle insignias y prerrogativas de general. Sus conocimientos de táctica dejaban bastante que desear pero era de todos nosotros el único que tenía la valiosa experiencia de haber luchado contra las legiones romanas. Alarco le sugirió que instruyera a los jóvenes oficiales acerca del modo de combatir de los romanos.

—En Roma —informó — todos los hombres libres de edad comprendida entre los diecisiete y los sesenta años están obligados a servir en el ejército.

—¿Quieres decir que admiten soldados de sesenta años? —preguntó Cartalón, incrédulo.

—Los viejos sirven en los empleos rutinarios de guarnición —respondió Magalo—. Esto hace posible que todos los que son jóvenes y vigorosos puedan acudir al campo de batalla si llega el caso. Los romanos son buenos soldados. Tienen motivos para serlo. En los últimos cien años han estado constantemente en guerra. Se sienten libres y están orgullosos de ser romanos. Consideran un gran honor servir en el ejército. Sus sentimientos patrióticos forman parte del carácter nacional, como el orgullo, el sentido práctico o el cabello lacio y oscuro. Cuando combatamos en su suelo no se detendrán ante ningún sacrificio.

Durante varias sesiones consecutivas, Magalo expuso sus conocimientos acerca de la formación que llamamos legión. Existen en ella cuatro clases de soldados, dependiendo de la edad y función encomendada. Los más jóvenes y ágiles se denominan *vélites*. Luchan de lejos, hostigando al adversario con flechas y jabalinas, en los preliminares del encuentro, sin guardar formación. Corresponden a la infantería ligera griega. Próximos a ellos en edad y experiencia están los *hastati*, nuestra infantería pesada, que constituyen la primera línea de la legión. Detrás de ellos se alinean los *príncipes* o veteranos, la columna vertebral del ejército romano, hombres de valor y experiencia probada. A continuación se dispone una tercera línea de *triarios*, también infantería pesada, de más edad. Estas tres líneas no se presentan compactas, en un solo cuerpo, a la manera griega, sino en formación de legión, a la romana. Se dividen en compañías o manípulos de unos ochenta hombres cada uno. Entre cada manípulo y el siguiente queda un espacio despejado de diez o doce metros. Detrás de la primera fila de manípulos se dispone una segunda, al tresbolillo, taponando los espacios libres que deja la primera. Y detrás de la segunda, una tercera con la misma disposición.

Esta formación romana es superior a la griega que se ha venido usando desde los tiempos de Alejandro Magno. Su gran ventaja es que permite maniobrar en terreno quebrado sin alterar la formación. Además, cada hombre dispone de un metro cuadrado de espacio que le permite moverse sin entorpecer al vecino, lo que a menudo sucede en la excesivamente compacta formación griega. A primera vista se

podría objetar que el adversario podría infiltrarse por las brechas que deja la primera línea de manípulos. En realidad no existe tal peligro. Las compañías de la segunda línea se adelantan para taponarlas en los momentos necesarios y se retiran nuevamente cuando ha pasado el primer esfuerzo. De este modo se consigue una formación singularmente flexible: maniobra suelta, como los separados dedos de una mano, pero se transforma en puño cerrado cuando ha de golpear.

En cuanto a las armas romanas son, con la *falcata* española, las más admirablemente diseñadas que existen. De hecho acabé adoptándolas para mi propio ejército aunque, para evitar que los romanos se sintieran halagados por mi elección, divulgué que no lo hacía porque fueran superiores a las nuestras, sino por aprovechar las grandes cantidades de material que continuamente les capturaba.

En la primera y segunda líneas de la legión, cada combatiente va provisto de dos jabalinas, de las llamadas *pilum*. Su diseño es sumamente ingenioso, casi diabólico. El hierro empleado en su fabricación es tan dulce que la punta suele doblarse al atravesar el escudo del contrario o al chocar contra cualquier otro obstáculo de razonable dureza. De este modo el arma queda inutilizable y no puede ser recogida y arrojada de nuevo por el adversario. Por otra parte, la estrecha escotadura con que el hierro se une al astil, está provista de una línea de mínima resistencia por la que el hierro suele romperse. Cuando esto ocurre, el largo astil queda clavado en la coraza o en el escudo del enemigo estorbando su maniobra.

En cuanto ha lanzado sus dos jabalinas, el legionario desenvaina su corta espada y ataca inmediatamente, buscando el cuerpo a cuerpo, muchas veces cuando todavía su segunda jabalina va por el aire.

Los *triarrios* de la tercera línea van, por su parte, provistos de robustas lanzas de hasta tres metros de longitud y se protegen con grandes escudos de madera revestidos de piel de buey. Éstos se parecen más a la tradicional falange griega. Su cometido es, sin embargo, secundario: van limpiando el terreno a medida que avanzan y dan el golpe de gracia al enemigo ya derrotado.

Después de un tiempo, cuando las reservas de grano comenzaron a escasear y las quejas de Monómaco se hacían ya insufribles, levanté el campamento y puse al ejército en marcha. Los exploradores descubrieron que las tropas de Escipión habían cruzado el río Po y venían a nuestro encuentro. Cada pueblo hizo sacrificios propiciatorios a sus dioses nacionales, según las diversas costumbres. Unos augurios resultaron buenos y otros malos, pero supimos, por un esclavo huido, que a los romanos les eran completamente desfavorables: un lobo había invadido su campamento y había logrado escapar indemne después de morder a varios hombres. Un enjambre de abejas se había posado sobre el árbol que daba sombra a la tienda de Escipión. El hígado de las víctimas sacrificiales aparecía reiteradamente enfermo o deforme.

A pesar de todas estas señales, Escipión se atuvo a su plan y continuó avanzando hacia nosotros. Buscaba la batalla antes de que las tribus ínsubras indecisas se

decidiesen a reforzar mi ejército.

Me alejé hacia el norte, rehuyendo el combate, para atraerlo a un terreno adecuado. Al tercer día lo encontré, junto al río Tesino, y, por lo tanto, permití que los romanos nos alcanzaran. Era una llanura abierta apropiada para las evoluciones de la caballería númera y además estaba el río. Un río, convenientemente aprovechado, duplica fácilmente las posibilidades de victoria. Di orden de agrupar las enseñas y que las tubas tañeran a batalla. Por las explicaciones de Magalo había deducido que la manera de combatir de los romanos requiere un cierto tiempo para ordenar sus manípulos sobre el terreno. En este primer encuentro los obligaría a entrar en combate antes de que pudieran formarse. Por lo tanto no aguardé a la llegada de mi infantería, que venía algo retrasada, sino que en cuanto las patrullas avistaron a la caballería de Escipión, lancé sobre ella, en bloque, a los coraceros númeras de Nuras Ava. Al propio tiempo ordené a Maharbal que se pusiera al frente de la caballería ligera y remontara el curso del río, oculto por los altos cañaverales de las vistas del campo. Tomaría posiciones en la retaguardia de los romanos y se abstendría de intervenir hasta que yo diese la señal. Los romanos cargaron vigorosamente con sus caballos tostados de noble apariencia. Constituía un hermoso espectáculo verlos evolucionar torpemente entre los pequeños y vivaces caballos grises de los númeras. Aguardé a que unos y otros estuviesen bien mezclados, para que el combate se fijara sobre el terreno, antes de hacer la ahumada convenida.

A continuación, Maharbal cayó sobre la retaguardia romana y decidió la batalla. Resultó casi un juego de niños. Sólo dos cosas me sorprendieron: la deficiente táctica de los romanos, que se mostraron absolutamente incapaces de reaccionar coordinadamente ante una situación que no figuraba entre las descritas en su manual de Julio Frontino, y el disciplinado y frío valor con que muchos de ellos afrontaban la desdicha, pues muy pocos cedieron desordenadamente el campo a pesar de saberse en derrota.

En la última fase de la batalla intervine personalmente y pude ver de cerca a los dos Escipiones. El cónsul había perdido su caballo y estaba malherido. Por un momento pareció que algunos jinetes númeras que lo rodeaban iban a capturarlo. Entonces un grupo de jóvenes jinetes romanos se lanzó a su rescate, lo rodearon, protegiéndolo con sus grandes escudos en forma de teja, y consiguieron arrastrarlo hacia sus líneas. Uno de aquellos valientes había perdido el casco y combatía a cabeza descubierta. Su caballo rubio azafranado contrastaba vivamente con la negrura de su coraza de cuero. Éste era el hijo de Escipión, al que ahora llaman el Africano, el que me derrotaría en su edad viril y pondría fin a las últimas esperanzas de Cartago. Entonces sólo tenía dieciocho años. Después de aquel día consagró su vida a derrotarme, para vengar a su padre y a Roma, así como yo he consagrado la mía a derrotar a Roma para vengar a Amílcar. Condenados a ser haz y envés de la misma hoja, mi corazón, que tanto odio intacto guarda hacia Roma, siente sin embargo admiración y amistad por este único romano. Mas no quiero alterar el orden de mi

discurso relatando primero sucesos que acaecieron después.

Aquel día en el Tesino, después de los primeros encuentros, el combate se desplazó al terreno quebrado cerca de los árboles. Allí se enturbiaron las líneas y los romanos que aún se tenían en pie pudieron huir a través del bosque poniéndose fuera del alcance de la caballería, aunque dejaron tras ellos más de quinientos muertos y numerosos caballos e impedimenta. Los caballos, aun siendo de inferior calidad, fueron bien venidos, pues habíamos perdido un gran número de los nuestros en los Alpes. Lamentablemente no podían reemplazar completamente a los africanos y españoles, puesto que éstos se espantaban de la vista y aun del olor de los elefantes.

Los romanos habían establecido su campamento a unos siete kilómetros de distancia. Aquella misma noche sus dos mil auxiliares galos degollaron a los centinelas que guardaban el campo y se pasaron en bloque a nuestro lado. Nuestra primera victoria comenzaba a dar sus frutos.

Alorco no descansaba después de la batalla. Pasaba el día interrogando prisioneros con su habitual sagacidad. Los romanos capturados estaban aterrados. Sus oficiales les habían hecho creer que los púnicos torturábamos a nuestros prisioneros y luego los despedazábamos para arrojar sus cuartos a los elefantes. Alorco se reía de tal ocurrencia pero no hizo nada por sacarlos de su error. Es más, les insinuó que entre nosotros existía un individuo llamado Monómaco, cuyo bocado favorito eran las criadillas humanas. Pero aquellos que se mostraran dispuestos a colaborar no tenían nada que temer: serían restituidos a Roma a cambio de un razonable rescate. A continuación los interrogó por separado, comenzando por un tal Rufo, de cincuenta años, que le había llamado la atención debido a su edad, un tanto insólita para ser todavía soldado raso. El fino olfato de Alorco raramente lo traicionaba. El romano, deseoso de congraciarse con él, contó todo lo que podía interesarle. Hasta una semana antes había sido oficial de intendencia en Clastidium. Al parecer, la indiscreción de un molinero borracho había puesto al descubierto que vendía trigo a los galos rebeldes. Lo habían degradado y enviado a la caballería. Su juicio por un tribunal militar había quedado aplazado hasta que concluyera la investigación en curso. El hombre se había dejado hacer prisionero para cambiar una muerte segura por otra solamente casi segura. En Clastidium tenía muchos cómplices que aún no habían sido descubiertos. Alorco interrumpió el interrogatorio para informarme del asunto. Reuní urgentemente al consejo y permití que Monómaco le expusiera sus lastimeras cuentas. La situación era grave. Nos quedaban vituallas para dos días. Por lo tanto, toda acción militar debía subordinarse a la captura del depósito de trigo. Maharbal partiría hacia Clastidium con la caballería española mientras que Asdrúbal Lacón y Cartalón llevaban la nómida hasta las proximidades del campamento de Escipión. De este modo mantendríamos ocupado al adversario mientras le vaciábamos la despensa. Alorco se adelantó con Rufo y una reducida escolta a la que vistió y armó con despojos romanos. Después de caminar durante toda la noche, amanecieron sobre Clastidium. En el campo cercano a la guarnición existía una alquería propiedad de un

amigo de Rufo que a veces mediaba en sus tratos. Lo sobornaron para que convocase a los romanos implicados en las ventas ilegales a una reunión urgente. Alorco era un excelente negociador. Conversó con ellos y les propuso un trato tan ventajoso que no se pudieron negar: si entregaban el depósito intacto recibirían cuatrocientas monedas de oro. Si se resistían, el depósito caería de todas formas en nuestras manos aquella misma tarde y ellos serían despellejados, empalados y entregados a la voracidad de los elefantes. En el caso improbable de que no pudiésemos conquistar el depósito, haríamos llegar a Escipión un detallado informe de los robos y trapacerías que Rufo había confesado, así como una lista completa de sus cómplices y contactos. Alorco era singularmente persuasivo. El jefe de la guarnición, un tal Darío de Brindis, aceptó el arreglo. Entregaron el depósito a cambio de las cuatrocientas monedas. Casi un regalo. Allí había trigo y aceite suficientes para alimentar al ejército durante cuatro meses. Desoyendo las protestas de Monómaco, que mascullaba algo sobre la imprevisión de la juventud y la tendencia al derroche propia de los Barca, hice distribuir inmediatamente una ración triple a la tropa. No hay cosa que acreciente más la moral del soldado que un estómago bien alimentado.

Al día siguiente enviamos legados galos a los consejos de ancianos de todas las tribus y pueblos de la región. Eran portadores de armas y despojos romanos, para atestiguar la derrota del cónsul. Muchas tribus ínsubras que días antes vacilaban decidieron ahora unirse a nosotros. Los nuevos reclutas llegaron en tan gran cantidad que hubimos de permanecer acampados durante tres semanas para dar tiempo a que los oficiales instructores les inculcaran los rudimentos del orden cerrado. Al propio tiempo Cartalón, Asdrúbal Lacon y Nuras Ava recorrían las tierras de las tribus galas, que aún permanecían fieles a Roma devastando sus cosechas, saqueando sus graneros y despensas y raptando a las mujeres necesarias para el servicio del campamento. Algunos jefes galos se cansaron de aguardar la ayuda que Roma les había prometido y optaron por enviarnos legados, pero las negociaciones progresaban con lentitud a causa del problema de los rehenes, particularmente de las mujeres y muchachos, que los lascivos númidas se negaban a liberar si no era a cambio de una sustanciosa contrapartida económica.

Por lo demás la moral de la tropa era alta. Continuamente se escuchaban cantos y risas en el campamento y el vino corría liberalmente, suministrado por comerciantes galos, griegos e incluso sicilianos que habían acudido al reclamo de la fácil y saneada ganancia. Otra vez circulaban los chistes de Alorco parodiando el estilo de las adivinanzas a las que tan aficionados son los oretanos y mastienos. El blanco de las chanzas era unas veces Monómaco y otras Cartalón. «Pregunta: ¿en qué se distingue cuando Monómaco hace de copero? Respuesta: en que en lugar de añadir agua al vino, añade vino al agua». «Pregunta: ¿por qué permanece Monómaco siempre encerrado en sus depósitos de intendencia? Respuesta: porque le repugna dar un paseo».

No transcurría un día sin que nos llegaran esclavos fugitivos procedentes del sur

con las últimas noticias de Roma como todo equipaje. El ejército de Sempronio se había unido al de Escipión. Como el viejo Escipión continuaba postrado, a causa de sus heridas, Sempronio asumía el mando.

Este Sempronio era un hombre de fogoso temperamento, fornido, de tez rojiza, muy pagado de su valor como estratega, por su experiencia guerrera en el aplastamiento de la insurrección boia, pero irascible e irreflexivo, defectos imperdonables en un general. La campaña contra los boios, en el norte del Po, dos años atrás, le había valido una gran popularidad en Roma. Ahora se acercaba la fecha de las elecciones consulares y el vanidoso Sempronio tenía prisa. Anhelaba apartarse de su magistratura como vencedor de Aníbal y salvador de la patria antes de que el mando del ejército fuese transferido a los nuevos cónsules. Estaba tan ansioso por entrar en combate que, según supimos después, por los oficiales prisioneros, había llegado a intercambiar insultos y ásperos reproches con el veterano Escipión, al que despreciaba porque aconsejaba prudencia.

Concebí un plan simple, adecuado a la irreflexión de Sempronio: le expondríamos el cebo de unos pocos regimientos de caballería que, en su huida, lo atraerían a una trampa.

Durante dos días estudié cuidadosamente cada pliegue de terreno en las márgenes del río Trebia. Me acompañaban Maharbal y algunos jóvenes oficiales. No nos fue difícil dar con el lugar que necesitábamos: un prado despejado donde la caballería podría maniobrar cómodamente. Por un lado lo limitaban las altas márgenes del río; por el otro una sucesión de suaves colinas cubiertas de espesa arboleda. La caballería española podría disimularse en el bosque y pasaría completamente desapercibida hasta que le llegase el momento de intervenir.

El ejército de Sempronio atravesó el Po y estableció su campamento a cinco kilómetros del nuestro, al otro lado del río Trebia. Decidí provocarlos antes de que estuviesen más descansados de la marcha. Una hora antes del amanecer, Maharbal y Nuras Ava acudieron a mi tienda. El húmeda tiritaba de frío debajo de sus mallas militares. Repasamos brevemente el plan, derramamos una libación sobre la cabeza de Tanit, les deseé suerte y los despedí. Tres mil jinetes húmedos de los mejores regimientos, entre ellos Gelana y Undécimo, cruzaron el Trebia, cuyas heladas aguas llegaban al pecho de los caballos. Mientras tanto, los centinelas e imaginarias despabilaron las hogueras y los sargentos despertaron a sus hombres sin tañido de tubas, silenciosamente. Los españoles y los africanos no estaban habituados a tan intensos fríos. El aliento de hombres y caballos formaba nubes de vapor. Siguiendo los consejos de Danón, el cirujano, hice distribuir diez medidas de aceite por regimiento para que los hombres se frotasen el cuerpo delante de las hogueras. De este modo los que procedían de las tierras soleadas pudieron usar los rigores invernales en su propio beneficio. También dispuse que todo el mundo consumiera sus raciones del almuerzo, pues lo más probable era que no se presentara otra ocasión de ingerir alimentos hasta la noche. Estas cosas cumplidas, los oficiales se hicieron

cargo de sus formaciones y partieron a ocupar los lugares acordados.

Empezaba a mostrarse la cenicienta claridad de la mañana. Mi hermano Magón, al que la víspera había regalado una espléndida falcata y la falera de oficial, partió hacia el pinar donde se iban a emboscar los jinetes celtíberos. Se tendieron en tierra con sus caballos y aguardaron en perfecto silencio. Cerca de la caballería se ocultó un escuadrón de trescientos honderos baleares. Detrás del bosque, metidos en los barrancos, los galos ínsubros de Ducario y los boios de Magalo aguardaban. Decidí que combatieran codo con codo para que su antigua rivalidad los hiciese más esforzados en la lucha.

Cuando empezaba a amanecer en el campamento romano, la caballería nómada cayó por sorpresa sobre los auxiliares galos que pernoctaban fuera del recinto. Dieron suelta a sus caballos, incendiaron las carretas y acuchillaron a los que salían de las tiendas sin comprender cabalmente lo que estaba ocurriendo. Así sucede en los misteriosos avatares de la guerra, que prontamente se pasa del sueño a la muerte, como si fueran, que quizá lo son, de una misma e indivisible sustancia.

En la confusión del ataque circularon extraños rumores. Sempronio creyó que todo el ejército púnico, conmigo al frente, rodeaba su campamento. Furioso consigo mismo por haberse dejado sorprender, alzó inmediatamente los estandartes y, convocando a los hombres con trompetas, sacó a la caballería. Maharbal aguantó su embestida durante un tiempo prudencial y después mandó invertir las enseñas, que era la señal de huida. Los nómadas volvieron la espalda y escaparon a galope tendido, perseguidos no sólo por la caballería romana, sino también por la infantería que, mientras tanto, se había armado y formaba sus manípulos frente a la empalizada del campamento.

Ya había amanecido por completo, pero el día se presentaba oscuro, lluvioso y desapacible. Un helado viento del norte parecía traer consigo la fría destemplanza de las nieves. A medida que la luz definía los perfiles del mundo, la lluvia parecía hacerse más intensa. Desde el altozano donde había establecido mi puesto de observación dominaba el curso del río y la planicie de los pastizales. Contemplé la desordenada llegada de los nómadas. Cruzaron el río levantando helados chapoteos y, en cuanto ganaron la orilla opuesta, prosiguieron su carrera a través del prado, como si intentasen refugiarse en las alturas vecinas.

—Ésos corren más por calentarse que por huir —comentó Hano a mi lado, mientras se soplaba las ateridas manos.

La niebla fluvial comenzaba a disiparse por el lado de Oriente. Casi inmediatamente apareció la caballería romana que se lanzó al agua sin ninguna vacilación. Entre el violento chapoteo de los caballos podíamos percibir las voces de mando con que los oficiales imprecaban a los vacilantes. Los rojos penachos de crines que adornaban los yelmos de los jinetes semejaban altas amapolas nacidas entre el oblicuo cañaveral de las oscuras lanzas. Todavía quedaban jinetes en nuestra orilla cuando llegó la infantería que había cruzado el llano disciplinadamente,

trotando a paso de carga sin romper por ello la formación manipular. Se fueron agrupando junto al río mientras los centuriones y oficiales formaban corro y deliberaban.

—Los hemos cogido en ayunas —comentó Carpón, mientras señalaba a algunos soldados que bebían del río por la parte alta, echados de bruces donde los caballos no habían enturbiado el agua.

Sempronio llegó algo rezagado, rodeado por un grupo de jóvenes asistentes como la gallina clueca se rodea de sus pollos. En la distancia se distinguía su vistosa coraza de cuero adornada con umbos metálicos. Lucía un elegante penacho de plumas en el remate del casco. Con la espada en la mano increpó a los que se habían detenido en espera de sus órdenes. Los oficiales partieron corriendo en distintas direcciones, se pusieron al frente de sus unidades, emitieron las órdenes pertinentes y los manípulos se echaron al agua disciplinadamente, sin perder la formación. Bendije mentalmente al temperamental Sempronio. Era lo que estaba aguardando. La infantería romana cruzaba el río con las heladas aguas por el pecho y en ayunas. Cuando la última línea de manípulos estaba iniciando el cruce y ya la primera se desplegaba en la llanada frente a nosotros, me volví a los señaleros y ordené ahumada. Hermión arrojó un brazado de leña verde sobre la hoguera y al instante una larga nube de humo blanco ascendió. A esta señal los honderos baleares aparecieron por la derecha y comenzaron a descargar los arteros proyectiles de sus hondas largas. Éstas acabarían siendo la pesadilla de los legionarios romanos, pues el penetrante zumbido que sus glandes producen al rozar el aire sólo es perceptible unos momentos antes del impacto. La víctima elegida no tiene tiempo de guarecerse ni de levantar el escudo para mitigar el daño. Detrás de los baleares aparecieron los elefantes, a los que Manalor había administrado sus cocimientos embriagadores la víspera del combate. Azuzados por las varas y los gritos de sus indis se precipitaron sobre la caballería romana. Al propio tiempo, los jinetes de Nuras Ava y Maharbal volvieron grupas e hicieron frente a sus perseguidores. Por el lado opuesto del llano apareció Magón, que abandonaba el resguardo del bosque con los suyos y arremetía contra la retaguardia romana. Arreció la lluvia. Comenzaba a tronar la tormenta. El emblema de los Barca, un furioso rayo, desgarró el cielo. Los romanos, confusos y desorganizados, comenzaron a vacilar. Viéndose atacados por muchos lados, los oficiales daban órdenes contradictorias que no hacían sino empeorar la situación. Los más prudentes emprendieron la retirada persuadiendo con su ejemplo a los indecisos y estimulando a los cobardes. A poco todos huían francamente. Sus caballos se encabritaban delante de los enfurecidos elefantes y descabalgaban a los aterrados jinetes. Otros optaban por abandonar sus caballos y se mezclaban con la infantería o volvían grupas para huir en dirección al río, sin advertir que ya sus riberas estaban ocupadas por los melenudos celtíberos. No obstante, en medio de la confusión que precedió al desastre, algunos manípulos habían cubierto sus brechas y aguantaban a pie firme, dejándose aplastar por la caballería y por las patas de los proboscídeos. Incluso hubo un grupo de aguerridos

veteranos que realizó una notable hazaña. Armados de largas y afiladas espadas curvas se mezclaron con la caballería y amparados por la torrencial lluvia, que impedía distinguir amigo de enemigo incluso a corta distancia, atacaron a los elefantes cuando se estaban reagrupando y consiguieron cortar los tendones de las patas a nueve de ellos antes de perecer aplastados por sus furiosas víctimas o alanceados por los celtíberos que los protegían.

El combate fue breve a pesar de todo. Desorganizados y confusos, los romanos se replegaron por el único lugar que les quedaba libre: el Trebia. Fuera de los vados la corriente era demasiado impetuosa. Cientos de ellos perecieron ahogados y fueron arrastrados por las aguas.

Al anoecer, un exultante Maharbal me presentó el inventario del despojo: habíamos recogido armas suficientes para armar a unos veinte mil hombres y una cantidad de objetos valiosos y plata que hice repartir entre la tropa. Lamentablemente, los nueve elefantes inutilizados por el enemigo hubieron de ser sacrificados. Además, para desesperación de Monómaco, los romanos habían logrado incendiar los depósitos de provisiones de su campamento. El número de prisioneros sobrepasaba los diez mil. Retuve a los ciudadanos romanos y puse en libertad a todos sus aliados, imitando en esto el proceder de mi padre cuando derrotó a los mastienos. Quería que aquellos hombres divulgaran por las ciudades de la Liga mi victoria y mi clemencia, lo que sin duda las estimularía a considerar las ventajas de una posible alianza con Cartago. «Decid a los senadores de vuestros lugares —les advertí— que hemos venido a luchar contra Roma, no contra Italia».

En los días siguientes llovió continuamente y el campo encharcado nos impidió toda actividad. Los romanos fugitivos, que se habían reagrupado en los bosques, aprovecharon la forzada inactividad de nuestra caballería para ponerse a salvo, después de cruzar el Trebia en nocturnas almadías. Supimos que Escipión reorganizaba a los supervivientes del desastre en sus cuarteles de Cremona. Los auxiliares galos, que continuamente desertaban del ejército romano, nos traían noticias de su situación. Llegaban a nosotros con sus caballos y sus armas, sin otra impedimenta, casi desnudos, sonrientes y felices como niños que esperan su recompensa. Había que alimentarlos y suministrarles vestidos, leña y tiendas, un crecido dispendio que preocupaba al concertado Monómaco. Nuestro principal problema continuaba siendo el de los suministros. En pleno invierno no resultaba fácil encontrar el trigo necesario. La región del Po se encontraba ya tan esquilhada que los jinetes de Nuras Avas registraban extensos territorios sin encontrar un saco de grano. El ejército había aumentado a cincuenta mil hombres en dos meses. Es un hecho que los estómagos galos se desconsuelan fácilmente. No son como los celtíberos o los númidas que, en caso necesario, son capaces de comer carroña o huesos cocidos y siguen combatiendo en espera de mejores tiempos. Los galos, acostumbrados a vivir en regiones donde todo abunda y las cosechas son excelentes, debían alimentarse adecuadamente. De lo contrario podrían sentirse tentados a

pasarse de nuevo a los romanos. Monómaco acudía a mí con frecuentes quejas.

—Aníbal, la vida es para mí un continuo sufrimiento. Cuando padecemos escasez todos me miran reprobadoramente o lanzan excrementos contra la toldilla de mi tienda, como si yo fuera el culpable; pero en las cada vez más raras ocasiones en que una conquista ofrece momentánea abundancia, todo el mundo se da al despilfarro sin hacer el menor caso de mis protestas y de mis súplicas.

Monómaco tenía razón, pero el fundamento de la guerra reside precisamente en contentar a los hombres con los desmanes y excesos del saqueo, del festín, de la borrachera y de la orgía, para hacerles olvidar el miedo padecido en el combate y los cadáveres mutilados de sus camaradas que van quedando dispersos por parajes extraños.

Afortunadamente un nuevo golpe de suerte nos sacó del apuro. Algunos prisioneros interrogados por Alorco mencionaron otro depósito de víveres en el lugar llamado Victumulae. Lo encontramos fuertemente custodiado y muy fortificado. El cónsul había reforzado su guarnición con auxiliares galos de una facción enemiga de nuestro aliado Magalo. Éstos se defendieron con fanática determinación hasta el aniquilamiento, temerosos de la suerte que su antiguo jefe les podía tener reservada si se dejaban capturar vivos. En esta ocasión recibí una herida de flecha en la pierna izquierda, cerca del tobillo. Me mantuvo hospitalizado durante dos semanas. Pero los mayores contratiempos los trajo el invierno con sus incesantes lluvias. Los caminos se habían convertido en lodazales intransitables, los campos estaban anegados y yertos. Manadas de lobos descendían de los bosques para hacer estragos en nuestras corralizas a plena luz del día. Nuestros animales, mal acostumbrados a aquel clima y debilitados por las privaciones sufridas en los Alpes, enfermaron. Diecisiete elefantes hubieron de ser sacrificados en el plazo de medio mes, con lo que sólo nos quedaron nueve africanos, de pequeña alzada, y el indio Surus. Para colmo de males, casi todos los caballos nómadas y celtíberos contrajeron la sarna, lo que nos obligó a sacrificar cientos de ellos. Se habían contagiado de los caballos capturados a los romanos. Quizá deba aclarar que los caballos itálicos están acostumbrados a esta enfermedad y, aunque la padecen, raramente mueren de ella.

Los romanos optaron por retirar sus guarniciones de la línea del Po y las concentraron en las plazas fuertes de Placencia y Cremona. Los batidos ejércitos consulares se replegaron a sus cuarteles de invierno. La línea del Po, donde habían proyectado detenernos, estaba ahora en nuestro poder, aunque el crudo invierno nos impidiera sacar provecho de la situación. No obstante, este éxito parcial elevó considerablemente la moral de la tropa. La locución «ni po», con que los oretanos magdaleneros solían rematar sus expresiones más variadas, evidenció desde entonces el orgullo que les inspiraba aquella conquista.

Aunque era urgente que llegara a las tierras de los etruscos, cuyas ciudades esperaba sublevar contra Roma, hube de resignarme a invernar en Liguria. En aquella región húmeda y helada el resto de los elefantes africanos enfermaron de tristeza y

perecieron. Solamente Surus sobrevivió. Este revés fue más sentido por el ejército que si hubiésemos perdido una batalla. Durante mucho tiempo los pálidos espectros de los elefantes frecuentaron los sueños de los soldados y ellos, al despertar, quemaban tortas de cebada en su honor y alimentaban a Surus con exquisitos manjares, divinizándolo.

A pesar de la forzosa inactividad que el mal tiempo imponía, el infatigable Alorco se las ingeniaba para mantenerme informado de cualquier cambio o suceso significativo que se produjese en Roma. Su principal fuente de información era un liberto griego que había caído prisionero en Trebia, un tal Martindos. Martindos era cocinero del senador Marco Curcio. En los días de cautividad que siguieron a su captura, se había enamorado perdidamente de uno de sus guardianes galos, un pollancón ínsubro de formas algo feminoides llamado Mantelix. Martindos concibió hacia él tal pasión, que el día que llegó su rescate derramó amargas lágrimas, como si una gran desgracia le hubiese sobrevenido, pues prefería la dura cautividad cerca de su enamorado antes que regresar a las comodidades de su casa romana. Notado esto por Alorco, le propuso un trato: si aceptaba trabajar para él, espionando a los romanos e informándonos periódicamente de las conversaciones que su amo, el senador, mantuviese con su esposa o con sus amigos y colegas, él arbitraría algún medio para que pudiera seguir viéndose con Mantelix cada cierto tiempo. Además, los recompensaría a ambos con una crecida cantidad de dinero. Martindos aceptó la oferta casi con alivio. Establecieron que una vez a la semana Martindos iría a una finca de recreo que el senador poseía a las afueras de Roma. En el camino de la finca existía una venta a cuyo dueño Alorco sobornó para que actuase como intermediario entre Martindos y los enviados púnicos que allí acudiesen haciéndose pasar por trajinantes. Algunas veces, cuando una información transmitida había resultado especialmente importante, Alorco premiaba el trabajo de Martindos enviándole al propio Mantelix, su enamorado, entre los falsos mercaderes.

Este ventajoso arreglo entre Alorco y Martindos se prolongó durante años sin que los romanos sospecharan cuál era nuestra fuente de información, si bien pronto advirtieron que no había deliberación del Senado, por secreta que fuese, que no llegase puntualmente a nuestros oídos.

No fue éste el único espía que Alorco logró introducir en Roma. Otros prisioneros romanos se prestaron a informarnos de los asuntos de la ciudad, aunque todos ellos a cambio de dinero, que es una motivación menos segura que la pasión amorosa. De este modo Alorco se aseguraba distintas fuentes de información y podía contrastar las noticias que recibía de unos y otros para calibrar el grado de veracidad, o la importancia relativa, de cada una de ellas.

Los días que escampaba, empleaba al ejército en diversos trabajos de fortificación, en su mayoría inútiles puesto que, en cuanto mejorara el tiempo, pensaba abandonar aquel lugar. La afluencia de esclavos fugitivos de Roma o de otras ciudades de la Liga no era ahora tan intensa. Alorco los interrogaba rutinariamente.

Todos contaban las mismas patrañas, exagerando el terror que nuestras victorias habían infundido en sus amos. Garesaya, el augur, reinterpretaba los signos y prodigios que los romanos recibían de sus dioses. Un niño de seis meses había gritado «¡Victoria!» en el foro; en la Galia un lobo había arrebatado la espada de un centinela dormido; un buey había subido al tercer piso de una casa y se había precipitado por una ventana. Tenía el hígado manchado. Sobre el cielo habían aparecido siete brillantes espejos; un rayo había caído en el foro olitorio, cerca del templo de la Esperanza; además, en algunos lugares, llovían piedras y los espectros de los soldados muertos se aparecían a sus parientes. Casi todos estos signos eran adversos. El Senado decretaba continuamente lustraciones y ceremonias expiatorias, rogativas públicas y sacrificios de bueyes, cerdos y ovejas.

Un día Alorco penetró en mi tienda con expresión triunfal:

—Noticias frescas, Aníbal. Los romanos tienen nuevos cónsules. Después de una tormentosa sesión del Senado el partido popular ha impuesto a Flaminio Nepote, el mismo que hizo aprobar la ley que prohíbe a los senadores poseer naves de más de trescientas ánforas de capacidad. Por esta causa está enemistado con los patricios, pero el pueblo no ha dudado en votarlo. El otro cónsul, Servilio Gémino, se ha puesto al mando de las tropas acuarteladas en Arimino. Hice venir a Ducario, el galo.

—Ese Flaminio es el general que nos combatió hace seis años —declaró—. Es arrogante y cruel. Haría cualquier cosa por halagar a sus soldados, pero está enemistado con casi todos los oficiales.

—En efecto —corroboró Alorco—. Parece que es muy popular entre la tropa. Ha escandalizado a los patricios negándose a recibir las insignias del mando en el Capitolio. Hizo un breve discurso ante el Senado sobre los deberes de la patria, en tono de lo más impertinente hacia su audiencia y, omitiendo todas las acostumbradas ceremonias rituales en los altares de los dioses, partió hacia Aretio, al frente de los nuevos reclutas, hace tres días.

Las intenciones de Flaminio estaban claras. Pretendía cerrarnos el paso de los Apeninos. Envié numerosas patrullas para que fuesen notadas por las inmediaciones del camino de Aretio. De este modo hice creer a Flaminio que pensaba escoger, esta ruta. Tal como esperaba la reforzó considerablemente, dejando las otras mal vigiladas.

DÍAS ACIAGOS

Cuando llegó la primavera, abandonamos el campamento y marchamos hacia las montañas, remontando el valle del Arno, entre espesas arboledas y exquisitos pomares. Durante dos semanas avanzamos estragando los campos sin oposición alguna. Empero, adopté un orden de marcha que nos protegiese de posibles sorpresas: númerdas y españoles en la vanguardia, seguidos de los aliados galos, de los carros del fardaje y de los auxiliares. En la zaga, la caballería y el elefante. Tan sólo encontramos un reducido destacamento romano que guardaba el paso de Collina. Cuando se percataron de que tenían delante a todo el ejército púnico, desmontaron sus tiendas precipitadamente, recogieron sus enseres y se retiraron prudentemente.

La elección del paso del Arno no pudo ser más desafortunada. Como en el caso de los Alpes, se manifestó que los dioses atmosféricos protegían a Roma. En menos de una semana, tres tormentas descargaron sobre nosotros sus furiosos aguaceros. Además, las aguas del Arno bajaban crecidas, turbias e impetuosas, pues a las incesantes lluvias se sumaba el deshielo estacional de lejanas nieves. El río se desbordó anegando las llanuras. Atrapados de la noche a la mañana en el inmenso lodazal, nos vimos obligados a avanzar muchos kilómetros en las más penosas condiciones, con el agua hasta las rodillas, descalzos, comidos de mosquitos y sanguijuelas, cayendo a menudo en turbias pozas en las que anidaba la fiebre. En una ocasión anduvimos cuatro días seguidos, con sus noches, sin encontrar lugar seco donde acampar. Los hombres se extraviaban en la niebla pestilente que expelía el pantano. No había leña ni cosa seca con la que encender fuego para cocer unas tristes gachas. Los soldados comían puñados de harina húmeda, acaso amasada con sus propias lágrimas. Incapaces de soportar por más tiempo el sueño o el cansancio, muchos se echaban a dormir sobre el barro y perecían ahogados, pues el nivel del agua variaba de acuerdo con las horas y el capricho de la maléfica Luna.

Tantas calamidades volvieron irritables y pendencieros a muchos. Un día estalló una reyerta entre un grupo de galos y otro de oretanos en la que veinte hombres resultaron muertos y otros tantos malheridos. Los númerdas se interpusieron, separándolos. Hice estrangular a la mujer que había sido causa del alboroto y condené a pena de azotes a todos los implicados, pero mis duras medidas lejos de apaciguar los ánimos parecieron caldearlos. En vano unguía con sagrado aceite la cabeza de Tanit. Las lluvias no cesaban y el río crecía cada día. Calado hasta los huesos, con la suciedad escociéndome en los ojos, hube de resignarme a consentir que la disciplina se relajara hasta los más inadmisibles extremos, pues de haber castigado a los que lo merecían, seguramente muchos se habrían amotinado. Las

órdenes de los oficiales eran ignoradas abiertamente. Algunos hombres estaban tan desesperados que abandonaban sus impedimentas o vendían a precio irrisorio los objetos de valor que poseían, sólo por desprenderse del peso que los hundía en el barro. Otros amontonaban tiendas y fardos sobre el fangoso suelo y se echaban encima a descansar hasta que el agua empapaba la improvisada cama y les llegaba al cuerpo. De este modo se perdió una parte importante de las tiendas.

A estas miserias se sumaron otras más terribles aún: fiebres malignas atacaron a muchos hombres, ya debilitados por anteriores privaciones y trabajos. En menos de una semana murieron más de mil, cuyos cadáveres quedaron abandonados sobre el fango para desesperación de sus camaradas jurados. Es creencia de los pueblos que practican la cremación que el alma del difunto inhumado regresa incesantemente al mundo para atormentar a sus familiares.

En medio de tantas calamidades, yo mismo quedé postrado durante muchos días sobre una parihuela que Danón hizo construir para mí encima del ancho y balanceante lomo de Surus, único lugar seco de aquellos contornos. Estaba tan débil y enfermo que no me resistí a esta regalía, aunque hubiese sido más digno que compartiera los sufrimientos de mis hombres, como siempre he procurado hacer.

Salimos del fangal en la zona de Faesole, en pleno territorio de los antiguos etruscos. Ésta es la región más rica de Italia: nadie muere allí de hambre, ni siquiera en los años ciegos. En torno a Faesole abundan los campos de trigo y cebada y hay espesos pastizales y prados cubiertos de flores en los que se crían pingües ovejas y robustos terneros. El cerdo es tan abundante que su carne se vende a un precio irrisorio. De hecho los pudientes la desprecian a causa de su baratura.

Instalamos el campamento, quiero decir las escasas tiendas que habíamos salvado de las aguas, todas ellas empapadas de barro putrefacto y maloliente, y permití que tropas y animales descansaran durante dos días. Al tercero envié escuadrones de nómadas y celtíberos a muchos puntos del territorio para que saquearan los graneros y rapuzaran las mieses entre Cortona y Trasimeno. Mi intención era provocar la fácil cólera del impetuoso Flaminio para que aceptara combatir inmediatamente. Me urgía derrotarlo antes de que su ejército se uniera al del otro cónsul, Servilio Germinio, que suponía habría abandonado ya Arimino para salir a mi encuentro.

El sabio Amílcar solía repetir un axioma de Alejandro: la batalla campal se celebra en el lugar y ocasión que decide el que huye, no el que persigue. Por tanto has de huir si quieres escoger el terreno más favorable.

Pero, para poder huir de Flaminio, debía provocar primero su persecución. Desfilé con todo el ejército desplegado por el valle de Chiana, a la vista de su campamento, mientras Nuras Ava se desviaba con sus jinetes para incendiar las cosechas y arrasar las aldeas del entorno, a donde los romanos acantonados se habían acostumbrado a ir en busca de diversión y mujeres. Esta provocación era mucho más de lo que Flaminio estaba dispuesto a soportar.

Montó en cólera a la vista de las columnas de humo que anunciaban mis

devastaciones y juró que llevaría mi cabeza a Roma antes de que se enfriaran las cenizas que iba dejando detrás de mí. Determinado a cumplir su promesa, levantó el campamento, sin esperar a la gente de Servilio Germinio, y salió en mi persecución.

Una comunicación de Martindos, recibida en aquellos días, nos había confirmado que los augurios eran desfavorables para los romanos. En Sicilia dos jabalinas se habían inflamado, espontáneamente, en la mano de un soldado; lo mismo había ocurrido a un jinete en Cerdeña. Un rayo había fulminado a tres hombres de la Legión Capitolina, la misma donde Flaminio había servido cuando la guerra contra los galos. En diversos lugares habían llovido piedras. También habían aparecido resplandecientes escudos en el cielo y en la costa se habían observado dos lunas al anochecer. Más aún: en Anzio algunas fuentes manaron sangre, así como las espigas que cortaba un segador. Los sacerdotes decretaron los oportunos sacrificios expiatorios, pero los dioses no parecían aplacar su ira. El Senado informó puntualmente de todo esto a Flaminio, pero el necio cónsul despreciaba los signos, como cualquier otra cosa que mereciese el respeto de sus odiados patricios romanos. Entonces los dioses le advirtieron directamente. El tercer día de la persecución, cuando se disponía a abandonar el campamento, cayó de su caballo delante de la tienda sagrada donde se guardaban las insignias del ejército. Éste es el más funesto augurio que puede recibir un general romano. Un clamor se elevó de los manípulos formados que presenciaron, espantados, el suceso. Flaminio se incorporó de un salto, blasfemando, y descargó dos o tres furiosos puñetazos sobre el hocico de su caballo. Luego se percató de que la causa de la caída había sido una cincha mal ajustada. Aunque ordenó azotar al asistente responsable, su gesto no tranquilizó a los soldados. También los dioses pueden aflojar una cincha para advertir sobre las consecuencias de una acción nefasta. Además, una segunda señal se produjo: el signífero de la primera legión, que había de abrir la marcha, no conseguía desclavar del suelo la enseña del águila. Flaminio se encolerizó con los cariacontecidos oficiales que lo rodeaban. «Si no sois capaces de arrancar ese astil —les gritó—, cavad alrededor de él. Seguramente el miedo os paraliza los brazos».

Al norte del lago Trasimeno encontré un campo de batalla ideal para la caballería. La abierta llanura, apenas turbada por leves colinas, acababa bruscamente en un anfiteatro natural surcado de profundos barrancos y angostos desfiladeros. Allí preparé el encuentro. Oculté a la caballería en los barrancos de poniente; aposté a los auxiliares galos y a los honderos baleares en el lugar opuesto y expuse al resto de las tropas africanas y españolas, como cebo bien visible, sobre las lomas elevadas de la parte central.

Era ya muy tarde y comenzaba a declinar el día cuando los vigilantes del Malpaso hicieron seña de que llegaban los romanos. Ante la inminencia de la noche, Flaminio optó por suspender la marcha y acampar a la salida del barranco. Mis hombres hicieron lo propio, si bien prohibí encender hogueras a los que estaban emboscados. Aquella noche sólo cenó caliente la infantería que había acampado en el centro de la

llanura y los escasos destacamentos de jinetes libios que la acompañaban.

Convoqué consejo de guerra en aquella especie de campamento central para ultimar los detalles de la acción prevista. El buen humor de las tropas se había contagiado a los oficiales. Incluso el ordinariamente taciturno Monómaco se permitía bromear. Alorco, apreciando este insólito cambio de humor, prefirió hacer blanco de sus puyas a Cartalón.

—Eres listo como Cartalón —le decía a Surus, el elefante, mientras le palmeaba el pescuezo. El animal emitía un gruñido.

—Ja, ja —reía Alorco—. ¿Qué te parece, Cartalón? Surus se ha ofendido por la comparación.

Reunidos en torno a las hogueras los hombres reían de buena gana, pero cuando fue avanzando la noche, la conversación comenzó a decaer y, en los cada vez más largos períodos de reflexivo silencio, muchas miradas furtivas escrutaban la lejanía, hacia la parte donde se veían brillar, como distantes estrellas, las hogueras del campamento romano.

Cuando empezó a clarear el día, el ejército romano formó en manípulos delante de sus empalizadas y comenzó a avanzar por la llanura. Las ráfagas del viento cambiante nos traían el apagado rumor de su trapaleo y ocasionales relinchos de la caballería que se desplegaba a uno y otro lado de la legión. Hice ahumada para que Maharbal abandonase su escondite, en los barrancos detrás del Malpaso, y ocupase el lugar de donde habían partido los romanos. Al propio tiempo los honderos y los galos se aproximaron por los flancos. Cuando Flaminio descubrió la trampa, ya estaba metido en ella sin posibilidad de escapatoria. La caballería de Nuras Avas se desplegó detrás de su retaguardia, dejándolo encerrado entre el lago y las montañas. En tan apurada situación uno de sus generales le pidió instrucciones.

—El hierro abre camino a través de las filas enemigas —fue su seca respuesta—, y cuanto menos se teme, menos peligro se corre.

Atacados por todas partes, los manípulos romanos se enturbiaron y perdieron cohesión. Desde la distancia, por la parte donde el sol naciente cegaba a los romanos, las hondas baleares hacían estragos en su caballería. Cuando los números de Maharbal entraron en acción, los honderos se retiraron y dieron paso a los melencidos celtíberos y a los vociferantes galos. Presionados desde todos los puntos posibles, los romanos se fueron apiñando, estorbándose unos a otros. Después de los primeros minutos, la batalla degeneró en mera carnicería. Durante tres horas celtíberos y libios se turnaron despiadadamente en la tarea de tajar carne romana. Cada escuadrón tenía detrás otro de refresco presto a reemplazar a los hombres que se retiraban cansados o heridos. Pero los romanos, debatiéndose en espantosa confusión y atrapados en el centro de un anillo mortífero, no tenían dónde ir. Los que lograban escapar corrían como ciegos por los senderos más estrechos y escarpados, perseguidos por la caballería.

En el lago Trasimeno, perecieron quince mil hombres. Los otros consiguieron

abrirse paso, valerosamente, hacia el río Nicón. Muchos se extraviaron por los desfiladeros o por el lago, en cuyas fangosas orillas encontraron la muerte más de quinientos. Por nuestra parte perdimos seiscientos galos y doscientos españoles y africanos. Al atardecer rescatamos sus cuerpos de debajo de los montones de cadáveres romanos y los quemamos o inhumamos, a cada cual según los ritos y costumbres de su nación.

A pesar de las elevadas pérdidas de su gente, el galo Ducario consideró que la batalla de Trasimeno restituía el honor ínsubro. Él mismo había matado de una lanzada al cónsul Flaminio. Hube de fingir que compartía la alegría del bárbaro por esta muerte. En realidad la lamentaba. El cónsul era un hombre valeroso pero torpe para la guerra y, por lo tanto, un enemigo excelente. Tenía el presentimiento de que su sustituto no me resultaría tan cómodo.

Al día siguiente, Maharbal, que había salido a explorar el campo con la caballería, capturó a un numeroso grupo de fugitivos a los que sorprendió cuando intentaban alcanzar los vados del río Nicón. De ellos y del resto de los prisioneros solamente retuvimos a los ciudadanos romanos. Puse en libertad a los que procedían de los pueblos sometidos a Roma para que testimoniaran mi clemencia en sus lugares de origen. Además les entregué mensajes de amistad dirigidos a sus respectivos senados.

Durante tres días los hombres recogieron el despojo de cadáveres, armas y caballos esparcidos por el campo. El cadáver de Flaminio, por el que había ofrecido una recompensa, pues quería sepultarlo con los honores debidos a su rango, no pudo ser hallado. Quizá deba advertir que los perros asilvestrados y otras alimañas del cielo y del suelo que se alimentan de cadáveres, suelen comenzar a devorarlos por el rostro, con lo que quedan prácticamente irreconocibles. Los celtíberos sostienen que esto es debido a que el alma del difunto, prendida en sus ojos vidriados y fijos, espanta a los profanadores. De aquí que tengamos la costumbre —sostienen ellos— de cerrar los ojos de nuestros muertos en cuanto fallecen, por favorecer el tránsito del alma.

Antes de abandonar el lago Trasimeno, los desertores galos del ejército de Servilio nos avisaron de que el otro cónsul se hallaba a cuatro días de distancia. Al conocer la derrota de Flaminio había vuelto sobre sus pasos y se alejaba en busca de mejores posiciones. Según los desertores, Servilio protegía su retirada con una zaga de caballería. Era una precaución que habían aprendido de nosotros. Pero aún no habían aprendido que esta zaga debe complementarse con nutridas patrullas que la avisen de un enemigo que se acerca por su espalda. Tres días después los númidas y celtíberos de Maharbal cayeron sobre ellos cuando abrevaban tranquilamente sus caballos y acémilas a orillas del lago Pestia. La sorpresa fue tan completa que casi todos fueron apresados o muertos antes de que pudieran organizar sus manípulos. En la acción cautivamos también a ciento treinta mujeres. Para evitar crueldades innecesarias, a las que tan inclinados son los lascivos númidas, decreté que las cautivas sólo serían de libre uso común durante los tres días siguientes a su captura.

Al tercer día quedarían en libertad de escoger compañero entre los hombres del regimiento que las hubiese capturado y en lo sucesivo sólo pertenecerían al hombre designado.

Después de aquella sangrienta escaramuza, los restos del ejército de Servilio se refugiaron en Roma. Cuando supieron tales noticias, Maharbal y Hano vinieron a mi tienda.

—El camino hacia Roma está abierto al otro lado de la Etruria —dijo Maharbal—. No habrá ninguna oposición, pues los etruscos, aunque no se decidan todavía a apoyarte, te ven ya como su libertador.

Todos, incluidos los propios romanos, esperaban que mi próximo objetivo fuese Roma. La avidez por el tantas veces ponderado botín despertaba la irrefrenable codicia de mis tropas, cansadas ya de aplazamientos y dilaciones. En la soledad de la tienda sagrada, delante del brillante e inescrutable rostro de Tanit, reflexionaba sobre la decisión que debería tomar. Mientras tanto, en Roma, el pueblo se ofrecía por la ciudad cada día delante del edificio del Senado. Todos se disputaban el privilegio de defenderla o de morir por ella. La misma situación hubiera sido impensable en Cartago, donde los hombres desaparecen en cuanto se propaga el rumor de una leva para la marina. En aquella hora amarga, los romanos se mostraron más unidos y animosos que nunca. El Senado había designado al pretor Marco Pomponio, cuya belleza y valor eran admirados por el pueblo, para portavoz de las infaustas nuevas que sin cesar se recibían. En ningún momento intentaron disimular la gravedad de la situación, ni disculpar la nueva derrota. Sólo se habló de la futura victoria con palabras que el pueblo aclamaba como si en lugar de una vaga esperanza se tratara de una palpable realidad.

Fue por entonces cuando el estafeta de Asdrúbal, a la sazón un patrón de barco tarentino, que fingía comerciar en lanas y tintes de cochinilla entre Sicilia y los puertos itálicos, me hizo llegar su correo. Incluía una larga carta de mi hermano en la que me comunicaba el fallecimiento de mi esposa. Hube de leer repetidamente, con incrédulo estupor, las exactas y fatales palabras «Himilce ha muerto», hube de palpar, sobre el rugoso y húmedo papiro que las contenía, los precisos trazos que las formaban, hube de deletrearlas, examinando los menudos detalles de cada rasgo, la absurda (pero terrible) trabazón de sus sílabas, un arbitrario artificio que podía, en otro orden, haber compuesto cualquier otro mensaje, un mensaje quizá esperanzador, pero que, tercamente, se obstinaba en componer sólo aquella desmesurada noticia. Hube de permanecer una infinita suma de soledades hechizado ante aquellas tres palabras fatales para convencerme, por fin, de que no cabía posible error: Himilce había muerto.

Turbado y fuera de mis sentidos me dejé caer sobre un escaño. Un instante fugaz de lucidez absoluta iluminó mi consciencia golpeándome con la contundencia del puño de un cíclope. Como en un relámpago comprendí, para piadosamente olvidarlo después de la súbita iluminación, que mi expedición a Italia, la proyectada derrota de

Roma y la venganza de Amílcar eran, todos ellos, asuntos de naturaleza baladí frente a la desconsoladora e irreversible realidad de que Himilce estaba muerta, es decir, que había dejado de ser y que con ella, con su no-ser, se extinguía toda la aplazada esperanza de aquel Aníbal victorioso y regresado en el que a veces daba en soñar para consolarme de las desilusiones y trabajos cotidianos.

¡Himilce! ¡Dulce Himilce! Mórbidos pechos de miel cuyo recuerdo es el amargo pan que nutre mis vejeces. Ya sólo eres una palabra que las piadosas almas de los muertos susurran vagamente en mis nocturnas vigilias. ¿Cuántas veces he soñado anocheceer contigo en una ciudad imposible, donde nadie nos conociera, en una ciudad de ríos apacibles entre umbríos palmerales? Quisiera dormirme en brazos de la muerte, impensadamente, para conversar otra vez contigo a la sombra hospitalaria de un fresco jardín, nuestras manos enlazadas, nuestros labios frecuentemente unidos, hasta que la madrugada nos sorprenda con sus mudas estrellas. Velaría entonces tu tranquilo sueño como en los remotos días de nuestra breve felicidad, tu cabeza en el hueco de mi axila mientras respiro con fruición el aire que respiras y acaricio pensativamente tu vientre suave.

Aquella noche vagué sin rumbo fijo, recorriendo las desiertas calles de la dormida ciudad de Iona cuyo fantasmal silencio apenas perturbaban los ronquidos de los que dormían y las toses de los enfermos que velaban. Me sorprendió el amanecer en la corraliza de Surus. El elefante me reconoció, a pesar de la oscuridad, y se incorporó de su lecho de paja para presentarme dócilmente su trompa. Estaba rascándose la maquinalmente, de nuevo sumido en mis amargos pensamientos, cuando la voz suave de Sosilos sonó a mi espalda.

—¡Triste destino el del hombre que rehuye el trato humano y busca la compañía de un animal! Estás condenado a no tener amigos, Aníbal.

Me volví hacia Sosilos.

—¿No eres tú mi amigo? —le pregunté.

—No, no lo soy —respondió gravemente—. También yo estoy condenado a decirte lo que agrada a tu oído y a callarme lo que puede irritarte.

—Eres hombre libre —le repliqué—. Te agradecería que me dijeras lo que puede desagradarme.

Sosilos pareció considerar mi ofrecimiento mientras se me unía en la tarea de rascar la dócil trompa de Surus.

—Cada hombre tiene su destino —dijo al fin—. Alejandro Magno quiso seguir el destino de su padre. Tú, como Alejandro, quieres seguir el destino del tuyo, alcanzar aquello que Amílcar no logró alcanzar, serle grato aun después de su muerte. Pero todo eso es inútil porque Amílcar no es ya más que un puñado de yertas cenizas.

Las noticias de Martindos continuaban llegando regularmente a la mesa de Alorco. El Senado había designado a un dictador, una especie de rey provisional que los romanos eligen entre sus más ilustres ciudadanos en las situaciones apuradas. El puesto recayó en Quinto Fabio Máximo, un hombre discreto, capaz e inteligente,

perteneciente a una antigua familia romana. Sus juiciosas medidas le ganaron el noble apodo de «Cunctator», «el detenido, el sufridor». También lo llamaron «la espada de Roma», así como a mí me llamaban, sólo los aduladores, «la espada de Cartago». A él encomendaron la defensa de la ciudad.

Medité mi decisión durante una calurosa noche de primavera. No podía compartir el optimismo de mis generales ni el inconsciente entusiasmo de mis tropas, ávidas de saqueo y botín. Había derrotado a dos ejércitos romanos en su propio territorio, había infligido a Roma sus peores derrotas en más de cien años y, sin embargo, ninguna de las ciudades itálicas sometidas me había enviado sus embajadores con ofertas de paz: se dejaban arruinar por la caballería núpida, permitían que sus huertas fuesen taladas, sus rebaños degollados, sus cosechas incendiadas y, a pesar de todo, se mantenían tercamente fieles a Roma. Con el paso del tiempo había ido tomando conciencia del inmenso error de cálculo en que había incurrido. La Liga itálica era un instrumento mucho más sólido de lo que los informes llegados a Hispania me habían inducido a pensar. Y también, posiblemente, aunque muchas de las ciudades sometidas a Roma abrigasen la secreta esperanza de liberarse algún día de su tutela, ninguna se atrevía a ser la primera en ponerse de mi lado. Desde los tiempos de la guerra de Sicilia, la propaganda romana presentaba a Cartago como un señor mucho más exigente, cruel y expeditivo que la propia Roma.

Finalmente decidí que no marcharía contra Roma. ¿Cómo podría sostener un asedio, con cuarenta mil hombres exhaustos, contra una ciudad que podía encerrar dentro de sus murallas una fuerza igual y que, en dos o tres meses, estaba en condiciones de reunir a otros cuatrocientos o seiscientos mil hombres entre sus aliados italianos? Hubiese sido una temeridad. Por otra parte, no disponía de material de asedio ni de la fuerza naval necesaria para bloquear el puerto de Ostia. Y mientras Ostia se mantuviese en poder de los romanos, la ciudad podría ser abastecida por mar. Sería imposible rendirla por hambre.

Mientras tanto, los acontecimientos seguían su curso. Cunctator obró inteligentemente. Aceptó el trabajo de cuantos voluntarios se le presentaron y los mantuvo ocupados en una variedad de tareas, mayormente inútiles, sólo para crearles la ilusión de que contribuían a la salvación de la ciudad. Los puso a reparar murallas y a cortar los puentes sobre el Tíber. De este modo pensaban que el río defendería la ciudad, actuando como foso natural. Al propio tiempo ordenó realizar puntualmente todos los sacrificios y ceremonias propiciatorias que el derrotado Flaminio había omitido cuando tomó posesión de su cargo. Consultaron los Libros Sibilinos y se descubrió la razón sagrada de la derrota: el sacrificio al dios de la guerra se había realizado incorrectamente. Cunctator lo repitió con escrupulosa observancia de los más mínimos detalles. Además, para calmar la justa ira de los dioses, les ofreció un banquete (tal como digo: las estatuas de los dioses se disponen en torno a una mesa en la que se han ordenado los mejores manjares y los más exquisitos licores). Y para que el favor celestial fuese seguro, esta vez permitió que el sagrado colegio

sacerdotal decretase una primavera sagrada. Éste es el más solemne sacrificio que se puede ofrecer al Júpiter romano. Consiste en inmolar todo lo nacido durante la primavera si la divinidad concede la solemne petición del Estado. Después de mi retirada, que juzgaron milagrosa y debida a la divina protección, sacrificaron cerca de cien niños que habían nacido durante el período votivo, así como a todos los animales, lechones, corderos, cabritillos, pollos, pichones, becerros, muleros y gazapos llegados a los corrales de Roma desde el voto. Y ningún patricio romano pudo salvar a su retoño enviándolo a una lejana colonia, como hizo Amílcar conmigo cuando me sacó de Cartago para evitar mi posible sacrificio. En esta misma ocasión los romanos ofrecieron a Júpiter tres hecatombes y a otros muchos dioses una multitud de bueyes blancos y de otras víctimas en cuyas entrañas humeantes escrutaban los signos de la esperada victoria. La abundancia de carne procedente de los sacrificios alivió el duelo de los pobres que lloraban a sus familiares muertos en el Trasimeno.

Es de notar que los romanos tienen en su ciudad más templos, oratorios y altares que ninguna otra nación, puesto que propenden a usurpar las divinidades nacionales de los pueblos que someten, a los que, de este modo, dejan desprovistos de protección divina.

Por nuestra parte, para atraernos a los pueblos itálicos debíamos comenzar por atraernos primero a sus dioses. Para este menester recurrí a los etruscos, que son los más profundos y verdaderos conocedores de los secretos de la adivinación y de la interpretación de los signos divinos.

En Perugia existía un antiguo y afamado colegio sacerdotal etrusco. Envié a Garesaya con escogidos presentes y un mensaje amistoso dirigido al colegio del santuario. Garesaya expuso mi deseo de contratar los servicios del mejor sacerdote etrusco que estuviese disponible. Al cabo de unos días regresó acompañado por un vigoroso anciano de barba blanca y apacible mirada cuyo nombre era Herennio Sículo. Vestía una sencilla túnica de color azafrán y se tocaba con un alto sombrero de paja cónico. En la mano derecha portaba un corto bastón de hierro con el extremo retorcido en espiral.

Creo que es el momento de hablar de la adivinación etrusca. Se supone que los secretos de los etruscos fueron revelados por Tages, un niño con cabeza de anciano que surgió del surco cavado por un labriego. Esta criatura, a un tiempo repulsiva y fascinante, explicó a los etruscos los secretos del universo y los procedimientos de adivinación. Después desapareció.

Existen dos clases de adivinos entre los etruscos: los harúspices y los fulgoriadores. Los primeros basan sus pronósticos en el examen de las vísceras de los animales sacrificados, especialmente del hígado. Los segundos interpretan la voluntad divina a partir del trueno y del relámpago. Es curioso que también nuestros sacerdotes de Melcarte examinen el hígado. Se supone que esta víscera es el asiento de la vida, puesto que en sus protuberancias se dibujan los montes de los dioses y sus

dieciséis provincias. Ésta es la configuración del universo, el pasado y el futuro, el destino de los pueblos y el del hombre individual.

—Todas las cosas participan de la sustancia divina —aseguraba el prudente Herennio Sículo—, y Dios está en todas las cosas. En la infinita concatenación de lo divino, la caída de una hoja o un estornudo, lejos de ser hechos casuales, constituyen el mensaje que anuncia la hora precisa de tu muerte o el camino exacto de tu ventura.

Sosilos, que muy pronto llegó a ser el mejor amigo del etrusco, mantenía la opinión contraria, como es natural en un griego. Era un placer escucharlos discutir cuando exponían sus argumentos o rebatían los del contrario.

—Mi querido amigo —precisaba Sosilos—, la diferencia entre nosotros radica en que así como yo creo que el relámpago es el resultado de la colisión de las nubes, tú estás convencido de que las nubes chocan con objeto de producir el relámpago. Como lo atribuyes todo a la divinidad, no crees que las cosas tengan un significado en cuanto ocurren, sino más bien que estas cosas ocurren porque tienen un significado.

Para los etruscos el cielo está dividido en dieciséis provincias tuteladas por otros tantos dioses. Los fulgoriadores estudian enrevesados mapas celestes, a los que denominan calendarios brontoscópicos. En ellos se dibuja el terror y el pánico que los cielos inspiran. No obstante, en conjunto, su religión resulta amable. Están convencidos de que los placeres de la vida se reproducen en el complejo reino de la muerte y, aunque sus dioses se hacen obedecer servilmente por medio de complicados ritos propiciatorios, su magia libera al hombre de sus pesares y angustias. Esto en cuanto a la adivinación etrusca.

Después de unos días de calma relativa puse en marcha las enseñas y llevé al ejército más allá de Perusia. Arrasé las nuevas colonias romanas de la Umbría y atravesé los montes Apeninos hasta el mar Adriático, talando los campos y devastando la tierra y las ciudades de los picenos, aliados de Roma. Esta región es tan fértil como la que el Betis baña. Los soldados caían ávidamente sobre ciudades y caseríos y se enriquecían con el abundante botín, si bien la mayoría de ellos volvía a quedar tan pobre como al principio después de perderlo todo al juego del basileus, en el que solían entretener sus ocios campamentales. Los más hábiles en este juego se enriquecieron prontamente y muchos de ellos desertaron y lograron regresar a Hispania o a África por sus propios medios. Lo que no me parece censurable, puesto que un hombre rico raramente será buen soldado.

Mis hombres, viéndose bien alimentados y provistos de todo lo necesario para hacer más llevadera la vida de campaña, comenzaron a buscar mujeres con la misma avidez con que antes buscaban trigo o cecina. Muchos de ellos consiguieron pareja en las tierras de los mansos, de los murrucinos y de los peliños, que fuimos saqueando según avanzábamos. Finalmente recorrimos toda la Apulia próxima a Arpi y Luceria. Patrullas de caballería romana nos seguían a prudente distancia, vigilando nuestros movimientos, hostigando a veces a los forrajeadores o matando a centinelas aislados e incendiando depósitos de grano. En Apulia, lugar estratégico y bien abastecido, en

el corazón de una región rica y fértil, construí un campamento de invierno, con cabañas de troncos, techadas de paja, como allí se hace.

DEL FIEL Y PACIENTE HAMIL AL DESCONSIDERADO E INGRATO HANNÓN. ¡SALUD!

Prefiero ignorar los injustos reproches que me diriges en tu última carta y considerarlos inspirados por algún dios malévolos. Dices que no estás pagando mis servicios a precio de oro para que te cuente monsergas y paparruchas acerca de sucesos sin importancia. Te recuerdo que no soy uno de los bueyes que aran tus campos. Soy un hombre libre, hijo de ilustre, aunque empobrecida, progenie, que sólo por devoción hacia tu persona y tu casa aceptó la abrumadora carga de este menester al que me hallo uncido desde hace largos años. ¿A quién he de contar mis cuitas, en qué hospitalario regazo he de verter mis amargas lágrimas si carezco de amigos, si estoy rodeado de personas hostiles, ingrato Hannón? Pero no te aburriré más con el recuento de mis penas, te lo prometo.

Ahora estamos en Campania, fértil provincia en la que Aníbal anhela conquistar un puerto marítimo. Además, creo que está negociando una posible alianza con Capua, que es la más importante ciudad de estos contornos.

Te alegrará saber que los negocios de Aníbal marchan mal, o, al menos, no marchan tan bien como él se prometía en Hispania. Su carácter se ha agriado considerablemente en estos últimos meses. Algunos atribuyen este cambio a la pérdida de un ojo, a causa de un tracoma que contrajo en el lodazal de Trasimeno. (Le entró porquería en el ojo y Danón, el cirujano, no pudo hacer nada por salvárselo). Quizá sea también consecuencia de la abrumadora responsabilidad que soporta y del exceso de trabajo. Por lo demás procura todavía imitar al divino Alejandro, sin advertir que carece tanto de sus cualidades como de las excelentes tropas de que él dispuso. Trabaja de la mañana a la noche, indiferente al frío y al calor, reventando a sus secretarios, sin dar señales de abatimiento ni de cansancio. Excepto en las celebraciones especiales — que cada vez son más espaciadas —, no prueba el vino. Se contenta con comer fruta o un poco de carne asada para acompañar la insípida gacha militar de los celtíberos. Raramente admite a una mujer en su tienda. Es más, en un par de ocasiones algunos regimientos le han regalado a una cautiva especialmente bella que han juzgado digna de su lecho, pero él las pone en libertad y las devuelve intactas a sus familiares.

El dictador romano, ese Cunctator del que te hablaba en mi última misiva, sigue rehusando presentar batalla pero nos hostiga continuamente, como el perro al jabalí. La impresión general entre los oficiales es que si no derrotamos a los romanos antes de un año, Aníbal se verá en una situación comprometida por no decir desesperada. Es dudoso que este ejército pueda mantener por más tiempo la precaria cohesión que

ahora tiene. Las fatigas y trabajos pasados y los magros resultados obtenidos ponen de mal humor a la tropa. Los bárbaros no están acostumbrados a pasar tanto tiempo lejos de sus esposas y de sus hijos. Aunque algunos han formado aquí nuevas familias, con las mujeres itálicas capturadas, aún son muchos los que cada noche se congregan a la puerta de sus tiendas para cantar lastimeras canciones de añoranza. Éstos sólo piensan en regresar a sus pueblos lo antes posible. Continuamente se producen riñas y motines, robos y diversos delitos que Aníbal castiga con la misma severidad que usaba su padre, el cruel Amílcar. Estos problemas es lo que cabe esperar de gentes que hablan distintas lenguas, adoran a distintos dioses y mantienen distintas, y a menudo difícilmente compaginables, maneras de pensar. También de combatir, por cierto, lo que Aníbal intenta paliar entrenándolos a todos a la manera romana.

Pasamos el invierno en una auténtica ratonera, entre el río, el mar y las montañas, prácticamente sitiados por Cunctator, que había cubierto con sus tropas todas las salidas posibles. Cuando el trigo comenzó a escasear, ya a las puertas del verano, nos pusimos nuevamente en movimiento. Aníbal volvió a asombrarnos con una muestra de su diabólico ingenio. Primero tendió una trampa en la que aniquiló a diez regimientos de caballería romanos. Luego fingió acampar, para dar a entender que al día siguiente buscaría de nuevo la batalla. Pero, en cuanto se hizo de noche, mandó soltar las dos mil reses que nos quedaban con teas encendidas en los cuernos. Los enloquecidos animales se dispersaron por todas las colinas que rodean el paso de Santonio. El prudente Cunctator, desconcertado ante el espectáculo de los centenares de luminarias que surcaban la noche en todas direcciones, no se atrevió a sacar las tropas de sus atrincheramientos, recelando alguna nueva argucia de Aníbal. Por otra parte, estaba seguro de que su adversario no intentaría abrirse camino a través de Santonio, puesto que se supone que Aníbal tiene por norma no utilizar dos veces el mismo paso. Aníbal también conocía esta norma suya, por lo tanto la vulneró tranquilamente y escapó a través del Santonio dejando atrás, humillado y burlado, a Cunctator.

Después de esta celebrada hazaña, hemos atravesado los Apeninos saqueando a nuestro paso los territorios samnitas, peliños y frentanos, aliados de Roma. Hace dos semanas conquistamos Geruntum por medio de otra de las argucias de Aníbal. Geruntum es el granero romano más importante de la región. Aníbal permitió que los libidinosos númidas y los codiciosos celtíberos saquearan libremente la población. Aunque llegué por la tarde, cuando ya los ánimos se habían asentado, tuve ocasión de presenciar horrores que espantarían a un matarife libio, pero renuncié a relatártelos conociendo cuán pacífico y aprensivo eres. Sospecho que Aníbal permite a veces estas crueldades innecesarias con objeto de soliviantar a los romanos contra Cunctator, cuya posición se ha debilitado bastante después de la burla de los toros lucíferos.

Esto es todo lo que puedo contarte fuera de todas las otras cosas que tú llamas

sin sustancia. Por lo demás vivo errante y sin consuelo, como el sarnoso jabalí de los encinares. Quizá te ablandaría el corazón verme consumir mi escasa y amarga pitanza diaria apartado de todos, en un rincón del depósito de cuya custodia me encargo. ¡Cuán a menudo salo los insípidos alimentos que consumo con la sal de mis lágrimas! La carga de sufrimientos que soporto debe tener su recompensa, justo Hannón. Cuando acordamos nuestro trato y entré a tu servicio no podíamos prever las dificultades y peligros que habría de soportar. De otro modo jamás hubiese dejado el bocado seguro y las oportunidades de promoción que tenía en mi escritorio de la Casa del Comercio para embarcarme en la aventura de espiar al Barca. Aseguras en tu carta que sólo puedes aumentar mi estipendio en cinco miserables óbolos de plata, en lugar de los quince que te imploro. Lo último que hubiese imaginado es que el ilustre Hannón, vástago del más recio tronco de los Setenta, descendiente de la divina Dido, condescendiese a regatear a este mendigo las migajas caídas de su espléndida mesa. ¿Qué son esos óbolos suplementarios comparados con tu inmensa fortuna? No obstante me conformaré con una subida de ocho óbolos. De este modo dividimos la diferencia. Pagaderos con efectos retroactivos desde la fecha de tu carta, ¿eh? Añádelos a la cuenta que ya sabes, en la compañía de La Palmera. También has de sumar treinta piezas de plata que he tenido que desembolsar por gastos sacrificiales. (Lo siento: ha sido necesario explorar las entrañas de siete cabras y una novilla antes de que el augurio protector de esta misiva saliera favorable. Y aún así no tengo la completa seguridad de que llegue a tus manos. Corren tiempos poco auspiciosos). ¡Salud!

HAMIL

Cuando el tiempo seco lo permitió, hicimos algunas salidas al campo, amagando avances y retiradas, arrasando sembrados, degollando rebaños, expoliando aldeas y caseríos. A pesar de estas provocaciones, Cunctator se mantenía en sus alturas y rehusaba obstinadamente la batalla. No le importaba que en Roma los más exaltados del partido popular lo tachasen de cobarde, tomando por inercia su circunspección. Tozudamente pegado a mis talones, hostigaba a mis gentes en acciones minúsculas y entorpecía mis aprovisionamientos pero astutamente evitaba comprometerse en una batalla abierta. En cuanto a sus generales y oficiales, eran pocos los que lo apremiaban para que pasara a la acción directa: casi todos ellos habían participado en Trebia y Trasimeno y el recuerdo de aquellas acciones los volvía cautos.

En este tiempo murió Surus, el último de los elefantes que atravesaron los Alpes. Los celtíberos lo habían deificado y lo honraron como a un jefe muerto dedicándole un hermoso funeral en el que no faltaron cantos, bailes rituales, simulacros de combates —en los que se infieren cortes que no tienen nada de simulados— y banquete propiciatorio. Cartalón se les unió en esta fase de la ceremonia. También se

sentía desolado por la muerte del elefante. Sepultaron a Surus en la colina cercana al campamento para que su espíritu protegiera las puertas.

En otoño volvieron a escasear los víveres. Antes de que entrara el invierno y los caminos se pusieran impracticables, trasladé al ejército a la fértil Campania. Necesitaba hacerme con Cumas, Neápolis o cualquier otro puerto seguro por el que me pudieran llegar refuerzos. Por otra parte, Alorco llevaba muy avanzadas las negociaciones secretas con el Senado de Capua. Nuestra presencia en la zona podía acelerar la consecución de una alianza. Con los capuanos de nuestra parte, era razonable esperar que las otras ciudades sometidas a Roma, que hasta entonces habían permanecido indecisas, se inclinaran a imitar el ejemplo de su poderosa vecina.

El invierno trajo algunos cambios en el bando romano. Los senadores enemigos de Cunctator consiguieron minar su posición hasta tal punto que se vio obligado a regresar a Roma para dar cuenta de su política. En su ausencia el mando correspondía a Marco Minucio, un general de escasas luces que había escalado su elevada posición gracias al apoyo del partido popular. Cunctator no confiaba en Minucio. Le dejó órdenes estrictas de permanecer donde estaba y le prohibió que tomase iniciativa alguna a no ser que su campamento fuese atacado. Pero el contumaz Minucio ansiaba intervenir, así es que le proporcioné el pretexto. Envié a Nuras Avas con la caballería nómada ligera para que se pasease sobre los sembrados que rodeaban el campamento romano. Minucio respondió a mi provocación mudando sus tropas a las proximidades de Geruntium. Ahora estábamos tan cerca que las escaramuzas entre patrullas de forrajeadores y unidades de exploradores eran tan frecuentes como inevitables. Incluso en alguna ocasión hice intervenir a unidades más nutridas de caballería en encuentros sin ningún objetivo táctico aparente en los que, deliberadamente, permitía que mi gente llevase la peor parte, pues mezclaba a muchos reclutas galos, deficientes jinetes, con los celtíberos y nómadas. El resultado fue que Minucio ganó confianza y se tornó más agresivo y osado. Las nuevas de sus éxitos parciales, convenientemente exageradas, animaron al Senado a depositar en él su confianza en detrimento de Cunctator. Minucio fue ascendido a un rango similar al del dictador, con lo cual los romanos recayeron pertinazmente en el anómalo sistema de mando consular.

El ejército romano se escindió nuevamente en dos cuerpos, uno de los cuales, el de Minucio, abandonó el primitivo campamento para levantar el suyo en medio del llano, en un lugar ideal para que mi caballería nómada pudiese actuar sin estorbo.

Cuando observé este cambio, acaricié la idea de derrotar separadamente a los dos ejércitos. Quizá tras esta nueva derrota la situación de Roma ante sus aliados se volvería insostenible. Provocar a Minucio y atraerlo a una trampa fue tarea fácil. Hice que galos y celtíberos ocuparan una colina cercana a su campamento y que comenzaran a excavar un talud, dando a entender que pensaban establecerse allí como guarnición permanente. Naturalmente, Minucio se lanzó contra la colina con todos los efectivos bajo su mando. La caballería nómada y celtíbera, que hasta

entonces había permanecido resguardada de las vistas del campamento por una quebrada del terreno adyacente, los rodeó y le cortó la retirada cuando aún estaban subiendo la cuesta. La formación en manípulos se deshizo antes de una hora. Acuchillados por todas partes, los romanos se retiraron huyendo desordenadamente para ir a estrellarse, con el sol contrario, como un rebaño enloquecido, contra los regimientos Urgavona y Undécimo que, mientras tanto, habían tomado posiciones cerca del campamento romano. Solamente la oportuna intervención de las dos legiones de Cunctator los salvó del completo aniquilamiento. En cualquier caso, la conquista del campamento de Minucio elevó la moral de mi gente. Allí mismo establecimos nuestro cuartel de invierno. Cunctator se atrincheró a media jornada de camino. La nube que se cernía sobre la montaña se deshizo en una tormenta de nieve.

LA BATALLA DE CANNAS

Las elecciones para los nuevos cónsules del año 216 fueron muy reñidas. Coexistían en Roma dos partidos, el aristocrático y el popular. El candidato de este último era Terencio Varrón, un demagogo cuyo principal mérito consistía en estar enemistado con los patricios. Varrón enardecía a las masas con inflamados discursos en los que llegó a prometer que, si lo elegían cónsul, antes de un año exhibiría mi cadáver destazado y colgado de los ganchos de su establecimiento. Era carnicero de oficio. Ésta y otras baladronadas semejantes le valieron muchos votos entre las verduleras de los mercados y los frequentadores de tabernas y burdeles. Los aristócratas, por su parte, propugnaban a uno de los suyos, un tal Lucio Emilio Paulo, que había destacado como general en la guerra ilírica. Era amigo de Cunctator y estaba familiarizado con su prudente forma de combatir.

El Senado estaba decidido a dar el golpe de gracia al ejército púnico reivindicando el prestigio de Roma con un acto enérgico y memorable. Votó el inmediato reclutamiento de nueve legiones, una fuerza jamás vista en Italia hasta entonces. Los aliados de la Liga tendrían que suministrar doble cuota de caballos y una leva adicional de infantería. Algunas ciudades se negaron a aceptar esta excesiva petición, pero la mayoría de ellas envió lo que se les pedía o incluso algo más. Nápoles, por ejemplo, quiso contribuir al gasto de la guerra con cuarenta copas de oro de considerable peso. El Senado solamente aceptó la más pequeña, que ofrendaron simbólicamente a Júpiter capitolino, y devolvió las restantes con un mensaje de gratitud. Un gesto orgulloso y digno que jamás hubiese imitado la caterva de la Balanza, de haberse visto en una situación similar. Hubo otros donativos no menos generosos. El viejo rey de Siracusa, Hierón, envió a Ostia una escuadra cargada de grano y vituallas. De todo ello nos mantenía puntualmente informados Martindos.

Eran malas noticias. Los romanos aumentaban continuamente su poder mientras el mío se debilitaba de día en día. Mis hombres lo sabían. Las deserciones iban en aumento, particularmente entre los galos, que ahora no estaban estimulados por la presencia de jefes prestigiosos (pues Magalo había muerto y Ducario había regresado con sus tribus). El número de italianos y de esclavos fugados que acudían a alistarse en mi ejército disminuía ostensiblemente.

Los romanos conocían mi situación y hacían todo lo posible por agravarla. Enviaron una legión a la Galia Cisalpina para evitar que los jóvenes elementos de aquellas tribus continuasen suministrando esporádicos reclutas a mi ejército. Las ocho legiones restantes se dividieron entre los dos cónsules electos. El mando supremo se ejercería por días alternos, según la curiosa y absurda costumbre romana.

La situación era delicada. De Hispania me llegaban, irregularmente, envíos de

plata con los que pagaba a los mercenarios. Pero también llegaban cartas de Asdrúbal y de Atarbal portadoras de preocupantes noticias. Por otra parte, las quejas de Monómaco se hacían más angustiosas a medida que sus reservas de provisiones, invernales disminuían. En primavera quedaban raciones para un mes escaso. El adversario había aprendido a almacenar su trigo en plazas fuertes. No resultaba tan fácil como antes abastecerse de sus graneros. Por una parte necesitaba botín y vituallas, por otra quizá no se me presentara nuevamente la oportunidad de enfrentarme a un general tan incompetente e impetuoso como Varrón. Me urgía una victoria total y decisiva sobre Roma.

Elaboré un plan. Aunque el consejo militar lo juzgaba excesivamente osado, lo llevé adelante con decisión. Saqué las tropas de sus cuarteles de invierno y marché directamente sobre Cannas, donde sabíamos que los romanos habían reunido uno de sus mayores depósitos de grano. Lo tomé a costa de elevadas pérdidas.

Esta conquista me aseguraba la consecución de un doble objetivo: enfurecer al volátil Varrón, para que buscara a cualquier precio el desquite, y remediar nuestras carencias.

Estando en Cannas se turbó el cielo y estalló una tormenta estival. La ocasión era muy a propósito para pronosticar la actitud de los dioses. Herennio Sículo, el fulguriator etrusco, salió a la explanada de las órdenes y permaneció allí durante un largo espacio de tiempo, metido en el barro hasta los tobillos, absorta la mirada en el cielo oscuro del sur, indiferente al aguacero que lo empapaba. Observaba la formación de los rayos, si a su izquierda o a su derecha, y el punto exacto de donde partía el relámpago así como la distancia aparente del trueno.

Un relámpago destelló por el noroeste y se ramificó lateralmente.

—La región de la desgracia —sentenció Herennio Sículo—. El mundo subterráneo. Maris en el averno dominando las once direcciones. —Y luego, alzando la voz, dijo sin volverse hacia mí—: Aníbal, sólo has de temer los rayos de Tinia. Ése era suyo. Te ha avisado.

Un segundo relámpago iluminó el firmamento.

—Éste es de buen agüero. No es menester consultar los *Dii Consentes*. La fortuna está de tu parte. Besa tu nuca. Ahora hemos de aguardar. Si dan su conformidad los *Dii Consentes* y los *Dii Involuti*, la tormenta lanzará un tercer rayo.

Desde las puertas de sus tiendas, los hombres, agolpados, contemplaban la escena. El tercer rayo se produjo algo más desviado hacia la derecha.

—El tercer rayo —anunció Herennio Sículo—: Muerte de rey. Destrucción de los hombres. Terror del guerrero, lágrimas, miserias, hambre.

Después de lo cual el etrusco levantó su corta vara hacia la tormenta y la conjuró. Luego, desclavando los pies del barro, abandonó la explanada y se reunió conmigo en la tienda de órdenes. Mientras se enjugaba el rostro y los brazos con la toalla que le había preparado mi esclavo Hermión, me resumió el resultado de la consulta.

—Hasta la próxima lunación los dioses te otorgan ayuda ilimitada. A partir de

entonces todo vuelve a estar oscuro.

—¿Qué opinas de todo esto, Sosilos? —pregunté al griego cuando el etrusco regresó a su tienda, dejándonos solos.

—Ya no me burlo, Aníbal —respondió cautamente—. Estoy recordando un texto de Heráclito que dice: «El relámpago es lo que mueve el curso de todas las cosas». Me pregunto si, por algún misterioso azar, los hombres caminamos hacia una misma y única verdad por muy distintos y a menudo opuestos caminos.

Martindos nos mantenía puntualmente informados de los augurios romanos, tanto de los oficiales como de los espontáneos. En una ceremonia propiciatoria, celebrada cerca del monte Palatino, dos bueyes blancos uncidos al yugo sagrado habían defecado a las puertas del santuario. Ésta es la más funesta de las señales. Inmediatamente un clamor angustioso se elevó de la multitud que asistía al suceso. El día 14 de julio un rayo cayó cerca de Roma. Los fulgoriadores hicieron sus cálculos sobre los calendarios brontoscópicos: el poder pasará a un solo hombre que hará uso indebido de él. Pero como ellos habían designado a sus dos cónsules, pensaron que se trataba de mí. Después de la batalla volverían a interpretar este signo adversamente: se había referido a Varrón que el día del desastre estaba al mando de todo el ejército.

El Senado decidió recuperar una arcaica ceremonia etrusca de la que sólo algunos sacerdotes muy ancianos guardaban memoria. En el centro de Roma existe una bóveda de piedra a la que denominan *mundus*. No contiene nada; tan sólo puñados de tierra traídos por los fundadores de la ciudad, hace quinientos años, desde sus lugares de origen. Pero los etruscos están convencidos de que en el *mundus* convergen el mundo de los vivos y el de los muertos. Para aplacar a las fuerzas sobrenaturales que habían propiciado los desastres pasados, los romanos destaparon el *mundus* y ofrecieron sacrificios humanos a los espíritus del subsuelo. Sobre los montones de polvo sagrado vertieron la sangre de las víctimas. (He de advertir que cada ciudad etrusca tiene su *mundus* y el de Roma no se había utilizado desde la fundación de la ciudad).

El Senado estaba recurriendo a los más enérgicos y solemnes expedientes. El pueblo, por su parte, esperaba contemplar mis despojos sobre el mármol de una carnicería. Era evidente que Varrón buscaría, a cualquier precio, una rápida victoria antes de que sus argumentos de demagogo se volvieran contra él. Tenía que dar satisfacción inmediata a sus partidarios y éstos no eran de los que se conformaban con excusas y aplazamientos, como los patricios. Por lo tanto, despreciando los augurios desfavorables, sacó a sus ocho flamantes legiones y acampó delante de Cannas. Montaron sus tiendas en la llanura, no lejos de nuestro acuartelamiento, a uno y otro lado del río Aufido. De este modo cubrían eficazmente a sus forrajeadores y dificultaban la labor de los nuestros.

Siguiendo la misma táctica que el año anterior había resultado acertada con Minucio, regalé a Varrón una fácil victoria para hacerlo más osado. Permití que aniquilara, sin grandes pérdidas por su parte, a un par de regimientos galos de inferior

calidad que, en expresión de Monómaco, no valían la comida que les dábamos. Emilio Paulo sospechó mi táctica pero Varrón rechazó violentamente sus observaciones e incluso lo insultó tildándolo públicamente de cobarde y envidioso que intentaba menospreciar su señalada victoria.

Antes de que disminuyese la tensión entre los dos cónsules, puse en marcha la segunda parte del plan. Saqué a las tropas del campamento y las oculté en diversos lugares cercanos. Solamente doscientos hombres escogidos quedaron al cuidado de las tiendas y del fardaje. Estos mismos encenderían las nocturnas hogueras y se dejarían ver entre las tiendas, yendo de un lado a otro, ocupados en los más variados trabajos, para simular la actividad normal. Alorco sospechaba que entre los que quedaban en el campamento, traficantes, cocineros, curanderos y meretrices, había algunos que espiaban para los romanos. Tal como esperábamos, uno de ellos corrió a darles aviso de lo que ocurría. Varrón, jubiloso, hizo pregonar a sus tropas que el campamento púnico, donde Aníbal guardaba los tesoros expoliados a Italia después de tres años de continuos saqueos, estaba indefenso. Sólo Emilio Paulo se resistía a su propuesta de atacarlo inmediatamente. Recelaba una de mis trampas porque había consultado a las gallinas sagradas aquella misma mañana y los animales se habían mostrado completamente inapetentes. Pero los soldados, estimulados por la esperanza de una rica y fácil ganancia, no atendieron a razones: hicieron saber a sus sargentos que si no los llevaban inmediatamente contra el campamento púnico se amotinarían.

Fue entonces cuando un acontecimiento fortuito reveló mis planes a Varrón y los hizo fracasar. Dos de nuestros prisioneros romanos, que habían conseguido evadirse después de apuñalar a uno de sus guardias, advirtieron a Varrón de la emboscada que le habíamos preparado. Varrón recompensó a los hombres para comprar su silencio y después suspendió la proyectada salida fingiendo ante los oficiales que finalmente accedía a obedecer lo que los augurios indicaban. Esta repentina prudencia le mermó mucho prestigio ante unas tropas que él mismo había contribuido a soliviantar. Si quería restablecer su popularidad necesitaba, más que nunca, una rápida y decisiva victoria. La ociosidad de su campamento podría empezar a parecerse a la que él tanto había criticado en el viejo Cunctator durante su campaña electoral.

El 29 de julio amaneció un día claro y despejado que presagiaba grandes calores. Aquel día le tocaba el mando a Varrón. En cuanto la tropa almorzó hizo sonar las trompetas y sacó al ejército afuera. Formó en el llano, en orden de batalla. Desde nuestro campamento contemplamos aquel vistoso ajedrezado de rojos manípulos distribuidos sobre el pardo geométrico de los claros herbosos.

Salimos a su encuentro, cruzamos la corriente fluvial y formamos entre los romanos y el río, casi tocando sus orillas con los extremos de las alas. De este modo me protegía de las posibles maniobras envolventes que Varrón podía intentar aprovechando la abrumadora superioridad de su ejército. Los romanos eran más de ochenta mil, en tanto que mis efectivos apenas alcanzaban los treinta y cinco mil hombres.

Empezaba a amanecer y ya Varrón había cometido dos errores de bulto. Primero, permitir que me apoyara en el río, sin advertir que en cuanto se alzara el sol yo lo tendría de espaldas y él de frente. Segundo, ponerse de cara al viento, puesto que el lebeche dominante soplaba desde mi espalda. De este modo mis armas arrojadas llegarían más lejos y las suyas se quedarían cortas.

A pesar de todo Varrón parecía muy satisfecho. Podía distinguir el exhibicionista caracoleo del caballo del carnicero delante de sus manípulos. Aunque nunca se había enfrentado conmigo, conocía, por sus generales y consejeros, que hasta la fecha todas mis victorias se habían debido a la oportuna intervención de unas reservas ocultas. En Cannas no había barrancos, ni bosques ni colinas que pudieran emboscar a mis tropas. Todo lo que tenía estaba a la vista y no era mucho. En este sentido, Varrón podía estar tranquilo. Empero, la misma planicie despejada de árboles preocupaba a Emilio Paulo porque se prestaba admirablemente a las maniobras de mi caballería.

Varrón formó su ejército a la manera romana: las ocho legiones en el centro y la caballería dividida en dos escuadrones que protegían sendas alas. No obtuvo ventaja alguna de su superioridad, antes bien la convirtió en un obstáculo, pues, en lugar de respetar los amplios claros del tresbolillo tradicional en la formación de combate romana, que era la causa principal de su gobernabilidad y eficacia, engrosó los manípulos hasta duplicarlos en profundidad y redujo a la mitad la separación intermedia. De esta manera sus ocho legiones se concentraron en la superficie tradicionalmente estipulada para desplegar a seis.

A la vista de la disposición romana, dispuse en mi centro a la infantería gala de inferior calidad, extendida en una línea de sólo cinco filas de fondo. Los reforcé con algunos batallones de celtíberos. Unos y otros se distinguían de lejos por sus atuendos tradicionales. Los galos luchaban desnudos; los españoles vestían cortas túnicas, con adornos de color púrpura. Los galos agitaban sobre sus cabezas sus largas espadas, para que su centelleo, bajo el ardiente sol, amedrentara al enemigo. Los melenudos españoles saltaban levantando al cielo sus temibles falcatas y las afilaban sobre el cuero de sus vainas al tiempo que dirigían tiernas palabras a las hojas carniceras.

Flanqueando aquel centro coloqué dos formaciones de infantería pesada dispuestas a la manera griega, compactas y con agudas lanzas. Aquí se concentraban mis mejores tropas: melenudos celtíberos, oscuros libios y númeridas. Los del extremo de la derecha quedaban resguardados por un ala de caballería númerida; los de la izquierda por los jinetes españoles y galos.

Toda batalla debe plantearse sobre el doble principio de una fuerza que contiene y otra que ataca. La aplicación de esta regla griega depende, más que de la calidad o entrenamiento de las tropas, de la habilidad del estratega para mover sus fuerzas en el momento y dirección oportunos. Mi plan consistía en anular la fuerza defensiva de las legiones usando el río. Las obligaría a concentrar su ataque en el centro de mi formación (ése era el sentido de la cuña saliente que proyectaba mi centro hacia el campo romano) dándoles a entender que allí radicaba mi mayor fuerza. Naturalmente

los galos cederían ante el empuje romano y serían rechazados hacia el río. Entonces las mejores tropas, las alas de infantería pesada africana y española armadas a la romana, que en la primera fase de la batalla habrían permanecido al margen, manteniéndose meramente a la defensiva, se cerrarían sobre los romanos de nuestro invadido centro atacándolos por los flancos y obligándolos a alterar sus formaciones. Era de esperar que para entonces Asdrúbal Lacón hubiese barrido a la caballería romana de su lado y, rodeando a las legiones por la retaguardia, les cortase toda posible retirada y completase su cerco.

Los vélites romanos se adelantaron con sus bonetes de piel de perro y sus jabalinas. Mis honderos los rechazaron con una granizada de proyectiles. Piafaban los nerviosos caballos y el clamor de la muchedumbre enardecida arreciaba. Giscón, a mi lado, se removía inquieto. Sudaba copiosamente debajo de su pesado yelmo de hierro.

—¿Hay algo que te preocupe, Giscón? —quise tranquilizarlo o tranquilizarme.

—Sólo una cosa, Aníbal —contestó francamente—. Que allí delante hay por lo menos dos romanos por cada uno de nosotros.

—Cierto, Giscón —repliqué—, pero estás pasando por alto una cosa importante.

—¿Qué es, señor?

—Que ninguno de ellos se llama Giscón.

Este halago provocó una carcajada en Giscón y en los oficiales que me rodeaban. Rápidamente se divulgó entre la supersticiosa tropa. En víspera de una batalla los soldados están ávidos de saber lo que su general comenta, por intrascendente que sea. A medida que lo iban conociendo, se volvían a mirarme y celebraban mi ocurrencia con desproporcionadas risas.

La trompetería romana dio aviso a sus manípulos. El distante y familiar trapaleo del ejército en marcha cerrada empezó a retumbar débilmente sobre la planicie. A la izquierda y a la derecha, sobre el campo abierto, los vélites romanos se enfrentaban ya a los nómadas en el consabido intercambio de jabalinas e insultos que caldea los ánimos para el combate. Me despedí de los oficiales y recorrí el borde exterior de la cuña central saludando a algunos de los hombres que la formaban y animando a los más jóvenes. Cuando los romanos se hubieron acercado a cien metros me retiré hacia el grupo de estandartes e hice seña para que avanzaran los honderos. Entonces se produjeron los primeros sacrificios del día. Un nutrido grupo de jóvenes romanos ligados por el juramento de la *devotio*, se destacó de su vanguardia y atravesó el campo a paso de carga lanzándose directamente contra nosotros, sin corazas ni escudos. Antes de que lograsen lanzar sus jabalinas, ya habían sido abatidos por los proyectiles de los honderos.

Creo que debo explicar en qué consiste este juramento de la *devotio*. Se trata de un pacto sagrado por el que se invita a los maléficos dioses subterráneos para que destruyan a un enemigo que el oferente no puede alcanzar por sus propios medios. El pontífice que dirige la ceremonia inscribe el nombre de la persona que debe morir, en este caso presumo que era el mío, en una lámina de plomo. Después los jóvenes

cubren sus cabezas con un velo y consagran sus armas a Belona y a los dioses Novensiles en el curso de una ceremonia denominada *facio ut facias*, es decir, hago para que hagas. Por este pacto se comprometen solemnemente a buscar la muerte en la primera ocasión militar para que, a cambio de sus vidas, los dioses infernales arrebatan la del enemigo designado.

El clamor de las trompetas cesó. Las ráfagas de viento cambiante traían el armónico zumbido de las largas hondas baleares que volteaban sus glandes de plomo. Cuando el grueso de la infantería romana se hubo acercado hasta cincuenta pasos de distancia, dispararon la primera andanada. Otros tantos romanos rodaron por el suelo heridos de muerte, pues a esa distancia no hay yelmo ni escudo que resista el impacto. Los otros titubearon un poco antes de avanzar por encima de los cuerpos caídos, ya a paso de carga, blandiendo amenazadoramente sus jabalinas. De las filas de los galos y españoles se elevó un clamor. Cada hombre profería el grito de guerra de su nación antes de lanzarse al encuentro del enemigo. La batalla había comenzado.

Mientras tanto, los ocho mil jinetes númeridas y auxiliares de Asdrúbal Lacón arremetían contra la caballería de Emilio Paulo que apenas rebasaba los dos mil jinetes. En una perfecta maniobra la arrinconaron contra la orilla del río sin concederles la oportunidad de desplegarse. Después de la primera embestida, hombres y caballos quedaron confundidos en un amasijo de carne. Muchos jinetes, imposibilitados para moverse y estorbados por sus propios camaradas, optaron por echar pie a tierra para combatir del modo que les era más familiar, como infantería. En la mortal confusión de sus filas, Emilio Paulo clamaba ordenando el despliegue de los que habían quedado en la periferia, pero nadie atendía a sus voces. A poco una pedrada lo hirió mortalmente, derribándolo del caballo. Todos sus hombres fueron aniquilados. Algunos escuadrones de infantes númeridas que asistían al encuentro desde la periferia, capturaron los caballos sin jinete y se unieron al grupo de Lacón, que, rodeando a todo galope la batalla por campo abierto, caía ahora sobre la retaguardia de la caballería itálica. Los jinetes itálicos se estaban enfrentando a los númeridas en el otro extremo del campo. Tomados entre dos fuerzas fueron prontamente derrotados y puestos en fuga. Lacón dejó a la caballería ligera númerida la tarea de perseguir a los fugitivos. Él por su parte completó mi plan atacando con su caballería pesada la retaguardia romana a lo largo de toda la línea.

Mientras todo esto acaecía, yo me ocupaba de dirigir a la infantería en el centro. De acuerdo con lo previsto, después del primer impacto en aquella parte, los romanos habían barrido a los galos del centro del campo. Presionados por un enemigo táctica y numéricamente superior, los galos fueron cediendo terreno. Aquella cuña saliente de la formación primitiva se fue convirtiendo sucesivamente en una línea recta y luego en una línea cóncava, cada vez más pronunciada, cuya parte rehundida no se llegaba a quebrar porque Maharbal estaba atento a reforzarla continuamente con escuadrones de galos y españoles. Magón asistía al espectáculo sin apartarse de mi lado.

—Ahí los tienes, Aníbal. Penetrando entre tus fauces como reses que se agolpan

delante de la angostura de la mesa del matarife. Varrón se obstina en echarnos al río y no percibe la trampa en la que está metiendo a sus hombres.

En efecto, Varrón acumulaba todas sus reservas sobre el centro de la línea para reforzar la cuña que sus tropas estaban introduciendo en mi campo. No advertía que sus soldados se iban congregando peligrosamente en un reducido espacio. Las ocho legiones formaban una apretada y desorganizada falange que, en el ardor del combate, penetraba ya más de trescientos metros dentro de mi campo, sin advertir que los flancos de mi ejército, que no habían cedido ni un palmo de terreno, iban quedando a su espalda. La infantería nómada y celtíbera más aguerrida y mejor equipada sostenía ventajosamente el combate, aunque se atenían a mis órdenes de permanecer a la defensiva y ahorrar fuerzas.

A media mañana todas las reservas romanas habían penetrado en el saco que su propio avance formaba. Maharbal me señaló una ahumada detrás de las líneas romanas. Era el aviso de Lacón. Su caballería estaba lista para lanzarse sobre la retaguardia romana. Entonces di orden de invertir las enseñas para que los escuadrones africanos y celtíberos de las alas se volvieran hacia el interior y atacaran impetuosamente los flancos del enemigo. Éste es el punto débil de la legión, que no está calculada para defenderse de ataques laterales ni para combatir en angosturas. Para evolucionar convenientemente cada legionario necesita, por lo menos, un metro cuadrado de terreno. El imprudente avance romano, y la densa acumulación de tantas cohortes y manípulos en el desordenado centro del ataque, había concentrado de tal forma a los combatientes que se estorbaban unos a otros y apenas podían alzar los escudos para defenderse. Los que un momento antes se enardecían mutuamente con gritos de victoria, comenzaron a proferir alaridos de consternación y llanto. Atrapados en una bolsa compacta, incapaces de maniobrar, rodeados por todas partes de un enemigo al que —ahora lo recordaban— nunca habían conseguido vencer, fueron presas del pánico. Durante tres horas, nómadas, celtíberos y galos se ensañaron con aquella masa privada de toda capacidad de combate. Solamente un contingente de unos diez mil consiguió abrirse paso cerca del río y escapó a la carnicería.

El ejército de Cannas, ocho legiones completas, resultó aniquilado. Murieron setenta mil romanos, de los cuales nueve mil eran patricios, lo más granado de la aristocracia ciudadana. Hice recoger los anillos de hierro que llevan en el dedo anular como señal distintiva. Magón los llevaría a Cartago junto con las noticias de la victoria. De los nuestros sólo hubimos de lamentar seis mil muertos, mayormente galos. También capturamos casi cinco mil prisioneros. Entre los muertos romanos figuraban los cuestores de los cónsules, veintinueve de los cuarenta y ocho tribunos militares y treinta y dos senadores. También cincuenta oficiales de alta graduación.

Mis hombres se dejaron llevar por el entusiasmo. Yo no. A lo largo de mi vida la soledad me ha visitado muchas veces. Es la contrapartida del poder. Pero nunca me he sentido tan solo como después de Cannas, al día siguiente de la batalla, en aquel campo sembrado de muerte. Una inefable tristeza me invadió. Había conseguido una

victoria digna de Alejandro y sin embargo me encontraba deprimido. En la inhóspita soledad de mi tienda intenté distraerme leyendo a Platón. Maharbal vino a interrumpirme con las cifras del botín capturado.

—Éste es el momento de marchar sobre Roma, Aníbal —dijo, con vehemencia, después de leerme su esperanzador informe.

Lo miré a los ojos y me pareció que contemplaba a un extraño, a una persona lejana y desconocida que se expresaba en una lengua ininteligible.

—No habrá marcha sobre Roma —respondí con firmeza—. ¿Adónde vamos a ir sin equipo de asedio y sin posibilidades de obtenerlo ni de aislar a la ciudad por mar?

Nuestro ejército está formado por bárbaros. Temen a la ciudad, sólo se sienten valerosos moviéndose libremente por el campo, como las fieras. Acuérdate de las dificultades de Sagunto.

Maharbal insistió, sin resultado. Finalmente hizo ademán de retirarse con expresión contrariada. Sostuvo un momento el lienzo que cubría la entrada y antes de salir se volvió para decirme:

—Sabes vencer, Aníbal; pero no sabes qué hacer con tus victorias.

Un reproche que he escuchado otras veces en mi vida. Ya me es familiar. Hasta admito que puede tener algo de verdad.

En los días siguientes hube de sobreponerme a la apatía y a la tristeza que me infundían los dioses. Urgía tomar mil menudas disposiciones y parecía que la única persona capacitada para tomarlas era yo. Por lo pronto dejé en libertad a todos los prisioneros itálicos y los envié a sus lugares de origen, con los consabidos mensajes de amistad para sus senados. Envié a Roma a una delegación de diez prisioneros para que informasen al Senado de las condiciones de rescate de sus compatriotas capturados. Puse un precio razonable: quinientos denarios por cada jinete; trescientos por cada infante y cien por esclavo. El Senado me dio una rápida respuesta típicamente romana: «No estamos interesados en recuperar tan malos soldados. Puedes hacer con ellos lo que quieras». ¡Curiosos estos romanos inclinados a ser más orgullosos en la derrota que en la victoria!

Los informes que llegaban de Roma no correspondían a una ciudad abatida y al borde de la desesperación. Antes bien, sus habitantes estaban decididos a resistir el esfuerzo de la guerra y sus penalidades hasta donde fuera necesario. Ricos y pobres se aunaban en un común deseo de sacrificarse por la república. Una carta de Martindos, recibida por aquellos días, nos confirmaba estas impresiones:

No sé cuándo podré enviar esta carta, puesto que se ha prohibido la salida de la ciudad a todo el que no vaya provisto de un salvoconducto del Senado. En las puertas se han doblado las guardias e interrogan a todos los forasteros. También se han reforzado las patrullas que vigilan los caminos en torno a la ciudad e incluso las vías más distantes.

Han nombrado dictador al general Marco Junio Pera, el cual ha designado jefe

de caballería a Tiberio Sempronio Graco. Las fuerzas de Canusium pasan a las órdenes de Marco Claudio Marcelo. El Senado ha prohibido las manifestaciones públicas de luto a los familiares de los muertos en Cannas. Antes bien, se comportan como si no hubiesen perdido una gran batalla. Salieron a recibir al derrotado Varrón a las puertas de la ciudad con honores militares y le agradecieron que en la hora suprema no hubiese abandonado a la república. Están alistando y entrenando febrilmente nuevos regimientos. Esta vez no se limitan a los ciudadanos libres. También aceptan esclavos, cedidos por las familias patricias. Con dinero del Estado han comprado ocho mil esclavos con los que están formando dos legiones. Los herreros reciben estímulos especiales para que fabriquen armas día y noche. Han alistado a la fuerza a los presos por deudas y a los acusados de delitos menores. Calculo que actualmente habrá en Roma unos cincuenta mil hombres en edad de combatir, de los cuales quizá la mitad están suficientemente entrenados. Es difícil confirmar estas cifras. La divulgación de secretos estatales está penada con la muerte y la difusión de cualquier clase de rumor se castiga con penas de azotes e incluso mutilación. La gente se conduce con extrema prudencia. Los sacerdotes están atentos a los prodigios. Hace tres días nació un niño con seis dedos en cada mano. El conjuro acostumbrado es liberar a la tierra de él arrojándolo al mar, pero, como el camino de Ostia no se considera seguro, lo condenaron a las llamas. Al quemarse chilló como si un espíritu maligno lo habitara y esta señal satisfizo a los sacerdotes. A pesar de ello el pontífice ha dispuesto una procuración para conocer las causas del enojo de los dioses y qué dioses son los que han negado su ayuda a Roma. La población no deja de observar signos en los acontecimientos más vulgares e importunan continuamente a los sacerdotes y augures con estornudos, tropiezos fortuitos, manchas del agua bajo los cántaros, excrementos de pájaros, sonidos del viento al penetrar por las grietas de los postigos y cosas así. En estas circunstancias el sacro colegio sacerdotal decidió invocar el auspicio ablativo y emplazó a los dioses para que se manifestaran en el templo Iguvino. Fue ayer. Desde la explanada presencié la ceremonia. El augur se dirigió al auspiciante y le dijo: «Estipulo que observes al gavián y la corneja a la derecha y a las aves que canten a la izquierda». Toda la mañana y parte de la tarde estuvieron estudiando los augurios, en presencia de una multitud silenciosa que esperaba pacientemente, sentada en el suelo. Por seis veces aparecieron aves en el cielo, siempre en las posiciones más desfavorables, pero el augur rechazaba una y otra vez las observaciones pretextando defectos formales, que los sacerdotes se apresuraban a transmitir a la audiencia. A la caída de la tarde se invalidó el auspicio impetrativo. Esto significa que hoy se recurrirá a los pollos sagrados. No espero a los resultados para enviarte esta carta. El resultado es previsiblemente favorable. Mantendrán a los pollos encerrados en sus jaulas, en ayunas, durante doce horas o más y su buen apetito cuando los suelten demostrará al pueblo que los dioses protegen otra vez a la ciudad.

Olvidaba decir que han enviado a Quinto Fabio Pictor al oráculo de Delfos para

que averigüe qué tipo de plegarias exigen los dioses para devolver a Roma la prosperidad y la victoria.

Cariñosos saludos a quien yo sé de quien él sabe.

Eso último no lo entiendo —dijo Cartalón.

—El bujarrón de Martindos envía sus besitos al bujarrón de Mantelix —explicó secamente Alorco—. ¿Lo entiendes ahora?

LAS DELICIAS DE CAPUA

Cannas comenzó a dar sus primeros frutos inmediatamente. Arpi, Salapa, Herdonia y Ucento, ciudades de la Apulia sometida a Roma, me enviaron legados para tratar las condiciones de una alianza. En Campania, Atella, Calatia y Sabatini expulsaron a los romanos y se me unieron. Pronto fueron imitadas por los hirpinos, caudinos y otros pueblos samnitas, así como por la mayor parte de los brutios y no pocos lucanos y picentinos. Cada día sacrificábamos —por indicación de Garesaya— a los dioses protectores de cada uno de estos pueblos, lo que hacía muy feliz a Cartalón y no tan feliz a Monómaco. Pero, aunque los auspicios parecían favorables, las ciudades latinas se mantenían tercamente fieles a Roma. En cuanto a las antiguas colonias griegas, solamente recibí de ellas respuestas evasivas. El único que pareció dispuesto a comprometerse fue Filipo de Macedonia. Me felicitó efusivamente por la victoria de Cannas y envió a Cartago, sus legados. Rápidamente concertaron una alianza en virtud de la cual Filipo se obligaba a enviarme refuerzos, pero el bloqueo de sus puertos por la flota romana frustró todos los intentos.

Un día salí a pasear por el campo sin más acompañamiento que mi fiel Hermión. En un viñedo encontramos a Herennio Sículo, el augur etrusco. Estaba echado boca arriba sobre la muelle tierra y contemplaba el cielo mientras mordisqueaba distraídamente un sarmiento. Tan ensimismado se encontraba que no advirtió nuestra presencia. Descabalgué y me senté a su lado.

—Te saludo, Sículo. ¿Qué signos observas en los cielos? ¿Cuándo se me unirán las ciudades italianas sometidas a Roma?

—Saludos, ilustre Aníbal —respondió incorporándose—. Para responder a tu pregunta casi no necesito espiar los signos del cielo. Basta con examinar el corazón de los hombres.

Sículo me parecía un hombre inteligente y lleno de discernimiento. Le pedí que me expusiera su opinión con franqueza. Después de un breve titubeo se decidió a hacerlo:

—Señor, los italianos nunca se unirán a Cartago. En vano esperas esas alianzas. Quizá consigas atraerte unas pocas ciudades y media docena de tribus, pero eso será todo. No esperes más. Eres extranjero; has venido del otro lado del mundo con un ejército de galos, a los que todos los italianos odian desde antiguo, y con otros bárbaros que hablan extrañas lenguas y se complacen en arrasar nuestros campos, en degollar a nuestros rebaños y en robar a nuestras mujeres. Roma nos ha sojuzgado y nos impone tributos y obligaciones, es cierto. Tú nos ofreces ayuda contra ella, también es cierto. Pero ¿cuánto durará esa ayuda? Algún día, tarde o temprano, marcharás de Italia; pero Roma seguirá donde está, dispuesta a cobrarse sus deudas y

a vengar viejas ofensas. Tememos a Roma, es cierto. La tememos más en su derrota que en su victoria.

Sículo hizo una pausa reflexiva y añadió:

—La lucha entre Roma y Cartago va más allá de las fuerzas humanas. No es solamente la pugna entre dos ciudades poderosas que tienen intereses comunes en conflicto. Es mucho más que eso. En realidad es una ordalía sagrada, es la lucha entre dos sistemas religiosos. Vuestra diosa contra su dios. Juno, o Tanit si así lo prefieres, contra Júpiter. Desde hace muchos siglos, antes de que Roma y Cartago existieran, el mundo se divide en esa pugna entre un dios femenino y otro masculino. El masculino ha arrebatado su puesto al femenino. Esto es inevitable. Cartago no puede hacer nada por alterar el curso de la historia.

Los hechos confirmarían las profecías del etrusco. A partir de entonces pareció que los dioses romanos se resistían a cumplir sus propios desfavorables augurios. El 24 de octubre tronó, anuncio profético de que los campesinos de Apulia se sublevarían y degollarían a sus amos. Sin embargo, no se produjo levantamiento alguno. Decreté que los esclavos fugitivos que se incorporaran a mi ejército recibirían no sólo la libertad sino el derecho a una parte del botín. Vinieron muy pocos y, aun de estos pocos, muchos eran viejos. Al poco tiempo pareció cumplirse el pronóstico sagrado: Córcega se rebeló contra Roma y Cerdeña parecía encontrarse a punto de imitarla. Una espléndida ocasión para que Cartago recuperase sus antiguas islas. Bastaba con enviar la escuadra de apoyo que los rebeldes desesperadamente solicitaban. Pero nuevamente la ceguera política de la Balanza dejó pasar la oportunidad.

Transcurrieron los meses y ninguna otra ciudad se nos unió. Una vez más hube de reconocer que mis cálculos acerca de la capacidad de resistencia de Roma eran erróneos. Aquel adversario sabía resistir con orgullo tenaz, y cuanto más se le afligía, más dispuesto se mostraba a sacrificar las vidas y bienes de sus ciudadanos por salvar a la república. Tuve que resignarme a conquistar por las armas lo que no se me sometía por pactos. Exceptuando algunas colonias romanas de menor importancia y las ciudades griegas, todo el sur de la bota italiana estaba en mi poder. Maharbal y los otros me apremiaban para que atacase a estas ciudades, pero rechacé tal idea. No nos hubieran servido de nada. Por otra parte, el ejército estaba exhausto. Necesitábamos urgentemente un buen puerto donde recibir los refuerzos de Cartago y de Hispania y el imprescindible equipo de asedio almacenado en Cartagena.

Envié a mi hermano Magón a Cartago con un mensaje para la Balanza. Mis instrucciones eran precisas. Llevaba consigo los doce kilos de anillos recogidos a los cadáveres de los patricios romanos en Cannas. Magón vació el saco que los contenía en el suelo de mármol de la sala de sesiones de la Balanza. Sobre el desparramado testimonio de mi victoria leyó el detallado informe que Sosilos había redactado.

Hannón en persona dio la réplica a mis peticiones. Su discurso fue el siguiente:

—Aníbal afirma que ha destruido a todos los ejércitos romanos y, sin embargo,

solicita ayuda urgente. ¿Qué nos hubiera pedido de haber sido él el derrotado? Asegura que capturó dos campamentos llenos de vituallas, pero nos pide dinero y grano. ¿Cuál habría sido su petición si hubiese resultado saqueado su propio campamento? Dice que aniquiló al doble ejército romano en Cannas, pero ¿se ha unido a Cartago algún socio romano o latino de la Liga? ¿Qué embajada itálica ha llamado a nuestra puerta para solicitar un pacto de amistad? Ninguna. La respuesta es siempre la misma: no. Los planes no han avanzado ni un milímetro desde que Aníbal puso pie en Italia. Además, si Amílcar, su ilustre padre, hacía la guerra en Hispania sin necesidad de ayuda ajena y la financiaba con sus propias conquistas y aún le sobraba plata para socorrer a Cartago, ¿por qué no hace lo mismo su hijo en la fértil Italia?

A pesar de la enconada oposición de Hannón y sus seguidores agrícolas, la Balanza aprobó el envío a Italia de algunas fuerzas: cuatro mil jinetes nómadas y cuarenta elefantes. Y concedió licencia a Asdrúbal para que me socorriese con otros veinte mil celtíberos desde Hispania. Pero la situación en las colonias se había deteriorado tanto que mi hermano no pudo desprenderse de estas tropas.

Cuando los heridos de Cannas estuvieron restablecidos, reemprendimos la marcha hacia Campania. Había decidido atacar Neápolis y hacerme con su excelente puerto. Pasaré por alto los detalles de este desgraciado proyecto: una vez más hube de desistir de la idea a la vista de sus imponentes murallas. Desprovisto como estaba de equipo de asedio, cualquier intento hubiese sido suicida. No me derrotaban los romanos, me derrotaba una paradoja. Necesitaba un puerto seguro para desembarcar el equipo de asedio almacenado en Cartagena y necesitaba el equipo de asedio para conquistar un puerto.

Se acercaba el invierno. Pronto sería imposible transitar por los caminos enlodados. Existía una próspera ciudad, Capua, cuyos habitantes estaban divididos en dos bandos. Unos deseaban pactar conmigo y otros querían mantenerse fieles a Roma, de la que eran recientes aliados. Pero el bando romano estaba muy desprestigiado a causa de las abusivas exigencias de Varrón: pretendía que Capua contribuyera al ejército romano con treinta mil infantes, cuatro mil jinetes y la mitad del trigo disponible. A los capuanos les salía mucho más barato unirse a mí, puesto que yo no les exigía nada y, además, les ofrecía protección. Solamente existía un problema: Roma retenía a trescientos jóvenes capuanos, vástagos de las más importantes familias de la ciudad, en calidad de rehenes. No vacilaría en ejecutarlos si la ciudad vulneraba los pactos. En estas circunstancias ofrecí al Senado de Capua trescientos prisioneros romanos igualmente escogidos entre los más ilustres, para que pudieran canjearlos por los rehenes. Así lo hicieron. Luego nos abrieron las puertas de la ciudad.

Ésta era la clase de victoria por la que había rogado a la diosa y por la que había esperado pacientemente desde que llegamos a Italia. Sin embargo, aquel día de mi mayor triunfo estuvo a punto de convertirse en el de mi muerte debido a una conjura

o, quizá, tan sólo a la determinación de un joven impetuoso y fanático. Referiré el caso. Pacuvio Calavio, el jefe del bando capuano partidario de Cartago, tenía un hijo llamado Perola que militaba en el bando opuesto y era gran amigo de Decio Magio, el jefe del partido romano. Este Decio Magio convenció al joven Perola para que me asesinase en el transcurso del banquete que su padre me ofreció el día de mi entrada en Capua. Resuelto a llevar a cabo su plan, el joven Perola se presentó ante su padre y le hizo creer que había decidido regresar a su obediencia, lo que implicaba su alejamiento del bando romano y mi aceptación como su señor natural. Pacuvio Calavio, con lágrimas en los ojos, me comunicó alborozadamente esta mudanza de su hijo. Pero el sagaz Alorco, que lo había hecho vigilar por sus espías, estaba informado de una larga entrevista que el joven había mantenido con Decio Magio, aquella misma mañana, en un aposento privado de los baños de la ciudad. Sospechando que su repentina conversión al partido cartaginés podría ser insincera, sentó a dos de sus hombres de confianza en las proximidades de Perola durante el banquete de aquella noche. Uno de ellos observó un bulto extraño debajo de la toga del joven Perola. Pretextando limpiarle la salpicadura de salsa, que él mismo había provocado al retirar una tajada de la fuente común, comprobó que lo que su tenso compañero de mesa ocultaba era una espada. Alorco me hizo llegar una breve nota en la que me informaba de las presumibles intenciones del joven Perola. Disimulando mi preocupación medité lo que cumplía hacer. A mi lado, entregado y feliz, estaba el padre del muchacho, mi sincero aliado, que desde tiempo atrás había arrostrado trabajos y peligros por conseguir que sus conciudadanos rechazasen a Roma y aceptasen mi alianza. Si su hijo atentaba contra mi vida quizá los hombres de Alorco, ya alertados, lo matarían en el acto. Si lo apresaban me vería obligado a condenarlo a muerte, pues incluso las leyes itálicas establecen esta pena para el que levanta la mano contra un general. En cualquier caso el incidente podía dar al traste con la naciente alianza entre la ciudad y Cartago y quizá restaría fuerza a nuestros partidarios en otras ciudades itálicas.

Afortunadamente los dioses permitieron que alcanzásemos una solución satisfactoria para todos. Cuando ya el banquete iba más de mediado tomé aparte al propio Pacuvio Calavio con el pretexto de visitar la columna mingitoria y allí, lejos de los ojos y oídos de los otros convidados, le expliqué lo que estaba ocurriendo.

Pacuvio Calavio quedó tan sorprendido y aterrado que perdió el uso de la palabra. Tan sólo abría y cerraba la boca como un alorado.

—Intenta disuadir a tu hijo de esa acción —lo tranquilicé— y prestarás un gran servicio a Capua y a Cartago.

Asintió gravemente. Cuando regresamos a la sala de banquetes los criados acababan de servir el garón —garón gaditano legítimo que curiosamente seguía llegando con normalidad a las mesas itálicas a pesar de la guerra— y la animación había subido de tono. Acá y allá los borrachos confraternizaban, se abrazaban e intercambiaban solemnes promesas de amistad.

El joven Perola estaba sentado a dos mesas de distancia de la mía, a espaldas de su padre. Pacuvio Calavio llamó a un criado de confianza y le cuchicheó un recado al oído. Un momento después se reunió con su hijo en un apartado rincón del huerto de la casa. Uno de los hombres de Alorco asistió a esta entrevista, escondido detrás de uno de los setos del jardín. Pacuvio Calavio conminó perentoriamente a su hijo para que entregase el arma que ocultaba. Perola intentó resistirse al principio.

—No intentes detenerme, padre —dijo—. Voy a sellar con la sangre de Aníbal nuestra antigua alianza con Roma. De este modo los romanos olvidarán tu traición y el honor de nuestra casa quedará restablecido.

A lo que repuso el anciano:

—Yo, tu padre, he podido conseguir de Aníbal el perdón de mi hijo, ¿y no podré conseguir de mi hijo el perdón de Aníbal? Si quieres matar a Aníbal, mi sagrado huésped, tendrás que matarme a mí primero.

Estas y otras razones del anciano ablandaron el corazón de Perola y lo apartaron de su propósito. Tomó el arma que llevaba oculta entre sus vestiduras y la lanzó resueltamente a la calle por encima de la tapia del huerto. Luego, reconciliado con su padre, ya que no consigo mismo, regresó a la sala de banquetes y, mezclándose con los alegres bebedores, aligeró su conciencia con los vapores del vino.

De este modo se resolvió satisfactoriamente un episodio que pudo haber empañado nuestra alianza con los capuanos el mismo día en que se celebraba. Por lo demás aquel banquete fue memorablemente jubiloso para todos los que a él asistieron, especialmente para Cartalón y sus alegres conmitones. Nuestro flamante general se distinguió compitiendo con el capuano más glotón, un tal Jubelio Taurea. La cosa quedó en tablas pero estuvo a punto de costar la vida a los dos contrincantes. Esta vez el paciente Danón recurrió a un severo remedio que le había sugerido Osoro, el astur: hizo sepultar a los dos enfermos en una pila de estiércol fresco de la que asomaban solamente las delirantes cabezas. Después de pasar una noche en tan nauseabundo lecho, sobrevivieron a la indigestión y soltaron sus vientres desafortadamente. Unos días después sacrificaron conjuntamente un buey blanco, como homenaje a los salutíferos dioses. En contra de lo que Monómaco esperaba, Cartalón renunció a probar bocado de este sacrificio.

El ejemplo de Capua cundió entre las ciudades vecinas. A los pocos días dos lugares de los oscos, Calatia y Atella, rechazaron la tutela de Roma y se pasaron a nuestro bando. Animados por los nuevos aliados que nos iban surgiendo en la comarca y con la esperanza de atraernos a otros, invernamos en Capua. Después de dos años de continuas luchas y penalidades, sólo un tercio de los hombres que cruzaron los Alpes sobrevivía. Del regimiento Saguntino, especialmente castigado en Trasimeno y Cannas, sólo quedaban veinte soldados. Del Calderero y del Urgavona, apenas trescientos. El Undécimo continuaba existiendo como tal, aunque fusionado con el Gelana, pero muchos de sus veteranos estaban tan baqueteados por achaques y viejas heridas que sólo esperábamos la llegada de los barcos de Cartago para

licenciarlos y repatriarlos a Hispania o a África. Hice instalar a estos veteranos en la acrópolis de la ciudad, donde había buenas casas y almacenes cuyo uso nos cedieron los capuanos. Alojé a los galos y los itálicos en un campamento de invierno, con barracas de madera, letrinas y desagües, no lejos del monte Tifaza, a cuyos pies quedaba un excelente campo de entrenamiento y pastizal donde cada día se ejercitaban en las armas. Los itálicos que incorporábamos eran flojos y resabiados. Resultaba casi imposible hacer de ellos pasables soldados. Pero, a falta de otro material más manejable, hubimos de conformarnos con estos hombres.

Para la infantería impuse un entrenamiento a la romana. Incluso las armas que usábamos eran de procedencia romana, algunas de ellas espléndidas falcatas ibéricas misteriosamente llegadas al adversario. He de confesar que mi experiencia en Italia me mostró que la legión romana resulta tácticamente superior a la falange griega que usaban mi padre y los generales de su tiempo. La formación en falange es demasiado compacta, se mueve torpemente, sin agilidad. Por el contrario la formación romana resulta admirablemente flexible y versátil, tanto como fuerza de ataque como de defensa. Su única debilidad reside en que los romanos no saben utilizar la caballería. Por mi parte hacía lo posible por conseguir un ejército que sumara las ventajas estáticas de la legión a las dinámicas de la caballería nómada.

Era previsible que la ociosa convivencia del ejército entre los capuanos favoreciera muchos emparejamientos. Las mujeres de la región son complacientes y reidoras, bien tetadas, anchas de caderas y de miembros gráciles que saben mover armoniosamente. Por otra parte, el invierno fue frío y lluvioso. Muchos oficiales sucumbieron a la tentación de casarse con capuanas, entre ellos Cartalón. Todo comenzó como una broma de Alorco que organizó una pequeña fiesta íntima a la que invitó a una viuda llamada Anfisba que acababa de salir del luto reglamentario. La tal Anfisba era una atractiva y exuberante cuarentona cuya franca mirada delataba un carácter ardiente. Circulaban chistes y habladurías, en las tabernas de Capua, acerca de su insaciable apetito venéreo, al que atribuían la prematura muerte de su primer marido. Cartalón quedó prendado de ella en cuanto la vio. Al día siguiente se entrevistó con una celestina profesional y le encomendó que le allanara el camino. No fue empresa difícil. El camino al lecho de Anfisba descendía en pronunciada pendiente. Se casaron en una curiosa ceremonia capuana en la que los testigos han de estrellar contra el suelo una serie de vasijas de vino y aceite (innecesario derroche que disgustó sobremanera a Monómaco llamado a actuar como testigo). La nueva pareja estableció su nido de amor en una de las mejores casas de la ciudad, adquirida, para regalo de bodas, por los regimientos al mando de Cartalón. Creo haber mencionado anteriormente que Cartalón era idolatrado por sus hombres. De hecho, todos ellos se consideraron muy honrados porque su jefe desposara a una de las mujeres más hermosas de la ciudad y lo celebraron en canciones increíblemente lascivas. Lamentablemente Anfisba excedía también a las otras capuanas por sus desvergonzadas costumbres y disipada vida. Según supe tiempo después, por Alorco,

el mismo día de la boda se entregó a un sargento nómada en la cuadra de su nueva casa, mientras Cartalón dormía la borrachera del banquete nupcial. Aún no se habían marchitado las guirnaldas que decoraron su tálamo cuando ya Anfisba se había convertido en amante de Asdrúbal Lacón.

Aparte de menudos sucesos de esta índole, puedo decir que en los siguientes cinco años no ocurrió nada que merezca destacarse. Los romanos me hostigaban como habían aprendido a hacer del viejo Cunctator, pero rehusaban enfrentarse conmigo en campo abierto. Prácticamente me dediqué a defender Capua y su territorio de los ataques de Roma y a organizar expediciones punitivas, cada vez más espaciadas. Desde el punto de vista militar, la alianza con los capuanos se reveló una calamidad. Perdí toda la movilidad de mi ejército pues mis nuevos aliados resultaron incapaces de defenderse por ellos mismos. Con la celosa protección que dispensaba a la ciudad esperaba demostrar a los restantes miembros de la Liga itálica las ventajas que les acarrearía su desertión del bando romano. Por la misma razón, el Senado romano estaba especialmente interesado en castigar a Capua, para escarmentar con su ejemplo al resto de Italia. Enviaron seis legiones contra la Campania mientras que otras dos, acampadas en Apulia, impedían que me hiciese con el puerto que necesitaba. De hecho me vi obligado a buscarlo en otra región. A comienzos de la primavera envié a Himilcón con diez mil hombres para que sitiara Petelia. Después de ocho meses de duro asedio lograron conquistar el promontorio. Bomílcar pudo desembarcar a los cuatro mil nómadas y cuarenta elefantes que enviaba la Balanza, una fuerza insuficiente para imponerme a los romanos. Ya no podía pretender sorprenderlos tan fácilmente como en las primeras batallas. También ellos aprendían rápidamente. Además, el continuo hostigamiento a que nos sometían había desgastado nuestras fuerzas. No podíamos reponer las bajas tan fácilmente como ellos. Las noticias que Martindos enviaba desde Roma eran alarmantes el Senado había alistado más de ciento veinte mil hombres, distribuidos en veinte legiones. Sus reservas humanas parecían inagotables. Mi única esperanza estaba depositada en el ejército que mi hermano Magón estaba reclutando en Numidia con el visto bueno de la Balanza. Por fin logró reunir doce mil infantes, mil quinientos jinetes y veinte elefantes. Pero en el último momento llegaron malas noticias de Hispania. Asdrúbal no podía contener al ejército de los Escipiones. La Balanza decidió que el mantenimiento de Hispania era prioritario y envió allá las tropas reunidas por Magón.

Otras menudas noticias nos hacían a veces concebir esperanzas de una rebelión generalizada contra Roma. En Sicilia algunas ciudades habían aniquilado a sus guarniciones romanas y se habían pasado a nuestro lado. Roma envió a Marcelo, su mejor general, con dos veteranas legiones. Pusieron sitio a Siracusa aislándola por tierra y por mar. La Balanza respondió enviando a Sicilia un ejército de veinticinco mil infantes, en su mayoría libios, tres mil jinetes y doce elefantes, justamente lo que yo hubiese necesitado para recuperar la iniciativa en Italia.

Si en Sicilia podíamos concebir esperanzas, las noticias de Hispania eran, sin

embargo, desalentadoras. Los romanos habían recuperado Sagunto y obligaban a Asdrúbal a mantenerse a la defensiva. No sólo no podía enviarme ayuda alguna, sino que absorbía la que la Balanza hubiese podido prestarme. Los comerciantes de Cartago estaban más preocupados por conservar las minas de plata de Hispania que por aniquilar a la propia Roma.

DEL FIEL HAMIL AL ILUSTRE HANNÓN. ¡SALUD!

Me juego la vida al escribirte y tú me reprochas ásperamente que haya pasado dos años desde la última vez que tuviste noticias mías. ¿Soy acaso responsable de que naufragara el barco ateniense que llevaba mi carta la primavera pasada? Nuestro pacto era, creo recordar, que me pagarías por mis servicios y que éstos se limitarían a espiar los movimientos de Aníbal y a informarte puntualmente de ellos. Que te lleguen o no mis informes depende de la inescrutable voluntad de Baal. ¡No les hagamos reproches a los dioses no sea que cubran nuestras cabezas de ceniza!

No sé si te alegrará lo que voy a decirte porque quizá en la esperada ruina de Aníbal se esté aparejando la de Cartago y hasta la tuya propia. Juzga por ti mismo si tengo razón o no. Eso no es cosa mía. La moral del ejército hace mucho que comenzó a flaquear, particularmente después de que Hano, el hijo de Bomílcar, sufriera una derrota en Lucania a manos de Sempronio Longo. A poco mil doscientos jinetes nómidas y celtíberos desertaron y se pasaron a los romanos, atraídos por las mejores pagas que les ofrecen. En el campamento de Tifata los alimentos han comenzado a escasear. Roma recupera la iniciativa y el terreno que perdió después de Cannas. Aníbal ha desistido de hacerse con un buen puerto en Campania. A veces se encierra en su tienda durante días enteros. Corren rumores de que le han vuelto los ataques de epilepsia que solía padecer cuando era niño. Se sabe derrotado, pero es demasiado orgulloso para admitirlo. Es un Barca, tú los conoces mejor que yo. Esperaba derrotar a Roma rápidamente y conseguir la alianza de los italianos. Ahora ve que eso no es posible, pero aún se aferra a una última esperanza y cree que los dioses cambiarán su suerte. Mientras tanto, los romanos labran incesantemente su ruina. Han aumentado a veintidós el número de las legiones, ocho de ellas rodean el cuartel de invierno de Salapia, desde donde te escribo. Los últimos legados enviados a las ciudades de la Liga han regresado con una respuesta francamente insolente: que si se les importuna con nuevos mensajes, despellejarán y crucificarán a los correos que los lleven.

Ha pasado un día desde que redacté las anteriores líneas. En ese breve espacio de tiempo ha ocurrido algo terrible. Una orden de expedición, a la que tenía que atender urgentemente, me impidió ayer concluir la carta. La oculté detrás de un costal de trigo y fui a cumplir mi trabajo. Esta mañana, cuando regresé para reanudarla, sorprendí a Monómaco leyéndola. Tengo la impresión de que sospechaba

de mí y me vigilaba desde hacía tiempo. Estaba de espaldas, tan enfrascado en su lectura que no advirtió mi llegada. Tomé una de las espadas galas almacenadas en la armería y lo aceché junto a la entrada del depósito. Al rato salió llevando mi carta en la mano. Evidentemente iba a denunciarme ante Aníbal. Le clavé la espada en el estómago y recuperé la carta.

En estas circunstancias no puedo seguir sirviéndote por el salario pactado. La vida se ha encarecido considerablemente. Soy un hombre pacífico que abomina la violencia y sin embargo me he visto obligado a manchar mis manos de sangre. Sufro privaciones y miserias sin cuento desde hace años. Si no estás dispuesto a duplicar el montante de mi sueldo deberás buscarte otro confidente, lo que no será fácil.

Entrego este comunicado a un marino sidonio que zarpa dentro de quince días para Córcega y luego para Cartago. Le he prometido que lo recompensarás con diez piezas de oro. Al bandido chipriota que me trajo tu carta anterior le tuve que entregar una falera valorada en setenta piezas de plata. Amenazaba con dar cuenta de todo a Alorco, ¿qué otra cosa podía hacer, si tenía mi vida en sus manos? Añade esta cantidad a mi cuenta pero esta vez di a mi hermano que no invierta ese dinero en la compañía de La Palmera. Tengo entendido que las cosas no marchan bien en Hispania. Más vale que las deposite en el templo de Baal, en la tesorería del Comercio, a mi nombre. Ya sabré cómo invertirlas a mi regreso. Salud otra vez.

Besa respetuosamente la ilustre orla de tu manto tu fiel servidor.

HAMIL

Había renunciado temporalmente a conseguir un puerto cuando una circunstancia fortuita vino a poner en mis manos el de Tarento. Unos meses atrás ciertos rehenes tarentinos se habían fugado de Roma. Intentaban regresar a su ciudad cuando fueron capturados y devueltos a sus prisiones. Debido a que últimamente se estaban produciendo muchas fugas de esclavos y rehenes, el Senado juzgaba necesario un escarmiento ejemplar en la primera ocasión que se presentara. Los prófugos tarentinos fueron torturados y ejecutados. Sería precisamente la venganza de sus conciudadanos por esta cruel acción la que nos facilitaría la conquista de su ciudad.

Un ilustre tarentino llamado Filomeno se presentó ante mí y me explicó el caso. Llamé a Alorco y de acuerdo con él urdimos un plan para expulsar de Tarento a su guarnición romana. Antes de despedir a Filomeno y a sus acompañantes, les entregué algunos venados que los asistentes de Cartalón habían cazado aquella misma mañana. De este modo pudieron regresar a su ciudad sin levantar sospechas de los guardianes romanos que custodiaban las puertas. En los días sucesivos Filomeno y sus amigos tomaron la costumbre de salir de caza y regresaban tarde, a veces de noche. Pero los romanos les abrían las puertas de buena gana, a cualquier hora, sin sospechar nada, puesto que los alegres cazadores les entregaban parte de las piezas conseguidas. Con estas granjerías y regalos consiguieron que se fuese relajando la vigilancia hasta el

punto de que los guardias abrían las puertas en cuanto escuchaban el característico silbido de Filomeno.

Una noche sin luna me aposté en un barranco, en las afueras de Tarento, con diez mil infantes y mil jinetes celtíberos. Hano se situó, con un grupo de celtíberos escogidos, a uno y otro lado de la puerta por la que los cazadores solían entrar en la ciudad. Cuando todo estuvo dispuesto, Filomeno emitió su silbido. Los guardias descorrieron las trancas y tiraron de la puerta franqueándoles el paso. Penetraron los celtíberos y degollaron silenciosamente a los romanos. Después abrieron la puerta de par en par y las tropas apostadas en el barranco abandonaron su escondite e invadieron la ciudad. Tarento cayó prácticamente sin lucha. Los guardias romanos que pudieron escapar con vida de la muralla se refugiaron en la ciudadela que domina el puerto. Esta posición es inexpugnable y está bien comunicada por mar. Sólo bloqueando su salida al mar es posible rendirla por hambre. Indiqué a los tarentinos que sacasen sus barcos a tierra y los transportasen, sobre ruedas de carros, a través de las calles (hubo que demoler un par de casas que estorbaban) hasta depositarlos en el puerto exterior. Una vez allí los botaron nuevamente. De este modo la ciudadela quedó bloqueada también por mar y hubo de rendirse.

La satisfacción por esta inesperada victoria se empañó por la muerte de Monómaco, mi fiel oficial de intendencia. Exasperado por las dificultades a las que tenía que enfrentarse continuamente para surtir de trigo y armas al ejército, se había suicidado. Unos esclavos descubrieron su cadáver en el depósito de víveres, donde últimamente pasaba la mayor parte del día y aun de la noche. Había apoyado el pomo de una espada gala en el suelo y se había lanzado sobre ella. Le hicimos un funeral con arreglo al más alto rango del ejército y sacrificamos diez bueyes negros para que los dioses infernales se apiadaran de él en la otra vida. Mientras su cadáver ardía en la pira, Alorco, que no podía contener las lágrimas, le dedicó su última broma:

—¡Adiós, Monómaco, buen amigo! —suspiró—. ¡Cómo nos estarás censurando por el despilfarro de los diez bueyes!

Puse en el puesto de Monómaco a uno de sus secretarios, un tal Hamil, del que Monómaco sospechaba que nos robaba trigo. El pobre Monómaco sospechaba de todo el mundo. Hamil me sirvió fielmente durante cinco años, hasta su muerte, en un naufragio, cuando regresaba a Cartago.

Mientras tanto, en Hispania la situación se deterioraba rápidamente. Creí haber dejado en manos de mi hermano una máquina militar perfecta, un criadero de excelentes soldados que él cosecharía cada año y me enviaría a Italia. Muchas tribus y jefes me creían la encarnación de Melcarte: incluso exigían que mi efigie figurara en las monedas con las que se pagaban sus soldadas. Consideraban un honor servir en mi ejército. Ahora los informes de Martindos nos traían noticias alarmantes. Los correos de Asdrúbal, cuando llegaban, las confirmaban. Tribus enteras de celtíberos desertaban de nuestras filas y se pasaban al bando romano. El rey nómada Sifax había retirado su caballería. La Balanza intentó contrarrestar esta pérdida concertando una

alianza con Gala, otro rey númera cuyo hijo, Masinisa, servía en el ejército de Asdrúbal. Por una vez hubo suerte y Sifax fue derrotado antes de que pudiera reforzar con sus jinetes a los Escipiones.

Este estado de cosas acabó influyendo negativamente en mi ejército de Italia. Los Escipiones enviaban delegaciones de sus nuevos aliados hispanos para que fomentaran la desertión entre mis celtíberos. Cuando una tribu se pasaba al bando romano en Hispania, no transcurrían dos meses antes de que sus compatriotas en Italia desertaran. Alorco nunca logró averiguar por qué misteriosos caminos llegaban a los campamentos las noticias de Hispania.

En Sicilia nuestros asuntos no marchaban mejor. El año 212 los romanos tomaron Siracusa. Después de este revés la Balanza abandonó toda esperanza de recuperar la isla. Uno de los ciudadanos de Siracusa, un tal Arquímedes, griego, que había sido discípulo del ilustre Euclides en Alejandría, trajo en jaque durante meses al ejército romano que asediaba su ciudad. Esto es admirable de decir puesto que demuestra hasta qué punto la excelencia del ingenio humano puede prevalecer sobre la fuerza incluso en las cuestiones militares. Este Arquímedes había ideado catapultas y máquinas de guerra más potentes y certeras que las de los romanos. También había inventado complejos sistemas de poleas que, contrapesados por vigas y piedras, eran capaces de levantar y echar a pique, por medio de garfios, a las naves romanas que se aproximaban a las murallas marítimas de la ciudad. Pero el invento más sorprendente del sabio consistió en ciertos espejos en forma de casquete capaces de concentrar los rayos del sol en un solo punto de las velas romanas, con lo que obraban el prodigio de incendiar las penteras enemigas a gran distancia.

Resulta penoso decir que finalmente tanto ingenio y tanto valor no consiguieron su objetivo. Una plaga maligna causó gran mortandad entre los siracusanos y sus auxiliares cartagineses. El mismo Himilcón Canto murió de las fiebres, así como Hipócrates, el jefe del partido siciliano rebelde a Roma. Después de esto la defensa de la ciudad decayó hasta tal punto que los romanos pudieron conquistarla fácilmente. Cuando esto ocurría, el sabio Arquímedes se hallaba en la playa, donde solía pasear cada mañana. Un legionario romano lo encontró inclinado sobre la arena, meditando sobre cierto problema geométrico expresado en unas figuras que había trazado en el suelo. Antes de que el golpe fatal descargara sobre su cabeza, le dio tiempo a recomendar a su asesino: «No borres estos círculos».

Después de la caída de Siracusa cesó toda la resistencia en Sicilia y las tropas de Marcelo regresaron a Italia para reforzar a las que acosaban mis dominios.

Mi situación, después de la adquisición de Tarento, no mejoró gran cosa. Tenía el puerto largamente ambicionado, podía recibir refuerzos por mar, pero ni Cartago ni Hispania disponían ya de refuerzos para enviarme. Los escasos mercenarios que la avara Balanza se atrevía a contratar eran prontamente consumidos por la guerra de Hispania. La oligarquía cartaginesa hipotecaba el futuro de la ciudad sólo por proteger sus intereses particulares en las minas y pesquerías españolas. Mientras tanto

mi ejército se deterioraba continuamente. Los aliados capuanos habían resultado ser una rémora insufrible. Acostumbrados a la vida cómoda de los pueblos ricos, no se determinaban a afrontar las estrecheces que la guerra impone. Había que defenderlos de los romanos, había que alimentarlos, había que disculpar diplomáticamente la irresponsable incompetencia de sus autoridades. En una ocasión capturé un importante convoy romano de trigo. Necesitaba urgentemente carros para ponerlo a salvo antes de que los romanos intentasen rescatarlo allegando fuerzas mayores. Solicité urgentemente de los capuanos todos los medios de transporte que hubiera en la ciudad, pues el trigo capturado iba a socorrer sus mermados depósitos municipales. Pues bien, procedieron con tal lentitud y torpeza que dieron lugar a que los romanos los interceptaran y les arrebataran casi todo el grano. Podría multiplicar ejemplos similares de incompetencia. En otras dos ocasiones hube de dejar Tarento peligrosamente desguarnecido para acudir en auxilio de Capua, sitiada por los ejércitos consulares e incapaz del mínimo esfuerzo de defender sus robustas murallas. Por otra parte, la enervante vida de aquella ciudad corrompía a mis oficiales más jóvenes al poner a su alcance desconocidas delicias homéricas: convites, cítara, danzas, vestidos lujosos, baños calientes y blandos lechos. Lo que me trae a la memoria el desdichado desenlace de las bodas de Cartalón con la capuana Anfisba.

En este tiempo, Asdrúbal Lacón, del que ya creo haber escrito que solía encalabrinar con todas las mujeres que se ponían a su alcance, fueran éstas doncellas o casadas, delgadas o gordas, bellas o desfavorecidas, fue sorprendido en flagrante adulterio con la joven esposa de uno de sus asistentes, un carpetano llamado Percón que había sacrificado todos los ahorros de su vida en satisfacer la dote de la muchacha. El burlado marido no halló mejor medio de vengarse que salir al encuentro de Cartalón, cuando éste regresaba de una de sus partidas de caza con Jubelio Taurea y sus otros amigos capuanos, y contarle que su bella esposa Anfisba lo traicionaba con Asdrúbal. Al principio, Cartalón no dio crédito a lo que escuchaba y, tomándolo por otra de las bromas pesadas de Alorco, se contentó con intentar estrangular a Percón para que no volviera a prestarse a tales juegos. Los capuanos presentes se interpusieron y procuraron quitar importancia al incidente disculpando a Percón, que estaba manifiestamente bebido y no sabía lo que se decía. Pero, en la propia azorada solicitud que todos ponían en minimizar el incidente, el suspicaz Cartalón creyó descifrar que no sólo era cierto el adulterio de su esposa, sino que todos los presentes, a los que él llamaba sus amigos, estaban en el secreto, aunque ninguno se hubiese atrevido a confiárselo. Abrumado por la enormidad de la traición de Anfisba, de la que estaba arrebatadamente enamorado, el gigante prorrumpió en aullidos de dolor y, cabalgando de nuevo, huyó de la desleal compañía de sus amigos y corrió a refugiarse al campamento, entre sus fieles y queridos conmitones.

Aquella misma tarde Alorco me informó de lo que estaba sucediendo. Era urgente encontrar una solución rápida y satisfactoria al conflicto: no podíamos permitirnos, en la delicada situación en que nos encontrábamos, que dos de nuestros mejores

generales estuviesen mortalmente enemistados. Alorco conocía, por sus confidentes, que la lasciva esposa de Cartalón estaba preñada de un joven contador de Hamil, un tal Ulpio. El propio Ulpio, informado del plan de Alorco, se prestó a colaborar. Al día siguiente fue al mercado y se hizo el encontradizo con Anfisba. Cruzó con ella un breve saludo y discretamente la emplazó para una cita nocturna en el huerto trasero de la casa de ella. A la hora fijada, mi fiel esclavo Hermión penetró en el huerto, cuya puerta había quedado convenientemente entornada, y estranguló a la adúltera.

Mientras esto ocurría, Cartalón y Asdrúbal Lacón estaban lejos, ocupados en sendas misiones de poca importancia. Durante un tiempo procuré mantenerlos distanciados con diversos empleos. Fue en estos días cuando aniquilamos a los ejércitos de Sentenio Penula y de Fulvio, que se dejaron rodear por la caballería nómada. Pero estos éxitos parciales no paliaban la creciente sensación de que la derrota final era inevitable.

Las únicas buenas noticias del año llegaron, paradójicamente, de Hispania. Las dos legiones de Publio y Cneo Escipión habían sido derrotadas; la de Cneo cerca de los vados de Mengíbar y la de Publio en el río Genil. Los dos Escipiones habían perecido; Publio en combate, Cneo abrasado, con otros fugitivos, en el castillo de Estiviel, donde se había hecho fuerte. La muerte de Cneo fue accidental. Uno de los nómadas había ignorado las órdenes de su sargento y arrojó una antorcha a la reseca techumbre de la torre. Los restos del ejército romano se habían retirado al otro lado del Ebro.

En 211 seis legiones sitiaron Capua. No disponía de tropas suficientes para obligarlas a levantar el cerco. Intenté diversas argucias que no dieron resultado, entre ellas la de amagar una marcha contra Roma. La capital de los romanos revivió durante unos días sus antiguos terrores. ¡Hannibal ad portas!, gritó una mujerzuela que había confundido con mis tropas a uno de los escuadrones de desertores nómadas pasados al bando romano. Inmediatamente circuló por la ciudad el rumor de que los púnicos habíamos conseguido penetrar en el barrio de los tintoreros y avanzábamos por la puerta Fabia. Pero la calma quedó prontamente restablecida en cuanto la guardia senatorial repartió unas docenas de cintarazos a la multitud histérica que se había concentrado frente al edificio del Senado. Aparte de esta falsa alarma, los romanos no se inquietaron demasiado. Sabían que carecía de fuerzas para intentar un asalto a la ciudad. Y sabían que ellos mantenían en campaña un ejército seis veces superior al mío. Hay una anécdota que ejemplifica la serenidad romana o mi desastrada situación. El campo donde vivaqueó mi ejército frente a Roma se vendió en aquellos días por el mismo precio en que se había tasado antes de la llegada de mis tropas.

Al tercer día del asedio formé al ejército y lo llevé en orden de batalla a las inmediaciones de la puerta Colina, en un intento de provocar a la guarnición de la ciudad. Si los cónsules no respondían a mi reto, sus conciudadanos más exaltados los tacharían de cobardes. Aquel pueblo había soportado estoicamente, durante años, los

crecidos tributos y las continuas levadas de jóvenes que la guerra requería. Había entregado al tesoro público todas sus joyas, sus esclavos, sus animales, su fuerza de trabajo. Era comprensible que exigiera la derrota de Aníbal allí mismo, delante de la ciudad, que quisieran verme morir delante de sus muros. Un clamor popular se elevó de los adarves cuando la puerta se abrió y los manípulos comenzaron a salir al campo abierto. Tomé disposiciones para que mi merceda caballería pudiera interponerse, llegado el momento, entre los fugitivos y la ciudad, a fin de cortarles la retirada. Avanzaron los vélites romanos al encuentro de los escasos honderos baleares que aún permanecían conmigo. Entonces el cielo, que durante todo el día había permanecido indeciso, comenzó a tronar y se puso a granizar furiosamente. Los augures romanos lo interpretaron como un presagio favorable. Los dioses me declaraban vencido y prohibían el combate. Volvieron a abrirse las puertas de la ciudad y los manípulos penetraron de nuevo. Decepcionado, di orden de regresar al campamento.

Dos días después mejoró el tiempo. Levanté el asedio y regresé hacia el sur, hostigado de cerca por Quinto Fulvio. Una noche lograron burlar la vigilancia de los centinelas galos y se apoderaron de una parte de nuestro fardaje. A la noche siguiente caímos por sorpresa sobre su campamento y recuperamos lo robado después de pasar a cuchillo a un elevado número de auxiliares itálicos que lo custodiaban.

El sol flamea en el horizonte a punto de extinguirse, enrojando el cielo. Los celtíberos creen que este momento del ocaso reivindica la sangre de sus guerreros muertos. Presiento que muy pronto me uniré a los muchos miles de ellos que perecieron defendiendo mis empresas. Ahora queda poca luz. Mañana seguiré.

LA CAÍDA DE HISPANIA

Llegué a aborrecer la llegada de los correos y mensajeros, pues raramente eran portadores de buenas nuevas. Las llamadas de auxilio de Capua se hicieron constantes. En la ciudad escaseaban los alimentos y los antiguos partidarios de la Liga volvían a alzar sus voces para mencionar la palabra rendición. Forzado por el pueblo, el Senado recibió a su legado romano. A cambio de la capitulación de la ciudad, Roma estaba dispuesta a respetar la vida de sus habitantes. Sólo eso. A pesar de la dureza de tal proposición, los más señalados seguidores del partido púnico desconfiaban de que los romanos tuviesen intención de respetarla. Pero, abrumados por la hostilidad de la mayoría, que nuevamente se arrojaba en brazos de Roma, no se atrevieron a protestar. Los más comprometidos se envenenaron; otros intentaron huir hacia Tarento, donde confiaban unirse a mis fuerzas, pero los romanos que sitiaban la ciudad patrullaban los caminos de la región y los capturaron a casi todos. Torturaron y crucificaron a los hombres y distribuyeron a las mujeres entre la tropa.

Quizá el tono de lo que escribo induce a pensar que me sentía derrotado. Es porque ahora me siento derrotado. El que escribe es un anciano que aguarda la muerte. Pero entonces tenía treinta y siete años y había guerreado con los romanos, en suelo italiano, durante ocho años matando a doscientos mil de ellos sin haber sido derrotado ni una sola vez. Es más, a pesar de la aplastante superioridad de sus fuerzas no se atrevían a enfrentarse conmigo en campo abierto. Me seguían esquivando como en los días de mi mayor fuerza. No me di por vencido. Todavía permanecí otros siete años en Italia.

Los cónsules para el año 210 fueron Marcelo, el vencedor de Sicilia, y Marco Valerio Livino. Este último consiguió una alianza con los estados griegos enemigos de Macedonia. De este modo se aseguraba que Filipo no podría distraer sus tropas para enviarlas en mi ayuda.

Mientras tanto habían designado procónsul en Hispania a Publio Escipión el Africano (que aún no había merecido este sobrenombre). Me refiero nuevamente al joven hijo de aquel Cneo al que mi hermano Asdrúbal había derrotado y muerto dos años atrás. Este Publio Escipión es el único romano íntegro y leal que he conocido. A pesar de que mi única derrota es obra suya, mi corazón rebosa amistad y gratitud hacia él. Entonces tenía veinticuatro años y solamente había sido edil, de modo que tuvieron que hacer una excepción para concederle el *imperium* o máximo mando de tropa antes de la edad reglamentaria, pasando por alto los cargos intermedios de tribuno y cónsul. Los viejos generales refunfuñaron un poco pero consintieron el salto en el escalafón: ninguno de ellos ambicionaba el mando del problemático ejército de

Hispania. Dicen que al pueblo romano lo llenó de piedad verlo partir tan joven, con tan grave responsabilidad, a una tierra extraña donde tendría que combatir entre las tumbas de su padre y de su tío.

Mientras Escipión partía para Hispania con una parte de las nuevas legiones, el resto se unía a las tropas acantonadas en Campania y marchaba contra Herdonia, cuyos habitantes parecían dispuestos a entregar la guarnición púnica que guardaba la ciudad. Desgraciadamente no se trataba de un caso aislado. Muchas ciudades que nos habían jurado amistad después de Cannas, conspiraban ahora abiertamente contra nosotros y buscaban la manera más favorable de volver a la obediencia de Roma. En tales circunstancias reuní a todas las tropas disponibles, treinta y seis mil infantes y seis mil jinetes, dispuesto a plantear nuevamente una batalla campal.

Fulvio Contumalo, el general designado por Roma, era un buen estratega aunque poco imaginativo, defecto del que suelen adolecer los romanos. Era previsible que se atuviera al esquema básico de la legión, despreciando las posibilidades de su estimable caballería. Por lo tanto me abstuve de elaborar un plan sofisticado que quizá mis nuevos reclutas, insuficientemente entrenados, no habrían sabido secundar convenientemente. Me limité a fijar el frente con mi infantería mientras la caballería nómada amagaba un ataque sobre el campamento romano para caer inmediatamente sobre la retaguardia de la legión, cercándola. Conseguí otro pequeño Cannas. Las tropas de Fulvio, acosadas por los flancos, se dejaron pasar a cuchillo y el propio general resultó muerto. Incendié la infiel Herdonia, después de permitir a los nómadas que escarmentaran a sus habitantes, y me retiré hacia Tarento, donde me estaba esperando una carta de Asdrúbal con la peor noticia posible: los romanos habían conquistado Cartagena. El sepulcro de Amílcar y Asdrúbal Janto en manos de sus enemigos. Ya no me cupo ninguna duda: la guerra de Italia estaba irremisiblemente perdida. El joven Escipión —otra vez Escipión— había conquistado la ciudad por sorpresa aprovechando que estaba casi desguarnecida, pues Asdrúbal se encontraba en el Tajo y Magón en Cádiz. En Cartagena quedaron sepultadas mis últimas esperanzas de obtener refuerzos de Hispania. Allí estaban almacenadas las máquinas de asedio que un día proyecté emplear contra Roma y los treinta y cuatro barcos que habían de transportarlas a Tarento junto con el equipo restante. La sorpresa fue tan súbita que los romanos capturaron incluso las diecinueve penteras de escolta. Perdimos también el oro y la plata necesarios para reclutar nuevos jinetes nómadas, pero la más lamentable pérdida fueron los rehenes españoles que garantizaban la fidelidad de las tribus celtíberas y béticas. El sagaz Escipión los puso inmediatamente en libertad y se condujo magnánimamente con ellos. Con este calculado gesto se ganó la amistad de muchos pueblos orgullosos a los que no hubiese podido domeñar por las armas. Los jefes indígenas se dejaban persuadir por Escipión con asombrosa facilidad. Les prometía que los romanos abandonarían Hispania en cuanto expulsaran de ella a los cartagineses, les rebajaba los impuestos, financiaba traiciones, sobornaba guarniciones auxiliares y hacía espléndidos regalos a los caudillos que se le unían.

Muchos pueblos asesinaron a sus agentes púnicos y se pusieron bajo la protección de Escipión.

De este modo terminó aquel aciago año de 209. Después del desastre en Hispania, la Balanza se alarmó ante la perspectiva de perder sus riquezas coloniales. De pronto pareció que se querían tomar la guerra en serio. Libraron fondos para contratar cinco mil númeridas de Masinisa y emprendieron la construcción de una escuadra similar a la romana.

También los romanos tenían problemas. Algunos miembros de la Liga estaban ya en el límite de sus fuerzas y se negaban abiertamente a seguir suministrando a Roma la cantidad de cereales y hombres que exigía. Las devastaciones de la caballería española y númerida, que cada primavera les arrasaban los campos antes de que la cosecha estuviese madura, empezaban a rendir sus frutos. A pesar de las remesas de trigo egipcio y siciliano que llegaban a Roma, el precio del grano se había triplicado en tan sólo unos años.

Los romanos nombraron cónsul a Quinto Fabio Máximo, mi viejo enemigo Cunctator, quien, a pesar de su achacosa ancianidad, seguía siendo el escudo de Roma. Cunctator se propuso un único objetivo: arrebatarme el puerto de Tarento antes de que pudiese recibir los refuerzos que necesitaba.

Habíamos ganado Tarento por medio de una estratagema. Los romanos lo recuperaron usando otra. Existía en la ciudad un hombre oriundo de Brutium que estaba enamorado de la hermana de uno de los centuriones de la legión Capitolina. Cunctator vino a saber esta historia y sirviéndose de un trajinante tracio prometió al enamorado, que si le facilitaba la conquista de la ciudad, él arreglaría las cosas para que pudiera casarse con su amada. Convinieron en que cuando estuviese de guardia dejaría desguarnecida la parte de la muralla a él encomendada. Así se hizo. Una tropa escogida de romanos escaló las defensas y deslizándose por el interior del adarve degolló a los otros guardias y abrió la puerta a los manípulos que, como nosotros antaño, esperaban la señal convenida desde el escondite del cercano barranco. La ciudad fue saqueada y sus habitantes vendidos como esclavos.

A la pérdida de Capua y de Tarento siguió la de todas las ciudades menores de la Campania. Los refuerzos prometidos por la Balanza no llegaban y las arcas de intendencia estaban exhaustas. No tenía con qué pagar las soldadas atrasadas. Mi ejército vivía en el campo, sólo del saqueo. De los que atravesaron conmigo los Alpes solamente sobrevivían tres mil. Los otros eran galos cisalpinos, esclavos fugados, desertores romanos y mercenarios itálicos, púnicos y griegos que se habían puesto bajo mi mando sólo por la esperanza del botín. Cuando las condiciones se hacían especialmente difíciles, las deserciones aumentaban. Paradójicamente sólo podía contar con la fidelidad absoluta de los desertores romanos. Éstos vivían sin esperanza, perseguidos por el espectro de la atroz muerte que les aguardaba si eran capturados por sus compatriotas.

Solamente me quedaba una sombra de puerto en Locri, que además estaba sitiado.

Acudí en su ayuda y atraje a los romanos a una emboscada en la que maté a dos mil de ellos y capturé a otros tantos. Este inesperado revés causó tanto pesar en Roma que Marcelo se vio obligado a plantear una batalla campal. Necesitaba una victoria que salvara su prestigio. También yo la necesitaba, ciertamente, y por las mismas razones.

Su campamento y el mío estaban separados por una zona de bosques. Oculté entre los árboles a los restos de mi caballería nómada y planteé la batalla en el llano. Pero Marcelo y Crispino, que habían tenido la misma idea, se dirigieron con una parte de su caballería a la misma arboleda donde se ocultaban mis nómadas. Nuras Avas, interpretando correctamente mis pensamientos, no desaprovechó la ocasión, les salió al paso y los aniquiló. Marcelo resultó muerto en la refriega. A la vista de su cadáver ensangrentado me sentí consternado. Era el único general digno de tal nombre que tenía Roma, aparte de Escipión. Cuando vencía no nos daba cuartel y cuando lo derrotábamos volvía una y otra vez, animosamente, a la lucha. Hice incinerar su cuerpo con la pompa que corresponde a un gran jefe y envié sus cenizas a la familia dentro de una urna de plata. En cuanto al cónsul Crispino, pudo escapar de la emboscada pero falleció a los dos días, a consecuencia de sus heridas.

En la mano de Marcelo encontramos el sello consular con el que firmaba sus órdenes. En la turbación del combate sus hombres habían olvidado retirarlo del cadáver. Con ayuda de este sello falsifiqué una carta dirigida al comandante de la guarnición romana de Salapia, al norte de Apulia. Le ordenaba que dispusiese lo necesario para recibir al ejército consular que llegaría por la noche. A la hora indicada envié a unas docenas de soldados, todos ellos antiguos desertores romanos, para que no despertasen sospechas y pudiesen hacerse pasar por una avanzada del ejército de Marcelo. Ellos se asegurarían de que las puertas quedasen abiertas para que el resto de mi ejército pudiese irrumpir en la ciudad. Pero los de Salapia habían recibido aviso y conocían el engaño. Atraparon a mis enviados y les dieron la cruda muerte que Roma reserva a sus desertores. Cuando llegamos a la vista de la ciudad, las puertas permanecían cerradas y los cadáveres desnudos y emasculados de mis hombres se balanceaban de las murallas, colgados de garfios. Algunos vivían todavía, agitaban débilmente los miembros y suplicaban que los rematásemos.

Abatido me retiré hacia Metaponton, donde pasé el invierno lamiéndome las heridas y sintiéndome como un viejo lobo, demasiado torpe ya para la caza.

Los cónsules del año 207 fueron Claudio Nerón y Livio Salinator. Claudio Nerón acampó con sus dos legiones cerca de mis cuarteles de invierno mientras que Salinator se dirigía hacia el norte para cortar el paso a mi hermano Asdrúbal que se disponía a cruzar los Alpes con un ejército de celtíberos.

Esta vez todo se había planeado cuidadosamente. Asdrúbal Lacón había pasado el verano en las montañas, entre las tribus galas y ligures, parlamentando con sus jefes y sobornando a sus consejeros. Alcanzó acuerdos con todos ellos. A cambio de una crecida cantidad de plata permitirían el paso del ejército de Hispania. Incluso estaban

dispuestos a almacenar forraje para los elefantes en los lugares convenientes.

Asdrúbal atravesó los Alpes sin dificultad y llegó a las llanuras del Po un mes antes de lo previsto. Pero luego, con aquella su eterna irresolución, desaprovechó el tiempo que había ganado y se dedicó a ir de un lado para otro en espera de que se le unieran ciertos refuerzos galos y ligures que Lacón estaba negociando en las montañas. Mientras tanto sitió Placencia, una plaza fuerte de la región, que no necesitábamos en absoluto. Cuando supe lo que estaba haciendo le ordené que se me uniese inmediatamente. En lugar de responderme por la vía acostumbrada, por medio de una carta cifrada, incurrió en la torpeza de exponer sus planes de marcha y su itinerario en púnico vulgar, pensando que no lo entenderían los romanos. Hizo seis copias de su carta que entregó a otros tantos jinetes, cuatro galos y dos númidas. Los correos partieron hacia el sur por distintos caminos. Todos se dirigían a Tarento, donde esperaban encontrarme, pues ignoraban que había sido recuperado por los romanos. Pero Livio Salinator estaba sobre aviso y tenía espías por todas partes. Sus patrullas salieron a los caminos y capturaron a los seis mensajeros. De este modo los romanos quedaron perfectamente informados de los planes de Asdrúbal mientras que yo no sabía nada de ellos.

Preocupado por la falta de noticias, abandoné Metaponton y marché hacia el norte, a través de la Lucania, seguido por el ejército de Claudio Nerón cuyas patrullas hostigaban continuamente a mis forrajeadores. Parecía que intentaba provocarme a una lucha abierta, pero en cuanto me veía disponer las tropas en orden de batalla, se replegaba prudentemente. Hasta los más ineptos generales romanos habían asimilado por fin la exasperante táctica del viejo Cunctator.

Si continuaba marchando hacia el norte, con el ejército de Claudio pegado a mis talones, no haría otra cosa que favorecer su eventual unión con el del otro cónsul. Los romanos disfrutaban de una ventaja estimable: ellos conocían la exacta ubicación de sus dos ejércitos. Por el contrario, yo no tenía idea de la situación de las tropas de Asdrúbal ni de sus planes inmediatos. Por lo tanto busqué un lugar idóneo y acampé. Aquella misma noche despaché trece mensajeros, gente intrépida y conocedora del país, hacia diversos lugares del norte donde imaginaba que podía encontrarse Asdrúbal.

Los espías de mi campamento mantenían bien informado a Claudio Nerón. Cuando supo que había acampado en espera de noticias de mi hermano y que no volvería a ponerme en marcha antes del regreso de mis mensajeros, puso en práctica un plan audaz e inteligente. Estableció su campamento a seis kilómetros de distancia del mío y en cuanto se hizo de noche sacó silenciosamente a la mitad de sus hombres, un total de seis mil legionarios y mil jinetes, escogidos entre los veteranos mejor entrenados. Con ellos prosiguió la marcha hacia el norte con intención de unirse al otro ejército consular. Como marchaban sin impedimenta, avituallándose por el camino y confiscando lo necesario en los lugares por donde pasaban, tardaron menos de una semana en cruzar toda Italia.

Los efectivos de Claudio Nerón se alojaron en el campamento de Livio Salinator, apretujándose como pudieron en sus tiendas para que Asdrúbal no sospechase, por el aumento de tamaño del campamento, que su adversario había recibido refuerzos. No obstante los romanos descuidaron un detalle que los delató. A la mañana siguiente dejaron oír dos trompetas, con lo que los exploradores que Asdrúbal mantenía en las cercanías vinieron a saber que los cónsules presentes en el campamento eran dos. Recelando una trampa, Asdrúbal suspendió su avance y decidió retirarse hacia el río Metauro hasta que pudiera conocer con exactitud la cuantía de las fuerzas romanas con las que se enfrentaba. Esta decisión fue correcta, pero el modo en que se llevó a cabo fue desastroso. La retirada se realizó de modo confuso e impremeditado. Aún no habían alcanzado el reparo del río cuando la caballería romana cayó sobre la retaguardia de los auxiliares galos. Asdrúbal intentó salvar la situación fortificándose en unas colinas cercanas. Todo salió mal. Había reforzado su centro con ligures mal entrenados, entre los que colocó a los diez elefantes. Al parecer los animales se espantaron del sonido de las trompetas romanas y dieron en correr de un lado a otro como naves a la deriva, aplastando indiscriminadamente tanto amigos como enemigos. Para colmo de males los indis que los guiaban no iban provistos de instrumento alguno con el que apuntillar a los animales enloquecidos. Mientras tanto, Claudio Nerón apartó su caballería de la batalla y, dando un rodeo por entre los cañaverales, la lanzó sobre el flanco derecho de Asdrúbal, donde estaban sus mejores tropas, los africanos y españoles. Los aniquilaron a todos y mi hermano resultó muerto. Solamente unos cientos de hombres consiguieron escapar de la matanza. Supe lo que había sucedido por una docena de ellos que lograría reunirse conmigo al mes siguiente.

La noticia de la derrota y muerte de Asdrúbal me llegó tan sólo a los siete días de la batalla. Una patrulla romana se acercó a mi campamento de noche, subrepticamente, y arrojó por encima de la empalizada un saco que contenía la cabeza de Asdrúbal. Sosilos vino a traérmela. Aunque habían transcurrido muchos años desde la última vez que nos vimos, reconocí en seguida las familiares facciones de mi hermano en aquel rostro manchado de barro y de sangre seca, hinchado y putrefacto. Aquello era lo que quedaba del infortunado Asdrúbal. Su triste despojo era presagio cierto que representaba el sino de los Barca y también el de Cartago. Mi bisabuelo perdió la vida luchando contra los piratas cretenses, mi abuelo murió guerreando contra los nómadas, mi padre y cuñado contra los oretanos. Ahora mi hermano había perecido a manos de los romanos, como luego mi otro hermano, Magón. Pero en aquel momento me abstuve de manifestar mi dolor. Hice sepultar la cabeza de Asdrúbal dentro de una urna de mármol, con una doble inscripción, en púnico y en griego, y con el signo de Tanit. Luego me refugié en la soledad de mi tienda.

Del doloroso abatimiento de los días que siguieron vino a rescatarme Casandra, una cortesana griega a la que conocí en una de las fincas del Campo Herminio.

Casandra era una mujer valerosa. Había rehusado la idea de abandonar sus propiedades, como hicieron todos sus vecinos, ante la inminencia del paso de mis tropas por la región. Ella permaneció en su casa, herencia de un viejo amante ya fallecido, con sólo dos fieles esclavos que se resignaron a compartir la incierta suerte del ama.

Cuando la conocí, Casandra había dejado atrás la dorada juventud. No obstante, sus encantos se encontraban en ese punto de sazónada lozanía que anuncia ya la próxima gradual decadencia de la hermosura. Era bella a la manera griega: ojos oscuros de profunda mirada, recta nariz, carnosos labios y firme barbilla. Desde el primer momento me sentí atraído por ella, aunque fui consciente de que se trataba de una de esas personas cuya hermosura embriagadora es para gustada en espaciados sorbos, no para la monótona reiteración del matrimonio. Quizá por este motivo, y por escapar de un oscuro pasado de pobreza, se había resignado a ser cortesana, a pesar de que, por su inteligencia y refinada cultura, podía haber aspirado a una existencia menos azarosa. Era todo un carácter. Rechazó con irónica firmeza las inevitables solicitudes de Asdrúbal Lacón y haciendo gala de una franqueza que desarmó mis posibles reparos, me invitó a cenar con ella una noche. Unos años antes hubiese rechazado tal solicitud con una nota amable y un presente. Pero en aquellos días me dejaba ganar a veces por una especie de cansada apatía. Una reflexiva parte de mi ser censuraba a la otra, con amargos reproches, su alejamiento de los legítimos placeres de la vida y su excesiva preocupación por negocios que ya no tenían arreglo. Quizá esta relajación era inevitable. Llevaba muchos años intentando sacar agua de un pozo seco. Lo que antes era muro impenetrable se había convertido en débil tabique de ladrillos pintones. Me sentía capitán de una cuadrilla de bandidos cuyo solo objetivo se reducía ya a rapuzar las mieses que los mantendrían vivos a lo largo del inhóspito invierno.

Durante unas semanas me olvidé de que era Aníbal y aparté de mi corazón la sagrada misión recibida de mi padre para entregarme, con fruición, al disfrute de una vida ajena, anónima y casi feliz en los hospitalarios brazos de Casandra. Permanecíamos en el lecho hasta que estaba alta la mañana; luego dábamos largos paseos por los bosques y pastizales de su finca, nos sentábamos a conversar bajo las potentes encinas, leíamos los poemas de Safo, nos abrazábamos en las umbrías soledades de apartados parajes y nos revolcábamos en los cómplices sembrados con adolescente inconsciencia.

—A los dos nos ha derrotado la vida, Aníbal —me comentó en una ocasión. Estábamos sentados junto a un oculto manantial y ella lanzaba briznas de hierba al espejo del agua por el melancólico placer de contemplar cómo la suave corriente las arrastraba.

Aún hoy rememoro con nostalgia y agradecido temblor aquellos días pasados junto a Casandra. Se me representan como una breve ínsula, luminosa y feliz en medio del fatigoso océano de mi zarandeada existencia. No es que me arrepienta de

ser Aníbal o de haberlo sido, pero a menudo me hago el vago reproche de haberlo sido en exceso, con innecesaria intensidad. Y me arrepiento de haber desatendido tantas otras cosas que pertenecen al hombre.

Pero será mejor que prosiga mi relato. Después de la muerte de Asdrúbal, mis últimas esperanzas de mejorar la situación en Italia se esfumaron. Las dos condiciones imprescindibles eran ya imposibles: obtener refuerzos de Hispania y persuadir a las ciudades itálicas para que repudiaran su alianza con Roma.

Levanté el campamento, evacué el Metaponto y la Lucania, abandoné casi todas las conquistas que aún conservaba y concentré las tropas que me quedaban en Brutium. No podía concebir esperanza alguna sobre la capacidad militar de aquel heterogéneo conglomerado de viejos veteranos, desertores y mercenarios del más variado origen, cada día más difícil de controlar porque las incesantes luchas de los últimos años se habían llevado a la mayoría de los mandos intermedios. Casi todos los nuevos sargentos eran incompetentes y no siempre resulta posible disciplinar a una turba de hombres desesperados a los que una vida de violencia ha enseñado que lo más fácil es matar.

En Brutium recibí el último envío de plata hispánica y las malas noticias que solían acompañarlos: Escipión había derrotado a Magón y a Hano en el sur. Hano había caído prisionero. Los últimos jefes celtíberos que la primavera anterior se mantenían fieles a Cartago se habían pasado, en bloque, a los romanos. Ahora todos los territorios, minas, pesquerías y riquezas de la antigua colonia estaban en manos de Roma o de los reyezuelos locales aliados a Escipión. Mengíbar y Cástulo habían sido arrasadas hasta los cimientos en castigo por su fidelidad a los Barca. Los legionarios de Escipión destruyeron las tumbas reales, entre ellas la de mi dulce Himilce a cuya estatua funeraria, que un esclavo denunció como representación de la esposa de Aníbal, destrozaron el rostro a martillazos. Solamente Cádiz continuaba siendo púnica. La situación volvía a ser exactamente como en los tiempos en que mi padre y yo llegamos a Hispania. Peor aún. Ahora no existía un Amílcar capaz de conquistarla. Sus hijos, los que él llamaba la camada del león, no habíamos demostrado ser dignos sucesores suyos.

La isla de Cádiz se perdió al año siguiente. Antes de que la escuadra romana intentase aislarla, Magón Barca sacó de ella sus últimas penteras y puso a salvo lo que restaba de las reservas de plata. Siguiendo mis instrucciones se dirigió a Ibiza, algunas de cuyas tribus aún nos eran fieles. Allí invirtió la plata en reclutar mercenarios.

La colonia púnica de Cádiz no sufrió merma alguna. Su Senado designó una comisión de muñidores en la que figuraban Atarbal y Noplo, que negoció con los romanos la sumisión pacífica de la ciudad. La clemencia del trato que Escipión le otorgó vino a confirmar mis sospechas: Atarbal y sus socios habían estado entendiéndose con los romanos desde que comenzó la guerra. Eran ellos los que les suministraban armas celtíberas y cordajes y minio para la marina. El descubrimiento

de esta enormidad no me enfureció. Ni siquiera me contrarió. Como a veces me advertía Sosilos en nuestras noches peripatéticas, la terca adversidad había hecho de mí un perfecto estoico. Casi disculpé que el comercio no tenga patria. A Atarbal y a sus socios les era indiferente a quién pagaban los impuestos. Por otra parte, consideraban que la victoria de Roma acabaría favoreciendo sus intereses particulares. Un amplio sector del Senado romano se dejaría sobornar y ellos podrían ampliar sus mercados, bajo la protección de sus amigos romanos, hasta mucho más lejos de lo que hubieran soñado con el único respaldo de la Casa del Comercio de Cartago. Estos mercados futuros incluían los de la propia Roma, cuya poderosa aristocracia se estaba volviendo cada vez más exquisita. Les convenía que Cádiz continuase comercializando el lujoso garón, particularmente ahora, cuando les sobraba plata para adquirirlo. Sólo el botín hispano de Escipión aportó a Roma más de catorce mil trescientas libras de plata. Los oficiales del Tesoro fueron generosos con el joven general. De esta cantidad dedujeron los gastos de una hecatombe sacrificada a Júpiter capitolino y de la celebración de unos magnos juegos votivos que Escipión había prometido a los dioses durante la guerra de Hispania. También se mostraron generosos con ellos mismos y con sus amigos y parientes. Reembolsaron todos los donativos que durante años patricios y senadores habían entregado a regañadientes para sostener la causa de la guerra.

El año 206 fue de completa calma. Me mantuve en Brutium con un ejército tan vapuleado y mermado por las constantes deserciones que no me atrevía a arriesgarlo en ninguna acción importante. Los romanos me vigilaban a distancia y permanecían extrañamente inactivos.

—Se toman un respiro antes de la embestida final —sentenciaba Maharbal.

Pero la razón era otra. Escipión estaba acabando de liquidar los últimos focos de resistencia en Hispania y se disponía a embarcar su ejército para conducirlo directamente contra Cartago. La Balanza me envió una exigua cantidad de plata, que no alcanzaría para satisfacer la mitad de las soldadas que adeudaba a mis hombres. En el mismo correo me informaban de las negociaciones en curso entre Escipión y el nómada Sifax. Escipión había desembarcado en Tipasa al mismo tiempo que Asdrúbal Giscón. Los dos pretendían lo mismo: conseguir una alianza con Sifax. Necesitaban sus jinetes nómadas para la lucha que se avecinaba en tierra africana. Sifax los recibió con idénticos honores, aunque separadamente. Se sentía muy halagado al comprobar que las dos potencias mundiales se disputaban ahora su amistad. Dos días después despidió a Asdrúbal Giscón con buenas palabras y vagas promesas de amistad futura. Cuando su trirreme abandonó el puerto, las penteras de Escipión continuaban amarradas junto al muelle. Esto significaba que el romano había ganado la partida. Se quedaba en Tipasa para discutir los detalles de la alianza. Nada sorprendente. Cartago linda con Numidia mientras que Roma queda lejos. Sólo hay que temer a los vecinos.

Por otra parte los nómadas poseen una excelente memoria, como todos los pueblos mayormente analfabetos. Durante siglos han recibido continuas

humillaciones de Cartago. De los romanos no han recibido nada. Hasta hace veinte años ni siquiera sabían que Roma existía. Pero no era la actitud de los númidas lo que más me preocupó en aquellos días. Otros sucesos luctuosos requirieron mi atención. Alorco recibió un mensaje urgente de Martindos. Era vital que se entrevistara con él en Roma. Las nuevas que tenía que comunicarle eran tan comprometedoras e importantes que no se atrevía a confiárselas a ninguno de los mensajeros habituales. Acompañado de Mantelix, el enamorado de Martindos, que ahora se había convertido en un tripudo bribón, y de mi fiel esclavo Hermión, Alorco fue a Roma. En la alquería donde solía entrevistarse con Martindos lo estaban aguardando los guardias del Senado. La cita era una trampa. Martindos había sido denunciado por uno de sus amantes, al que había cometido la torpeza de confiar que era espía de Aníbal. Durante muchos días los romanos torturaron a Alorco y a Hermión —Mantelix murió al ser capturado—. Hermión enloqueció, circunstancia que probablemente lo salvó de mayores males. A Alorco lo castraron, le sacaron los ojos con una cuchara y le cortaron las manos, la lengua, los labios, la nariz y las orejas. Cuando estuvo curado de sus mutilaciones los pusieron en libertad para que regresaran a mi lado.

A pesar de todo las noticias de Roma continuaron llegando por distintos cauces. Escipión se había convertido en un personaje popular, no sólo entre sus amigos patricios sino también entre el pueblo bajo, que admiraba sus triunfos militares. En las elecciones del año 205 obtuvo un consulado (el otro fue para Liciano Craso) e inmediatamente recibió el mando de las tropas acantonadas en Sicilia. Esto significaba que el Senado había decidido llevar la guerra a Cartago en un plazo relativamente breve. Un espía regresó de Ostia para confirmar lo que era evidente:

—Están construyendo una escuadra como jamás se vio otra. Han contratado a más de cien carpinteros griegos. En un mes llevan botadas veinte penteras y diez trirremes.

Al día siguiente recibimos una noticia más consoladora: «Graves problemas en el Senado. Algunos conscriptos del grupo de Fabio Máximo abogan porque se aplaze la expedición a África hasta que Aníbal haya sido expulsado de suelo italiano. Es posible que reclamen el regreso de Escipión con el ejército de Sicilia».

Deliberé con el consejo.

—¿Qué vamos a hacer? —preguntó Maharbal—. Sólo podemos contar con las fuerzas que tenemos acampadas ahí fuera. No es posible obrar milagros, no nos engañemos. Escipión obtendrá una fácil victoria.

Nadie levantó la voz para contradecir a Maharbal. Tenía razón. Solamente la división de las fuerzas romanas podría otorgarnos la remota posibilidad de resistir a Escipión. Tomé una rápida decisión:

—Que Sileno redacte una carta cifrada para Magón. Hace un mes informó que ya había alistado a unos doce mil infantes y dos mil jinetes baleares. Que suspenda el alistamiento y traiga a Italia todo lo que tenga. Pero no debe intentar un desembarco en estas costas, donde la escuadra romana podría interceptarlo fácilmente. Que se

dirija hacia el norte, al territorio de los galos cisalpinos e intente reclutar entre ellos a los que estén disponibles. Es posible que los romanos dividan sus fuerzas para evitar que se nos una.

—Confiamos en que tenga más suerte que Asdrúbal —murmuró Maharbal.

Una galera ligera partió aquella noche con rumbo a Ibiza. Magón recibió el mensaje y se puso en movimiento. La suerte lo acompañó. Desembarcó junto a Génova, sin contratiempos, y ocupó la ciudad. Desde allí me envió aviso, por medio de unos piratas ligures. También remitió a Cartago la parte más vistosa del botín genovés. Quizá la vista de aquellos tesoros estimuló el apetito de la Balanza. Lo cierto es que inmediatamente rebañaron los refuerzos que pudieron distraer de la frontera nómada, donde volvíamos a tener problemas de bandidaje, y los enviaron en veinticinco naves. En total siete mil hombres, siete elefantes y una cantidad de plata suficiente para alistar a unos miles de mercenarios galos. Los ventrudos comerciantes de la Balanza se metieron a generales. Tuvieron la desfachatez de suministrar el plan de operaciones que Magón habría de cumplir antes de intentar reunirse conmigo. Debería marchar sobre Roma. Lógicamente, no contaban con que los poderosos ejércitos consulares mantenían bloqueados los pasos y vigilaban los posibles caminos. El dominio de Italia hacía mucho tiempo que había escapado de nuestras manos.

Mientras estas cosas sucedían, Escipión había regresado a Italia y cavaba mi fosa debajo de mis pies. Sucesivamente me arrebató Turia y Locri. Aunque contaba con tropas muy superiores, se contentaba con obtener pequeños éxitos parciales sobre modestos objetivos, lo que me debilitaba aún más. También me observaba atentamente, hacía caso omiso de mis provocaciones y no se arriesgaba a una batalla campal. El campo estaba lleno de patrullas romanas y nómadas. La tropa aceptaba este compás de espera sin dar muestras de impaciencia. A veces mis nómadas se encontraban con los de Escipión y pasaban unas horas juntos, charlando, emborrachándose y entonando nostálgicas canciones africanas en perfecta camaradería. Naturalmente tal estado de cosas favorecía las deserciones, casi siempre de mi campo hacia el romano. Por suerte, muchos de mis nómadas y celtíberos estaban casados, tenían mujeres en el campamento, o incluso hijos de corta edad, y no se atrevían a abandonarme por miedo a perderlos.

Las malas noticias se sucedían con tal rapidez que las más recientes tenían la virtud de hacer olvidar las anteriores. El rey Filipo de Macedonia, escéptico acerca del futuro de nuestra alianza, se curaba en salud y había aceptado la tregua que Roma le ofrecía. Esto significaba que los navíos y tropas romanos que reforzaban los puertos del Adriático, en previsión de posibles acciones griegas, pudieron unirse a los que bloqueaban mis costas.

En marzo organicé una breve expedición de saqueo con objeto de elevar la moral de la tropa y conseguir provisiones. Un día acampamos cerca del promontorio Colona. Mientras los hombres levantaban el campamento, me acerqué al templo de

Hera Lacinia que está enclavado en la parte más alta del promontorio. Sosilos y Danón me acompañaban. El templo es una construcción antigua, en deficiente estado de conservación. Por sus carcomidos muros trepa la yedra. Le han tabicado las ventanas para evitar que aniden en él las golondrinas y la techumbre está algo hundida. Un anciano y tembloroso sacerdote salió a recibirnos. Tenía dos compañeros más jóvenes pero habían huido al ver aproximarse a la tropa, temerosos de los alistamientos forzosos. El anciano nos ofreció agua y nos invitó a entrar. En la mohosa penumbra interior sólo se distinguían los contornos de una antigua imagen sedente de Hera que tapaba con su espalda la única y mínima ventana libre del recinto. Me asomé a ella. Daba al inquieto mar. Oré un instante delante de la madre de los dioses, protectora de los Barca. Dentro de mi corazón me dirigí a la diosa con palabras de desconsuelo. Había cumplido cuarenta y un años. Se me había confiado una importante misión que no consistía solamente en restablecer el honor y la gloria de Cartago y de los Barca, sino el principio de la justicia que debe presidir las relaciones entre los pueblos libres. Pero me has negado el auxilio y castigas mi vanidad y mi orgullo con la insufrible derrota. Ahora no tengo nada que ofrecerte, clemente madre de los dioses, ni nada ya que pedirte. ¿Me servirá de algo implorar a tus pies la victoria?

Me zumbaban los oídos. Las palomas zureaban en el tejado, entre las tejas rotas. El rumor del mar se percibía rompiendo sobre el acantilado al otro lado del muro. Salí del templo, entregué unas monedas al sacerdote y regresé a las tiendas. Sosilos y Danón me seguían en silencio. El cielo estaba azul y limpio. Aquella tarde hice componer, sobre una placa de bronce, una inscripción votiva. La redacté yo mismo, en púnico y en griego. En ella describí someramente los principales sucesos de mi vida desde que pisé por vez primera el suelo italiano, trece años atrás. La envié al templo junto con un altar votivo y nuevos donativos en plata. También hice sacrificar cinco bueyes blancos. Durante la ceremonia un tordo de anchas alas voló por mi derecha abajándose al suelo. Luego se perdió por el lado del mar.

En el año 204 los Libros Sibilinos indicaron al Senado que el invasor de Italia sería derrotado cuando la imagen de Cibeles Pessina estuviese en el Capitolio. Esta antigua imagen de la madre de los dioses se venera en un santuario de Frigia, en el territorio de Pérgamo. Su rey, Atalo, era aliado de Roma. Inmediatamente el Senado envió una delegación de patricios para que negociaran el traslado temporal a Roma de la imagen. Los enviados aprovecharon el viaje para consultar al oráculo de Delfos. Obtuvieron de la pitonisa una respuesta alentadora pero sumamente enigmática: «La imagen más venerada deberá ser recibida por el varón más venerable». ¿Quién era el hombre más venerable de Roma? Los romanos saben muy bien que, en el fondo, todos ellos son trapaceros y desleales. La virtud de que alardean en su vida pública no se corresponde en absoluto con los hechos de su vida privada. Después de largas y espinosas deliberaciones, el Senado decidió que el más merecedor de tan alto título era Nasica, un miembro de la familia Escipión, primo del general que había

conquistado Hispania. En una trirreme adornada con guirnaldas y colchas de colores descendió Nasica el Tíber y salió a recibir a la diosa en altar mar. Luego la trasladó a tierra por su propia mano y la entregó a las matronas de la ciudad para que la condujeran en solemne procesión, entre cánticos y nubes de incienso.

El ejército de Brutium estaba al mando del nuevo cónsul, Sempronio Tuditano. Cornelio Certego vigilaba a mi hermano Magón, que se había establecido en Etruria. La profecía de los Libros Sibilinos había enardecido a Sempronio. Estaba impaciente por librar una batalla que los dioses le prometían victoriosa. No me hice de rogar. Nos enfrentamos en la llanura que se extiende delante de los muros de Cretona. Los romanos contaban con una fuerza de ocho legiones, aproximadamente el doble de mis efectivos. Arriesgué en el centro a los galos e itálicos de inferior calidad y atacué su derecha con los númidas y celtíberos, procurando rebasar su flanco. En otro tiempo hubiera sido una repetición de Cannas, pero la calidad de mis tropas no era la de antaño. De los que pasaron conmigo los Alpes quedaban poco más de mil, muchos de ellos resentidos de viejas heridas y del desgaste de quince duros años de ininterrumpida campaña. A pesar de todo logramos derrotar a los romanos, pero volvió a ponerse de manifiesto que cada vez resultaba más difícil ensayar contra ellos tácticas sorprendentes.

A los tres días de la batalla de Cretona, un barco griego fondeó frente a Pandosia para hacerme llegar un correo de Cartago. Grandes novedades se estaban produciendo en África. Numidia se encontraba en plena ebullición.

Creo que es el momento de que escriba algo sobre Numidia. Desde muy antiguo nuestros vecinos los númidas estaban divididos en dos reinos: el de Sifax y el de Anor. A la muerte de Anor, sus sucesores se habían enzarzado en una sangrienta guerra civil. Un bando apoyaba a su hijo Masinisa (el que luchó a sueldo de los Barca en Hispania), el otro a un hermano del rey difunto que había arrebatado el trono aprovechando la ausencia de Masinisa. Por si esto fuera poco, un ambicioso general, Macetulo, logró crear un tercer partido y entronizó a Lucumaces, otro oscuro miembro de la familia real, mero pelele en manos del ejército. El asunto nos afectaba a los Barca muy directamente puesto que la viuda del rey muerto era una hija de mi hermana Astora. Macetulo la obligó a contraer segundas nupcias con Lucumaces creyendo que de este modo se atraería a los Barca a su causa. Pero el ejército de Masinisa, que había regresado de Hispania después de su conquista por Escipión, se enfrentó a Lucumaces y lo derrotó. A los pocos días, Sifax invadió los territorios del reino vecino y venció a su vez a Masinisa.

Cuando estaba en Hispania, Masinisa había recibido muchas ofertas secretas de Escipión, pero las había rechazado siempre por mantenerse fiel a Cartago. Ahora decidió que era el momento de aceptarlas. Escribió a Escipión apremiándolo para que desembarcara en África y asegurándole que su alianza convenía más a Roma que la del voluble Sifax. Así las cosas, la Balanza envió nuevamente a Asdrúbal Giscón para que procurara atraerse a Sifax. El único modo de comprometerlo a una alianza fue

entregándole como esposa a su bella hija Sofonisba, de la que el númida estaba prendado. La muchacha estaba prometida a Masinisa desde los días de la guerra hispánica y, según muchos, Masinisa se había mantenido fiel a los Barca durante años solamente por la esperanza de alcanzarla. Con esta boda, los romanos quedaron informados de que, en caso de que llevasen la guerra a África, los númidas de Sifax lucharían al lado de Cartago.

EN LOS CAMPOS DE ZAMA

A principios de abril del año 204, Escipión desembarcó en África, cerca del promontorio Bello, con un ejército de treinta mil hombres, en su mayoría veteranos. Masinisa se le unió inmediatamente con toda su caballería.

Aunque era esperada, la noticia de la llegada de los romanos conmocionó a Cartago. Por segunda vez en el memorioso espacio de una generación, la odiada loba rondaba sus muros. Con la sustancial diferencia de que cuando la guerra de Sicilia, Cartago contaba con el ejército mercenario de Jantipo mientras que en esta ocasión no existía una fuerza apreciable que pudiera interponerse entre Cartago y sus enemigos.

Después de treinta años de cicatera administración, la Balanza se mostró de pronto generosa. Se desprendió de los fondos necesarios para reclutar mercenarios en cualquier lugar del mundo donde se alquilaran brazos. En menos de una semana todos los mendigos, salteadores de caminos, fugitivos de la justicia, aprendices vagos y buscones libios estaban alojados en los cuarteles de Matagonia y reponían sus fuerzas sacando el vientre de pasadas escaseces a costa del Estado. Los que sabían sostenerse sobre un caballo, muchos de ellos por haber desempeñado alguna vez el oficio de mozos de mulas o trajinantes, constituyeron un escuadrón de caballería al mando de Hano Barca. Después de un somero entrenamiento se les envió a vigilar los movimientos de los romanos y a hostigar a sus forrajeadores. Al tercer día de operaciones la caballería de Masinisa les tendió una emboscada y los aniquiló. El propio Hano Barca pereció en la refriega. Estaba recién casado. Cuando llevaron a Cartago su castrado cadáver, rescatado de los númeridas a precio de oro, Astartea, su mujer, que todavía era casi una niña, reaccionó con sorprendente entereza. Ella misma se hizo cargo del cuerpo, lo lavó con perfume, taponó con pomada de tamarisco las bocas de sus heridas y lo amortajó con la túnica nupcial. No derramó ni una lágrima. Luego subió a la terraza de la torre bárquida y se lanzó contra el patio empedrado. Murió en el acto.

Escipión se abstuvo de ir directamente contra Cartago, a pesar de que había desembarcado abundante material de asedio. Durante un mes se demoró sitiando Utica como si pretendiera dar tiempo a Asdrúbal Giscón para que acabase de entrenar a los recientes reclutas. Los instructores no tardaron tanto tiempo en cumplir con su cometido. No podía sacarse mucho partido de aquella horda de desarrapados que se había alistado por la granjería de comer caliente. Todos los oficiales estaban de acuerdo en que la mayoría de ellos desertaría antes del primer combate. Sifax, el yerno de Asdrúbal Giscón, condicionó el apoyo de su caballería a la subordinación de los mandos de los nuevos escuadrones a su autoridad. Y aun así desconfió de ellos y

les confiscó los mejores caballos para repartírselos a sus propios hombres. Una libertad que Asdrúbal Giscón, conciliador, hubo de consentir.

Cuando parecía que el enfrentamiento era inminente, Escipión envió una delegación al campamento púnico. La patrulla de escolta, integrada por incautos reclutas, no tuvo la precaución de vendar los ojos de los romanos ni de confinarlos en una tienda cerrada, por lo tanto los visitantes pudieron advertir la exacta disposición del campamento y se percataron de la escasa calidad de la tropa allí alojada, así como de la indisciplina reinante. A la noche siguiente Escipión atacó por sorpresa, incendió las tiendas y pasó a cuchillo a casi todos los reclutas. La acción fue tan rápida y estuvo tan bien planeada que muy pocos de aquellos desgraciados tuvieron tiempo de empuñar sus armas para perecer dignamente. Los romanos saquearon los depósitos pero hicieron pocos prisioneros. Sabían que a lo largo de la campaña el precio de los esclavos bajaría mucho. En cuanto a Sifax, consiguió abrirse paso y huir con algunos de sus hombres, pero a los pocos días se dejó rodear en el oasis de Zambra y fue capturado. También su bella esposa Sofonisba cayó prisionera de los romanos, cuando tomaron el poblado de Cirta. En la confusión del ataque, Sofonisba distinguió a Masinisa, su antiguo prometido, y dirigiéndose a él se echó a sus pies y le suplicó que la protegiera de la violencia de los romanos. Masinisa, que seguía enamorado de la muchacha con la irrefrenable pasión de un nómada, la desposó aquel mismo día. De este modo pensaba sustraerla legalmente del botín de Roma. Pero su plan fracasó. El tribuno Lelio se negó a admitir la validez de tan sospechoso enlace y sostuvo que Sofonisba era prisionera romana. Se produjo una tensa escena entre los dos hombres. Masinisa, con la mano en la espada, porfiaba que aquella mujer era ahora su esposa legítima y reina de Numidia. La escolta de Lelio rodeó a su jefe dispuesta a intervenir. Un anciano procónsul medió en el conflicto y logró convencer a las partes para que se sometiesen a lo que el propio Escipión decidiera en justicia. Escipión decretó que Sofonisba quedaba prisionera y sería exhibida en el cortejo triunfal, en Roma, en su calidad de esposa de Sifax. Mientras tanto, el propio Sifax, cautivo, se arrastraba a los pies de Escipión, cuya alianza había traicionado al casarse con Sofonisba, y alegaba que sólo la pasión que aquella bella y diabólica mujer había despertado en él le había ofuscado la mente y lo había inducido a obrar deslealmente, pero ahora estaba sinceramente arrepentido y deseaba fervientemente tornar al servicio de Roma.

Por su parte, Masinisa, comprendiendo que sus planes de rescatar a Sofonisba habían fracasado, hizo que un esclavo de confianza le llevase un frasco de hidromiel envenenado. La desventurada muchacha entendió el mensaje de su amante, bebió la pócima y abrazó la muerte, hurtándose valerosamente a la última humillación que Roma reserva a sus cautivos.

Después de la captura de Sifax, las únicas fuerzas púnicas que podían defender Cartago eran las que mi hermano Magón y yo teníamos en Italia. La Balanza nos ordenó regresar. Cuando Magón se dirigía al lugar de embarque, el ejército del

procónsul Marco Cornelio cayó sobre él y lo derrotó. El día fue poco auspicioso para Magón. Una jabalina romana le atravesó el hígado, a pesar de lo cual todavía pudo dirigir el embarque de la mitad de sus hombres. No había sitio para más, puesto que la cantidad de barcos que Cartago le había enviado resultaba insuficiente. El resto se replegó a las montañas y siguió haciendo la guerra a los romanos durante muchos años, unido a las tribus galas cisalpinas y a los piratas ligures. Magón murió en alta mar al día siguiente.

De la maltrecha camada del león sólo quedaba yo. Embarqué en Crotona con todos mis hombres, después de ordenar el degüello de mis últimos seis mil caballos y nueve elefantes pues no había espacio para ellos en las naves. Maharbal insistía en que era una locura prescindir de los caballos. Hubiese sido menos gravoso dejar en tierra a la mitad de los veinticuatro mil hombres que aún nos quedaban, puesto que, exceptuando a cuatro o cinco mil veteranos, el resto de la tropa era de mediocre calidad y no mejoraría mucho con el entrenamiento. Maharbal era optimista. Hablaba de entrenamiento. Yo dudaba de que Escipión nos permitiese un respiro para entrenarlos.

Pisamos tierra africana en Leptis. Allí me comunicaron la muerte de mi hermano y la de mis primos Hano, Sofonisba y Astartea. Parecía que algún dios celoso se había propuesto erradicar la simiente de los Barca de la faz de la tierra. Arbal y Abdalón, los fieles siervos de mi casa, acudieron a rendirme cuentas. Eran ya dos ancianos.

Les concedí cédula de libertad para ellos y para sus hijos y les regalé sendos trozos de tierra en Susa, para que pudieran vivir de su cultivo. Además, encomendé a Abdalón y a sus hijos que cuidasen del desventurado Alorco hasta su muerte, lo que juraron hacer con la misma abnegación que si se hubiese tratado de mi propia persona.

Recibí otras visitas de Cartago. Mi primo Adarbal me puso al corriente de los vientos que soplaban por la ciudad. El partido agrícola se había adueñado de la Balanza. Muy pocos senadores se atrevían a discutir las propuestas de Hannón, al que habían otorgado plenos poderes para tratar un posible armisticio con Escipión. Los términos de este acuerdo fueron tan gravosos como cabía esperar dada la situación. Cartago se comprometía a retirar de Italia todas sus tropas (esto se refería a las que Magón dejara en la región cisalpina) y a entregar a Roma, para su ejecución, a todos los desertores romanos y esclavos fugitivos que hubiera en el ejército púnico. Reconoceríamos las fronteras del reino númera de Masinisa, al que se cedían ciertos territorios como compensación a su esfuerzo de guerra. Reconocíamos el dominio romano de Hispania y nos comprometíamos a entregar, en el plazo de un mes, todas las islas mediterráneas donde aún se mantuvieran guarniciones o factorías púnicas, así como la escuadra intacta y los elefantes. Además, Cartago se comprometía a pagar una indemnización de cuatro millones y medio de kilos de trigo, un millón y medio de kilos de cebada y cinco mil talentos de plata. En lo sucesivo su flota de guerra

quedaría limitada a veinte penteras.

El sufeta gobernante era un sobrino de Hannón que ostentaba el mismo nombre de su tío. Me ordenó perentoriamente que licenciara a la mayor parte de mis tropas en cuanto los romanos hubiesen zarpado. Se suponía que Escipión regresaría a Sicilia de un momento a otro, pues nada lo retenía en África una vez alcanzado el acuerdo. Fue entonces cuando un acontecimiento fortuito precipitó nuestra ruina. Una tempestad desvió una flota de suministros romana hasta el puerto de Cartago. Con irresponsable ligereza, la Balanza creyó que era la señal esperada después de los recientes augurios que los sacrificios a Tanit y Melcarte habían propiciado. El sino de Cartago había cambiado. Los dioses volvían la espalda a los romanos y nuevamente favorecían a la atribulada ciudad. Por lo tanto, los enviados del sufeta del mar confiscaron alegremente las naves romanas con su valioso contenido y permitieron que la plebe hambrienta las saqueara frente al mismo atracadero de la Casa del Comercio, ante la pasiva connivencia de la guardia del Senado.

Escipión envió emisarios para exigir explicaciones. El altivo Hannón escuchó brevemente las quejas que le exponían, iluminado su rostro con una cínica sonrisa que reproducía el más famoso gesto de su tío, y los despidió sin los miramientos debidos al rango del que los enviaba. El armisticio quedaba en agua de borrajas.

Entre las malas noticias que se sucedieron en aquellos días sólo se deslizó una buena. Un contingente de tres mil soldados griegos había desembarcado en el Cotón. Los enviaba Filipo de Macedonia, a pesar de la tregua que años antes había suscrito con Roma. Como casi todas las ayudas de aquella hora, los griegos llegaban demasiado tarde para evitar el desastre, pero en cualquier caso fueron bien venidos. Muchos recordaron que otro ejército griego llegado tan providencialmente como éste, el de Jantipo, había librado a Cartago de la amenaza romana en tiempos de nuestros abuelos.

Me hice cargo de los nuevos reclutas y comencé a entrenarlos en mi campamento de Susa. Mientras tanto, Escipión se había puesto en marcha y devastaba las ricas plantaciones del río Bagrades donde los Hannón y sus socios del partido agrícola poseían sus mejores fincas. El Bagrades era el granero de Cartago, por lo tanto el cauto Escipión se estaba asegurando de que la ciudad no quedaría en condiciones de soportar un largo asedio a no ser que recibiera vituallas por mar, lo cuál era fácilmente evitable dada la superioridad marítima de Roma. En torno al Bagrades habían crecido últimamente una serie de caseríos y aldeas que alojaban a los esclavos y aparceros de las fincas del entorno. Los númeridas auxiliares de Escipión se ensañaron especialmente con estos desgraciados. Cada día los fugitivos nos traían noticias espeluznantes de las sevicias que aquellos bárbaros practicaban en las mujeres, sin respetar siquiera a las más ancianas ni a las niñas.

La Balanza también estaba al tanto de lo que ocurría. Casi diariamente me apremiaba para que actuara. ¿Cómo explicarles que necesitaba ganar tiempo? En lugar de dirigirme hacia el Bagrades, me retiré hacia Túnez y envié a Sosilos al

campo romano. Escipión accedió a entrevistarse conmigo. Nos encontramos, a solas, en un lugar, equidistante entre los dos campamentos.

Escipión vestía un peto de cuero reforzado con remaches de hierro. Aunque la incipiente calva lo avejentaba algo, sólo había cumplido treinta años, mi edad de Cannas. No se parecía mucho al frágil mancebo que vi rescatar valientemente a su padre en la batalla de Tesino. Seguía siendo delgado, pero la vida militar lo había robustecido considerablemente. Tenía el aquilino semblante de los Cornelios, ojos saltones sobre nariz potente. Permanecimos uno delante del otro, contemplándonos en silencio, durante un momento.

—¿Podemos hablar en latín, Aníbal? —preguntó.

—Si así lo deseas no tengo inconveniente.

—Entonces no necesitamos intérpretes —dijo, y volviéndose hacia el secretario que lo acompañaba le hizo una seña para que se fuera. El hombre, que me había estado observando como el que ve a un monstruo, se sintió aliviado y regresó rápidamente junto a la escolta de caballería que permanecía en la linde del campo. Yo me volví hacia Sosilos y también él se retiró junto a mis hombres. Cuando quedamos solos, Escipión dijo:

—Celebro conocerte personalmente, Aníbal, aunque lamento las circunstancias en las que se produce este encuentro. Hubiese preferido tenerte en mi bando.

Estas palabras me sorprendieron. Escudriñé el rostro de Escipión en busca de algún indicio que me aclarase el oculto sentido de lo que estaba escuchando, pero Escipión me miraba directamente a los ojos y parecía sincero. Un insecto zumbó entre nosotros por un momento, subrayando la breve pero inmensa distancia que nos separaba. Luego se alejó, elevándose, y confundió su negrura con la de las quemadas mieses que nos rodeaban.

—También yo hubiese preferido tenerte en mi bando le devolví el cumplido. Y al tiempo que pronunciaba estas palabras corteses descubría que, en el fondo de mi corazón, estaba diciendo la verdad. Con una especie de extraña ternura podía contemplar a aquel romano directo, animoso y lleno de ideas, como lo había sido yo a su edad en vísperas de Cannas. Y no pude reprimir el pensamiento de que quizá también a él le habían reservado los dioses el galardón de una gran victoria a tan temprana edad. He venido a discutir la paz —dije—. Me alegro de que tú seas el hombre que puede negociar.

Escipión se puso tenso. Apretó los labios y sus ojos me parecieron más pequeños.

—No hay nada que negociar, Aníbal —protestó—. Sólo la rendición incondicional de Cartago puede evitar ahora la guerra. La paz se negoció hace dos meses y el Senado de Cartago la vulneró con un acto de guerra al apresarse mis naves.

—Yo no he venido a justificar las vergonzosas acciones de la Balanza —respondí con franqueza—, sino al pueblo de Cartago que es del todo inocente de esa traición. Te ofrezco no sólo la restitución inmediata de los barcos y de cuanto contenían sino una indemnización suplementaria que repare la ofensa —hice una pausa antes de

añadir, confidencialmente—: Por otra parte, una paz segura siempre será preferible a una victoria incierta.

Escipión me miró severamente.

—¿De veras crees, Aníbal, que la victoria es dudosa? Te he visto combatir en tus días de mayor gloria. Yo estaba con la cohorte que tu caballería acuchilló en Tesino, cuando derrotaste a mi padre. También estaba entre los fugitivos de Cannas. —Su voz había subido de tono. Ahora estaba enfurecido. Hizo una pausa, como si tuviera que tragarse la angustia que sus memorias le producían, y prosiguió—: Mi padre y mi tío murieron combatiendo contra los Barca; tus hermanos murieron combatiendo contra los Cornelios. Tu sangre y la mía están unidas por el recíproco odio. No son Roma y Cartago sino los Barca y los Cornelios los que ahora se dividen el campo.

Recordé la fábula de Dido y Eneas. Los Barca descendíamos directamente de la reina Dido; los Cornelios, como la mayoría de las familias patricias romanas, pretendían descender de Eneas. ¿Podía un cuento tan antiguo justificar el odio presente? Quizá los caprichosos dioses se complacían en infundir verdad a las ensoñaciones de sus criaturas.

Después de esto nos despedimos. Escipión se había enfurecido. No estaba seguro de su victoria pero tampoco estaba dispuesto a aceptar un posible arreglo, por muy favorable que resultase para Roma. Era joven y necesitaba batallar. Toda la vida se había estado preparando para este momento. Necesitaba probarse que podía derrotar a Aníbal. Aquel extraño sentimiento parecido a la ternura, pero también al terror, regresó y se apoderó de mí. Volvía a percibir en aquel impulsivo romano el reflejo de mi propia imagen en vísperas de Cannas, quizá también captaba en él esa fuerza interior de inefable impulso que parece emanar de los dioses y que es seguro anuncio de la victoria.

Maharbal y yo sabíamos que la batalla estaba perdida de antemano. Después de tan larga camaradería no eran necesarias palabras para comunicarnos los mutuos temores. Tenía bajo mi mando a casi cuarenta mil hombres, de los que apenas la mitad estaban suficientemente entrenados. Pero sólo disponía de tres mil jinetes. El sacrificio de los caballos en Italia había sido un error, otro más que añadir a la larga serie. Recordé el precepto de Jantipo, que mi padre solía repetir: la caballería gana las batallas mientras que la infantería resiste. Sin caballería no es posible vencer en campo abierto. Disponía también de ochenta elefantes todavía medio salvajes y gobernados por indis nerviosos e inexpertos que jamás habían participado en un combate.

La víspera del encuentro un esclavo romano nos trajo una nota del espía que la Balanza había introducido entre los contables de Escipión. Era un detallado inventario de las fuerzas con que contaba el adversario: cuatro legiones, de las cuales dos eran de ciudadanos romanos y otras dos de confederados itálicos, con tres mil jinetes cada una. Además catorce mil infantes ligeros y seis mil jinetes númeridas. En total unos cincuenta mil hombres.

—La caballería nos saca una ventaja de tres a uno —observó Maharbal—. Además son húmedas.

—Pero nosotros tenemos un escuadrón de elefantes —intervino Cartalón.

—Mal entrenados —replicó Maharbal—. Roguemos a los dioses para que no nos den un disgusto. Yo prescindiría de ellos.

Aunque compartía las reservas de mi lugarteniente, decidí contar con los elefantes. Quizá ése fue mi mayor error. Me sentía físicamente mal. A pesar de los calmantes que Danón me había administrado, me seguía doliendo la cabeza y no lograba apartar de mi espíritu abatido el íntimo convencimiento de que todo estaba perdido. No obstante, anduve todo el día entre mis hombres, inspeccionando batallones, dando consejos, tomando disposiciones urgentes y aplazando las que no lo eran tanto, animando a los pusilánimes y fingiendo una confianza en la victoria de la que carecía en absoluto. Representaba mi papel del estratega Aníbal que se reserva algún truco para vencer, como en Cannas, por encima de todos los pronósticos y a pesar de todos los adversos augurios. Quería infundir confianza en mis viejos oficiales. Quizá también ellos fingían su absoluta fe en la victoria. Nunca lo supe. La mayoría de ellos perecieron al día siguiente.

Cuando amaneció dividí mis tropas en cuatro líneas. Delante, los ochenta elefantes con algunos contingentes de infantería ligera que los protegieran. Detrás de los elefantes dispuse a los veteranos de Italia: españoles, húmedas, galos y ligures. Entre ellos había más viejos que jóvenes. En su primera línea, los honderos baleares que mi hermano Magón había alistado en Ibiza. Los había instruido en el manejo de la falcata para cuando se llegara al cuerpo a cuerpo y no pudieran utilizar sus hondas ni sus jabalinas. En la tercera línea distribuí las últimas levadas de cartagineses y libios y a los macedonios que envió Filipo. No tenía ninguna confianza en mis compatriotas alistados a la fuerza o con la esperanza de llenar el vientre a costa de la república, sin entrar nunca en combate. Por eso los situé en posición central, de modo que no tuvieran ocasión de huir o de pasarse al enemigo si las cosas iban mal. En la cuarta línea formé a los italianos y a los regimientos de esclavos fugados y desertores romanos. Tenía plena confianza en ellos. Sabía que se batirían hasta la muerte puesto que si los capturaban no podían esperar clemencia alguna de sus compatriotas.

Escipión adoptó la disposición romana tradicional, si bien alteró el ajedrezado de sus manípulos y los colocó en filas sucesivas que dejaban corredores intermedios completamente despejados. Comprendí que su intención era encauzar por aquellos espacios libres el impacto de mis elefantes. Esta precaución me hizo sonreír. Paradójicamente Escipión tenía más confianza que yo en el correcto comportamiento de mis animales.

Sonó la trompeta romana. Inmediatamente respondió la tuba cartaginesa. Los veteranos celtíberos saludaron mi aparición golpeando los puños de sus falcatas contra los escudos y agitando las viejas insignias de sus regimientos.

Entre ellas había algunas que mostraban, en el extremo, las cabezas de algunos

romanos muertos en una escaramuza el día anterior. Con un leve rumor los dos ejércitos se pusieron en marcha. Atravesamos un camino y penetramos en el cuadrado negro de un trigal incendiado. Una nubecilla de ceniza se elevaba de la tierra al paso de los regimientos, ennegreciendo los pies de los soldados. Pensé que en otro tiempo no reparaba en detalles tan insignificantes. Me dolía la garganta, reseca, de dar órdenes y la sentía pastosa, con el sabor acre de la ceniza, pero me abstuve de pedir de beber a Hermión, que me seguía con una gran cantimplora de agua y vinagre, por no dar a entender a la tropa que era el miedo lo que provocaba mi sed. Antes de combatir los soldados están pendientes de las más leves acciones de sus generales y propenden a encontrar desfavorables auspicios en los gestos más intrascendentes.

Estábamos a cien metros escasos de los primeros romanos. Una muralla humana en la que predominaban los colores rojo y negro parecía llenar la llanura hasta el monte Himeto, por donde el sol, ya alto, comenzaba su carrera. El signífero levantó su estandarte. Los indios azuzaron sus elefantes, que partieron contra el adversario con un trotecillo cochinerito. Los auxiliares libios los seguían, medio ocultos en su nube de polvo, blandiendo sus agudos venablos pintados de azul. Escipión se mantenía atento a la maniobra. Tañeron las trompetas en su ejército con tan agudo clamor que por un momento dominaron el griterío que celtíberos y galos elevaban del mío. Dos o tres elefantes se detuvieron de pronto, indecisos, quizá asustados por el sonido de las trompetas. Los otros los imitaron antes de alcanzar las filas romanas, cuando ya sus indios estaban a tiro de las jabalinas que lanzaban los vélites itálicos. Comenzaba el desastre. Cuatro o cinco indios se desplomaron, alcanzados por los dardos del adversario o por las pedradas de sus baleares. Sus elefantes, sin gobierno, se acobardaron y huyeron del creciente glosido de la batalla. El resto del rebaño los imitó: unos pocos corrieron, ya enloquecidos por el pánico, hacia la derecha de los romanos; el resto, más numeroso, dio la vuelta y atropelló nuestra izquierda sembrando el terror entre la caballería nómida que se había adelantado para atacar. Escipión, atento a lo que ocurría, aprovechó esta circunstancia para lanzar a sus nómidas. También hizo avanzar a su izquierda contra la caballería que tenía enfrente. Aquí estaban Cartalón y los reclutas de Cartago. Los experimentados jinetes de Lelio no tardaron en arrollarlos. Cartalón pereció combatiendo valientemente. Descabalgado, con la pierna rota y atrapada debajo de su caballo muerto, todavía logró degollar a un romano que trataba de arrebatárle su lujosa lorica escamada. Al momento acudieron otros saqueadores que lo alancearon despiadadamente para vengar a su compañero.

El primer desastre de la jornada fue la desbandada de los elefantes; pero todavía no se había perdido todo. El segundo desastre decidió ya la batalla: la línea de ligures y galos había avanzado cincuenta metros hasta trabar contacto con la vanguardia de los romanos. Después del intercambio de jabalinas, antes de lanzarse al combate personal, algunos volvieron la cabeza para comprobar si los dudosos reclutas de la segunda línea les cubrían la espalda. Entonces se percataron de que, en muchos

sectores, los inexpertos cartagineses y libios de la segunda línea no habían avanzado lo suficiente. Titubeaban a medio camino de sus posiciones originales, paralizadas las piernas por el miedo, mientras los furiosos sargentos descargaban sobre ellos inmisericordes planazos para obligarlos a avanzar. Alguien gritó «¡Traición!», una de las pocas palabras que todos entendían. Instintivamente muchos hombres de la primera línea la repitieron y otros muchos dieron la vuelta y se lanzaron contra los que titubeaban en la segunda, desatendiendo la acometida del enemigo que a duras penas podían sostener algunos de sus compañeros. En aquel momento supe que la última esperanza de prevalecer sobre Escipión se había esfumado. Mis veteranos de Italia se batían a la vez contra los romanos, más jóvenes y numerosos, y contra los cobardes reclutas que me había enviado Cartago.

La primera línea, rebasada en muchos puntos por el adversario, retrocedió desordenadamente hasta unirse con la segunda, lo que contribuyó a aumentar la confusión. Los romanos, enardecidos por la certeza de su victoria, presionaban por todas partes. Hice una indicación al signífero de la tercera línea para que alzase el estandarte del caballo. Demasiado tarde: para cuando la tercera línea entró en combate ya volvía sobre nuestra retaguardia la caballería nómada de Masinisa, mientras que los jinetes de Lelio daban alcance en campo abierto a lo que restaba de mi caballería. Nuras Ava había huido al comienzo de la batalla, quizá amedrentado por la muerte de Cartalón. Otros decían que se había pasado a los romanos y lo acusaban de estar confabulado con Masinisa.

Era inútil que intentara salvar lo insalvable. Por un momento consideré la idea de perecer, lanzándome a lo más reñido del combate, para inmolar mi vida en el altar de los adversos dioses. Quizá hubiese sido mejor para todos que hubiese acabado allí mis afanes. Pero las cosas ocurrieron de otro modo. Maharbal me arrancó de mis turbios pensamientos, tomó mi caballo del freno, como si hubiese adivinado mis intenciones, y me sugirió con voz calmada:

—Es el momento de huir, señor. Aquí ya no queda nada por hacer. La victoria de la loba no será tan completa si salvas parte de tu ejército y te salvas a ti mismo.

Asentí. Di orden de retirada. Reuní unos pocos hombres y nos deslizamos por el flanco antes de que la caballería nómada completase su cerco. A pesar de todo parte del grupo que me seguía y escoltaba fue interceptado por los nómadas. En este oscuro episodio desapareció Maharbal, cuyo cadáver nunca fue hallado a pesar de que ofrecí por él un crecido rescate. Nunca llegué a conocer realmente a mi lugarteniente. Aún hoy no sé por qué razón me llamó «señor» cuando me vio en derrota; un tratamiento que siempre había evitado cuidadosamente, aun en los mejores tiempos de Italia. También perecieron aquel día otros valientes oficiales de los viejos tiempos, entre ellos Carpón. Esto fue lo que ocurrió en Zama.

Los supervivientes nos establecimos en el campamento de Hadrametón. En los días siguientes fueron llegando algunos grupos que habían quedado dispersos después de la batalla, algunos de ellos después de errar por el campo haciéndose pasar por

destacamentos romanos. En total conseguí reunir unos cuatro mil galos y españoles. Los africanos que escaparon con vida se pasaron a los romanos o regresaron a sus lugares de origen. Dejé a Colenda, uno de los jóvenes oficiales más prometedores, al mando del campamento y regresé a Cartago. La Balanza reclamaba mi presencia.

Había salido de Cartago a los nueve años; volvía a pisar sus calles a los cuarenta y tres. Muchas cosas habían ocurrido en ese espacio de tiempo, tantas que me parecía que yo era otro y que mis recuerdos infantiles de la ciudad pertenecían a un hombre distinto, a alguien que había vivido mucho tiempo atrás y que ya había muerto sin dejar memoria ni tumba alguna que testimoniara su paso sobre la tierra.

Cartago había cambiado poco, si acaso se había empequeñecido. Llegué al atardecer, con Hermión y una reducida escolta.

Entramos por la puerta de Birsa y nos dirigimos directamente al palacio bárquida, remontando las pinas callejuelas del Arbadal. Los criados estaban avisados. Se habían congregado en el patio de los caballos, cada cual vestido con su mejor atuendo, agrupados por familias, para recibir al señor que regresaba. Sólo los más viejos me habían conocido y al reconocerme me abrazaron las rodillas llorando mientras sus hijos y nueras contemplaban con curiosidad y asombro al amo del que tanto habían oído hablar y del que sólo conocían el perfil bueno en medallas y monedas.

Distribuí regalos entre todos y los despedí para que regresaran a sus quehaceres. Después subí a la torre bárquida. Tuve que desclavar, con ayuda de Hermión, la puerta. La habían castigado después del suicidio de mi prima Astartea. Era ya de noche pero aún podía distinguirse, frente al mar incendiado por el crepúsculo, el largo y brillante estanque del Cotón rodeado por los astilleros y arsenales. En los muelles militares se balanceaban diez o doce penteras y media docena de cóncavas naves mercantes. Recorrí con la mirada la avenida de los almacenes, flanqueada por hachones encendidos cuyo reflejo proyectaba largas estelas luminosas sobre las negras aguas. Casi nada había cambiado de la Cartago que yo recordaba. Cerraba los ojos y parecía que todo lo vivido había sido un mal sueño del que acababa de despertar. Aguzaba el oído y casi podía percibir los pasos de mi madre sobre los peldaños de madera de la gastada escalera. ¡Cuántas veces me había narrado las historias de Dido en este alto mirador de los Barca!

Al día siguiente comparecí ante la Balanza. Casi todos los rostros que poblaban la sala me eran desconocidos. El sufeta encargado del discurso de bienvenida fue Hannón el Pequeño, así apodado para distinguirlo de su tío al que sus partidarios del partido agrícola titulaban el Grande (aunque los bárquidas lo apodaban «el buey»).

Hannón el Pequeño fue directamente al grano. Estaban suficientemente informados del resultado de la batalla. Escipión avanzaba hacia Cartago pero la situación no era tan angustiada como parecía a primera vista. Confiaban en mi capacidad militar largamente probada en Italia y estaban dispuestos a adoptar cualquier medida que juzgase necesaria, por impopular que pudiera parecer.

—Es un ofrecimiento que llega con veinte años de retraso —les reproché

ásperamente—. Si hubieseis creído en mí cuando os pedía refuerzos desde Italia ahora estaríamos en Roma.

El viejo Hannón se removió en su asiento.

—No son ésas las palabras que corresponden a un general derrotado —protestó—. Otra vez parece que tenemos que soportar el insufrible orgullo de Amílcar.

Iba a replicarle cuando un ujier anunció que los heraldos del Consejo habían regresado. Los habían enviado para entrevistarse con Escipión. Entraron inmediatamente y escuchamos la respuesta del romano: las condiciones del armisticio suplicado eran las mismas que unos meses atrás, pero ahora la indemnización que Cartago debería satisfacer había aumentando a diez mil talentos de plata, pagaderos en cincuenta plazos anuales. Además, Cartago enviaría a Roma cien rehenes designados por el propio Escipión.

Tomé asiento en un apartado escaño y asistí, lleno de curiosidad, a la discusión que siguió.

Hannón el Pequeño solicitó la palabra y comenzó a divagar elegantemente sobre las caballerosas condiciones que presidían las guerras antiguas. Después de haberlo escuchado pacientemente durante un largo rato, y de haber observado que ninguno de los presentes daba señales de impaciencia, lo que revelaba que aquél era el tono acostumbrado en la Balanza, no pude reprimir mi indignación. Di un puñetazo sobre mi silla y lo increpé:

—¡No es hora de encandilarnos con citas de ilustres autores antiguos! Ya sabemos que has leído todos los archivos del templo de Melcarte. De lo que se trata es de satisfacer cuanto antes las condiciones de Roma, porque la alternativa que los dioses nos conceden es permitir el saqueo de la ciudad por los nómadas. No hay elección.

Los senadores escucharon mi réplica al principio escandalizados, después en aprobativo silencio. Viéndose desasistido incluso por los más incondicionales partidarios de su tío, Hannón el Pequeño tomó asiento y se abstuvo de intervenir en aquella sesión.

Aprobamos las condiciones que Escipión había propuesto. Pero antes de que el armisticio fuera firme tenía que ser aprobado por el Senado de Roma. No fue fácil. El cónsul Cornelio Léntulo, ávido de gloria, pretendía continuar la guerra hasta la rendición incondicional de Cartago. En realidad ambicionaba la dirección del ejército de África. Tan sólo la amenaza de un motín del pueblo de Roma, cansado ya de levadas y de tributos especiales, lo hizo desistir de su propósito, aunque, a cambio, exigió que se añadiera una nueva cláusula al tratado: Aníbal debería ser entregado. De nuevo se opuso Escipión. Alegó que, sin Aníbal, la Balanza sería del todo incapaz de recaudar los tributos necesarios para satisfacer la indemnización anual. El Senado aceptó este argumento a regañadientes.

Se firmó la paz. Escipión liberó a los prisioneros y recibió a los desertores romanos que se habían refugiado en Cartago. A éstos los condujeron a Roma cargados de cadenas y los crucificaron a lo largo de los accesos de la ciudad.

Asdrúbal Magón tuvo que entregar la escuadra. Ahora que la guerra había cesado, aquellas baqueteadas penteras no servirían para nada a los romanos. Ni siquiera disponían de remeros para conducir las a los puertos de Sicilia. Las desguazaron de velas y maromas y las incendiaron frente al Cotón. Estuvieron ardiendo durante una noche entera, iluminando el mar y las playas como cuando amanece y el sol despunta por encima de las olas.

Las sesiones de la Balanza se hicieron diarias. Había que arbitrar la manera de recaudar la cantidad necesaria para el primer pago de la indemnización. ¡Había lágrimas! Los Tagos, los Hannón, los Lacón, los Hammón Bar, los Arbil, los Hampos, aquellos padres de la patria, lloraban como niños desamparados y se mesaban las barbas cuando se veían imposibilitados de rehuir la obligación de satisfacer el tributo. En una de las sesiones no pude contener el asco y el desprecio que la situación me provocaba y me eché a reír. Parecía un velatorio de mujerzuelas plañideras en las chozas de Megara. Hannón el Pequeño me dirigió una mirada reprobadora:

—No creo que lo que estamos discutiendo tenga nada de gracioso, Aníbal.

—Lo tiene, y mucho —repliqué—. Lloráis ahora porque os veis obligados a rascaros la bolsa. Debisteis llorar cuando ardió la escuadra delante de los arsenales y cuando los furrieles de Escipión requisaron sus armas a los regimientos de Matagonia.

EL MÁS DESEADO REFUGIO

Guardo un grato recuerdo de los años de mi segunda estancia en Cartago. Era tan popular como lo había sido mi padre y posiblemente por las mismas razones. El pueblo me aclamaba en las calles; cuando mis veteranos de Italia exhibían sus cicatrices en los mercados, las verduleras les regalaban hortalizas y granadas; en las tabernas los parroquianos no les permitían pagar; por espontánea decisión de los menesterosos, los ciegos y lisiados que habían servido en mi ejército tenían preferencia en el reparto de la carne de los sacrificios estatales. Los mismos que me vitoreaban en cada aparición pública, abucheaban el paso de los senadores y de los miembros del Gran Consejo. En la Balanza, incluso los más incondicionales miembros del partido agrícola admitían abiertamente la conveniencia de elegirme sufeta. Estaban convencidos de que solamente yo podría persuadir al pueblo para que aceptase las nuevas privaciones que el impuesto de guerra romano comportaba. Acepté el cargo que se me ofrecía, pero impuse ciertas condiciones, entre ellas que el otro sufeta sería una persona de mi confianza, propuesta por mí. Hannón el Pequeño objetó que esto equivaldría a una virtual dictadura de los Barca. Le respondí irónicamente:

—Tu tío se ha pasado la vida acusándonos de intentar usurpar el poder del pueblo de Cartago para establecer nuestra propia dinastía. ¿De qué te asombras, pues? Te recuerdo que yo no he solicitado el cargo de sufeta ni otro alguno: sois vosotros los que me lo ofrecéis con insistencia.

No les quedó otro camino que aceptar. Designé para sufeta del mar a mi primo Atarbal, a pesar de que no pertenecía al Gran Consejo. Pero también este problema se allanó: el día anterior a su nombramiento le enviaron las insignias de Aníbal Tago, que había dimitido oportunamente.

Atarbal y yo nos pusimos manos a la obra inmediatamente. Con ayuda del eficiente Sileno revisamos las cuentas de la Oficina de Comercio correspondientes a los últimos cinco años. Descubrimos una situación financiera muy similar a la que mi padre encontró en Cádiz cuando se hizo cargo de los asuntos de Hispania: a pesar de la guerra, quizá incluso a causa de ella, los mercaderes habían prosperado sorprendentemente. Las ganancias habían aumentado en los últimos años hasta el punto de duplicar la cantidad de plata depositada en los centros de cambio de Tiro y Biblos. Un inusitado volumen de fletes hacia puertos griegos de Italia y del Adriático evidenciaba que nuestros conciudadanos habían estado negociando con el enemigo. Buques de dos mil ánforas salidos hacia Egipto revelaban que parte del grano extranjero que sostuvo a Roma durante los años de mis campañas en Italia procedía indirectamente de Cartago. Finalmente, las frecuentes cargas de minio y otros

productos hispánicos de menor entidad que afluyeron al Cotón, incluso después de la pérdida de Cartagena, testimoniaban la existencia de un ininterrumpido comercio con los romanos. Múltiples indicios venían a confirmar mis sospechas. ¿Cómo podíamos continuar produciendo la misma cantidad de garón después de perder las mayores factorías en Hispania? Sólo cabía una explicación: lo que se asentaba como transportes de garón ocultaba otros tipos de fletes, posiblemente armas, hierro y esparto. Lo que justificaba la gran cantidad de excelentes falcatas ibéricas que en los últimos años recogíamos de manos de cadáveres romanos.

En una sesión de la Balanza informé detalladamente del resultado de mis investigaciones. Ofrecí datos y cifras, fechas concretas, nombres de buques y compañías implicadas, así como de sus patronos, capitanes y agentes de flete. En algunos casos los registros de los libros de fletes de la Casa del Comercio, combinados con los asientos del tributo de la Oficina del Mar, nos habían permitido reconstruir el derrotero exacto de ciertos buques de transporte que durante años habían realizado un comercio triangular entre Cartago, Hispania y determinadas colonias romanas o ciudades de la Liga itálica. La conclusión era evidente: mientras el ejército cartaginés de Italia se desangraba sin recibir refuerzos, los senadores, incluso los más devotos defensores del partido bárquida, se habían estado enriqueciendo con el tráfico romano. Muchas venerables cabezas de los padres de la patria se inclinaron, incapaces de sostener mi iracunda mirada.

Fue mi pariente Arbil, tan culpable como el resto de ellos, el que habló en nombre de todos. Se levantó y dijo:

—¿A qué remover ahora el triste pasado, Aníbal? Todos hemos cometido errores, unos más que otros, y todos estamos igualmente arrepentidos. Ahora debemos cuidar de no volver a cometerlos en el futuro, pero el pasado ya no tiene remedio.

Un murmullo de aprobación saludó sus palabras. Hube de consentir que la flagrante traición a la república, un delito que en los pobres y desheredados se pena con la ceguera y la crucifixión, se redujera a la categoría de error sin mayor importancia. ¿Qué hubiera ganado Cartago si me hubiese sido posible crucificar a medio Senado? ¿Destruir la poca fe que el pueblo pudiera tener en sus gobernantes? Durante los días siguientes medité lo que había de hacer. Ningún posible arreglo podía mitigar las dimensiones del fraude. En nuestras vigiliass peripatéticas, la voz de Sosilos parecía inspirarme pensamientos que ni yo mismo me atrevía a albergar: «Una ocasión pintada para disolver la Balanza y proclamar la monarquía Barca, Aníbal». La misma voz los rechazaba luego con argumentos igualmente ajenos a mí: «Sólo que Roma nunca consentiría a un Barca en el trono de Cartago. No se puede luchar contra la voluntad de los dioses».

Sosilos se despedía, reumático, antes de que la húmeda niebla ascendiera del mar. Yo solía permanecer un rato más en la terraza de la torre bárquida. Apuraba mi copa, pensativo, y a veces me demoraba hasta contemplar los prodigiosos amaneceres desde aquella soledad habitada por los vientos. El comercio se había restablecido.

Iban y venían cóncavas naves por la embocadura del Cotón. Alguna vez pensé: dentro de mil años, cuando no quede recuerdo de mi nombre, perdida ya la memoria de los Barca, las mismas naves traerán y llevarán sus mercaderías a través de ese estrecho.

Platón asegura que el conocimiento conduce a la virtud y a la felicidad. El hombre debe buscar la armonía entre el cuerpo y el alma, eso dice, lo que implica moderación, equidad y fortaleza. Pero en su estado ideal excluyó de las tareas de gobierno a los campesinos y a los mercaderes. Ése es el mal de Cartago: que los mercaderes dominan la Balanza y los campesinos enriquecidos de Hannón manejan el Gran Consejo y la flota.

Pero Platón es ya historia, mi querido Sosilos. Levanto la mirada de estas líneas y la única realidad del mundo tangible se reduce a esta terrosa pared de adobe en cuyas profundas grietas anidan las arañas. Frágil prisión han dado a lo que queda de mí, pero prisión severa que encierra otra más amarga y fatal, la de la aceptada derrota de mi ancianidad.

Me estoy apartando del tema de mi discurso, una tendencia que siempre censuraste en mis composiciones, ¿verdad, Sosilos?

El primer plazo de la indemnización debía satisfacerse en mayo de 199. Tres penteras romanas fondearon puntualmente en el Cotón. Los cuestores contaron la plata, la pesaron, la analizaron. En la piedra de toque descubrieron que su ley era un cuarto más baja de lo estipulado. Llamé a un platero de Útica, hombre de toda confianza, y comprobé que la reclamación de los cuestores era fundada. Hice abonar a los romanos la diferencia que se les adeudaba mediante préstamo del tesoro del santuario de Melcarte. Mientras tanto ordené una investigación. Mis oficiales interrogaron a los retrecheros custodios de la ceca del Comercio, que habían fundido la plata deficiente. Sometidos a tortura confesaron que la falsificación había sido tolerada por el Gran Consejo. En una borrascosa sesión del Senado obligué a la Balanza a modificar la antigua ley que hacía vitalicios los puestos del Gran Consejo. A partir de entonces serían anuales, libremente elegidos por la cámara, y no tendrían que recaer necesariamente en las familias de los Setenta. Cualquier hombre libre que obtuviese el necesario respaldo del pueblo podría optar a ellos. Al propio tiempo hice aprobar una ley de embargos. Aquellos que no hubiesen satisfecho sus impuestos en un plazo máximo de treinta días verían subastados sus bienes raíces. Esta medida favorecía a mis partidarios en la Balanza, o, al menos, no los perjudicaba, puesto que muchos de ellos sólo poseían la carga de las naves en alta mar. Por el contrario, dañaba los intereses de los miembros del partido agrícola. Pero, una vez más, no se atrevieron a oponerse a la medida porque el pueblo, que había concebido, desde Zama, un súbito interés por la política nacional, estaba informado de mis reformas y las apoyaba. Muchos menestrales y artesanos hacían ágora pública de las gradas de la Balanza y pasaban allí su tiempo libre discutiendo los acuerdos sobre los que los padres de la patria deliberaban en el interior. Recompensé aquella fidelidad

reduciendo un poco los impuestos populares y subvencionando otro poco el precio del trigo. Estas medidas, que de un modo u otro perjudicaban los intereses de la oligarquía, fueron muy bien acogidas.

Mientras tanto los romanos continuaban su expansión marítima. Después de derrotar a Filipo de Macedonia, al que castigaron desproporcionadamente por el auxilio que nos prestó en Zama, decretaron la libertad de las ciudades griegas. De este modo se aseguraban de que ningún poder importante volvería a constituirse en los antiguos dominios de Filipo. Sin embargo, las ideas políticas del primer Filipo, me refiero al padre de Alejandro, continuaban vigentes. Fue por aquel tiempo cuando Antíoco, el rey de Babilonia, extendió sus estados por Fenicia, Siria y Palestina. Me envió un correo personal, pasando por alto el protocolo de la Balanza. Estaba interesado en estrechar lazos de amistad con Cartago.

—Otro Alejandro, otro que aspira al dominio de Oriente —comentó Sileno después de leerme su carta—. Pretende la amistad de Cartago porque barrunta que tendrá problemas con Roma. ¿Qué piensas hacer?

—Nos guardaremos mucho de entrar en juegos de alianzas —respondí—. Los romanos son suspicaces. Una vez más están descontentos por la indemnización impuesta a Cartago. Cualquier pretexto les servirá para aumentarla. Les disgusta nuestra rápida recuperación.

En los meses siguientes conseguí el control absoluto de la Casa del Comercio y acabé con las especulaciones fraudulentas a las que los corruptos funcionarios se prestaban. Establecí el precio oficial del trigo rebajándolo a un tercio y, al propio tiempo, obligué a los propietarios agrícolas a que aseguraran el suministro de las ciudades antes de disponer de los posibles excedentes con destino al comercio exterior. También controlé las exportaciones de los otros productos básicos y aumenté los impuestos sobre sus ganancias. Esta medida me hizo muy impopular —más aún— en la Balanza. El antiguo partido Barca desapareció prácticamente. En realidad sólo se había mantenido desde los tiempos de Amílcar gracias a los sobornos. Después de la pérdida de Hispania, cuando Atarbal traspasó sus acciones a una nueva empresa filorromana y provocó la ruina de la compañía La Palmera, los diputados bárquidas dejaron de percibir los saneados ingresos de antaño. Desde entonces su apoyo a la causa de mi familia se había entibiado considerablemente. No estaban dispuestos a arriesgar nada en la guerra si no obtenían ganancias inmediatas.

Los espías que Sileno pagaba me informaron de dos o tres conjuras urdidas contra mí. En todos los casos pude detener y crucificar a los ejecutores pero no logré averiguar quiénes los enviaban porque ni ellos mismos lo sabían.

Eran simples asesinos a sueldo, contratados por personas desconocidas en las tabernuchas del Cotón. En cualquier caso no me sentía seguro. Por lo tanto resolví dejar de aparecer en público, excepto en las multitudinarias ocasiones especiales, si no iba acompañado por mi escolta de celtíberos veteranos de Italia. Cuando advirtieron que no podrían asesinarme, los conjurados recurrieron a otros

procedimientos. Por mediación de Hannón el Pequeño (su famoso tío se había retirado, baldado por la podagra, dos años antes, y había fallecido casi inmediatamente), sobornaron a cierta tribu libia, a la que a veces compraban caballos, para que atacase nuestras nuevas colonias del desierto. Envié al ejército, ahora mandado por Asdrúbal Magón, y la zona en cuestión quedó pacificada. Esta breve operación de policía fue convenientemente expuesta ante los romanos como un retorno mío a las actividades guerreras. Muchos de los que se sentaban en la Balanza habían intensificado sus antiguas relaciones mercantiles con destacados senadores y miembros de la aristocracia romana. Disponían, por tanto, de los medios necesarios para incitar a sus socios contra mí. Después de discutir el caso, el Senado romano decidió exigir mi entrega inmediata. Una de las condiciones menudas del armisticio firmado años antes con Roma estipulaba que le sería entregado cualquier ciudadano de Cartago que sus tribunales reclamaran. La comisión que había de exigir mi extradición partió del puerto de Ostia en dos penteras. Pero dos días antes de que arribasen a Cartago, un tal Hermón desembarcó entre los pasajeros de una trirreme griega que venía a cargar miel y manufacturas. Este Hermón era cretense, esclavo manumitido, de los que lucharon contra Cartago en Sicilia. Se presentó ante Sileno y me suplicó una entrevista urgente. Así fue cómo quedé informado de la perentoria solicitud del Senado romano dos días antes de que la orden llegase a la Balanza. Hermón no quiso revelarme el nombre del misterioso amigo romano que le había encomendado que me alertara. Le entregué cinco piezas de oro y lo despedí.

La situación era tan grave que no admitía dilaciones. Las tropas que podían defenderme se encontraban todavía en el desierto libio y no regresarían antes de un mes. ¿Qué cabía hacer? Desde luego no estaba dispuesto a permitir que los romanos me condujeran a su ciudad cargado de cadenas. Una posibilidad era escapar al desierto y unirme al ejército de Asdrúbal. No me sería difícil regresar a Cartago al frente de aquellas tropas y hacerme nuevamente con el poder. Podía destituir a los miembros de la Balanza y proclamarme dictador. Esto era, seguramente, lo que los romanos pretendían. Entonces tendrían un excelente pretexto para intervenir declarando la guerra a Cartago cuando la ciudad no estaba en condiciones de soportar otro asedio. Por lo tanto la única alternativa razonable era huir.

Llamé a Sileno y le di instrucciones para que, con ayuda de Hermión y cinco esclavos de confianza, embarcara los restos del tesoro Barca en una trirreme ligera. En cuanto se hizo de noche la embarcación abandonó el Cotón y navegó hasta las cercanías de mi finca de Tapso en cuya playa la vararon en espera de la carga restante.

Por la mañana entraron en el puerto las dos galeras romanas.

Desde la terraza de la torre bárquida contemplé su torpe maniobra de ataque en el sector del muelle exterior reservado a la Balanza. Seguramente confiaban en poder apresarme en la cercana Casa de Comercio, a donde solía ir diariamente. Desde allí podrían conducirme discretamente a mi flotante prisión antes de que el pueblo se

percatara de lo que ocurría.

Anuncié al mayordomo que saldría a inspeccionar las viñas de Tapso. No debían esperar mi regreso antes de la noche. El hombre debió recelar algo porque, después de entregarme el manto pardo que solía usar cuando salía al campo, no pudo contenerse y se postró ante mí, me abrazó las rodillas y comenzó a besuquearme las manos con nerviosa excitación. Me desprendí de él y antes de salir le recomendé: «Sé discreto». Asintió gravemente, reprimiendo un gemido.

Abandonamos la ciudad por la puerta Androbal. Sileno, Hermión e Hiplos, el hijo de Abdalón, me acompañaban. Sosilos, incapaz de cabalgar a causa de sus fuertes dolores reumáticos, permanecería en Cartago hasta que pudiera reunirse con nosotros. Hicimos el camino silenciosamente, galopando en el campo abierto y yendo al paso cuando nos cruzábamos con algún viandante.

En Tapso nos aguardaba la embarcación. La empujamos al agua y pusimos rumbo a la isla Cercina, donde habíamos previsto hacer aguada y embarcar provisiones. Atracamos en la isla antes de mediodía. Mientras los remeros trajinaban con los fardos bajé a tierra a estirar las piernas y me alejé dando un paseo hasta el lugar más alejado del embarcadero. Estaba conversando con Sileno acerca del posible destino final de nuestro viaje cuando el capitán de la embarcación se acercó a nosotros dando muestras de gran excitación.

¡Señor, lo siento —jadeó—, un remero de la nave corintia que hay al lado de la nuestra te ha reconocido! En las factorías se ha extendido la noticia de que Aníbal está en Cercina. Siendo así no puedo llevarte a ninguna parte, señor. Después no podría regresar a Cartago. ¡Tengo mujer e hijos, señor!

Sileno iba a decir algo pero lo contuve con un gesto.

—No te preocupes, buen hombre —dije al capitán—. Pasaremos la tarde en la isla y regresaremos al Cotón antes de que anochezca.

El hombre se tranquilizó. Iba a despedirse cuando recordó algo y volvió sobre sus pasos.

—¿Y qué hago con las provisiones, señor? —preguntó—. Ya están pagadas y embarcadas.

—Déjalo estar. Mañana harás el viaje que teníamos previsto llevando a Sileno. Las necesitaréis.

Cuando regresamos al barco encontramos el muelle abarrotado de curiosos que deseaban verme. Muchos de los habitantes de Cercina son esclavos, nacidos en la isla, que nunca han tenido oportunidad de ver a ninguna de las personas famosas de las que oyen hablar a los marinos. Embarcamos y ordené al capitán que bordeara la costa hasta un lugar donde pudiera anclar la nave a la sombra de algún promontorio, pues quería almorzar y dormir la siesta.

Zarpamos. Durante un buen rato costeamos la isla hasta alcanzar su parte umbría. Cuando estuvimos a cubierto de las vistas del muelle y de las factorías y secaderos, Hermión, a una indicación mía, puso su falcata en el gazon del capitán y le ordenó

levantar la vela y poner rumbo a Levante sin aproximarse a tierra. De este modo huimos de Cartago, en un barco secuestrado, como malhechores que escapan de la justicia.

Aquella noche los esbirros de la Balanza ocuparon el Cotón y aguardaron, en vano, mi regreso. Uno de los espías que Hannón el Pequeño mantenía en Cercina había enviado aviso de mi anunciado desembarco. El legado romano acusó de complicidad a la Balanza considerándola responsable de mi fuga. Aquella misma noche Hannón convocó una reunión extraordinaria para decidir lo que cumplía hacer. En cuanto amaneció salieron en mi persecución cinco trirremes armadas.

El Gran Consejo me declaró prófugo y puso mi cabeza a precio, según se usa con los delincuentes comunes, en un pregón que cosechó recios abucheos en las plazas y mercados en los que se leía.

Cumplido el plazo legal confiscaron todas mis propiedades y demolieron el palacio de Amílcar y la torre bárquida. Cuando me llegaron estas noticias, meses más tarde, sólo lamenté la suerte de los esclavos de mi casa que habían pasado a ser propiedad del Estado. En cuanto a Sosilos, había fallecido plácidamente, mientras dormía, a los pocos días de mi fuga. No poseía bienes algunos pero me legó una larga carta y algunos libros que nunca llegaron a mis manos.

Después de la partida de Cercina, durante tres días navegamos lejos de la costa. Luego nos aproximamos a ella y proseguimos el viaje más descansadamente, perlongando a la vista de sus promontorios. Cuando soplabla viento favorable utilizábamos la vela; si no, los remos. Cruzábamos de noche y sin luces frente a las factorías y ciudades marítimas. A los dos meses desembarcamos en Tiro. Cuando el Senado de la ciudad supo de mi llegada, sus magistrados me rindieron grandes honores, lo que entendí no tanto por la calidad de mi persona, que al fin y al cabo no era más que un general derrotado y prófugo, como por la amistad que suponían me unía a su rey.

Antíoco se encontraba a la sazón en Éfeso. Me sorprendió que se hiciese llamar «el Magno», como Alejandro, con asiática inmodestia. Compramos caballos, alquilamos esclavos y nos dirigimos a su encuentro.

Antíoco el Magno me dispensó un recibimiento grandilocuente, a la profusa y retórica manera oriental. Me sentí incómodo cuando me exhibió ante su adolorada corte, como un pariente venido a menos con el que el poderoso anfitrión condesciende a mostrarse magnánimo y protector. Cuando quedamos a solas, en su estudio repleto de mapas, libros intactos y legajos, experimenté un gran alivio. Despidió a sus secretarios y ofreciéndome un asiento al lado del suyo, aunque en banqueta menos elevada y sin respaldo, me puso al tanto de sus proyectos en tono amistoso y confidencial, hablándome con toda franqueza. Por sus informadores en Roma y Cartago había tenido noticias de la conspiración para asesinarme así como de las circunstancias de mi fuga.

Un esclavo había dejado delante de nosotros, sobre la taraceada mesa persa, una

fuelle rebotante de dátiles y una crátera de leche de cabra. Los dos recipientes eran de oro repujado. Antíoco mojaba los dátiles en la leche antes de llevárselos a la boca. También sabía disponerlos sobre el tablero de la mesa para que figurasen regimientos. Unía el lujo asiático a la suciedad y rudeza de un sirio. Y me daba lecciones de táctica militar con dátiles y manchas de leche. Estaba reuniendo un poderoso ejército para ir contra Roma. Él triunfaría donde yo había fracasado. No obstante me ofrecía un puesto a su servicio. Tuve que acceder. No me quedaba otra alternativa.

En mi juventud soñaba con emular a Alejandro Magno. Antíoco quería superarlo. Era un megalómano insaciable. Como estratega, resultaba una calamidad, pero después de su inmerecida victoria sobre Egipto —producto de una serie de circunstancias casuales que habían favorecido sus planes— sus aduladores cortesanos lo habían persuadido de que era un general de primer orden.

Un mercader de Tiro informó a los romanos de mi desembarco y sus espías en Siria siguieron mi pista y les confirmaron que residía en Éfeso, incorporado a la corte de Antíoco. El Senado envió una embajada presidida por Publio Villio. Entre sus comisionados figuraba, por petición propia, Escipión al que titulaban «el Africano» desde su victoria en Zama. Cuando supe que mi antiguo adversario se encontraba en la ciudad, lo invité a mi casa. Antíoco me había instalado en la parte alta de Éfeso, en una lujosa mansión solada de polvorientos mosaicos y transitada por insistentes corrientes de aire. Pero desde su terraza empedrada se podía contemplar el tejado del templo de Diana, medio velado por una tupida barrera de piadores cipreses y moreras.

En este lugar apacible conversé con Escipión, distendidamente, a solas, durante toda una tarde. El propio Escipión mezclaba el vino en la crátera y servía las copas. Eludimos hablar de mis planes futuros. La conversación versó sobre historia y táctica, temas que tratamos con la llaneza de dos antiguos camaradas. Nos divirtió descubrir que coincidíamos en muchos gustos y opiniones. Los dos profesábamos igual admiración por Alejandro Magno.

—¿Y después de Alejandro —preguntó Escipión—, quién te parece el mejor estratega?

—Amílcar Barca, mi padre —respondí sin vacilar—. Al que nunca pudieron derrotar los romanos —añadí.

Escipión asintió con una sonrisa cortés. Se llevó la copa a los labios y tomó un breve sorbo de hidromiel.

—Entonces, ¿qué puesto ocupas tú, Aníbal? —tornó a preguntar—. ¿Y qué puesto ocupó yo?

—Si te hubiese vencido en Zama, ocuparía el primer lugar —respondí—. En cuanto a ti, eres el mejor de los romanos. No sólo como militar. Un buen general ha de serlo también fuera del combate, Escipión.

El romano me interrogó con la mirada. Proseguí:

—Hace cinco años evitaste que fuera entregado a Roma cuando Cartago firmó el armisticio. ¿Qué fue lo que te indujo a protegerme?

Escipión se encogió de hombros y desvió su mirada hacia la copa que sostenía entre las manos. Después de re flexionar suspiró levemente, como si le costase encontrar una respuesta.

—Supongo que porque tu presencia en Cartago garantizaba el pago de la indemnización de guerra. Los Barca sois muy orgullosos —sonrió—. Sois capaces de conquistar Hispania para satisfacer una deuda.

—No creo que fuese ésa la verdadera razón —dije—, aunque he sabido que la defendiste frente al Senado de Roma.

Bebió otro sorbo y sonrió débilmente.

—Eres sagaz, Aníbal. ¿Me creerías si te dijera que lo hice por admiración hacia tu persona?

Esta respuesta me sorprendió. Le dirigí una franca mirada que expresaba mi perplejidad.

—No soy adivino, Aníbal —continuó—, pero puedo adivinar que llegará el día en que nadie recuerde lo que fue de Cartago o Atenas o Roma, como nadie recuerda ahora lo que fue de Troya ni dónde estuvo. Pero del mismo modo que brillan los nombres de Eneas y de Héctor, así brillará tu nombre unido al de Alejandro y quizá el mío unido al tuyo. De tu nombre recibo, así lo presiento, una limosna de inmortalidad que me preservará de la muerte.

Se levantó y se acercó al balcón de la terraza. Caía la noche y surcaban el aire violeta bandadas de silenciosos murciélagos. Sobre el tejado del templo de Diana se había encendido una luz. Los oscuros cipreses se recortaban sobre el incendio púrpura del crepúsculo.

—He tenido el privilegio de conocerte —prosiguió Escipión—. Considera mi defensa de aquellos días como un tributo de amistad.

Hermión nos interrumpió trayendo una bandeja con comida. Cuando hubo marchado reanudamos la conversación.

—Toda mi vida he procurado seguir el ejemplo de Alejandro —le confesé.

—¿Qué quieres decir?

—Alejandro cumplió el testamento político de su padre Filipo de Macedonia. Heredó la misión de destruir el imperio persa. Las ambiciones de mi padre eran más modestas. Tan sólo aspiraba a recuperar lo perdido en la guerra de Sicilia y a restaurar la hegemonía marítima de Cartago. Yo quise ser Alejandro pero tristemente he tenido que conformarme con ser el vencido Jerjes.

—No sé mucho de Jerjes —admitió Escipión.

—Debes leer a Heródoto —le aconsejé—. ¿Lees griego?

—Tuve un preceptor griego, pero me temo que no aproveché demasiado sus lecciones. Me avergüenza reconocer que he tenido que leer la Odisea en la detestable traducción latina de Livio Andrónico. Pero ¿qué me decías de Jerjes?

—Jerjes, el persa, el gran adversario de Alejandro, también heredó de su padre, el rey Darío, una alta misión. Pero fracasó completamente. Yo he querido ser Alejandro

y sólo he sido Jerjes. Tú sí eres Alejandro.

Guardamos silencio. La luz sobre el templo de Diana se había extinguido. La noche, estrellada, sin luna, se apoderaba de los caminos. En la cerrada tiniebla que rodeaba la terraza revoloteaban insectos fosforescentes.

Después de una larga y meditativa pausa la voz de Escipión dijo:

—¿Sabes una cosa, Aníbal? Cartago no te merecía, por eso los dioses han permitido tu desgracia. De haber nacido en Roma hubieses sido un gran romano.

—Imposible, Escipión: yo cumplo mis pactos —objeté con una irónica sonrisa. Él me la devolvió e hizo un gesto elocuente.

—Algunos romanos los cumplimos —replicó. Luego prosiguió con voz más pausada—: Te falló el pedestal. Roma hubiese proporcionado el firme pedestal que tu grandeza pedía.

—Sólo somos hombres, Escipión. La filosofía enseña que somos menos que nada.

—Eso lo dice tu parte griega, Bárquida —me agradó el familiar tratamiento de Bárquida en labios de Escipión—, pero debajo de esa camisa late un corazón asiático —apuró su copa—. Ahora debo marchar. ¡Que los dioses te protejan!

Lo acompañé hasta el vestíbulo inferior. Antes de despedirnos me tomó del brazo, confidencialmente, y me preguntó, bajando la voz:

—¿Hay algo que pueda hacer por ti?

Entonces me atreví a confesarle un pensamiento que a veces me asaltaba en mis difíciles vigiliias.

—Quizá lo haya —respondí—. En Cástulo de Hispania tuve un hijo de mi esposa Himilce. Ella murió hace años. No sé si vive el muchacho. Se llamaba Aspar. Me gustaría que si lo encuentras lo adoptaras. En las últimas generaciones los Cornelios y los Barcas hemos estado en guerra. Que un Barca lleve el nombre de un Cornelio pudiera resultar grato a los dioses

—Haré lo que pueda —respondió Escipión, y estrechando mi mano salió a la calle.

Los criados de su escolta esperaban ya con los faroles encendidos. Entre ellos reconocí a aquel Hermón que viajó hasta Cartago para avisarme de la conjura romana. Así descubrí hasta qué punto velaba Escipión por mí. También empecé a admitir, ya a las puertas de mi vejez, cuando la sabiduría nos visita, según Hermógenes, que no todos los romanos son necesariamente perjuros y taimados.

Después de mi entrevista con Escipión conversé varias veces con Publio Villio, el embajador romano. Era un trapacero cuya faramalla me recordaba la de Atarbal. Intentaba atraerme con vagas promesas mientras hacía todo lo posible por malquistarme con Antíoco.

No volví a ver a Escipión. Al mes siguiente, la embajada regresó precipitadamente a Roma. Se abrieron las hostilidades entre Antíoco y la república pero fue una guerra breve.

Había propuesto a Antíoco derrotar a los romanos en Italia si él invadía Grecia

como maniobra de diversión. Antíoco creía contar con la Liga Eolia, cuyas ciudades parecían estar esperando su desembarco para unírsele. Las creyó y llevó su principal ejército a Grecia. La Liga Eolia le puso mil pretextos pero no le prestó ayuda. Confiaban en que él haría el trabajo con sus propias fuerzas. Aun a riesgo de incurrir en su fácil cólera, le advertí repetidamente que debía apurar el tiempo en lugar de dedicarse a fiestas y exhibiciones triunfales, pero él no me hizo el menor caso.

Continuó perdiendo el tiempo y permitió que Roma reaccionara y enviara su ejército. Lo derrotaron en Cinoscéfalos, no lejos de donde habían hecho morder el polvo a Filipo. Es evidente que los dioses de aquel lugar protegen a Roma.

Sólo participé en un triste episodio de la guerra. Antíoco me envió a Tiro con el encargo de alquilar una flota fenicia que reforzara la suya en la guerra marítima. Necesitaba capitanes experimentados y buenos equipos de remeros. Pero los dioses me habían dado la espalda y no me permitieron alcanzar el Egeo. Las penteras rodias, aliadas de Roma, nos interceptaron y me obligaron a regresar.

En Grecia, Antíoco fue derrotado repetidamente por Escipión, el hermano del Africano. Asistí, meramente como espectador circunstancial, a la segunda batalla campal, a orillas del río Hermo, en Magnesia. Sileno me acompañaba, aterrado. Cuando advirtió la disposición del ejército de Antíoco, formando geométricas falanges a la manera griega del tiempo de nuestros abuelos, quiso saber mi opinión.

—Creo que serán suficientes para los romanos, por muy hambrientos que estén —respondí.

La batalla fue enconada pero Escipión aplastó nuevamente al ejército de Antíoco. En los días siguientes se intensificaron las idas y venidas de legados para tratar las condiciones de paz. Voluntariamente ajeno a los avatares de la diplomacia, pasaba mis días conversando con Sileno mientras dábamos largos paseos por las colinas que hay al pie de los montes Tauro. Un día vimos venir un hombre a nuestro encuentro. Como la mañana estaba fría, vestía la capa militar romana. Descabalgó y me besó la mano.

—¿Me recuerdas, Aníbal?

Era Hermón, el criado de Escipión el Africano.

—Sí, te recuerdo —dije.

—Vengo a recibir de ti otras cinco monedas de oro —informó.

El mensaje estaba claro. Ordené a Sileno que le entregara las monedas y partió. Aquella misma noche escapé del campamento. Meses antes había depositado mis pertenencias más valiosas, por pura instintiva precaución, en la casa de un mercader de Tiro. Las recuperé y alquilé una nave allí mismo. Abandoné la ciudad, sin despedirme de nadie, y puse rumbo a Creta.

Durante seis meses permanecí en esta isla haciéndome pasar por desterrado fenicio. Finalmente, un día, fui reconocido por un remero púnico. Rápidamente circuló el rumor de que había huido de Cartago con el fabuloso tesoro de los Barca, que todos creían intacto. Antes de que la plebe se decidiera a asaltar mi casa y nos

asesinaran a todos —pues en aquel lugar la piratería y el robo se cuentan entre las honradas actividades a las que se puede consagrar un buen ciudadano— recurrí a un engaño. Tomé cinco panzudas ánforas de las llamadas rodias y las llené de arena hasta el cuello. Después las completé hasta la boca con unos puñados de monedas de oro. Solemnemente las deposité al cuidado de la tesorería del templo de Artemisa y ofrecí el sacrificio de un buey blanco. Antes de abandonar el templo sellé las bocas de las ánforas con el rayo de los Barca no sin antes haberme asegurado de que los codiciosos sacerdotes echaban un complacido vistazo a su aparente contenido. De este modo persuadí a los cretenses de que no intentaría escapar de su isla con el tesoro que había introducido en ella. En cuanto al oro, que era de mucho menos de lo que los cretenses pensaban, lo oculté dentro de unas estatuas huecas de bronce que había en el jardín de mi casa.

Mejoró el tiempo y llegó la estación de los vientos. Después de que mi identidad hubiese sido descubierta, y mi paradero presumiblemente pregonado por todos los puntos del Mediterráneo, no me sentía ya seguro en Creta. Por lo tanto soborné al patrón de una nave corintia y me di nuevamente a la fuga el día en que se celebraba de las espigas en el santuario de Artemisa, aprovechando la circunstancial ausencia de mis criados cretenses. Por espacio de un mes navegamos sin incidentes, acompañados de los mejores auspicios. Atravesamos las costas fronteras de Éfeso y sorteamos felizmente las menudas islas del Egeo. Fondeábamos en calas apartadas, confundidos entre los muchos cargueros que hacen la ruta de Pérgamo. Invertimos diez días de azarosa navegación en atravesar el Helesponto, que era entonces zona de guerra, infestada de piratas. Cada noche suplicaba a Hera y a Tanit y les hacía ofrendas de aceite, porque si me capturaban las gentes de Pérgamo no podría evitar que me entregasen a los romanos. Pero la esquiva fortuna parecía estar con nosotros. Ningún navío se nos cruzó en aquel trayecto. Navegábamos por el centro del estrecho, ignorando las señales que a veces nos dirigían desde los puestos de vigilancia de una u otra costa. Desembarcamos en Heraclea de Bitinia, cuyo rey, Prusias, me recibió con espléndidos presentes y contrató en el acto mis servicios como estratega.

A la sazón Prusias estaba en guerra contra Eumenes de Pérgamo. Las cosas no le iban del todo bien por tierra pero por mar le iban peor. Por lo tanto me puso al frente de su escuadra convencido de que mi solo nombre podría derrotar a las penteras de Pérgamo. En un promontorio cercano a Heraclea estaba fondeada mi escuadra: quince penteras lastradas por grandes espolones de bronce que parecían los restos de las naves que Menelao armó contra Troya. Prusias las había adquirido de los macedonios a precio de saldo. Algunas de ellas tenían la tablazón medio carcomida por los gusanos marinos y en los tirantes del velamen quedaban huellas de los tizonazos recibidos en la guerra de Filipo. Las tripulaciones no eran mejores que los barcos: perezosos remeros desdentados, pasados de edad, e ineptos capitanes más acostumbrados al libre ejercicio de la piratería que a la navegación coordinada de una

flota de guerra. Instruir debidamente a unos y hubiese llevado demasiado tiempo. Las velas de la flota de Pérgamo podían, según me explicó Prusias gráficamente, despuntar por el horizonte en cualquier momento. Por suerte en las montañas de Sínope abundan las ponzoñosas víboras, que los naturales del ponto cazan con singular habilidad. Encomendé a Sileno y a Hiplos que adquiriesen todas las serpientes que pudieran a razón de una pieza de plata por cada una. De este modo pudimos reunir unos cuantos cientos de ellas que hice encerrar en tarros de barro. Con este insólito cargamento nos hicimos a la mar. Encontramos la flota de Eumenes a la salida del Helesponto. Eran treinta y cinco penteras muy marineras y ágiles que inmediatamente abrieron calle disciplinadamente para iniciar la maniobra de embestida. En cuanto se pusieron a tiro de nuestras catapultas, comenzamos a bombardearlas con los tarros de barro. En un principio creyeron que se trataba de proyectiles incendiarios rellenos de nafta. Cuando comprobaron que ninguno de ellos emitía su característico penacho de humo, un clamor de risas y burlas se elevó de las naves enemigas. Algunos guerreros, empenachados a la moda griega, se daban la vuelta y nos mostraban el trasero alzándose cómicamente los faldellines de cuero. Daban así a entender que nos sodomizarían en cuanto cayésemos en sus manos. Pero cuando los primeros pucheros se estrellaron contra sus cubiertas y las víboras, enloquecidas por el prolongado encierro, comenzaron a reptar entre sus pies desnudos, un clamor de pánico se elevó de la flota. Los remeros desampararon sus bancos, indiferentes a los latigazos con que los oficiales y cómitres intentaban restituirlos a la boga. Las orgullosas penteras de Pérgamo quedaron al paio, inmovilizadas en mitad de su vistosa embestida. Entonces nos aproximamos a ellas sin peligro y les arrojamos proyectiles incendiarios. Cundió el pánico. Muchos hombres se lanzaban al agua y eran rematados a palazos desde nuestros barcos. Los que no sabían nadar aullaban sobre las cubiertas infestadas, huyendo en vano del fuego o del veneno. Trece penteras de Pérgamo ardieron y se fueron a pique, las otras consiguieron alejarse bogando vigorosamente. Por nuestra parte sólo se perdió una embarcación que había sido abordada al principio de la batalla.

Desde la guerra de Italia el mundo ha cambiado más aprisa que los hombres. Los dominios de la loba han crecido. Ahora abarcan todo el orbe, desde los espesos bosques y las nieves hasta los calcinados desiertos. El Senado envió cartas a Prusias conminándolo a suspender las hostilidades. Roma se erigía como mediadora en el conflicto. Pérgamo y Bitinia se apresuraron a enviarle sus respectivos embajadores. El rey Prusias me aseguró que me protegería de los romanos. Mientras tanto, me entretenía en Heraclea, me llamaba su almirante, me invitaba a sus banquetes y me hospedaba en su palacio griego cercano al suyo. Un destacamento de sus guardias vigilaba mi residencia noche y día «para mi seguridad».

Los bitinios son locuaces y borrachos. Hace un mes un comandante de la guardia confió a Sileno que Prusias estaba negociando mi entrega a Roma. Era una de las menudas cláusulas del pacto de amistad que esperaba suscribir con Pérgamo. Pensé

en huir. Quizá en Persia necesitaran los servicios de un viejo estratega fugitivo de Roma. Pero antes de que pudiera ajustar el barco que me llevaría al Ponto levantino, Prusias, barruntando mi fuga, me acusó de conspiración y me hizo detener. Ha confiscado mis bienes y me mantiene incomunicado en esta torre, en medio del desierto gálata.

Mientras asciende la alta noche vuelvo a leer, en el libro séptimo de Heródoto, las palabras de Jerjes: «Me llené de compasión al considerar cuán breve es toda la vida humana, ya que de tanta muchedumbre como he traído a estas playas ni uno solo vivirá dentro de cien años».

Ya me comienzan a pesar los párpados. Cierro los ojos y puedo contemplar el desfile de pálidos espectros de tantos hombres que animosamente fueron a la muerte por mí: Asdrúbal y Magón, mis hermanos, el desventurado Alorco, Maharbal, Monómaco, Cartalón, Calcas y tantos otros. Si en alguna parte es dado que los muertos se reúnan con aquellos que los precedieron, pronto podré escuchar de los propios labios de Heródoto estas hermosas palabras que apenas puedo distinguir ahora en la borrosa escritura de su libro: «Por ser la vida trabajosa, la muerte es para el hombre el más deseado refugio. Dios da a gustar lo dulce de la vida, pero luego siente envidia de su propio don».

Éste es el decimoséptimo día desde que comencé a escribir estas memorias. La gente que me amaba y a la que yo amaba ha muerto. La simiente de los Barca se ha extinguido. Tengo sesenta y cuatro años. Es una buena edad para morir. La nube de polvo que anuncia a los enviados de Roma acaba de aparecer en el horizonte. Libremos a los romanos de sus inquietudes puesto que no tienen paciencia para aguardar la muerte de un odiado anciano.

Yo, Hiplos Barca, esclavo liberto de Aníbal, de ilustre memoria, redacto estas líneas. Mi amo murió el 3 de junio de 183 a la una de la tarde. Se envenenó mediante unos polvos ponzoñosos que ocultaba dentro de su sello de hierro. El rey Prusias lo hizo sepultar en una cista de piedra con tres gradas, junto al camino de Nicea.

Han pasado cuatro años y ahora vivo en Tiro, en casa del magnánimo Arcabas Barca. Hermión sigue conmigo. Somos viejos, pero nos hacemos compañía. Hago donación de este manuscrito al archivo del templo de Melcarte. ¡Que él y Baal nos acojan cuando naveguemos por el ponto oscuro de la muerte!

Epílogo

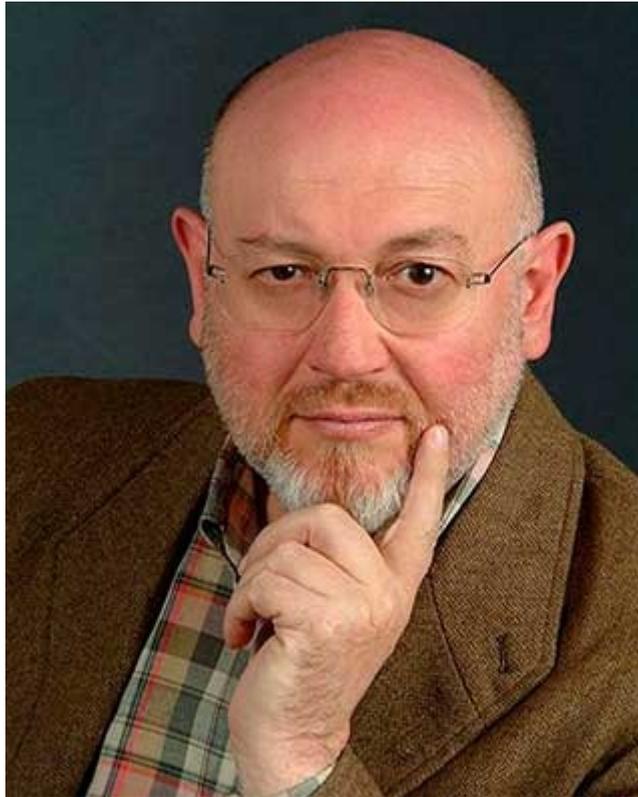
Aníbal murió a principios del verano. Escipión el Africano, su vencedor, falleció dos meses más tarde. Había pasado sus últimos años retirado en su finca campestre, voluntariamente alejado de Roma, donde sus enemigos en el Senado procuraban difamarlo. Redactó para su tumba este sencillo epitafio que también podría servir para la de Aníbal: «Mi ingrata patria no tendrá mis huesos».

Después de la desastrosa segunda guerra púnica, Cartago asombró al mundo con la rápida y prodigiosa recuperación de su pasada prosperidad. Muy pronto volvió a ser una gran potencia económica, aunque las severas condiciones de su tratado con Roma la mantuvieron militar y políticamente en un puesto insignificante.

En Roma la nueva prosperidad del viejo y odiado enemigo suscitaba crecientes suspicacias. La orgullosa y cada vez más poderosa república no conseguía olvidar las humillantes derrotas que le infligiera Aníbal. Por otra parte, como escribió el romano Tácito, «es propio de la naturaleza humana odiar al que se ha agredido». Y finalmente, podemos añadir que Roma no podía consentir que la superioridad del comercio púnico, y los competitivos precios de sus productos agrícolas e industriales, le arrebatara los nuevos mercados del Mediterráneo. El senador Catón se atrevió a formular en voz alta un deseo que era secretamente compartido por muchos colegas suyos. Se hizo famoso porque terminaba todas sus intervenciones en el Senado, independientemente del tema tratado, con las mismas palabras: «... *praeterea censo Carthaginem esse delendam*» (= soy también de la opinión de que debemos destruir a Cartago).

Vulnerando los tratados e ignorando la palabra dada sobre los altares de los dioses, los romanos buscaron un pretexto para destruir Cartago. En el año 147 antes de Cristo, treinta y seis años después de la muerte de Aníbal, atacaron la ciudad y la arrasaron. Cartago estuvo ardiendo durante diecisiete días. Las humeantes ruinas fueron consagradas a los dioses infernales, para que jamás fuesen habitadas nuevamente por el hombre. Finalmente, sembraron sal en los campos condenándolos al yermo.

... *ergo Carthago deleta est.*



JUAN ESLAVA GALÁN (Arjona, Jaén, 1948). Se licenció en Filología Inglesa por la Universidad de Granada y se doctoró en Letras con una tesis sobre historia medieval. Amplió estudios en el Reino Unido, donde residió en Bristol y Lichfield, y fue alumno y profesor asistente de la Universidad de Ashton (Birmingham). A su regreso a España ganó las oposiciones a Cátedra de Inglés de Educación Secundaria y fue profesor de bachillerato durante treinta años, una labor que simultaneó con la escritura de novelas y ensayos de tema histórico. Ha ganado los premios Planeta (1987), Ateneo de Sevilla (1991), Fernando Lara (1998) y Premio de la Crítica Andaluza (1998). Sus obras se han traducido a varios idiomas europeos. Es Medalla de Plata de Andalucía y Consejero del Instituto de Estudios Gienenses.